
LOLA TORO
AUTORA DE LA TRILOGÍA «VEINTIÚN DÍAS»
DE BRUJAS Y ÁNGELES
PARTE 1
Bruja de tierra
+18

DE BRUJAS
Y ÁNGELES
BRUJA DE TIERRA

LOLA TORO

Título original: De brujas y ángeles (parte 1): Bruja de tierra
©Lola Toro, 2023

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incor-poración a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de deli-to contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.cedro.org
o por teléfono en el 91 702 19 39 / 93 272 04 45



Primera edición: mayo 2023
por Hic Sic · Servicios editoriales | www.hicsic.com | @edicioneshicsic

Imagen de cubierta (chica): Dani Moreno @elaugurio
Dibujo de interior: Victoria Cano Bernal

Para todas esas personas que
siguen creyendo en la magia.

PRÓLOGO

Por todos es sabido que los ángeles eran los soldados de Dios.

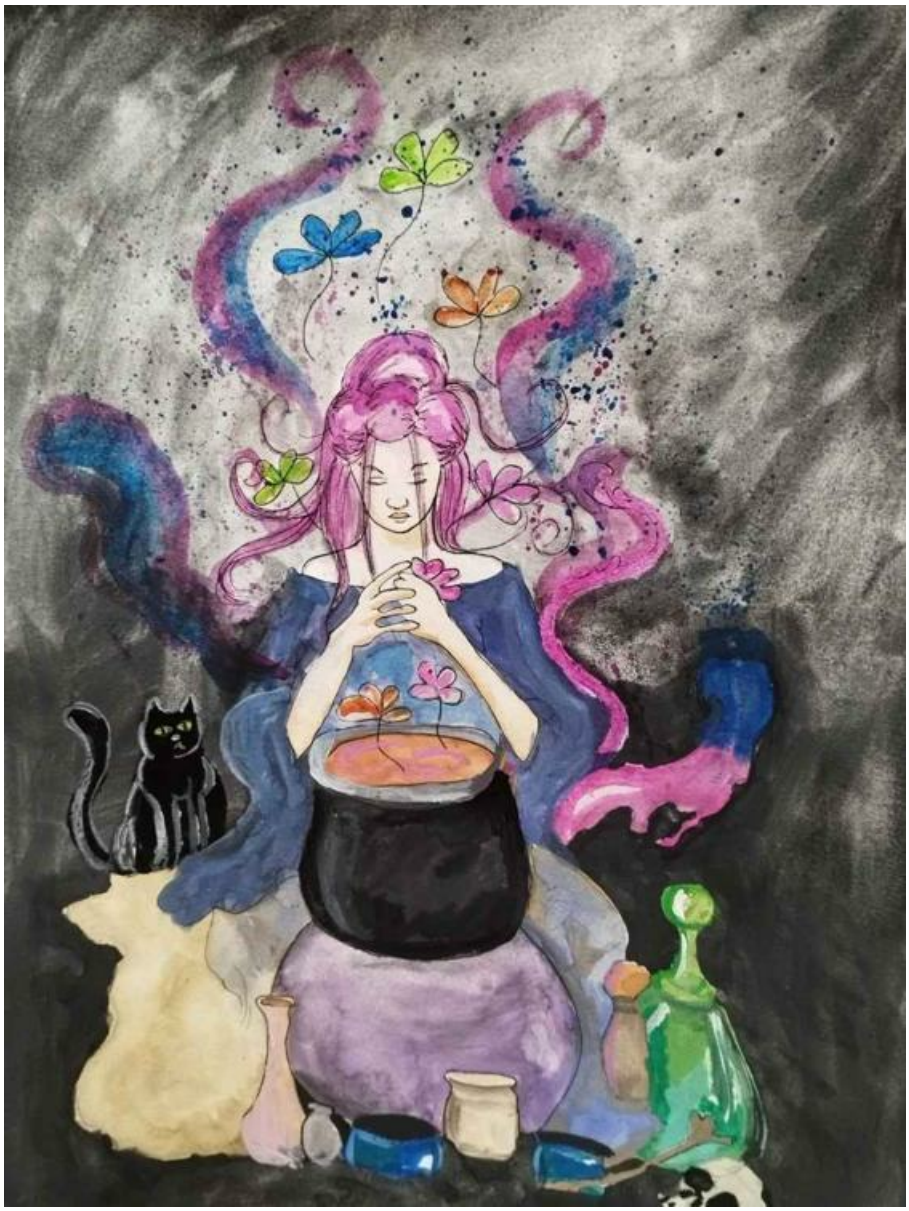
Cuando se creó el mundo y todos los seres mágicos, las brujas se impusieron a todos los demás por sus ansias de poder y los ángeles, a espaldas de Dios, decidieron tomar partido en la guerra contra ellas e intentar defender a los humanos carentes de magia alguna.

Como castigo por la rebelión, Dios los obligó a purgar sus pecados durante toda la eternidad haciendo el bien y protegiendo a los humanos en la tierra.

Allí es donde empieza esta historia, donde la magia, las brujas, los humanos y los ángeles, están obligados a entenderse.

Por supuesto, ellos no pueden más que odiarse por encima de todo.

Aunque a veces, odiarse no es suficiente.



Dibujo de ***Victoria Cano Bernal***

SERES MÁGICOS

Ángeles: no tienen magia propiamente dicha. Su función es erradicar el mal del mundo. Por castigo de Dios, no pueden mentir bajo ningún concepto. Su función en la tierra es la de hacer el bien. Tienen alas majestuosas e impresionantes y pueden sentir el dolor de los demás.

Brujas de tierra: estas brujas tienen el poder de manejar la flora a su antojo. Suelen utilizarlo para fabricar todo tipo de pócimas y ungüentos curativos. Suelen ser muy apreciadas por todos. Son excelentes curanderas.

Brujas de agua: su poder se basa en poder cambiar el estado del agua a su voluntad. De líquida a sólida o gaseosa y viceversa.

Brujas de viento: estas brujas son las más extrañas. Pueden mover el viento a su antojo creando grandes huracanes. Son sin duda las más peligrosas

Brujas de fuego: estas hace tiempo que se extinguieron. Consiguen el poder de la unión de varios de los otros elementos. Agua con tierra o con viento, cosa realmente excepcional

Duendes: son criaturas más pequeñas que las hadas. Del tamaño de una muñeca Barbie, su piel suele ser azul y tienen alas. Suelen ser domésticos principalmente y no se sabe que queden duendes mujeres, por lo que se dicen que estos seres se terminarán extinguiendo. Pueden vivir miles de años, así que, por lo pronto, su supervivencia está asegurada. Son parlanchines, bromistas, no respetan la intimidad ni las propiedades ajenas y tienen gran facilidad para sacar de quicio a los que están a su alrededor. Es extremadamente raro encontrarse con alguno.

Hadas: criaturas mágicas por excelencia. Suelen ser de tamaño mediano, y casi todas mujeres. Tienen alas y en la tierra se extinguieron gracias a las brujas.

Evidentemente, las brujas son las malas de esta historia. ¿O no…?

PRIMERA PARTE

BIBIAN, MÓNICA Y ASIER



BIBIAN

—¡Ya lo tengo, Mónica! —Miré a mi hermana sin poder disimular mis nervios y mi alegría —. ¡Creo que lo he conseguido!

—¿Ese color rosa era necesario?

Mi hermana observó con suspicacia la probeta rosa fluorescente que saqué del caldero donde había preparado el elixir. Comprobé que ya estaba frío y observé maravillada el color que tenía, transparente y sin pizca de restos ni residuos que empañaran el color. Justo como había intentado fabricarlos.

—No puedes negar que es bonita, ¿no?

Nos miramos ilusionadas. Si la droga funcionaba, nos solucionaría el problema que teníamos.

Mónica sufría una dolencia cardíaca congénita y necesitaba un tratamiento experimental para, si no curarse por completo, por lo menos ganar años de vida. Habíamos apurado todas las vías para conseguir el dinero necesario para su tratamiento.

Ser brujas reconocidas en Chicago, la ciudad donde nacimos y habíamos vivido siempre, no nos facilitó mucho la tarea de conseguir ayuda del estado.

Todo el mundo odiaba a las brujas, y a nosotras más todavía. Sobre todo, a mí. Ser una bruja poderosa era más una maldición que otra cosa. Así que había decidido utilizar mi poder y mi conocimiento ancestral sobre las hierbas, para crear una nueva droga que revolucionaría los

suburbios de una ciudad ya podrida de por sí.

Poner una droga más en la calle ni siquiera se notaría, ¿no?

—¿Crees que funcionará? —La mirada dudosa de mi hermana me dolía más que una puñalada por la espalda.

—¿No te fías de mí? —Mi tono ofendido la hizo sentir culpable, o eso esperaba.

—No es eso. Es solo que todo esto nos puede estallar en la cara. ¿Y si se entera el Aquelarre?

El Aquelarre de brujas era nuestro órgano supremo. El que decidía las normas y reglas que nos regían a todas. Nada sucedía en el mundo de las brujas sin que ellos se enteraran.

Su mirada preocupada me enterneció. Mi hermana era un alma cándida por naturaleza y nunca había estado conforme con que yo fabricara una droga nueva para costear su tratamiento.

—No nos pasará nada. Quédate tranquila.

—Y si no nos descubre el Aquelarre, esos malditos ángeles metomentodos nos pueden joder la vida. —Me sonrío divertida por sus propias palabras.

—Toda la ciudad sabe que el grupo de policías formado por los ángeles comandados por Asier, son muy buenos en su trabajo. Espero que, cuando se entere de la nueva droga, no tengan nada para relacionarla conmigo. —Le sonreí para intentar quitarle drama al asunto—. Cuando ese idiota de Asier se entere, será tarde. Te lo prometo.

—¿Vas a probarla? —Abrió los ojos preocupada, al parecer eso no entraba en sus planes.

No podía saber qué efectos tendría si no la probaba primero.

Sabía lo que pensaba al respecto, pero no me había quedado otra opción. Fabricar drogas no era algo que me hiciera especial ilusión. No obstante, estaba claro que fabricar pócimas curativas no iba a conseguirnos el dinero necesario, así que no pensaba hacerle demasiados ascos. El trabajo estaba hecho. Estaba plenamente segura de que funcionaría y solo quedaba avisar a mi confidente para hacer la entrega.

—Si quieres puedo hacerlo yo.

La miré espantada.

—¡No puedes hacerlo tú! Te recuerdo que tu corazón no acepta sobresaltos ni emociones fuertes, por decirlo de manera suave —le reproché al querer arriesgarse por eso—. Te garantizo que esta droga te dará un *pelotazo* que te hará flipar durante muchas horas, dependiendo de las características físicas de la persona. No voy a dártelo a probar a ti. Ya lo hago yo.

Me bebí la probeta entera sin pensármelo demasiado y sin darle más opciones para protestar.

Tres días después organicé la entrega.

No tenía ni idea de cuál sería la reacción que esta droga tendría en mí. No era adicta a ellas, aunque había probado algunas. Mi vida no era un jardín de rosas. Desde que murieron nuestros padres, brujos los dos, en un accidente de coche cuando yo tenía dieciséis años y Mónica catorce, me hice cargo de ella y del negocio familiar. Teníamos una floristería y hacía pócimas por encargo. Pero me había tocado empezar de cero. La gente estaba acostumbrada a tratar con mi madre, una reputada bruja de tierra, de las más poderosas, y la gente no quería poner en mis manos sus dolencias y sus secretos. Así que tuve que ganarme a mi propia clientela y conseguirme un renombre me había llevado los tres últimos años.

Que la enfermedad cardíaca de mi hermana hubiese empeorado, obligándola a estar ingresada de manera casi continua en el hospital, tampoco ayudaba. Necesitaba casi cien mil dólares para probar un tratamiento nuevo. Eso había sido el desencadenante de todo.

Haría lo que fuera por cuidar de mi hermana.

Sabía el riesgo que corría al mezclarme con los bajos fondos de esta ciudad, pero no me

había quedado más remedio.

La idea era hacer esa entrega y se acabó. No pensaba dedicarme a esto de manera continua, solo había sido una emergencia. Tener a los ángeles detrás de mí por saber que fabricaba nuevas drogas, no era el futuro que quería.

No había querido saber nombres. Llevaba recibiendo encargos como el de ahora en mi correo electrónico ofreciéndome fabricar drogas, desde hacía años. Todos de manera anónima, por supuesto, así era mejor para todos. Todos los correos llevaban sobrenombres para evitar conocer a los destinatarios. Me decidí a aceptar uno de ellos, puse mi precio, aceptaron y acordamos la entrega. No sabía quién había detrás del dinero, supuse que alguno de los poderosos narcotraficantes que había en esta maldita ciudad.

No esperaba sorpresas.

Decir que Chicago estaba lleno de traficantes de drogas, armas, mujeres y todo lo que se pudiera vender, era quedarse corto. Quizás por eso mandaron aquí a Asier, el capitán del ejército de ángeles. Pero mantener a raya a tanta mafia en una ciudad como esta, era casi imposible. Caía una banda y aparecían tres más en su lugar. Como champiñones naciendo en un suelo mojado.

Era lo que había.

Como los ángeles llevaban siglos en la tierra quitando de en medio a la chusma, podíamos decir que la balanza estaba más o menos equilibrada, ellos cogían a los malos, nacían bandas nuevas y vuelta a empezar.

Había que reconocer que las calles estaban más seguras con ellos al mando.

Esperaba no tener que enfrentarme al capitán ni a su tropa de ángeles. Era preferible tenerlos de tu parte y no en contra.

Contaban que eran implacables y que no se amedrentaban ante nada ni nadie. Por algo eran los guerreros de Dios, y Asier era el peor de todos. Capitaneaba a todos los demás y debía hacerlo bien, porque era lo que seguía haciendo todavía, siglos después, aquí en la tierra.

Pues eso, iba a hacer la entrega y lavarme las manos. Al fin y al cabo, no era la única droga fabricada por brujas que sería vendida en la ciudad. Me habían pagado muy caro por ella porque sería única.

El estramonio era su ingrediente secreto.

Nadie se atrevía a usarlo.

Era conocido como la *Planta del Diablo*, de ahí que ninguna bruja se atreviese a usarlo y en ese ingrediente estaba su secreto. Unas gotas de más y dejabas seco al que se lo tomara. Solo yo tenía el poder y los conocimientos suficientes como para atreverme a fabricarla.

Aún recordaba lo que la droga me había hecho sentir cuando la probé.

Podía sentir mi magia brillar en mi interior, pidiendo ser liberada. Era una sensación que sabía que a los consumidores de drogas les iba a encantar, sobre todo a los que tuvieran flecos de magia en su interior. Había realzado mi poder de manera maravillosa y estuve horas disfrutando de lo que los *drogatas* llamaban «un viaje de ensueño».

No quise pensar demasiado en lo que podía provocar en los demás.

La gente tomaba drogas todos los días y yo había creado una que les maravillaría.

Fin de la historia.

Necesitaba el dinero y acababa de conseguirlo.

Cuando vi la transferencia hecha en mi cuenta, respiré aliviada. Desde que me había metido en este lío aceptando la droga, no había podido dormir tranquila esperando problemas de un momento a otro. Había entregado la droga horas antes en el lugar acordado, y había recibido mi dinero por ello.

No quería saber nada más de la historia. Punto.
Qué equivocada estaba.
Ese iba a ser mi principal problema a partir de entonces.



ASIER

Cuatro semanas después

No iba a ser un buen día.

Por primera vez en siglos, llegaba tarde al trabajo. Había estado media noche repasando unas extrañas muertes que estaban apareciendo en la ciudad, intentando ponerle nombre al asesino, y todo parecía ser obra de una nueva droga.

Odiaba a los humanos que usaban esa mierda para buscarse unos efímeros minutos de placer, sin darse cuenta de que, lo que hacían, era quitarse años de vida en el mejor de los casos, y en el peor, morir por sobredosis.

Me acosté, molesto, porque el puñetero caso me consiguiera quitar el sueño y esa mañana me encontraba levantándome tarde, cansado y de un humor de perros.

Ni siquiera me daba tiempo a poder tomarme un café doble, como hacía cada mañana, y encima había empezado a llover.

Gruñí frustrado.

Llegué a la comisaría con el traje mojado, que no me importaba demasiado y mis alas húmedas, que eso me molestaba más.

Di los buenos días a Miguel que ya estaba en su puesto de trabajo y me metí en mi despacho con rapidez. Encendí el ordenador y mientras arrancaba, entré en mi baño particular para coger una toalla y secarme el pelo y las alas. Odiaba tener las alas mojadas.

Oí que llamaban a la puerta del despacho y suspiré deseando que el día acabara cuanto antes.

—Pasa.

Mika asomó la cabeza con cara seria.

—Tenemos otro muerto en Dock Street, cerca del río.

Suspiré, resignado, otra vez.

No, no iba a ser un buen día para nada. Cuando la mañana se torcía así, el resto del día solía seguir el mismo camino sin remedio, convirtiéndose en una completa mierda.

—¿Mismo síntoma que los otros?

Ella entró en mi despacho asintiendo con la cabeza.

Ya se comenzaban a oír los ruidos típicos de cada mañana al empezar el día. Vi que sus alas también estaban húmedas. Nosotros, los ángeles, nos desplazábamos volando, no usábamos coches ni transporte público, así que los días de lluvia nos tocaba mojarnos.

—Sí, pero mi confidente me ha dado un nombre.

—¿En serio? —Le hice señas para que se sentara en la silla que había ante mi mesa—. Eso es nuevo.

Mika se sentó y sacudió un poco sus alas para quitarse el exceso de agua. Algunas gotas me cayeron a mí y la miré con una ceja levantada.

¿En serio?

—Lo siento, pero las alas mojadas me dan frío, ya lo sabes. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto—. Resulta que desde hace algunos días se está hablando de una nueva droga en la ciudad.

—¿Es la que está matando a todos?

Eso era muy raro.

—No es seguro…, pero sí te puedo decir quién dicen que es la madre de la criatura.

Llevábamos días sin tener una pista. No sabíamos bien si estaban muriendo por sobredosis de una droga habitual, de las muchas que circulaban por las calles, o si era algo nuevo. Y al parecer las noticias volaban.

Me encargaría personalmente de arrancarle la cabeza, de manera figurada, claro estaba, al malnacido que estaba sembrando mi ciudad de cadáveres.

—Es una bruja muy conocida por todos.

¿Una bruja? ¿En serio? ¿Por qué no me extrañaba? Esas malditas eran las responsables de todos los males del mundo… O de casi todos.

—Déjame adivinar —dije dejando salir mi mal humor—, nuestra bruja favorita. La señorita Bibian Shade.

Mika asintió con la cabeza.

Sabía que esa maldita… bruja, estaba detrás de un sinfín de pócimas y ungüentos que circulaban por la ciudad, pero no podíamos hacer nada con eso, porque, al fin y al cabo, no mataba a nadie. Si algún inconsciente pensaba que su mal de amores se quitaría con un filtro o un encantamiento o *amarre*, como coño se llamara, no era un delito, por muy mal que evidentemente saliera eso. Que la gente que acudía a su consultorio fuera idiota no era culpa de esa… bruja.

¡Joder!

¡Odiaba a las brujas por encima de todas las cosas, incluidas las hadas! Y esa mujer desde un tiempo a esta parte, aunque no la conociera en persona, se llevaba la palma.

—Tráela aquí de inmediato.



BIBIAN

No tenía ni idea de lo que se me venía encima.

Había estado fuera de la ciudad desde que vendí la droga. La clínica para el nuevo tratamiento de mi hermana se encontraba en Nueva York y había viajado hasta allí unos días con Mónica para acompañarla y asegurarme de que se acostumbraría a la que sería su nueva residencia por unos meses, sin mí, que no la podía estar acompañando indefinidamente. Así que acababa de llegar la noche anterior.

Oí una especie de revoloteo en la calle y luego llamaron al timbre de mi casa. Aún estaba en pijama. Acababa de levantarme y me estaba tomando el primer café del día antes de ir al vivero y comprobar cómo estaban mis plantas. Tenía que hacer recuento de estramonio, ya que había gastado casi toda su existencia en la fabricación de la droga.

Que llamaran a la puerta tan temprano —apenas eran las nueve de la mañana— me extrañó.

Me quedé de piedra cuando abrí la puerta y me encontré a un ángel, mujer, con cara de pocos amigos.

¡Oh, mierda!

¿Cómo coño se habían podido enterar tan rápido?

Me obligué a tranquilizarme respirando con calma y miré a la mujer, sabiendo quién era, aunque nunca la hubiera visto. La morena que trabajaba en el escuadrón de Asier era conocida por todo el mundo y no solo por ser una belleza, sino por su fama de mala leche.

Tenía el pelo recogido en una cola alta, vestía traje gris y camisa blanca entallada y llevaba botas de color *camel* que, a mí, que era amante de las botas, me encantaron.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarte en algo?

Ni muerta iba a reconocer que sabía el motivo de su visita.

—¿Eres Bibian Shade?

Su tono de voz era firme, como supuse que debía ser la voz de una persona que se dedicaba a cazar delincuentes toda la eternidad. No me gustó su manera de mirarme. Como si fuese un insecto que ni siquiera se merecía pisar con esas botas tan chulas.

—Sí. —No tenía sentido negarlo—. ¿Y tú quién eres?

Ya salió mi lado chulo. No podía evitarlo. Molestar a la gente era un don innato que disfrutaba especialmente algunas veces… Bueno, no se me podía echar en cara intentar divertirme un poco.

—Soy Mika y me han pedido que te lleve de inmediato a la presencia de mi capitán.

—¿Que es…? —Era inútil hacerme la desentendida, y por la mirada que me echó la morena supe que ella pensaba lo mismo.

Todo el mundo conocía al capitán de los ángeles. Asier… a secas. Recordé de golpe que los ángeles no tenían apellidos.

—Asier.

—¿Y puedo saber por qué?

Quería saber a qué iba a enfrentarme si me llevaban a la comisaría. Ni loca iba a confesarme como la madre de la nueva droga.

—Será informada por él cuándo estemos allí.

No perdía nada por intentarlo.

—Perdona, monada, pero me niego a moverme de mi casa sin que me digas de qué carajos se me acusa.

Me miró entrecerrando los ojos, sin atreverse a creer que yo no estuviera dispuesta a colaborar por muy ángeles que fueran los policías de esa ciudad.

—Se le quieren hacer algunas preguntas de manera oficial.

—¿Sobre qué?

A pesada no me ganaba nadie, eso seguro. Sonreí en mi interior por ser capaz de molestarla.

La mujer me miró confundida, estaba segura de que nadie se atrevería a plantarles cara a los ángeles cuando se presentaban en tu casa para detenerte.

—No estoy autorizada para darle esa información. Si es tan amable de vestirse de manera adecuada para poder acompañarme…

Me di cuenta de que aún iba en pijama y sonreí algo avergonzada. Se me ocurrió la mala idea en un segundo y no dudé de llevarla a cabo.

—Deme unos minutos para vestirme. Espere aquí.

Le cerré la puerta en las narices sin darle opción a decir nada más.

El ángel volvió a llamar, naturalmente, pero me metí en mi habitación sin tener la menor intención de acompañar a esa mujer a ningún sitio. Me vestí con rapidez mientras seguían llamando a la puerta, cada vez con más fuerza.

No pensaba abrir. Ya se cansaría.

Salí por la ventana del baño, agradeciendo que estuviese en la planta baja. Odiaba las alturas desde pequeña.

Me marché sin hacer ruido dejando al ángel llamando a la puerta, cada vez de peor humor.



BIBIAN

Estaba en mi vivero repasando las plantas. No me podía quitar de encima la sensación de que el tema de los ángeles no había terminado todavía. En la floristería, situada en la parte delantera del vivero, se encontraba Kate, que trabajaba conmigo desde que mi negocio, y los clientes que buscaban pócimas, fue creciendo poco a poco. Por supuesto también era una bruja.

Había una ley no escrita que decía que estaba mal visto que las brujas se mezclaran con el resto de los seres mágicos. Por lo que, poco a poco, nos habían ido excluyendo y apenas nos mezclábamos con el resto de los habitantes de la ciudad, en este caso, en Chicago solo había humanos.

Estaba explicando a una clienta las propiedades de una pócima para el dolor menstrual, cuando oí gritos en la floristería.

—¿Qué ocurre?

Miré a mi clienta que me observaba con curiosidad.

Me encogí de hombros y miré a la puerta que comunicaba la floristería con la oficina.

—No puede entrar ahí… Oiga…

Abrí los ojos sorprendida cuando un ángel gigantesco entró en el vivero con cara de muy mala leche.

¡Oh, mierda!

—¿Este no es…?

La clienta me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí, eso creo.

Me quedé mirando al que supe que era el capitán de los ángeles. Nunca lo había visto, pero sí oído lo que decían de él.

Era un hombre de casi dos metros. El pelo negro como el ala de un cuervo que le llegaba casi a los hombros y vestía un traje gris que le quedaba como un guante, pero lo más sorprendente era que sus ojos brillaban de color rojo, como si una hoguera lo calentara por dentro.

Que fuese guapo como el demonio no lo percibí en el momento.

Solo que sentí unas inmensas ganas de echar a correr.

¿De verdad había venido el jefe en persona a por mí?

—Oiga, no puede irrumpir así en mi negocio.

Supuse que sería inútil reprenderlo y que nada evitaría que hiciese lo que había venido a hacer, que ya suponía lo que era.

—¡Tú…, maldita bruja impertinente! ¿Quién coño te crees que eres para negarte a mis órdenes?

Me negué a dar un paso atrás, así que esperé al ángel y lo miré con determinación.

¡No pensaba amedrentarme ante él!

—No puedes hacer esto… Lo que quiera que sea lo que vayas a hacer.

—Ya verás como sí. Vienes conmigo.

En un solo movimiento me cogió por una muñeca con mano de acero y me obligó a caminar junto a él con paso rápido. Arrastrarme, más bien…

Kate me miró sorprendida e impotente.

—¿Qué has hecho? ¿Bibi?

No me dio tiempo a contestar.

Como no pude evitar que me arrastrara cuando intenté plantar los pies en el suelo, llegué a la puerta y entré en la floristería, donde algunas personas miraban la escena con verdadera curiosidad.

¡Joder, menuda imagen estábamos dando! No tenía claro que eso no ayudara a conseguir más clientes, aunque solo fuera por la curiosidad de enterarse de lo que había hecho la bruja, para que el capitán de los ángeles, en persona, hubiese tenido que ir a detenerla a su floristería.

En el fondo, las brujas eran igual de cotillas que el resto de los mortales.

—¿Quieres soltarme? —Me estaba comenzando a mosquear el tiparraco este.

—Camina de una vez.

Intenté tirar de su mano y el hombre, en respuesta, la apretó aún más fuerte.

Intenté empujarlo. Puse mi mano en su pecho y empujé con fuerza, pero era como intentar mover una montaña. El ángel levantó una ceja, divertido, y yo volví a empujarlo con fuerza. Intenté liberar mi magia y golpearlo con ella. Sabía que mi magia solo funcionaba con las plantas, era inofensiva con las personas y animales, pero algo debió de sentir Asier, que gruñó en respuesta y aprisionó mi otra muñeca. De repente unas esposas de policía aparecieron puestas en mis muñecas, sin tener ni idea de dónde habían salido. Las miré confusa. ¿Cómo coño había hecho eso? La de la magia se suponía que era yo, ¿no?

—Vas a venir por las buenas o por las malas.

Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos llegado a la calle. El ángel se agachó para cogerme por debajo de las rodillas, levantarme, acercarme a su pecho y echarse a volar.

—¡No, no, no…, por favor!

Comencé a gritar al sentir que me elevaba cada vez más.

—¡Deja de gritar, joder! ¡No voy a soltarte! Vas a dejarme sordo.

Me aterraban las alturas por encima de las demás cosas que me asustaban, me aferré a su

cuello como si me fuera la vida en ello y no dejé de patalear cada vez más histérica.

—¿Quieres estarte quieta? —Él me sujetó más fuerte e intenté mirar su cara, cosa imposible porque me tenía encerrada en su cuello. Apenas podía respirar, lo que empeoró el ataque de pánico que me estaba dando—. Vas a conseguir que nos estrellemos. ¡Para ya!

—Por favor… Por favor…

Empecé a hiperventilar. Mi dolencia cardíaca no era tan grave como la de mi hermana, pero cuando me ponía muy nerviosa o pasaba mucho miedo, mi frecuencia cardíaca se disparaba más que a una persona normal, y al final me acababa desmayando.

Que fue justo lo que me pasó.



ASIER

Noté que de repente dejaba de patalear y de gritar. La miré con curiosidad y la encontré desmayada entre mis brazos.

—¡Joder!

—Que alguien traiga a la sala de reuniones una botella de agua fría.

Entré en la comisaría con un revuelo de alas y pasé con rapidez a la sala de visitas, que todavía estaba vacía a esas horas, tumbándola sobre el sillón con cuidado.

—¿Qué has hecho? ¿La has matado?

Miré furioso a Anthony, que fue el que entró con la botella y vio a la bruja tumbada en el sofá, inerte. Me tendió la botella de agua con una sonrisa. Estaba claro que mi hermano se divertía tomándome el pelo.

—Venía gritando todo el camino y de repente se ha desmayado.

Me acuclillé junto a ella y miré su cara, que estaba más pálida de lo normal. Su largo cabello pelirrojo, de un rojo encendido tan típico de algunas brujas, estaba desparramado a su alrededor poniendo ese toque de color que contrastaba con su enorme palidez.

—Vaya, hay que reconocer que es una bruja muy bonita.

Le lancé una mirada asesina y Miguel, que también entró en la sala tras nosotros, levantó las manos en gesto de paz.

—Ya me callo.

Mika asomó la cabeza por la puerta con curiosidad

—¿Quieres que avise al médico? ¡Joder, solo tenías que traerla! ¿Qué le has hecho por el camino?

Todos la mirábamos sin saber bien qué había sucedido. No era normal que nadie se desmayara en un trayecto hasta la comisaría. De todos era sabido que los ángeles teníamos un excepcional cuidado con nuestros pasajeros en los transportes.

—Parece que ya despierta.

Vi cómo sus ojos de un verde intenso se abrían y me miraban confusos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Te has desmayado. ¿Estás mejor?

—Necesito mis pastillas. Están en mi bolso. —Ante la mirada cautelosa que le proferí,

añadió—: Tengo una dolencia cardíaca.

—Ve —dije a Mika, que salió rauda de la habitación.

Su bolso se había quedado en la floristería.

—¿Quieres un poco de agua?

No tenía claro lo que podía ofrecerle, seguía terriblemente pálida, y esa especie de purpurina que brillaba bajo su piel, característico de las brujas, no se veía por ninguna parte. Tenía la piel pálida y con algunas pecas pelirrojas en el puente de la nariz y las mejillas.

¡Tenía que reconocer que sí era una mujer muy bonita! Mujer no…, Bruja, era una bruja muy bonita.

Ella negó con la cabeza y se mantuvo tumbada con los ojos cerrados.

Mika volvió unos minutos después con una mochila de color cobre. Me la tendió y no tuve ningún reparo en rebuscar para localizar las pastillas que ella había dicho.

—¿Son estas?

Eran las únicas que había…, así que…

Ella asintió y le di una. Le acerqué la botella de agua para que bebiera. Ninguno recordaba que llevaba puestas las esposas y ella se miró las manos unidas sin parecer recordar lo que había pasado para llevarlas.

Le cogí una mano y las esposas desaparecieron igual de rápido que en su momento aparecieron.

—Gracias.

Bebió un largo trago de agua para tomarse la medicación. Cerró los ojos y esperó a que le hiciera efecto.

Todos la mirábamos con curiosidad mientras ella seguía con los ojos cerrados. Su piel de repente comenzó a brillar con suavidad. Parecía encontrarse mejor.

Pasados unos minutos abrió los ojos y miró a todos los que estábamos allí parados mirándola. Se centró en mí, que seguía de cuclillas a su lado.



BIBIAN

«¿Todos los ángeles llevan trajes italianos a medida?» pensé. «¿Por qué carajos este hombre tenía que ser tan guapo?»

—Bien, ¿para qué demonios me has traído aquí?

—Ya que pareces estar mejor…, vienes conmigo.

El gigante me cogió la mano y me obligó a levantarme de malas maneras. ¿Dónde había quedado la preocupación de sus ojos de hacía unos minutos?

Me sentía avergonzada por el montón de ángeles que me estaban mirando desde la puerta de la sala entre diversas expresiones en sus rostros, desde la diversión, hasta la clara antipatía.

¿Qué demonios le pasaba a esa gente con las brujas? ¿De verdad pensaban que tenían autoridad moral sobre el resto de los seres que habitaban la tierra? Estaba cansada de intentar, constantemente, hacerme valer como mujer y como bruja. Nadie debería sentirse por encima de los demás.

Había una triste hiedra en una maceta en un rincón. Estaba prácticamente muerta y olvidada. Hacía mucho que nadie se acordaba de regarla. Estaba en mi naturaleza cuidar de las plantas, era sencillamente superior a mis fuerzas, así que me paré un momento y pasé mi mano con suavidad sobre ella insuflándole vida. La planta comenzó a crecer de manera rápida, mucho más rápido de lo que lo haría a su ritmo. En un momento la planta estaba a punto de llegar al techo y se había salido las raíces del pequeño tiesto donde estaba metida. Incluso si se miraba con atención, se podía ver cómo sus hojas se movían, como si me saludaran.

Los murmullos detrás de nosotros hicieron que Asier se parara y mirara la planta a mi

derecha. Era difícil no verla. Verde y resplandeciente donde solo segundos antes estaba amarillenta y mustia. Me miró deseando asesinarme. Los ángeles no mataban a la gente, ¿verdad?

—No vuelvas a hacer eso y camina de una vez.

Con una pequeña victoria sobre él, entré en una sala de interrogatorios, como se veían en las películas.

—Siéntate ahí y estate quietecita.

¿Pensaba marcharse y dejarme allí sola? No perdía nada molestándolo un poco más.

—¿Puedes traerme la botella de agua? La he dejado sobre el sillón.

—Acabas de beber. No puedes tener sed.

Se volvió antes de salir y me miró con frialdad.

«¿Este hombre siempre estaba de mal humor?»

—Sí que tengo. La magia siempre me da sed.

Y era verdad, pero no a esa pequeña escala. Claro que él no tenía por qué saberlo.

—Si estuvieras quietecita, no tendrías sed —me soltó con frialdad.

—Esa planta necesita un tiesto más grande.

También era verdad, pero él sabía que solo intentaba molestarlo, así que gruñó en respuesta y cerró la puerta tras él, dejándome allí sola.

—¿Ni siquiera vas a decirme por qué estoy aquí?

—Sabes perfectamente por qué estás aquí —me gritó tras la puerta cerrada—. Ponte cómoda, porque vas a pasar unas buenas horas ahí metida.



ASIER

—Han pasado dos horas ya, ¿vas a hablar con ella?

Miré a Miguel, que había asomado la cabeza por la puerta de mi despacho.

—Bien, veamos si se ha ablandado un poco y está dispuesta a colaborar con nosotros.

—Quiero estar en el interrogatorio contigo.

Lo miré con curiosidad.

—¿Tanto se me nota que odio a las brujas? —Sonreí mientras íbamos a la sala de interrogatorios.

—Un poco. Esta en particular sí lo sabe y debes saber que piensa usarlo contra ti.

—Sí, provocarme parece ser su deporte favorito —dije divertido. Era una mujer muy rara, ¿para qué negarlo? ¿Quién en su sano juicio se divertiría haciéndome enfadar a mí?

—Paciencia, hermano. —Me dio una palmada en la espalda.

Miramos por la ventana de cristal que comunicaba con la sala de interrogatorios. Desde dentro solo era un simple espejo. No parecía ni molesta ni aburrida, simplemente se había quedado dormida sobre la mesa.

Lo dicho, una mujer muy rara.

—¿Quién cojones se queda dormido en una sala de interrogatorios? —le pregunté a Miguel, que se limitó a señalarla con la cabeza.

—Ella.

Gruñí de nuevo deseando que el día terminara de una vez.

—¡Despierta!

Tiré las carpetas con las fotos sobre la mesa esperando hacer el suficiente ruido para despertar a la bella durmiente. Sonreí cuando se sobresaltó y Miguel sonrió también.

Bibian solo me miró y se incorporó en la silla.



BIBIAN

—Tus ojos ya no son rojos.

De hecho, no pude evitar darme cuenta de que eran de un precioso color azul intenso, como un cielo de verano. Destacaban más con su pelo negro y su barbita de varios días. Su boca seguía apretada en una mueca severa.

—Agradece que sus ojos no estén rojos demasiado tiempo —añadió divertido el otro ángel que iba con él.

—No puede ser tan malo.

Sabía que mi actitud chulesca le enfadaba aún más. No podía evitar provocarlo por arrogante y por gilipollas.

—¿Alguna vez te tomas algo en serio?

—Depende, si puedo evitarlo, no.

Y era verdad. La vida ya era demasiado dura para no intentar verle la parte divertida, aunque pocas veces la tenía.

—¿Acusarte de asesinato es lo suficientemente serio para ti?

Me borró la sonrisa. Eso no me lo esperaba. Pensaba que me habían detenido porque sabían que la droga la había fabricado yo, pero no tenía idea de ninguna muerte.

—No seas ridículo, yo no he matado a nadie.

No pareció gustarle que lo llamara *ridículo.*

—¡Háblame con respeto, maldita bruja!

Se levantó y se estiró sobre la mesa intentando amedrentarme. No pensaba darle el gusto.

—No voy a tratarte con más respeto del que tú me tienes a mí, maldito ángel pomposo.

Sus ojos comenzaron a brillar de nuevo, solo un parpadeo rojo en el interior, pero esa vez sí me preocupó. De hecho, su compañero ya me había advertido sobre él y su humor.

—No te imaginas lo que voy a disfrutar encerrándote por una temporada…, mujer.

Me enseñó unas fotos de unos humanos que indudablemente estaban muertos. Había por lo menos cinco.

¡Oh, Dios mío!

—Yo no sé nada sobre estas muertes.

Era verdad. La boca se me secó y miré sus ojos intentando que viese en mí mi inocencia. Era sabido que ellos tenían un sexto sentido para saber quién cometía los delitos y raramente se equivocaban.

—¿En serio no sabes nada?

Su tono me indicaba claramente que no me creía. Sacó algo del bolsillo y me lo tiró a la cara. Lo cogí al vuelo por instinto antes de que me golpeara en la mejilla. Me sorprendí al ver uno de los botes de mi droga rosa, casi vacío.

—Muchas bocas dicen, por toda la ciudad, que esto es obra tuya. ¿También vas a negarlo?

No tenía sentido negarlo. Ya sabía que la gente hablaría sobre esa droga por muy diversos motivos.

—La droga es mía, pero no ha podido matar a nadie.

Me miró con frialdad sin apartar sus fríos ojos azules de los míos.

—¿Les preguntamos a ellos si les ha sentado mal? —Indicó las fotos con la cabeza.

—No seas ridículo, mi droga no podía matar a nadie.

No le debió gustar mucho mi apelativo, pero pareció dejarlo pasar.

—¿Y eso por qué?

—Porque la probé yo misma y me aseguré muy mucho de saber lo que provocaría. ¿Con quién te crees que estás hablando? ¿Con una bruja del tres al cuarto?

El ángel que le acompañaba se levantó y se acercó a mi silla dejando a Asier al otro lado de la mesa. Al capitán no parecía que le quedara mucha paciencia para seguir tratando conmigo.

—¿Sabes qué ha podido pasar?

Ese ángel parecía ser más simpático que el estirado de su jefe.

—¿Puedo?

Para saberlo necesitaba oler lo que había en ese bote.

Ambos hombres me miraron sorprendidos. Supongo que ninguno esperaba que yo pudiera saber por el olor lo que pasaba con la droga.

—¿Puedes saberlo por el olor? —No podía confundir la mirada escéptica del capitán.

Evidentemente no pensaba creerme. Peor para él.

—Claro. Por algo soy la bruja de tierra más poderosa de Chicago.

No quería impresionar a nadie, pero era un hecho ser quién era y reconocida a nivel internacional.

—Y también eres modesta. —Asier no dejó pasar su desprecio.

—Es un hecho que no puedo olvidar ni obviar, siento que no te guste.

—Por supuesto que no me gustas. Eres una simple aberración, eso es lo que eres.

No iba a hacerle notar lo que me dolía que pensara eso de mí.

—Vale, lo que tú digas.

Abrí el bote y lo olí. Estaba claro que alguien había añadido algo a lo que yo había entregado.

¡Oh, mierda! ¡Menudo marrón!

—Esta droga está adulterada.

—¿Y eso lo sabes solo con olerla? —En los ojos del otro ángel podía verse admiración y sorpresa, algo muy distinto a los del capitán.

—Puedo darte los ingredientes de la droga original y de los que tiene esta. No soy tan tonta de fabricar una droga que mate a la gente, ¿no crees? Y mucho menos si todo el mundo va a saber que la he fabricado yo.

—Déjame que lo dude —soltó Asier.

—Bien, como esto no es cosa mía… —Me levanté con intención de marcharme. Sabía cómo funcionaba el tema de fabricar drogas en Chicago, como era algo cotidiano tenías que pagar una multa que los ángeles consideraran oportuna—, ya me mandarás la multa a mi casa.

—Quieta ahí… Voy a comprobar tus palabras.

Me tendió una hoja de papel donde apunté mi fórmula y lo que contenía el dichoso bote que estaba circulando por la ciudad.

—Y si lo que dices es cierto tendrás que decirnos a quién se la has vendido —añadió el otro ángel.

—No sé quién es…

No me dio tiempo a decir nada más. Asier me cogió la mano y tiró de ella para llamar mi atención y me obligó a mirarlo. La articulación del hombro crujió ante el tirón que me dio, sentí cómo se estiraban los tendones y ligamentos provocándome un dolor tan intenso que sentí náuseas.

—No lo entiendes, ¿verdad? Aunque la droga no mate a nadie, eres la culpable indirecta de la muerte de esta gente. Así que vas a contarme todo lo relacionado al comprador, que es el culpable y al que, si no paramos, va a llenar la ciudad de muertos.

Entendía lo que me decía, pero tenía un gran problema.

—El problema es que de verdad no tengo idea de a quién se la vendí. Tengo solo un correo electrónico que se utilizó para el encargo. Si quieres te lo paso por si eres capaz de llegar al que está detrás de todo esto.

Le conté todo lo que sabía al respecto.

—¡Además de bruja, eres idiota! —soltó el capitán antes de marcharse.

Los ángeles se marcharon dejándome de nuevo allí sola. No pude dejar de darle vueltas a las palabras de Asier.



BIBIAN

El muy cabrón me tuvo más de veinticuatro horas detenida. Tuve que dormir apoyada sobre la mesa de la sala de interrogatorios. Ni siquiera se dignó a llevarme a un calabozo donde poder estirarme y dormir en un catre.

Me dieron algo de comer, me dejaron salir al baño, aunque me gané una bronca monumental porque en mi corto trayecto hasta allí, estuve abonando todas las macetas que me encontré en el camino, convirtiendo la comisaría en una semi jungla que hizo las delicias de algunos y enfureció al capitán como sabía que haría.

¿No me quería tener detenida? ¡Pues que se jodiera!

—No sé cómo has sido tan estúpida de dejarte embaucar por unos narcotraficantes. Si crees que van a dejarte en paz después de esto, es que eres más tonta de lo que pareces a simple vista.

¡Él haciendo amigos!

No pensaba decirle cuáles habían sido mis motivos para haber hecho lo que hice. Que pensara lo que quisiera, de todos modos, ya lo hacía.

—Solo voy a decirte que tuve motivos muy poderosos para hacerlo.

—Cuando tengas problemas con ellos, que los tendrás, ya pensarás en serio lo de colaborar con nosotros para descubrirlos.

No pensaba hablarles de mi hermana ni de su enfermedad, porque seguramente no les importarían los motivos. Como no dije nada al respecto, me soltó:

—Eres una mierda igual de grande que los tipos a los que les vendiste la droga.

Ya lo sabía, de todos modos, me molestó que él pensase eso de mí.

¡A la mierda!

—¿Eso significa que vas a echarme de menos?

Mi pregunta hizo sonreír a Miguel y Mika disimuló una risa tras una oportuna tos.

—Lárgate de aquí antes de que decida encerrarte y tirar la maldita llave.

—¿No me vas a dar un beso de despedida?

Se oyeron risas, ahora sin disimular.

—¡Fuera!

Decidí irme a ver a mi hermana al hospital.

Hice las maletas y me marché a Nueva York. Hablé con mi empleada para que abriera la floristería y dejé entregados todos los encargos de pócimas que tenía. No sabía a ciencia cierta cuándo iba a volver, de repente, necesitaba poner distancia de por medio y esperar a que los ánimos se calmaran.

No me sorprendió demasiado volver a recibir encargos para fabricar más drogas, pero me negué.

No pensaba volver a tener encima a la policía con ese tema. Con un encuentro con el capitán Asier había tenido bastante.

Podía sentir el odio de ese hombre como un golpe físico y aunque ya estaba acostumbrada a muchos desplantes y a que me hicieran el vacío, saber que provocaba eso en una raza que en principio tenía que ser imparcial y que estaba en la tierra para proteger a todas las criaturas que convivían allí en relativa paz…, no me acostumbraba a tan abierta hostilidad. Era una lástima porque el capitán Asier era un espécimen masculino difícil de olvidar. Con todo ese pelo moreno y todos esos músculos marcados bajo ese traje que debía costar lo que yo ganaba al mes en la floristería… Esos ojos azules y esa sonrisa de perdonavidas…Ummm, muy difícil de olvidar. Y esas alas inmensas y majestuosas, tan blancas e inmaculadas como la nieve recién caída, y posiblemente igual de esponjosas que el algodón de mejor calidad, lo convertían en el hombre más impresionante que había visto nunca.

Aunque su cara de haber chupado un limón le bajaba la libido a cualquiera…, pero, aun así.

«¡Céntrate, Bibian!»

Hablé con los médicos que estaban llevando su caso, un compendio de razas donde predominaban la humana y algunas brujas, principalmente. Las brujas no solían mezclarse para trabajar con humanos, pero de vez en cuando se hacía esa excepción, sobre todo en algunas profesiones importantes para todas las razas.

—Está respondiendo bien al tratamiento, aunque aún es pronto para aventurar nada. Sabemos que esta enfermedad es hereditaria, su hermana nos ha hablado de que usted también la padece, sin embargo, es menos severa. ¿Es cierto?

—Sí. Me han estado haciendo un seguimiento médico por si empeoraba, pero parece ser que se había quedado estable.

—Aun así, no puede estresarse y debe llevar una vida lo más relajada posible. Nada de ejercicio intenso ni sobresaltos ni preocupaciones, ya lo sabe.

Una vida tranquila era lo que menos llevaba en ese momento, pero me prometí que cuando mi hermana se curara nos tomaríamos ambas unas vacaciones en algún lugar paradisíaco donde hiciera mucho frío. Nada de irse a lugares donde hiciese calor.

Estuvimos paseando por el centro de Nueva York y hablando de lo que había pasado.

—Deberías hablar con los ángeles y decirles que estás recibiendo esas amenazas.

Ya lo había pensado, pero no quería darle el gusto a ese capitán pomposo de darle la razón.

—Cuando vean que no pienso volver a trabajar con ellos, se darán por vencidos. Quiero

evitar a la policía si es posible. Y si se levanta mucho revuelo, el Aquelarre se enterará y estaré detenida en la Torre Negra durante mucho tiempo.

La Torre Negra era la sede central donde el Aquelarre de Chicago tenía la central. Sus famosos calabozos también estaban allí. Esos que nadie quería pisar nunca. El Aquelarre rara vez intervenía en asuntos de las brujas, excepto que fuese un escándalo considerable o algo que pudiese poner en peligro a la comunidad bruja de la ciudad.

—Venga ya, Bib, no puede ser tan malo ese capitán. Todo el mundo habla de lo bueno que es en el trabajo que hace.

—No niego que sea bueno trabajando, lo que digo es que me odia a muerte y no creo haber hecho nada para ganarme su antipatía.

—¿Tú? ¿quedarte sin hacer nada? —Mi hermana soltó una carcajada divertida, a mí me encantaba oírla reír así—. Eres especialista en mosquear a la gente, ¿a quién quieres engañar?

Tuve que reírme con ella al recordar la facilidad con la que lo saqué de sus casillas más de una vez.

—Bueno, es cierto. Pero ese hombre ya odiaba a las brujas antes de conocerme a mí.

—Pues yo solo digo que es una pena.

—Sí que lo es.

Volví diez días más tarde.

Había estado recibiendo proposiciones de negocios para seguir fabricando drogas y en todas me negaba de manera categórica.

Empezaba a preocuparme que esas propuestas hubiesen cambiado a claras amenazas sobre mi persona.

La pena es que tanto una cosa como la otra era imposible de rastrear para poderse enterar de una vez de quién estaba detrás de esas amenazas. Solo eran correos que yo no tenía manera de averiguar quién había detrás de ellos. Aunque sí reconocía el que había aceptado para hacer el encargo. Ni idea de quién estaba oculto detrás.

Tampoco quise ir a la policía porque me negaba a oír al estirado del capitán con su «te lo dije», así que hice oídos sordos con la intención de que, si me olvidaba de ellos, ellos también se olvidarían de mí.

Qué equivocada estaba.

Todo empezó un día que tenía la sensación de que me estaban siguiendo. Solía ir al trabajo andando todos los días, así me obligaba a hacer algo de ejercicio.

La floristería estaba a una media hora de mi casa. Me gustaba disfrutar de un buen paseo cuando hacía buen tiempo.

El invierno estaba a la vuelta de la esquina y por las noches comenzaba a hacer frío. Me subí la cremallera del abrigo y aceleré el paso de vuelta a mi casa en el silencio de la noche. Se me había hecho muy tarde y la ciudad comenzaba a bajar su intensidad a esas horas. Había menos gente paseando por las calles y menos tráfico. Pensé en coger un taxi, pero me apetecía tomar un poco el aire, hasta que me percaté de que me estaban siguiendo.

El hombre no hizo nada para evitar que yo lo viera. Andaba detrás de mí a unos cien metros retirados, pero yo había hecho algunos giros innecesarios para cerciorarme de que de verdad me seguía y no me estaba volviendo paranoica con todo este asunto.

Tras comprobar que no hacía nada por evitar venir detrás de mí, me entró el pánico. No tenía nada para defenderme y era realmente nula en defensa personal porque era incapaz de matar una mosca, menos de golpear a nadie.

Así que hice lo único que se me ocurrió. Eché a correr, y para mi consternación, el tipo también aceleró el paso.

Yo estaba casi llegando a mi casa. Así que no hice caso a mi vocecita que me decía que correr no era una buena idea y llegué a la puerta del edificio sin resuello. Se me cayeron las llaves en la acera con los nervios, y eso le dio al tipo la oportunidad de alcanzarme.

Se colocó detrás de mí, sin tocarme, mientras yo me peleaba con la maldita cerradura.

—Vengo a aconsejarte para que aceptes el encargo que se te ha hecho.

Negué con la cabeza. No iba a permitir que me amenazaran.

—No pienso hacerlo.

No sé de dónde me salió la valentía, pero me volví hacía él y le hice frente.

—No te conviene mosquear al jefe.

—Dile a tu jefe que no me asustáis. Si me matáis no hay droga.

—Hay más personas a las que poder hacer daño sin necesidad de tocarte un pelo.

No podía verle la cara. Llevaba una sudadera con capucha y la luz de la farola creaba sombras en su cara, por lo que estaba ciega en lo que a su aspecto físico se trataba. Pero su voz….

—Iré a la policía. ¿Me oyes? Dile a tu jefe que se acabó. No le tengo miedo.

—Ten por seguro que le llevaré tu mensaje.

El tipo se largó.

Me tuve que sentar en el escalón de la entrada cuando mis piernas dejaron de sostenerme.

¡Ahora sí estaba metida en un buen lío!



BIBIAN

Vender pócimas era la parte que más me gustaba de mi faceta de bruja. Tenía que hablar con la clienta, normalmente eran mujeres, aunque les vendiese tónicos reconstituyentes para la potencia sexual del marido, solían ser ellas las que venían a comprarlo. Así que, ese ratito charlando con ellas, casi siempre habían sido brujas el mayor número de clientas que tenía, pero últimamente comenzaban a venir humanas también.

En este momento estaba reunida con una clienta, en la mesa de mi dispensario mágico que se encontraba anexo al vivero. Me hacía la función de almacén donde guardaba todos los ingredientes de mis pócimas, debidamente separados y etiquetados de manera individual en frascos de colores. Rose, una humana teñida de rubio, de mejillas rubicundas y sonrisa fácil, se tomaba una taza de té, que yo odiaba y que me obligaba a tomar por acompañar a la clienta que me lo pedía.

—¿Es cierto lo que cuentan que te pasó el otro día con el capitán de los ángeles? —Me guiñó un ojo y tuve que asentir. No tenía sentido negarme si ya parecía conocer la noticia—. Yo haría cualquier cosa si supiera que ese bombón iba a venir a detenerme. ¿Es tan guapo como dicen?

Su imagen me vino a la cabeza. Sus fríos ojos azules, esa barba de varios días, ese ceño eternamente fruncido y ese montón de cabello negro que prometía ser tan suave como parecía.

Me removí en la silla inquieta y apreté mis muslos de manera inconsciente.

—Posiblemente incluso más. Si te gustan los hombres arrogantes con un palo metido en el culo y con cara de chupar limones continuamente.

—Bueno, si es tan guapo como dicen se le puede perdonar la mala leche, ¿no?

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Qué es lo que hiciste para que tuviese que venir a por ti? —Me miró con curiosidad dando un largo trago a su té sin quitarme los ojos de encima. Su esmalte de uñas, de un rojo intenso, destacaban sobre el azul oscuro de la taza como si tuviese los dedos manchados de sangre—. Pensaba que mandaba a alguno de los otros ángeles y que él solo se enfrentaba a los casos difíciles.

¡Si tú supieras!

—Posiblemente porque le cerré la puerta a la tal Mika y después no le quise abrir.

Tuve que reírme con ella cuando recordé su cara de mala leche al tener que venir a buscarme.

—Eres un caso, de verdad.

—No nos salgamos del tema. ¿Quieres una pócima anticonceptiva?

—Sí.

La miré intentando que me contase algo más. Necesitaba saber si con quien mantenía sexo era un humano, para ajustar los ingredientes lo máximo posible.

—¿Puedo saber quién es el afortunado? —Ante su mirada dubitativa añadí—: Ya sabes que lo que me digas será un secreto, como el de doctor y paciente —le aclaré. Ella suspiró más decidida a contármelo—. Necesito ajustar al máximo los ingredientes…

—Es un ángel.

La miré sorprendida. Que los humanos mantuviesen sexo con los ángeles no era demasiado raro. Los únicos con los que no solían hacerlo era con las brujas, por ese odio ancestral que nos tenían cuando provocamos, según ellos, que los desterraran a la tierra.

—Vaya.

No sabía qué más decirle. No solía hacer tónicos anticonceptivos para quienes follaban con ángeles.

—No te imaginas cómo son en la cama.

Sonreí tras mi taza de té.

—¿Muy ardientes?

Eso era al menos lo que había oído de ellos. Que se podían pasar toda la noche follando sin ningún problema. Pero claro, las habladurías eran lo que tenían…. Vete tú a saber qué parte era la de verdad.

—No solo eso. —Se acercó para susurrar en un intento de que no se nos oyera fuera—. También por el tamaño de sus…. Ya sabes.

Eso era nuevo.

¿Por qué no habían contado ese tipo de cotilleos jugosos igual que contaban el otro?

No pude evitar imaginarme qué tendría Asier bajo esos pantalones de traje hechos a medida que tan bien le sentaban…

«¡Oh, Dios mío! ¿Por qué me haces esto?»

—Bueno, si la tienen grande y encima saben follar bien, no lo dejes escapar.

—Ya te digo yo que no. —Ella se rio por mi comentario—. ¿Para cuándo la tendrás hecha?

Se acabó el té y se levantó, dando por terminada la sesión de cotilleos.

—Para mañana por la mañana. Pásate sobre las once o así.

—Gracias por el té.

¡Sí, ese que yo aborrecía por encima de todas las cosas!

Se marchó con una sonrisa y un revuelo de su falda larga, y yo me quedé allí pensando en lo que me acababa de revelar.

Oí un ruido de vasijas rotas y supuse que a Kate se le había caído algo al suelo. Cerré los ojos

con pesar.

Un gemido y unos golpes como si alguien cayese al suelo y más ruido, esta vez de cristales rotos, me extrañó de verdad.

Me levanté para salir y comprobar lo que estaba pasando.

—¿Dónde está tu maldita jefa?

Ante ese grito me escondí otra vez con rapidez. Había atisbado por lo menos a tres hombres en la floristería. No había visto a Kate y supuse que el ruido podía haber sido de su cuerpo al caer.

Pensé en salir a ayudarla, pero luego decidí que sería de más ayuda si pedía auxilio. ¿Qué iba a hacer yo contra tres hombres? Mi corazón comenzó a latir desbocado e intenté controlar mi miedo antes de que se descontrolara por completo. Me encogí ante el sonido de golpes que se oía en el exterior. Deseaba que no le estuviesen haciendo daño a Kate.

Me escondí debajo de la mesa y cogí el móvil marcando con rapidez el número de la comisaría, mientras me obligaba a respirar con calma para intentar acompasar los latidos de mi corazón.

¡Por dios, Kate!

Esperaba que no le hicieran daño y esperé resollando nerviosa a que alguien contestara la llamada.

Más gritos y ruidos de objetos rotos hicieron que me encogiera aún más en el suelo.

¡Por favor, por favor!

—Comisaría de policía. ¿Cuál es su problema?

—Por favor, que venga alguien. Hay tres tipos en mi floristería destrozándolo todo. Creo que han herido a mi empleada… Por favor, por favor.

—Señora, ¿dónde se encuentra usted?

Le di mis datos y gemí bajito cuando oí gritos acercándose.

¡Vienen a por mí! ¡Vienen a por mí!

—¿Bibian? —Me llamaron por mi nombre y ya no recordaba que se lo acabo de dar yo a la mujer de la centralita—. ¿Está en un lugar seguro?

—Estoy bajo la mesa de mi oficina, escondida, pero creo que voy a salir para intentar ayudar a mi amiga. No sé lo que le han podido hacer.

—Quédese donde está. La ayuda va en camino. No se enfrente a ellos usted sola, ¿me oye?

—Por favor.

Miré buscando mi bolso, que por un momento no recordaba dónde se encontraba. Necesitaba mis pastillas. El dolor en mi pecho me indicaba que mi nivel de ansiedad comenzaba a ser importante. Quería salir a ayudarla, necesitaba hacer algo, no era una cobarde que se escondía cuando las personas que le importaban tenían problemas.

—Aguante un poco, la ayuda está a punto de llegar.

¡Mis pastillas, mis pastillas…, joder, las pastillas!

Sentía mi corazón palpitar con fuerza contra mis costillas y cada vez que oía un ruido de cristales y cosas rotas me encogía más en el suelo. Me olvidé de intentar salir. Tendría suerte si no me moría de angustia tendida allí en el suelo de mi despacho.

Me desmayé antes de que llegase la ayuda.



ASIER

—¡Capitán!

Levanté la cabeza y miré la puerta por donde se asomó Miguel con cara de alarma.

—¿Qué ocurre?

«¿No puedo estar cinco minutos sin que alguno de mis hermanos venga a interrumpirme?» pensé. «¡No terminaré el puñetero informe en la vida a este paso!»

—Acaban de llamar de una floristería del centro. Al parecer unos individuos la están destruyendo y han atacado por lo menos a una de las mujeres que trabajaban allí.

Me levanté, extrañado de que hubiese un ataque a plena luz del día.

—¿Sabemos algo más?

Me puse la chaqueta del traje y me dirigí a la puerta con él.

—Ya han mandado una ambulancia y acaba de marcharse Mika con Anthony. Al parecer, es la floristería de la bruja que detuvimos la semana pasada.

Algo se encogió en mi interior. Le dije a esa maldita mujer que pasaría justamente eso.

Ella no parecía haberme creído cuando le dije lo que le ocurriría por haberse mezclado con ese tipo de gente.

Había una ambulancia en la calle y estaba cerrando la puerta para llevarse a alguien.

Mika se acercó a nosotros de inmediato.

—¿Qué sabemos?

Leyó sus notas antes de mirarme de nuevo.

—Se llama Kate y trabaja aquí desde hace cinco años. Entraron tres hombres con bates de beisbol y se dedicaron a romperlo todo.

Un olor intenso a flores y tierra me asaltó al mirar al interior donde se veía un montón de flores y plantas tiradas por el suelo.

—Venían buscando a Bibian. Está claro que son hombres del narcotraficante. Tenemos descripciones de los tres y los estamos buscando en la base de datos. La suerte es que la mujer no les dijo que su jefa estaba en la habitación contigua, por eso no se la han llevado.

—¿Dónde está?

—La están atendiendo por un ataque de ansiedad. No tenía sus pastillas del corazón con ella

y se había desmayado cuando los sanitarios llegaron.

—Le dije a esta mujer que le pasaría justamente esto. —Me decidí a entrar para ver cómo estaba—. No puede ser más ilusa si pensaba que ellos se darían por vencidos.

—Al parecer lleva recibiendo amenazas desde entonces.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Nos habían dicho algo al respecto?

No tenía ninguna noticia sobre ello. No se me pasaría por alto nada que tuviera que ver con esta… bruja.

—No, pero eso no es todo. Al parecer su hermana está gravemente enferma por una dolencia cardíaca más grave que la suya. —La miré intentando descubrir a donde quería ir a parar—. Fabricó la droga para conseguir el dinero para que la trataran en un hospital de Nueva York.

¡Ahí estaba el motivo!

Y había preferido que pensara lo peor de ella sin darme ni una puñetera explicación al respecto.

¡Maldita mujer!

—¿Dónde está?

—Dentro.

Entré a paso rápido y miré el destrozo que habían hecho. No me gustaban demasiado las flores, pero para una bruja de tierra como ella, ese daño a las plantas tenía que dolerle mucho más que el mensaje que habían querido transmitirle.

Había algunos médicos en la puerta de una habitación contigua y supuse que allí debía estar… ella.

Había conseguido molestarme que no se hubiera dignado a contarme el motivo que tenía para mezclarse con esa escoria. Recordé mis palabras lapidarias días antes.

«Eres igual de mierda que ellos».

Y lo había hecho para salvar la vida de su hermana.

Yo conocía de primera mano cómo funcionaba la burocracia en esa ciudad. Las brujas podían pedir las mismas subvenciones y ayudas que se les daban a todos los demás habitantes, pero sus papeles nunca llegaban a ningún lado. Al ser brujas y ser las culpables de la ira de Dios, nadie haría nada por ayudarlas, fuese lo que fuese que necesitaran, sencillamente nadie había olvidado lo que hicieron y nadie las perdonaba. Eran unas parias que nadie ayudaría en esa ciudad ni en ningún otro sitio.

No pude evitar sentirme mal.

—¿Cómo está?

—Se niega a venir al hospital. —El enfermero miró hacia dentro de nuevo y negó con la cabeza—. Su corazón está inestable ahora mismo y debería estar vigilada, pero no podemos hacer nada si no quiere venir con nosotros. Intente no molestarla demasiado, capitán. Por hoy ya ha tenido suficientes sobresaltos.

Los dejé pasar y me quedé en la puerta buscando a Bibian con la mirada. Me sorprendí al verla sentada en la silla del despacho con las piernas recogidas bajo su cuerpo y con los ojos cerrados. Lloraba en silencio y sus lágrimas me dejaron alucinado. Estaban llenas de ese brillo que palpitaba bajo su piel como si fuera purpurina, así que sus lágrimas brillaban allí por donde iban cayendo. Era la viva imagen de una mujer destrozada.

Los ángeles teníamos un sentido especial para sentir el sufrimiento interior de las personas. No solo el dolor físico, sino también el emocional, que era mucho más intenso e íntimo.

El de ella me llegaba en oleadas y consiguió lo que nunca pensaba que una bruja podía

conseguir de mí…: enternecerme.

Esa mujer me desconcertaba completamente por las emociones que conseguía provocarme.

—¿Por qué no vas al hospital a que te ayuden?

Ni siquiera me miró.

Siguió llorando en silencio con esas lágrimas brillantes que eran lo más hermoso que había visto nunca.

No sabía que las lágrimas de las brujas pudieran ser así.

Me acerqué a ella y, aun así, no abrió los ojos. Me senté en el pico de la mesa, acomodando mis alas con cuidado de no pillármelas debajo. Las abrí y cerré para colocarlas bien.

Ella olía a tierra de una manera sutil, como huele el aire cuando acaba de llover y llevaba un perfume floral que me recordó un prado en primavera. Muy agradable.

—¿Por qué no me contaste lo de tu hermana?

Ella me miró y si se sorprendió de verme tan cerca, no dijo nada. Solo me observó con esos impresionantes ojos verdes que tenía, llenos de tristeza.

—¿Para qué? Tú ya tenías hecha una idea sobre mí, ¿recuerdas?

Podía darme cabezazos por ser tan bruto algunas veces.

—¿Serviría de algo si me disculpo?

Negó con tristeza.

—Solo soy una bruja. Te alegrarás de todo lo malo que me suceda por ser tan idiota.

—¿Vas a echarme en cara todo lo que te dije el otro día?

Comenzaba a molestarme oír mis propias palabras en su boca. Ella no había hecho nada para merecerse ese trato. Solo intentar salvar a su hermana y hasta yo podía entender que hiciera algo así. La cosa era saber lo que podía hacer ahora para protegerla.

—Está en mi naturaleza —me recordó, como si pudiese olvidarlo—, el intentar molestarte.

No quise seguirle el juego. Bastante había pasado ese día ya, como me recordaron los enfermeros de la ambulancia.

—¿En qué hospital está tu hermana?

Pensé que cambiar de tema podría ayudarla un poco a salir de ese estado de tristeza en el que estaba. Prefería mil veces que me gritara a que se quedara allí culpándose por todo.

Mi alma piadosa no se podía quedar sin hacer algo.

—En *El Sagrado Corazón* de Nueva York. ¿Por qué?

Entonces sí me miró con curiosidad.

—Voy a hablar con la comisaría de allí para que le pongan protección.

—Nadie puede entrar allí, no se aceptan visitas.

Ya lo sabía, pero aun así…

—No te imaginas lo que esta gente puede llegar a hacer para conseguir lo que quieren.

—Si atacan a quienes quiero solo conseguirán que me cierre más a trabajar para ellos.

—¿Volverás a hacerlo? ¿Todo esto es porque te has negado a seguir trabajando con ellos? —Indiqué con la mano lo que nos rodeaba. No sabía si ella había visto ya los destrozos de la floristería.

¿Pensaba hacerlo? No tenía claro que fuera buena idea.

—No, ahora estoy más decidida que nunca.

—Te lo han seguido pidiendo, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué no me avisaste de lo que te estaba pasando?

Me sonrió con tristeza, algo era algo.

—¿Para qué? ¿Para regodearte todavía más?

—Nadie puede alegrarse de lo que te ha pasado, Bibian, ni siquiera yo.

Que era más tonto que la mayoría.

—Nadie puede hacer nada. Yo sola me lo he buscado y yo buscaré la manera de salir de esta.

—¿Y qué piensas hacer, *Catwoman*? ¿Enfrentarte a ellos tú sola?

Me miró con seriedad y el enfado había vuelto a sus ojos, que brillaron enfadados, ya sin rastro de lágrimas. Aunque su mejilla brillaba de manera intensa en los dos surcos mojados. Me dieron ganas de limpiarla con los dedos. En respuesta, me levanté y di un paso atrás.

¿En qué coño estaba pensando?

—Lo que haga o no, no es asunto tuyo.

—Te recuerdo que yo soy quien administra justicia en esta ciudad. Nadie va a atacarte e irse de rositas.

—Pero yo soy una bruja —me recordó enfrentando su escaso metro sesenta a mi metro noventa—, no merezco protección.

Estuve a punto de reírme por lo ridículo de la situación.

—Tú puedes ser lo que quieras, pero el capitán de los ángeles soy yo y estás bajo mi protección, te guste o no.

Al parecer no le gustaba demasiado.

Y, para ser sinceros, a mí tampoco.



BIBIAN

Los días siguientes me dediqué a limpiar la floristería y a dejarla preparada para volver a abrirla al público. Si pensaban que me iban a convencer para seguir trabajando con ellos atacando a mis seres queridos, era que no me conocían en absoluto.

Tenía que agradecer a Asier que le hubiese puesto vigilancia a mi hermana en el hospital. Eso me dejaba mucho más tranquila y podía dedicar mi tiempo a hacer las cosas a mi manera. Estaba pensando cómo poder vengarme del cabrón que me había mandado los matones que habían destrozado mi negocio sin que ni siquiera se dieran cuenta… o para cuando quisieran darse cuenta yo pensaba estar lejos de allí.

Hacía mucho que no me iba de vacaciones y llevaba un tiempo esperando que mi hermana recibiera el tratamiento y mejorara, para poder irnos las dos a un lugar exótico, lejos de todo.

Por las tardes me iba al hospital a hacerle compañía a Kate. Le habían roto el bazo de un golpe y había estado a punto de morir desangrada, pero, ni siquiera así, habían conseguido doblegar su voluntad. Era igual de terca que yo o incluso más. De hecho, estaba deseando que le dieran el alta para volver al trabajo. Le dije que le daba un tiempo de vacaciones pagadas, todo el que necesitara, pero ella se negó, asegurando que no iba a permitir que unos drogatas de mierda la alejaran de lo que le gustaba.

Era como una segunda hermana para mí. Ya os conté que las brujas estamos excluidas de todas las relaciones sociales y eventos que no fueran exclusivamente de brujas, lo que hacía que tuviésemos muy pocas amigas que no fuesen como nosotras.

Aunque Chicago era una ciudad grande, todas las brujas nos conocíamos y nosotras, yo por

dedicarme a las pociones mágicas y ella por trabajar conmigo, éramos conocidas en todas partes.

Lo que nos estaba pasando, no hacía más que levantar especulaciones sobre con quién nos juntábamos o a qué nos estábamos dedicando para granjearnos enemigos tan poderosos.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Bibi?

Su pregunta me sacó de mis pensamientos.

—Aún no lo he decidido.

—Van a ir a por ti y no pararán hasta obligarte a trabajar para ellos, lo sabes, ¿verdad?

—Ya veremos.

No podía evitar que vinieran a por mí, evidentemente, pero lo de trabajar para ellos ya era otra cuestión.

—¿Por qué no has querido la protección que te ha ofrecido el capitán?

—No quiero deberle nada, Kate. Las dos sabemos, y estoy segura de que ese hombre también los sabe, que…, si vienen a por mí, él tampoco podrá detenerlos.

Miramos al ángel que hacía guardia en la puerta de la habitación. Estaba claro que nos estaba oyendo y que le iría a Asier con el cuento, pero me daba lo mismo que supiera que no quería su ayuda. Él me odiaba por lo que era y no iba a permitir que me restregara en la cara lo que tenía que hacer por mí.

Antes muerta que tener que deberle algo a ese engreído con alas.

—No sabía que también fueras orgullosa.

No lo había oído acercarse y su simple tono de voz me crispó, como me pasaba siempre que lo oía. Verlo provocaba en mí otro tipo de reacciones que tampoco me gustaban. Estaba claro que nos había oído.

—Ya tienes otro defecto que sumar a todos los que ya sabías que tenía —le solté con acritud.

—¿Puedo pasar?

Esperé que Kate le diera permiso ya que era su habitación y debía haber ido a verla a ella. Que yo estuviese allí debía haberle jodido tanto como a mí tener que volver a verlo.

—Esperaba que hubieses cambiado de opinión, Bibian.

Entró y llenó la habitación con su presencia, haciéndola parecer más pequeña, como pasaba cada vez que entraba en algún sitio. No conseguía entender lo que me ocurría cada vez que lo veía. Estaba claro que ambos nos odiábamos, pero mi cuerpo reaccionaba a su presencia de un modo extraño, mi boca se secaba y mis tripas se encogían de una manera dolorosa. Conseguía ponerme nerviosa y eso me molestaba aún más, y a él parecía pasarle algo parecido conmigo porque siempre me miraba con el ceño fruncido.

—Solo me faltaba tenerte merodeando por mi casa como si fuésemos amigos, ya es bastante malo verte de vez en cuando, ¿no crees?

—Créeme que estar pendiente de ti es lo que menos me apetece del mundo, pero es mi trabajo.

—Pues vete a molestar a otro, *gorrioncito*. Yo no te necesito.

Sabía que se molestaría y lo dije por eso mismo. Me encantaba provocarlo hasta sacarlo de sus casillas, sentía un perverso placer sabiendo que podía molestarlo con tanta facilidad.

—¿Cómo me has llamado?

Su tono sorprendido me causó un intenso placer.

—*Gorrioncito.* —Me acerqué a él y lo encaré para que no le quedasen dudas del apodo que acababa de encontrar para molestarlo. Sus ojos dieron un aviso al brillar en rojo, solo un parpadeo—. Ya sabes, por tus plumas… y eso.

—Te exijo una disculpa.

Sus alas eran una preciosidad, una auténtica pasada, pero ni muerta pensaba decírselo.

Su cara ofendida casi consiguió arrancarme una sonrisa. Arrastrarlo por el fango me provocaba un inmenso placer. Había que bajarle los humos al capitán, que bastante crecidito estaba ya.

—¿O qué?

No soportaba que me pusiera chula. No era buena idea provocarlo tanto, ¿o sí?

Se enfrentó a mí y mi instinto me avisó de que no debía jugar con él, pero odiaba todo lo que pensaba sobre mí y quería que supiera que yo lo odiaba con la misma intensidad que él a mí.

—Bibian, por favor.

Los dos miramos a Kate antes de volver a mirarnos con fiereza uno al otro. Estaba visto que ninguno quería ser el primero en echarse atrás.

—Que seas una bruja ya es bastante malo, pero encima eres orgullosa, impulsiva e infantil y deberías cuidar que tus actos inmaduros no perjudiquen a los que te rodean. Crece de una vez.

Eso fue un golpe bajo y lo sentí como si me diesen un puñetazo en el estómago.

Bastante culpable me sentía ya por lo que había pasado para que este idiota pomposo me lo tuviera que recordar.

—Voy a marcharme, Kate. De repente no soporto respirar el mismo aire que algunos pajarracos. Te veré mañana. Descansa, ¿vale?

Pasé por su lado sin querer volver a mirarle. Que me culpara de lo sucedido no me extrañaba en absoluto sabiendo la idea que tenía de mí. No pensaba demostrarle el daño que me hacían sus palabras. Yo haría lo que fuera por defender a mis amigos y a mi familia. Pero estaba claro que no podía mantenerlas a salvo y eso me estaba matando. Me tragué el dolor que sus palabras me habían provocado. No pensaba echarme a llorar para que supiera el daño que me había hecho. Ni muerta se lo iba a reconocer.

—Bibian. —Intentó retenerme por la mano cuando pasé por su lado, pero lo esquivé—. Bibian, espera.

Ni muerta.

Esperaba que lo dejase correr y me dejara en paz, pero salió detrás de mí a grandes zancadas.

—¡Déjame en paz! —le grité por encima del hombro sin querer volverme a mirarlo.

Entró en el ascensor detrás de mí y maldije mi suerte porque no hubiese nadie para evitar tener que seguir hablando con él. Sabía que no iba a dejarlo estar.

—¿Quieres parar de una vez?

Me cogió del brazo y me sujetó ante él para que pudiese mirarlo.

—No, quiero que me dejes en paz de una maldita vez. Sabiendo lo que piensas de mí no voy a quedarme a oír nada de lo que tengas que decirme. Todo es culpa mía, ya lo sé —le grité en la cara, con todo el dolor que la situación me provocaba—. No necesito que me lo recuerdes continuamente.

—No he querido decir lo que te he dicho. Consigues sacar lo peor de mí, joder.

—¿Por qué no? No has dicho nada que sea mentira, después de todo.

Y eso era lo que más me dolía.

Que todas estuvieran en peligro por mi culpa.

¿Por qué demonios no podía salirme algo bien, para variar?

Asier bufó y cuando las puertas comenzaron a abrirse al llegar a la planta baja decidí molestarlo a lo grande. Pensaba darme un capricho con él. No podía quitármelo de la cabeza y eso me ponía rabiosa… Miré su boca apretada y fruncida por el mal humor… y no me pude resistir. Me aseguraría de que me odiara tanto que no quisiera volver a acercarse a mí nunca más.

—Lo único en lo que te has equivocado es en lo de niña. Para mi desgracia eres un espécimen difícil de ignorar así que, como soy impulsiva y no sé cuidar de mí misma ni evitar el peligro, no me importará hacer otra tontería. —Le sonreí lasciva—. No me lo tengas en cuenta.

Me acerqué a él y me pegué a su cuerpo, sus ojos se abrieron sorprendidos intentando averiguar lo que pensaba hacer.

¡Te vas a enterar!

—Puedo enseñarte el tipo de mujer que soy cuando quieras. Las brujas solemos ser demasiado mujeres para un pajarito como tú. Pero aun así…

Lamí su boca cerrada con un largo lametón que lo dejó totalmente fuera de juego.

—Pareces un *gorrioncito* muy apetecible. Avísame cuando quieras jugar.

Salí del ascensor sin darle opción a decirme nada más.

Pude sentir sus ojos clavados en mi espalda hasta que salí por la puerta principal del hospital.

Acababa de asegurarme de que, a partir de ese momento, se mantendría alejado de mí de manera definitiva.

O eso esperaba.



BIBIAN

Me fui a pasar unos días a Nueva York. Me habían avisado de que el tratamiento no estaba resultando todo lo bien que esperaban, así que me fui el fin de semana con mi hermana.

Esperaba que las cosas se calmaran un poco.

Me habían avisado de que habían detenido a los tres hombres que destrozaron mi floristería y la cosa, en vez de haberse tranquilizado, empeoró, ya que comencé a recibir amenazas aún peores en mi correo electrónico, indicándome que, si no soltaban a los tres detenidos, tomarían represalias directamente contra mí. El tono de los correos había conseguido preocuparme, cosa que antes no habían logrado.

Estaba claro que decirles a los ángeles que soltaran a los tres detenidos no entraba en mis planes. Y en los de ellos, soltarlos, tampoco.

Dudaba mucho que Asier decidiera contentarme en nada de lo que le pidiera. Así que me fui a la gran manzana a pasar unos días e intentar distraer a mi hermana de los contratiempos de su enfermedad.

Había hablado con los médicos y todos estaban de acuerdo en que era pronto para valorar los resultados obtenidos y que no nos quedaba otra que esperar.

Yo no podía estar más asustada.

Mi hermana Mónica era el único familiar que me quedaba y no podía imaginarme mi mundo sin ella. Era la optimista, sensata, cariñosa y la que ponía un punto de estabilidad a mi vida. Ella era el ancla que me daba perspectiva desde que murieron mis padres. Yo me dedicaba a vivir la vida como venía; día a día. Me había vuelto escéptica y desconfiada, sarcástica y pesimista. Me

había encerrado en mí misma y había encontrado un refugio seguro en mi trabajo, lo único que de verdad me importaba y que me encantaba.

Fuera de eso, nada me importaba y nada me parecía relevante. Enfrentarme a todo bajo un toque de humor sin querer darle la importancia que las cosas podían tener, me ayudaba a guardar mis sentimientos a buen recaudo.

Eso me pasaba con las relaciones. No quería que nadie me importara ni sufrir por nadie, así que me centraba en relaciones esporádicas de una noche que me dejaba satisfecha sexualmente, pero no llenaban ese vacío interior que cada vez era más grande.

Había hablado con Mónica de ese tema a menudo. Ella decía que esperaba encontrar al amor de su vida con el que compartir un futuro e incluso tener hijos. Y eso que llevaba viviendo sin tener un futuro asegurado muchos años. Por eso os digo que ella era la soñadora y la positiva de la familia.

—¿Has decidido qué vas a hacer?

No quería preocuparla contándole la verdad, así que me encogí de hombros y sonreí. Negar los problemas hasta que los tenía mordiéndome el culo era mi especialidad. Escondería la cabeza todo lo que pudiera y si eso no hacía que el problema desapareciera por sí solo…, pues ya vería lo que haría.

—¿Por qué no hablas con la policía? Ellos sabrán qué hacer, Bibi, estoy preocupada por ti. —Me cogió la mano que tenía junto a la suya, ambas sentadas en la cama del hospital, y me la apretó, como si así pudiera obligarme a hacerle caso.

Negué con la cabeza. No iba a contarle lo que le hice a Asier. Aún me avergonzaba cada vez que lo recordaba. Era especial cerrándome puertas, ya lo sabía. Pero con el ángel me había lucido de lo lindo. Agradecía de corazón no haber vuelto a encontrármelo desde entonces.

—Creo que el capitán no está pensando en eso precisamente en estos momentos.



ASIER

—Joder, Asier, no puedes seguir así de empalmado todavía.

Samantha miró mi polla, que seguía estando medio erecta después de echar el tercer polvo de la noche.

Le sonreí medio avergonzado. Ella me sonrió orgullosa pensando que la erección que tenía desde hacía unos días y que me había obligado a llamarla para intentar bajar el calentón que tenía, era por ella. Nada más lejos de la realidad. Había recurrido a esa mujer aburrido de estar continuamente empalmado desde el último encuentro en el ascensor con la maldita bruja del demonio.

Desde que me lamió los labios y dejó su sabor en mi boca, no había conseguido quitármela de la cabeza y mi humor no podía haber sido peor.

Esa bruja me volvía literalmente loco, porque nunca sabía lo que me podía esperar de ella. Era la persona más frustrante que había conocido jamás.

No conseguía entender por qué no estaba acojonada después de todo lo que le estaba pasando. Cualquier otra persona lo estaría. Llevaba a una panda de narcotraficantes amenazándola desde hacía casi un mes. Habían atacado su negocio y a su trabajadora y ella, en vez de buscar protección policial, se había largado otra vez. Suponía que había vuelto a ir a ver a su hermana a Nueva York. Solo sabía que no estaba en la ciudad, porque, aunque ella no lo quisiera y yo tampoco estaba encantado con la idea, tenía a gente vigilando su casa para intentar mantenerla a salvo. Aunque a ella no pareciera importarle demasiado su propia seguridad.

—No podemos dejar esto así, ¿no?

Miré a Samantha con la idea de seguir follando. No me había funcionado demasiado los tres polvos anteriores y seguían doliéndome los huevos al recordar a Bibian. Pensaba darle una noche inolvidable a mi amante. Por la mañana no podría ni sentarse, pero no me importó demasiado.

—No, ni hablar. Mañana no voy a poder sentarme.

Justo lo que yo pensaba.

Me miró la polla, que volvía a estar dura como una piedra y se relamió. Ya sabía lo que estaba pensando y mi polla saltó de felicidad. Hacía unas mamadas de la hostia a pesar de mi tamaño. Que los ángeles calzásemos miembros XXXL era una suerte la mayoría de las veces, sobre todo para las damas con las que mantuviéramos relaciones sexuales. Para nosotros, a veces

no tanto.

—No hay problema. Me gusta mucho cómo me la chupas.

—Me alegra saberlo. Ven aquí.

Me acerqué a ella y cerré los ojos disfrutando de su boca lujuriosa.

A veces era un hombre obediente.



BIBIAN

Había alguien en mi casa.

Desperté sobresaltada y presentí la presencia de extraños de inmediato. Solía tener el sueño ligero y tenía un sensor especial para oler el peligro, así que al despertar mi instinto me avisó de que algo no iba bien.

No pensaba entrar en pánico.

Había llegado de Nueva York hacía apenas unas horas y era imposible que se hubieran enterado ya de mi vuelta, salvo que estuviesen vigilando mi casa.

¡Claro que estaban vigilando mi casa! ¿Qué tipo de delincuentes serían si no me tuviesen controlada?

Que mi subconsciente estuviese en mi contra no me alegraba demasiado.

¿En serio?

Pensaba llamar a la policía, pero antes quería asegurarme de que no estaba neurótica y era cierto que había alguien conmigo.

Agucé mi oído y abrí la puerta de mi habitación para otear la planta baja desde mi posición.

Un golpe y una maldición en voz baja me sacó de dudas. Si no hubiese estado tan asustada me hubiese reído de que, el que estuviese ahí, fuese tan torpe.

Y entonces vi dos luces, dos, de lo que parecían ser linternas, y me di prisa en volver a entrar en la habitación, cerrar la puerta y llamar por teléfono a la policía.

Ojalá se dieran prisa en llegar.

Un fuerte golpe en la puerta me sobresaltó y a punto estuve de tirar el móvil por los aires del

susto.

La manivela de la puerta se movió cuando intentaron entrar en el cuarto.

¿Por qué me tenía que pasar esto?

—Policía. ¿En qué puedo ayudarle?

Me sorprendí de lo amables que eran los que atendían el teléfono.

—Hay alguien en mi casa, por favor, vengan rápido.

Lo dije con la voz tan baja, evitando que me oyesen desde fuera del cuarto, que dudé que hubiesen podido oírme.

Otro golpe en la puerta de la habitación debió oírse por el teléfono porque la voz del hombre sonó preocupada.

—Dígame su dirección y busque donde esconderse. Le mando ayuda de inmediato.

—Por favor, dense prisa, por favor, son dos personas.

—La ayuda va para allá. Escóndase donde pueda.

Colgué el teléfono y busqué dónde esconderme cuándo comenzaron a golpear la puerta, intentando echarla abajo.

¡Joder, joder!

—Abre la puerta, bruja. Queremos hacerte cambiar de opinión sobre la actitud tan estúpida que tienes.

Me metí en el baño de la habitación y cerré el pestillo esperando que aguantase lo suficiente hasta que llegara la caballería.

¿Cuánto podían tardar en llegar? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Y, ¿cuánto tardarían ellos en romper la puerta y alcanzarme?

—No vamos a hacerte daño. Abre la puerta.

—He llamado a la policía —¿De verdad esperaba que sirviera de algo avisarles?

—La policía no va a salvarte de esta.

En ese momento supe que tenían razón. No iban a llegar a tiempo para evitar que me matasen. Me asomé a la ventana del baño, sabiendo que era inútil escapar por allí porque tenía rejas. Estaba atrapada dentro de mi propio baño.

¡Joder!

Mi corazón me avisó de que comenzaba a estresarse más de lo que debería. Aunque sabía que no iba a poder tranquilizarme. ¡Y mis pastillas estaban en la mesita de noche! ¡Mierda! ¿Por qué nunca las tenía donde las necesitaba?

Me encogí en la bañera donde estaba metida y decidí enterrar el hacha de guerra con una persona que me había intentado ayudar y que yo no había querido.

Tenía su teléfono, porque él me lo había dado pidiéndome que lo avisase personalmente si alguna vez lo necesitaba.

No tenía claro que él cogiese el teléfono a las tantas de la mañana.

Lo llamé y esperé.

—¿Se puede saber qué coño te pasa ahora para que te hayas acordado de mí?

Me alegró oírlo quejarse y me sorbí los mocos con una sonrisa nerviosa. No me dio tiempo a hablar.

—Bibian, ¿qué son esos golpes? ¿Estás llorando?

Asentí sin decirle nada más. No me avergonzaba que él supiera que estaba llorando, no había tenido tanto miedo en mi vida.

—¿Bibian? ¡Joder! ¿Qué coño pasa?

Se oían los golpes que daban en la puerta del baño, tan fuertes que apenas lo podía oír por el

teléfono.

La preocupación de su voz era más que evidente. Me dije que debería haberlo tratado mejor cuando tuvo la oportunidad, al fin y al cabo, él solo había querido ayudarme.

—Han venido a mi casa.

Era lo único que pude decirle.

—¿Estás en tu casa? —Pude oír su tono de preocupación y el ruido que de repente se oía en el teléfono—. Llama a la central, voy para allá, ¿me oyes?

—Ya los he llamado.

—Voy para allá, ¿me oyes? Aguanta un poco.

—Te tenemos, bruja.



ASIER

Ya no pude oír nada más excepto los gritos de ella ante lo que parecían golpes.

Mi corazón se paró y salí volando de mi casa rezando para poder llegar a tiempo.

Jamás había volado tan rápido, la preocupación de mi interior me instigaba a que me diera prisa.

¡Más rápido, más rápido!

Cuando llegué a su casa ya habían llegado mis compañeros.

No se veía la ambulancia por ninguna parte.

—Iba a llamarte ahora —Miguel se acercó a mí con rostro serio—, ¿cómo te has enterado?

No era eso lo que me preocupaba. Solo deseaba haber llegado a tiempo.

—¿Cómo está?

—No va a sobrevivir, se han ensañado con ella. Es una pena. En el fondo sabíamos que esto iba a pasar.

Entré en la casa y Miguel me siguió.

¡No, no, no! ¡Joder, no!

—¿Dónde coño está la ambulancia? —le grité desesperado.

—En un atasco por un accidente. Tampoco podrán hacer nada por ella, está arriba, en el baño de su habitación —añadió, cuando vio que la buscaba por la sala.

Subí con el corazón bombeando en mi pecho y aparté a otros dos ángeles que había en la puerta.

No sabía lo que me iba a encontrar, pero no me esperaba verla de ese modo.

Estaba metida dentro de la bañera y bañada en sangre, literalmente. Había tanta que no se veía el color que tenía la ropa que llevaba puesta. Le sangraba la ceja con un corte abierto y la boca por el labio partido. Tenía una brecha en la cabeza de la que salía mucha sangre. Su cara se había hinchado con rapidez. Tenía una fractura abierta en el radio que sangraba, las aristas del hueso destacaban blancas sobre su cuerpo manchado de sangre y podían verse un montón de traumatismos por las piernas.

Sabía que estaba viva porque aún podía percibir su dolor, así que me agaché, la cogí y la alcé, sacándola de la bañera para acomodarla en mis brazos.

No pensaba dejar que se muriera ahí tirada sin hacer nada por ella.

Posiblemente me arrepentiría otro día, pero en ese momento solo pensaba en intentar salvarla.

No me importó el montón de sangre que cayó sobre mí cuando la levanté y salí con ella en brazos de la habitación para bajar la escalera con cuidado.

—¿Qué vas a hacer? —Anthony se acercó a mí con rapidez al verme con ella en los brazos.

Miguel me miró, quieto a su lado sin decirme nada.

—Llevarla al hospital. No voy a dejar que se muera. Coge su bolso y busca sus pastillas, las que dijo que tomaba del corazón, por si las necesitara.

—Asier... —Anthony me puso las manos en el hombro para que lo mirara—, mírala, no va a sobrevivir. Ha perdido mucha sangre.

—Aun así, la llevaré al hospital.

Bajé todo lo rápido que pude y de repente la oí gemir.

Miré su rostro y vi que me estaba mirando. Sus ojos verdes, rasgados de mirada intensa, aún con ambos medio cerrados por la inflamación y con hematomas en la esclerótica, se clavaron en los míos sin decir nada. Más tarde me preocuparía por mi comportamiento. En ese momento deseé que no hubiese recobrado la consciencia para que no tuviera que sentir todo el dolor que tendría en ese momento con tantos golpes.

—¿Me he muerto ya?

Tuve que sonreír ante su pregunta y eché a volar, acurrucándola entre mis brazos para intentar darle algo de calor. La sentía temblar sin control.

—No, no te permito que te mueras, ¿me oyes?

Debió sentir que estaba volando porque intentó mirar hacia atrás y se lo impedí acercándola más a mi cuerpo. Sabía que le asustaba volar.

—No me digas que estamos volando. No me gusta volar —murmuró en voz baja, casi en un susurro.

—Lo sé. No hables e intenta descansar. No voy a soltarte. Confía en mí.

—¿Me lo prometes?

Cerró los ojos con un suspiro y mi corazón dio un vuelco temiéndome lo peor. Mi corazón se saltó un latido y la bilis me subió a la garganta. Estaba tan enfadado que podía matar a alguien con mis propias manos.

—Te lo prometo —le susurré en voz baja.



ASIER

Ni siquiera necesité gritar pidiendo ayuda cuando llegué al hospital. Bastó con verme entrar con ella en brazos mientras se desangraba lentamente y lo manchaba todo de sangre a mi paso, para que un enjambre de médicos y enfermeras vinieran a ayudarnos.

De inmediato la pusieron en una camilla y comenzaron a comprobar sus constantes vitales mientras corrían por el pasillo para llevarla al box.

—Necesita una transfusión urgente ahora mismo.

—He pedido que la traigan. Tardará un poco —le contestó una enfermera con el teléfono en la mano.

Acababa de llamar a alguien.

—Se nos muere, no tenemos tiempo. Si no se le hace una transfusión de sangre de inmediato, morirá.

—¿Le sirve la mía?

No sé quién se quedó más sorprendido ante mis palabras, si el médico de urgencias o yo.

Y no sé por qué me ofrecí a darle mi sangre. Todo el mundo sabía que la sangre de los ángeles le servía a todo el mundo. Supongo que después de todo lo que estaba haciendo por ella, no podía permitir que muriera si estaba en mi mano salvarla.

—No voy a preguntarle si está seguro, capitán. Nos urge demasiado esa sangre. Venga con nosotros.

Era algo irónico que la bruja a la que odiaba por encima de todo fuese a llevar mi sangre, pero algo me decía que nuestra historia, la de ella y la mía, no iba a acabar así.

No fui capaz de marcharme a casa después de que la estabilizaran. Se la llevaron a quirófano para operar esa fractura abierta y localizar algunas heridas internas que la habían dejado al borde de la muerte. De hecho, era un milagro que no se hubiera muerto todavía. Tenía tres costillas rotas y un traumatismo pulmonar grave. Sus niveles de oxígeno habían bajado al mínimo y yo estuve cociendo mi furia a fuego lento toda la noche esperando saber si se salvaba o no.

No entendía cómo el ser humano podía ser tan desalmado de dar una paliza semejante a una mujer indefensa. Por muy cabrona que fuera la susodicha, todo había que decirlo.

Yo había conocido varias facetas de Bibian y aunque ninguna me gustaba especialmente, tenía una habilidad asombrosa para tocarme los cojones, no podéis negarlo, pero en ninguna de

ellas se justificaba que la maltrataran de esa manera.

Era incauta, escéptica, gruñona, irresponsable y sarcástica hasta decir basta, pero también conocía su lado más amable y tierno. Haría lo que fuera por su hermana y, en efecto, había hecho una estupidez tan grande que aún me mosqueaba con ella cuando lo recordaba y solía ayudar a la gente que la necesitaba, incluida su dependienta, que me contó una tarde cuando la visité en el hospital, que le ofreció un trabajo cuando se enteró de que había perdido el que tenía y que no podía sacar a su hijo adelante ella sola.

La gente la adoraba y la odiaba a partes iguales, dependiendo de a quién le preguntaras, y a mí siempre me había gustado sacar mis propias conclusiones sobre las personas.

No podía ser imparcial con ella por el mero hecho de ser una bruja y encima poderosa y estaba hecho un completo lío si aceptaba que despertaba algo en mí que nunca creía posible desde que me… lamió en el ascensor. Posiblemente incluso antes, puede que cuando la vi llorando en la oficina totalmente hundida y desamparada.

Si alguien me hubiese dicho que acabaría deseando a esa maldita mujer, le habría indicado lo poco que me conocía. Nadie odiaba a las brujas más que yo.

Lo había perdido todo por culpa de ellas y del afán de poder que tenían, tan grande que desestabilizaron los poderes mágicos de la tierra obligándonos a tomar partido en una disputa con los humanos que no nos competía y que, como consecuencia de nuestra participación, Dios nos desterró a todos por nuestra rebeldía, y casi cuatrocientos años después seguimos aquí, limpiando toda la mierda que ellas seguían creando en el mundo.

Aunque los humanos no estaban resultando ser mejores. Los narcotraficantes y los tratantes de blancas se llevaban la palma sobre lo ruin que podía ser el ser humano.

—Capitán.

Miré al doctor que, al parecer, salía de quirófano y me preparé para oír lo peor.

—¿Está viva?

El médico se frotó los ojos con cansancio. Empezaba a despuntar el día y parecía realmente agotado. Si salía de quirófano ahora llevaban operándola casi cinco horas.

Yo había perdido la noción del tiempo.

Empezaba a sentir el cansancio también. Deseé poder irme a casa y darme una ducha. Aún podía oler su sangre en mi ropa y era algo muy desagradable porque me obligaba a recordar cómo la encontré en la bañera cubierta de sangre pensando que estaba muerta.

Me obligué a centrarme en el médico y miré mis manos que aún estaban manchadas de rojo.

—Contra todo pronóstico, sí. Es una mujer más fuerte de lo que parece. Le han roto el brazo, tres costillas y tiene un derrame pulmonar con muy mala pinta. La hemos intubado para que ese pulmón no tenga que trabajar y pueda curarse. Y tiene un sinfín de traumatismos que parecen ser provocados con un bate de beisbol. Ha tenido que sufrir un dolor atroz y va a seguir doliéndole mucho las costillas un tiempo.

—¿Se recuperará?

—Hay gente que ha muerto por mucho menos de lo que tiene ella. Las próximas cuarenta y ocho horas van a ser clave. Le aconsejo que, si tiene familiares, les avise para que estén preparados para lo peor. Que vengan a despedirse de ella.

—¿Puedo verla?

—Va a estar en la uci un tiempo, sedada. Le aconsejo que se vaya a casa y descanse. Dejaré avisado que puede pasar a verla cuando vuelva. No sé si se ha visto.

Me indicó con la mano para que me volviese a mirar con atención. Estaba todo manchado de sangre, incluso mis alas estaban rojas.

—Le avisarán si muere. ¿Han cogido al que le ha hecho esto?

Sabía que no había nadie cuando llegaron a la casa, pero estaba dispuesto a llegar hasta el final del asunto. No iba a permitir que las cosas se quedaran así.

—Aún no, pero lo haremos.

—Bien, vaya a descansar, yo voy a intentar dormir una semana entera.

El médico se marchó.

Yo saqué el teléfono para hacer una llamada a la comisaría de Nueva York mientras me dirigía a mi casa a ducharme antes de ir al trabajo.

Nosotros también iríamos de caza.

Ella no iba a marcharse a ningún sitio por una larga temporada. Ya tendría ocasión de verla otro día, si no se moría antes…, claro.

No sé por qué, pero algo me decía que aguantaría, aunque solo fuese por tocarme las pelotas.

Llamé a la comisaría y conseguí que me pasaran el teléfono del hospital. Conseguí hablar con su hermana antes de llegar a mi casa.

Mónica no dejó de llorar en ningún momento. Le dije que estaba todo preparado para que viniese y que traería escolta policial. Que no se tenía que preocupar por nada y le prometí que cogería a los hijos de puta que habían estado a punto de matar a su hermana.

Ya en mi casa me duché pensando en lo que podíamos hacer para joderlos tanto como la habían jodido a ella.

Sabíamos quién era el cabecilla porque los tres detenidos que habían participado en destrozar la floristería y golpear a la dependienta habían sido detenidos y cantaron de lo lindo.

No solía gustarme el abuso de autoridad policial, pero había veces que me cansaba de ser el bueno de la película. Nadie tenía que saber que había disfrutado mucho sacándoles la información personalmente, excepto Miguel, que me acompañaba y que sabía que era de mi completa confianza, como todos los ángeles que trabajaban conmigo y que éramos como hermanos. Incluso compartíamos casa desde que llegamos a Chicago.

Éramos soldados de Dios antes de ser guardianes de los hombres en la tierra. Aún recordaba mi formación militar, aunque evidentemente ya no la necesitaba ni usaba igual que antes. Había pocas batallas que ganar que necesitara nuestra fuerza física en la tierra.

Era bueno recordar los viejos tiempos de vez en cuando.

—¿Ha sobrevivido? —Mika me abordó cuando iba entrando en la sala común de la comisaría.

—Hasta ahora mismo sí. —Nadie me había llamado para decirme lo contrario—. Id todos a la sala de reuniones, ahora.

Todos mis hombres me siguieron.

En la comisaría no éramos más que Mika, Anthony y Miguel como agentes de campo.

Rodolfo era un humano que era nuestro experto en comunicaciones, nunca hacía trabajo de campo y teníamos a dos humanos en la centralita a turnos, Noe y Simón.

Él era el que había cogido la llamada de Bibian la noche anterior.

—Asier, toma.

Cogí el café que me traía Mika y se lo agradecí con la cabeza antes de darle un largo trago. Suspiré al notar el calor en mi boca y luego bajar hasta mi estómago. No recordaba estar tan cansado desde hacía mucho tiempo, ni tan furioso tampoco.

—Bien. Quiero que salgáis todos a la calle y que hagáis redadas en todos los locales que sabemos que tienen encubiertos nuestro amigo.

Todos sabían de quién se trataba.

—¿El casino también?

—Al casino iré yo personalmente. —Iba a disfrutar mucho haciéndolo—. Nadie me jode y se va de rositas.

—Ya sabes lo que vamos a provocar, ¿no?

Asentí a Miguel que era el que me había hecho la pregunta y volví a darle un trago al café. ¡Qué bueno estaba!

—Este cabrón cree que se va a salir con la suya. Os quiero a todos en grupos de dos, nadie va a ir a ningún sitio solo. No nos esperarán en el primer *pub*, pero después de ese, no os fieis un pelo, porque nos estarán esperando. ¿Alguna duda?

Los miré a todos, que comenzaban a cuchichear entre ellos preparándose para la acción. Podía sentir el nerviosismo de cada uno de ellos antes de una operación como la que íbamos a llevar a cabo.

—Bien, si está todo claro, Rodolfo os dará la lista de todas las propiedades que tiene en la ciudad. Repartíosla y no dejéis títere con cabeza.

—Ya era hora tener algo de acción —murmuró Mika divertida—. Tanta inacción me estaba matando de aburrimiento.

—Tened cuidado ahí fuera. Recordad que pueden ir armados y son peligrosos.

Mis hombres salieron a reunirse con Rodolfo, que tenía varias hojas a repartir con todos los *pubs* y tugurios donde vendían la droga.

No le debía absolutamente nada a Bibian, pero supuse que se alegraría cuando se enterara de que iba a joder al tipo aún más de lo que él la había jodido a ella.



BIBIAN

Desperté completamente desorientada. Era de noche y abrí los ojos con esfuerzo, aunque apenas podía ver nada por ellos y me dolían una barbaridad, sobre todo el izquierdo.

En la penumbra de la habitación me pareció ver a mi hermana Mónica dormida, acurrucada en un sillón junto a mi cama.

Tenía algo en la garganta y no podía hablar. Estaba tan cansada y me encontraba tan mal…, que volví a dormirme de inmediato.

Cuando desperté de nuevo estaba amaneciendo. Esa vez mis ojos se abrieron sin dificultad y me sorprendí al encontrarme el cuerpo de un ángel, con las alas casi encima de mi cara, con el cuerpo inclinado sobre mi cama y la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Estaba dormido, a juzgar por su respiración profunda y regular. Tenía la cabeza girada para el otro lado, así que solo le veía el cabello oscuro y suave, y esas alas gigantescas de un blanco resplandeciente. Aunque no podía verle la cara, conocería ese cabello, esas impresionantes alas y su olor corporal en cualquier parte.

Las alas eran lo mejor de todo.

Me picaba la punta de los dedos por la necesidad de tocar aquel montón de plumas y comprobar si eran tan suaves como parecían a simple vista.

Recordé que vino a por mí a mi casa y me trajo volando al hospital, ya que no podía haberme llevado a otro sitio.

«No voy a soltarte». «Te lo prometo».

No me había soltado y había conseguido traerme al hospital para salvarme la vida. O eso

parecía.

No pude evitarlo, de verdad que no.

Cuando quise darme cuenta estaba tocando el ángulo superior de sus alas, que estaba al alcance de mi mano. Ni siquiera tuve que moverla. Solo me dediqué a tocar, maravillándome por la increíble suavidad que tenían bajo mis dedos.

Era una sensación maravillosa. Era difícil describir a qué se podía comparar esa suavidad de sus alas, excepto a la de las plumas o al del algodón. Podía notar la fortaleza de lo que debían ser tendones y ligamentos que daban esa forma redondeada al margen superior de las alas. Comencé a pasar el dedo una y otra vez por ese lugar concreto, que era el único que tenía a la mano.

Estaba tan maravillada con ese tacto tan suave que no me percaté de que el dueño de las alas parecía haberse despertado. Pero lo oí gemir en voz alta, como si estuviese sufriendo.

Me paré en seco.

¡Dios, qué vergüenza!

—¿No te ha dicho nadie que no debes tocarle las alas a un ángel… sin su permiso?

¿Qué podía decirle? ¡De todos modos no podía hablar por el tubo que tenía en mi garganta!

Asier se incorporó y me miró con esos ojos azules llenos de deseo.

¿Qué les pasaba a sus alas?

Ante mi mirada confusa él se levantó y la evidencia de lo que había provocado en él, esa caricia inocente, quedó justo a la altura de mis ojos. Una erección más que evidente podía verse bajo la cremallera de los vaqueros oscuros que llevaba puestos esa mañana y que le quedaban perfectos, todo había que decirlo. Como toda la ropa que le había visto puesta siempre.

Abrí los ojos ante el tamaño descomunal de lo que estaba viendo.

¿De verdad tenía ese tamaño? ¡No podía ser verdad!

—Te avisaré del momento exacto en el que tienes que volver a acariciarme las alas de esa manera.

¿Estaba dando por hecho que volvería a acariciarle las alas en un futuro?

¿Era posible pasar más vergüenza? ¿Por qué no podía dejar de mirarle la polla?

Lo oí reír en voz baja y se acomodó el paquete para que no fuera tan evidente su erección.

Agradecí que mi hermana no estuviese en la habitación y no presenciase ese momento tan vergonzoso.

—Avisaré al médico de que estás despierta y llamaré a tu hermana también. Se está quedando con nosotros desde que llegó de Nueva York.

Salió del cuarto sin decirme nada más.

¿Qué significaba que se estaba quedando en su casa?

¿Era una broma? ¿Y por qué coño mi hermana estaba en Chicago en vez de en el hospital, que era donde tenía que estar? ¿Cuánto tiempo llevaba *yo* en el hospital?

¿De verdad los ángeles tenían ese pollón? Yo me había quedado literalmente sin palabras. Agradecí el tubo para evitar tener que decir nada.

Un hombre cincuentón que se estaba quedando calvo entró en la habitación, solo, cosa que agradecí.

¿Cómo iba a poder mirarlo a la cara después de haberle provocado… ese pedazo de erección con una caricia tan inocente?

¡Joder, joder! Iba a pedirle al médico que me diera algo para volver a dormirme y no tener que verlo en mucho tiempo. ¿Me lo daría?

—Veo que ya estás despierta. —Me hizo un chequeo rápido y se colocó sobre mí para que pudiera verle la cara—. Voy a quitarte el tubo. Ya podrás respirar por ti misma.

¡No, por favor, que entonces tendría que decirle algo a Asier y aún me sonrojaba al recordar lo que tenía entre las piernas! Difícilmente podría olvidarlo.

—Ya está.

Tosí por la molestia en mi garganta.

—Puedes beber un poco de agua. Tendrás la garganta algo irritada durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

El médico se sentó en mi cana, junto a mí y suspiró mirando su reloj, como si comprobara si le quedaba tiempo para hablar conmigo un momento. Parecía ser que sí.

—Llevas aquí una semana.

Abrí los ojos sorprendida.

¿Una semana? ¡Llevaba todo ese tiempo ahí sin tener constancia de nada desde esa noche! Sí que parecía ser grave lo sucedido. No me extrañaba que las costillas me dolieran al respirar todavía.

—¿Una semana? —murmuré sin podérmelo creer. Mi voz sonó como una rana croando.

—Gracias a la rapidez del capitán, ahora estás viva.

Asimilé lo que recordaba de esa noche. Él me sacó de mi casa y me trajo volando al hospital. Recordaba mucha sangre y un dolor intenso… y poco más. Solo su cara preocupada mirándome con fijeza, prometiéndome que no me iba a soltar.

¡No quería agradecerle nada a ese hombre!

Bufé pensando que iba a tener que darle las gracias por lo que fuera que hizo por mí. Yo, que quería esconderme y desaparecer para no tener que volver a verlo.

—Puede agradecerle su rapidez actuando esa noche… Incluso se ofreció a donar su sangre.

Esas últimas palabras me sacaron de mi estupor.

¿Su sangre? ¿Ahora tenía sangre de ángel?

—¿Tengo su sangre?

Creo que se lo grité al médico sorprendida y aterrada por igual. Él sonrío divertido.

—Donó la necesaria para que no muriera, el resto de la sangre se la pusimos de nuestras reservas.

—¡Pues qué bien!

¿Podía pasarme algo más con ese hombre?

—Tiene rota varias costillas y la hemos operado del radio y el cúbito donde le hemos puesto una placa con tornillos. Ha tenido un derrame pulmonar que empieza a remitir, por eso ha estado sedada todo este tiempo. Si todo va bien podrá irse a casa en unos días.

Asentí con la cabeza rumiando mi mala suerte y el médico se marchó.

Vino una enfermera, me quitó la sonda que llevaba puesta y me aconsejó beber mucha agua para suavizar la garganta y recuperar mi vejiga.

Me levanté con cuidado y me fui al baño a comprobar mi aspecto en el espejo. Me habían dicho que había estado a punto de morir y así debía ser, si el capitán, aun odiándome como lo hacía, me había donado parte de su propia sangre de ángel para evitar que muriera.

Mi imagen en el espejó me sorprendió. Tenía unos puntos de aproximación dados en la ceja y un golpe en el pómulo que me había dejado la mejilla de color morado. Mi labio tenía una costra de una herida que aún me molestaba cuando sonreía. La herida del brazo la llevaba tapada y no podía ver cómo era y por suerte, esa herida casi no me dolía. Me levanté la camisa del hospital y me mareé del dolor intenso que sentí con ese simple movimiento, pero cuando pude ver mi costado derecho…, un enorme hematoma me cubría todo el abdomen y parte del seno, de un intenso color morado… Eso me hizo hacerme una idea de la gravedad de las heridas.

Tocaron a la puerta y oí voces en mi habitación junto con pasos.

Alguien acababa de llegar y yo no estaba de humor para ver a nadie.

—¿Bibian? ¿Estás bien?

Suspiré cuando oí a mi hermana.

—Salgo en seguida.

¿De verdad tenía esa voz de camionero borracho?

Carraspeé, me preparé para salir y enfrentarme a mi hermana, y a quién supuse que venía con ella.

¡Ojalá me equivocara! No quería verlo. No después de lo que me había pasado antes y después de saber todo lo que había hecho por mí.

¿Por qué se había preocupado esa noche por mí?

Recordé de repente que yo lo había llamado cuando pensé que iba a morir.

¡Oh, cielos! ¿Había más tonterías que recordar de esa noche o ya había cubierto mi cupo?

—Bibian…

Esta vez no era mi hermana quién llamaba a la puerta.

Suspiré y me preparé para enfrentarme a ese hombre.

Me miró con seriedad cuando la abrí. Evaluando mi estado de ánimo. Supuse que mi cara me delataba, como siempre.

—¿Va todo bien?

Sonó como si supiera todo lo que había estado pensando. Sus ojos azules me inspeccionaron con intensidad.

Mi hermana vino a abrazarme con fuerza, pero me quejé en voz alta cuando mis costillas se revelaron.

—Ten cuidado con sus costillas. Deben dolerle mucho —avisó Asier.

—Te hemos traído flores.

Ella sabía que las flores siempre me alegraban, si no estaban cortadas, claro.

Era una canastilla con margaritas amarillas, amarillas, mis preferidas. No pude resistirme a probar mi magia y comprobar que haberla mezclado con la de un ángel no la había alterado lo más mínimo.

¡Me moriría si perdía mi magia! Era como una parte más de mi cuerpo, como otro miembro más.

Los dos miraron cómo el aire crepitaba alrededor de la maceta y las margaritas crecieron varios centímetros de golpe.

—Puedes estar tranquila respecto a eso, no te he contaminado si es lo que piensas —me dijo con acritud.

Sabía por qué lo decía. Era como si me hubiese notado la necesidad de comprobar si todo seguía en su sitio. No tuve fuerzas para seguir usando la magia.

—Supongo que debo darte las gracias.

¿De verdad tenía que hacerlo? Sabía que ese hombre me odiaba y que hubiese hecho todo eso por mí me rechinaba de manera escandalosa.

—Tanta gratitud me abruma.

No le hice caso. No me afectaba el sarcasmo. Era mi arma favorita.

Mi hermana se sentó a mi lado en la cama y me miró ofendida.

—No sabes todo lo que ha hecho por ti en todo este tiempo. Incluso me ha puesto vigilancia y me ha llevado a un piso franco.

No hice caso alguno a sus palabras.

—Y sobre haber dejado el hospital para venir aquí sola ya hablaremos tú y yo.

Intenté que sus ojos dolidos no me afectaran lo más mínimo.

—No ha estado sola en ningún momento —soltó Asier saliendo en su defensa.

—No pasa nada porque seas agradecida con él, ¿sabes? Se ha tomado muchas molestias para que tú lo trates así. —No hice caso del enfado que mostraba porque no fuese agradecida con él. Supuse que ella ya se lo había ofrecido por mí.

—Cosa que por supuesto no he pedido en ningún momento.

Mi hermana me miró con sus ojos lilas echando chispas.

—Eres imposible, ¿lo sabías? —Como no consiguió ablandarme añadió—: Hemos estado muy preocupados por ti.

—¿Tú también?

Su semblante se ensombreció y sentí una pizca de culpa por ser tan borde…. Pero poca.

No quería deberle nada. Lo último que necesitaba era sentir por ese hombre nada más que el odio que había entre nosotros. Eso sí podía controlarlo.

Ese sentimiento sí me era conocido.

—Soy un ángel —No me gustó su sonrisa de perdonavidas que indicaba que sabía por qué no quería estarle agradecida. Que se jodiera—, ya sabes que no puedo evitar preocuparme por las almas descarriladas que hay en el mundo.

—No quiero tu caridad. Ni nada que venga de ti.

No apartó sus ojos azules de los míos.

—Lo sé. Pero vas a tener que aguantarte.

Mi hermana saltó a defenderle, cosa que por supuesto no me gustó lo más mínimo.

—Eres insufrible.

—Ya sabes cómo soy y que te estés quedando en su casa no ha sido una buena idea.

—Bibian… —avisó él.

No quise hacer caso de su tono de voz, ni de su mirada fría que me estaba indicando que me callara de una vez.

¿Desde cuándo le iba a hacer caso yo a un ángel? ¿O a Asier en particular?

—Vine pensando que ibas a morirte —me soltó mi hermana intentando evitar las lágrimas. No pude sentirme más miserable—. Toda la ciudad ha estado revolucionada y estar sola en casa no era seguro para mí. —Esa noticia no me la esperaba. ¿Qué pasaba en la ciudad? —. Que Asier se haya preocupado por mi seguridad es para que se lo agradezcas en vez de que lo ataques como estás haciendo. No te reconozco, Bibi, nunca has sido tan miserable.

No podía hacerle esto a mi hermana. Me acerqué a ella y me obligué a abrazarla haciendo oídos sordos al latigazo de mis costillas.

—Lo siento. Por favor, perdóname. Estoy un poco abrumada con todo esto —le dije, indicando la habitación del hospital, mis heridas y todo lo que parecía haber pasado en el mundo sin que yo me percatara de nada.



ASIER

No sabía lo que esperaba de la bruja cuando despertara, pero, por supuesto, no que atacara a su propia hermana por haberse preocupado por ella.

¡Mujer desagradecida!

No quería nada de ella, no la había ayudado por eso. Para ser sinceros, no tenía muy claro por qué la había ayudado. Pero no para que me lo restregara por la cara.

¿Qué coño le pasaba a esa mujer?

Con un simple gracias había bastado. Pero no estaba preparado para verla atacar a su hermana como si, por haberse preocupado por ella, hubiese cometido un crimen.

Me dio pena Mónica, que parecía sentirse desolada después de las palabras de Bibian.

Por supuesto, lo primero que había hecho al despertar era probar su magia con la maceta de margaritas, por si haber mezclado su sangre con la mía, la hubiese contaminado de alguna manera.

¿Y yo pretendía enterrar el hacha de guerra?

Después de haber despertado esa mañana a punto de correrme por la caricia de ella, sin saberlo, en uno de los puntos erógenos más intensos que teníamos los ángeles en las alas, pensaba que podíamos firmar una especie de tregua entre nosotros.

Ninguno podía negar lo que era el otro, pero la situación actual en la ciudad desde que hice las redadas en todos los garitos del narcotraficante que estaba detrás de todo lo que le había pasado a ella, nos iba a obligar a entendernos por el bien de todos.

Después de las redadas habían vuelto a la casa de Bibian, cerrada y vacía en esos momentos y la habían destrozado por entero. Así que cuando Mónica llegó de Nueva York y encontramos la casa así, me vi en la necesidad de otorgarle protección policial hasta que la cosa se calmase un poco, y no encontré un lugar más seguro que un piso franco.

Era cierto que teníamos pisos francos en la ciudad donde podíamos mantenerla bajo vigilancia, pero tenía que recordar que esa chica, que no podía tener más de dieciocho años, estaba gravemente enferma y sabía que su hermana no me perdonaría si le pasaba algo en el tiempo que ella estaba en el hospital. Así que le ofrecí un piso franco y mi protección personal… y Mónica aceptó.

Vivir con una bruja me estaba enseñando muchas cosas sobre ellas.

No se parecía a su hermana en casi nada.

Su cuerpo era más voluminoso que el de Bibian, su pelo de un rubio más claro en vez de ese naranja encendido y sus ojos eran de un malva intenso, sí, había dicho color malva porque se lo pregunté expresamente.

«¿Tus ojos de qué color son? Jamás había visto unos de ese color».

Ella me aclaró el color exacto y hablamos de otras muchas cosas. Era una chica adorable. Nada que ver con la arpía de su hermana.

Era extrovertida, optimista y divertida. Aún pensaba que encontraría una cura para su enfermedad y seguía esperando a su príncipe azul con el que compartir su vida y ser feliz.

Estaba claro quién era la bruja de la familia, y no metafóricamente hablando, que también.

Me había contado cosas de su hermana. Pocas, para mi gusto. Me dijo que era extremadamente reservada, que siempre había cuidado de ella desde que sus padres habían muerto. Que no creía en el amor, que cambiaba de hombres como de calcetines y que había gastado todas las opciones para conseguir el dinero de su tratamiento, antes de decidirse a fabricar la droga.

Eso último ya lo sabía.

Había conocido mucho más de ella a través de su hermana que en todo el tiempo que se conocían, y en todas las veces que habíamos hablado en los que no habíamos hecho más que insultarnos el uno al otro.

Excepto el día que me lamió.

¡Joder! No conseguía olvidarme de ese momento y encima me había hecho lo de esa mañana. No me extrañaba que sintiese deseos de cogerla y follármela sobre la cama del hospital sin importarme quién estuviese presente.

Me encantaría ver la cara que pondría si ella supiese en lo que estaba pensando en ese momento.

¡Céntrate, Asier!

Esta bruja en particular te arrancará los ojos si se imagina por un momento lo que estás pensando ahora mismo.

Tuve que simular una sonrisa que Bibian vio y me miró entrecerrando los ojos sin fiarse ni un pelo de mí.

Aún podía sentir su dolor físico. Parecía estar agotada. Estar riñéndole a su hermana parecía haberle pasado factura.

—Mónica, ¿quieres ir a por una botella de agua para tu hermana?

No necesitó que le dijera nada más.

—Claro. Ahora vuelvo.

Salió sin tener muy claro por qué quería que saliera de la habitación, pero miró a su hermana advirtiéndole con sus ojos para que se comportara.

—Debería darte vergüenza.

No parecía que mis palabras le afectaran demasiado.

—¿A mí? ¿por qué?

—Tu hermana ha pasado unos días sin poder ni dormir preocupada por ti, y así se lo pagas.

Se sonrojó visiblemente y apartó la cara para intentar ocultarlo.

Algo es algo. Quizás no estaba todo perdido con ella.

—No debería estar aquí. Puede ser peligroso para ella.

—¿Has oído algo de lo que te hemos dicho? Está en un piso franco bajo mi protección. Nadie

en su sano juicio se atreverá a hacerle daño ni a cercarse a ella.

—No quiero que estés cerca de ella.

¿De verdad me acababa de decir eso? ¿Qué tipo de monstruo pensaba que era yo?

—No te aconsejo que sigas por ahí —le advertí sin querer perder la poca paciencia que tenía.

¿Qué coño le pasaba a esta mujer?

—No es más que una niña.

—Lo sé y una bruja, para más inri —le recalqué para que se quedase tranquila. Podía entender su preocupación. Al fin y al cabo, no me conocían de nada. Excepto porque era el capitán de los ángeles y mi función en la tierra era hacer el bien y proteger a los demás. Decidí pasar el insulto por alto—. Créeme que está a salvo conmigo.

Me miró unos segundos antes de asentir con un leve gesto de cabeza.

—¿Qué ha pasado para que necesite protección y no pueda quedarse en mi casa bajo vigilancia policial?

—Durante este tiempo he estado limpiando la ciudad de gentuza.

Asintió.

Estaba seguro de que sabía a qué me refería.

—Destrozaron tu casa una noche y tu floristería está vigilada noche y día. Hasta que la ciudad no se calme un poco, mi casa es el lugar más seguro de la ciudad.

—Pero ella debe volver al hospital.

—Lo hará en cuanto te den el alta, ya hemos hablado de eso y tenemos un acuerdo.

—Y te vuelvo a recordar que no eres nadie para tomar decisiones sobre su vida.

—Pues está hecho, vas a tener que aguantarte otra vez. —Ante su mirada de querer matarme, añadí para que se apaciguara un poco—: Es una chica maravillosa —No pensaba dejar pasar la oportunidad ahora que parecía no estar tan a la defensiva—, ni siquiera parece hermana tuya.

—Ella heredó lo mejor de la familia.

Tuve que reírme sorprendido porque fuese capaz de hacer bromas.

—Vaya, estoy sorprendido. ¿Te han golpeado la cabeza?

—No sabes nada de mí —me soltó ofendida.

La miré con intensidad.

—Eso es cierto.

—Estás tan empeñado en odiarme que no te has molestado en ver lo que hay más allá de mi piel fluorescente.

Tenía que admitir que era cierto. Pero pensaba cambiar eso en cuanto pudiera. Ya me estaba preparando para oír sus quejas cuando se lo dijera.

—Pienso solucionar eso en cuanto te den el alta.

Su mirada suspicaz me hizo sonreír de nuevo.

—¿Y eso por qué?

—¿No has oído lo que te he dicho sobre manteneros seguras a ambas?

—¿Y?

—Vendrás al piso franco para poder mantenerte a salvo hasta que todo se calme de nuevo.

—Ni muerta. No voy a vivir contigo.

Le sonreí con una sonrisa lobuna. Me iba a divertir de lo lindo en los próximos días.

—O mi casa o el calabozo. Lo que prefieras.



—¿Tú también vienes al piso franco? —preguntó Mika.

Miguel asintió mientras seguía escribiendo en su ordenador.

—Se matarán entre ellos en menos de una semana —añadió divertida.

—Probablemente —coincidió Miguel sin levantar los ojos del informe que estaba escribiendo.

—O follando como conejos.

Miguel y Mika miraron a Anthony, que trasteaba algo en su teléfono sin parecer mostrar atención a la conversación de sus compañeros en la comisaría. Ese comentario les demostró a todos que estaba pendiente de todo, más de lo que parecía.

—Creo que ambos van a aprender mucho sobre el otro estos días viviendo juntos —volvió a decir Anthony.

—Esa bruja no se achanta ante nada. Va a ser divertido ver lo que Asier hace al respecto —añadió Mika divertida.

—Yo apuesto a que acaban en la cama antes de dos semanas.

Mika miró divertida a Miguel y sacó su cartera, le encantaba una buena apuesta.

—Cincuenta pavos a que lo hacen en menos de una.

Anthony los miró a ambos y también sacó su cartera.

—Tienen mucho que descubrir sobre el otro, todavía —sacó de su cartera un billete de cincuenta dólares—. Creo que intentarán matarse primero y luego se reconciliarán a polvos en unas tres semanas.

—Bien —Mika enseñó su preciosa sonrisa resplandeciente—, lo más importante es que él no se entere de esto.



BIBIAN

—¿Vas a seguir enfurruñada mucho más tiempo?

No quise contestarle.

Acabábamos de llevar a mi hermana al tren que la llevaría de vuelta a Nueva York. A mí me habían dado el alta esa misma mañana, diez días después del ataque que sufrí en mi propia casa y tener que ir a vivir con Asier y algunos de sus compañeros al piso franco, me había molestado más que una patada en los ovarios. No pensaba dejar de ir a trabajar, aunque el ángel en cuestión me había aconsejado que intentara pasar desapercibida por un tiempo.

Por supuesto no pensaba hacerle caso.

Sabía que no habían localizado al cabecilla de la banda, porque Asier mismo me lo había confesado un día. Pero yo tenía planes especiales para ese hombre. Planes que por supuesto no podía permitir que ese ángel metomentodo se enterara porque no me permitiría llevar a cabo mi venganza.

Por supuesto no iba a permitir que las cosas se quedasen así.

Nunca había sido mujer de poner la otra mejilla y por supuesto pensaba tomarme la venganza por mi mano y joder a ese indeseable donde más pudiera dolerle, que seguramente era en el bolsillo.

Para poder llevar a cabo la venganza, necesitaba poder ir a mi trabajo y trabajar tranquilamente allí. Ese ángel iba a complicarme mucho la tarea.

Ya se me ocurriría algo para quitarlo de en medio.

—Si no me obligaras a tener que estar aquí contigo, no estaría enfurruñada.

—Crece, brujita. Te recuerdo que esta situación es por tu culpa y por tu necedad. No pienses ni por un momento que a mí me gusta tener que hacerte de niñera.

¿Me acababa de llamar brujita? ¿Y luego no quería que estuviese enfurruñada?

—Intentaré cruzarme contigo lo menos posible, gorrioncito.

Una risa sofocada en la cocina nos recordó a ambos que no estábamos solos en la casa.

Menos mal.

Mika, la mujer que vino a detenerme el primer día, también estaba allí. Salió de la cocina con una taza humeante de lo que parecía ser té.

—Buenas tardes, Bibian, Asier…

Hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, ambos hicimos lo mismo y ella intentó ocultar la sonrisa divertida que al parecer nuestras disputas le provocaban.

—Ven, te enseñaré tu habitación.

Me alejé de él agradeciéndole a ella el gesto de intentar apaciguar los ánimos. Ese hombre conseguía ponerme de los nervios con aplastante facilidad.

Cogí mi bolsa con la ropa que había cogido, que él se había empeñado en llevar por el dolor de mis costillas, y la seguí a ella, maravillándome de sus alas color crudo. No eran del blanco resplandeciente de Asier y también eran más pequeñas, pero eran igual de maravillosas.

Vale, reconozco tener fijación por las alas. Pero es que eran una pasada, de verdad.

El piso era mucho más grande de lo que parecía. Después de pasar el salón con la cocina separada por una barra americana, entramos en un pasillo donde, por lo menos, había cuatro habitaciones y un cuarto de baño común para todos. Eso era lo peor del piso.

—Tu habitación es la última del pasillo. Esta es la de Asier —Me indicó la contigua a la mía —, esta es la mía —Me la señaló al pasar por la puerta cerrada de otra—, y esa la de Miguel. —Indicó con la cabeza—. Este es el baño. —Abrió la puerta y me lo enseñó. Estaba limpio como una patena. Tenía una bañera grande de hierro fundido y patas en forma de garras, un plato de ducha y el váter en un rincón. Un enorme espejo en una pared y dos lavabos iguales debajo, lo completaban todo.

—¿Quién se encarga de la limpieza?

—Nosotros.

Me miró con seriedad para que entendiera las normas.

—Nadie de la calle entra aquí ni a cocinar ni a nada que tenga que ver con la limpieza, así que nos organizamos entre todos.

Asentí, porque entendía lo que quería decirme.

—Siempre habrá alguno de los nuestros contigo. Posiblemente Asier sea el que más tiempo pase aquí ya que nosotros tenemos que seguir llevando nuestros casos y nuestro trabajo todos los días.

Bufé molesta y el ángel solo sonrió, como si ella supiese algo que yo no sabía.

—Su trabajo puede hacerlo desde cualquier ordenador, ya que solo sale a patrullar de vez en cuando, por eso estará más tiempo contigo. Ya sabemos que es excesivamente protector y bastante gruñón la mayoría de las veces —Me sonrió divertida y tuve que sonreír a mi pesar por la buena descripción que hizo de él—, pero créeme si te digo que con él estarás a salvo, y no es tan malo si no se le provoca constantemente como te gusta hacer a ti.

No pude ocultar que me divertía con eso.

—Creo que vamos a divertirnos mucho viendo cómo os atacáis continuamente. Solo espero que sepas a lo que te enfrentas si lo atosigas así. No es un hombre que se deje manejar, así que te aconsejo que sueltes la rienda de vez en cuando y le des un respiro.

—Lo tendré en cuenta.

Y lo haría. Discutir con ese hombre continuamente era agotador.

—Bien, esta es tu habitación —Abrió la puerta y se hizo a un lado para que pudiese entrar—, comeremos en una hora. Te dejo para que te instales.

Comimos en relativa calma. Yo no sabía lo que comían los ángeles, pero el plato de pasta a la boloñesa que comimos ese día era exactamente igual al que podías comer en cualquier sitio.

Asier se había cambiado el traje azul que llevaba esa mañana por unos vaqueros y un jersey negro de lana que dejaba entrever su pecho musculoso.

Me molestaba que se pusiese lo que se pusiese le quedara así de bien. Y encima estaba ese olor corporal que tenía, una mezcla a sándalo, a bosque y a fruta que me entraban ganas de poner la nariz en su cuello e inspirar profundamente a todas horas.

¿No podía ser feo y oler mal? Algo que me ayudara a seguir odiándolo sin remordimientos.

—¿Qué pensáis hacer por la tarde?

Los dos ángeles me miraron con curiosidad.

—Todo depende de tus planes.

Ahora fui yo la que lo miré con curiosidad.

—Nuestro cometido aquí es mantenerte a salvo, así que vas a tener que acostumbrarte a estar con nosotros.

—Pues qué ilusión.

¿Iba a tener que llevarlo conmigo a todas partes?

Esperaba que no.

—¿Verdad que sí?

Mika sonrío abiertamente.

—¿Queréis café o té? —nos preguntó a los dos.

—Café solo para mí, por favor —contestó Asier.

—Yo prefiero un té rojo —añadí yo.

—No os matéis mientras vuelvo con los cafés —nos dijo Mika mientras se levantaba.

—¿Qué pensabas hacer esta tarde, Bibian? —Asier me miró con curiosidad.

—Necesito ir a la floristería.

—¿Para qué?

Sus ojos azules brillaban cuando se acercó más a mí.

—Para rebelar fotos, ¿a ti que te parece? necesito algunas de mis hierbas, que están en mi talega.

Y era verdad.

—¿Por qué?

¿Es que no podía dejarlo estar? ¿A él que más le daba para lo que yo quisiera mis hierbas?

—Para prepararme medicación para mis costillas, por ejemplo. ¿Te parece suficiente motivo o tengo que buscar más?

—¿No tienes suficiente medicación con la que te han dado en el hospital? ¿o necesitas más drogas?

—Yo no tomo drogas, gilipollas.

—Eh, esa boca.

¿De verdad pensaba que no iba a defenderme de sus ataques? No pensaba cortarme un pelo.

—Medicarme con plantas medicinales no es tomar drogas. Por si no lo sabes, toda la medicación que venden en las farmacias tiene el principio activo que utilizo yo en mis hierbas, listillo.

—Pero creo que ese no es el motivo real de que quieras ir a la floristería.

¿Cómo podía saberlo? Lo miré entrecerrando los ojos, no podía saber nada de lo que yo pensaba hacer. No podía permitirme el lujo de que supiera o imaginara lo que yo planeaba, o estropearía la idea de vengarme del narcotraficante.

—Piensa lo que quieras.

—Ya están aquí los cafés, soltad los cuchillos un rato y relajaos. —Mika me sonrió cuando me entregó la taza de té.

—Quiero pensar que no vas a seguirme como una sombra a cada paso que dé.

—Pues piensas mal.

—Intentamos protegerte, Bibian —añadió Mika soplando su café con tranquilidad—, pensé que te había quedado claro.

—Pero no tiene sentido si ya tenéis a alguien vigilando la floristería. ¿Qué puede pasarme de aquí a allí?

—Sigues sin saber contra quién te enfrentas, ¿no? ¿No tuviste ya suficiente?

Asier miró el brazo donde la cicatriz de la operación era más que visible. Por suerte esa no me dolía, no podía decir lo mismo de las costillas.

—Si vas a acompañarme —le dije mirando a Mika—, quiero que lo hagas tú.

Cuanto más lejos estuviese de Asier, mejor.

—Y nada de ir volando. Cogeremos un *Uber* o un taxi.

No me pasó desapercibida la mirada que Mika lanzó a Asier, antes de que él asintiera con la cabeza.

Por lo pronto iba a poder librarme de él por una tarde.



BIBIAN

—¿Qué estás tramando, Bibian?

Antes de contestarle a Kate me cercioré de que Mika se hubiese quedado en la puerta hablando con el humano policía que vigilaba la floristería todos los días.

Había humanos que ayudaban a los ángeles en su labor de protección a los demás. En Chicago había cinco ángeles encabezados por Asier, pero ellos solos no podían abarcar todo el territorio de la ciudad, así que también había humanos policías, aunque, por supuesto, no eran tan buenos haciendo su trabajo como los ángeles.

—Voy a vengarme de ese hijo de puta en cuanto tenga la oportunidad.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? ¿Acaso no has tenido bastante con lo que han intentado hacerte?

—No pienso dejarlo pasar y ponerle la otra mejilla —repuse con furia mientras cogía de mi almacén los botes de hierbas que iba a necesitar para medicarme. Era cierto que venía por medicinas, pero también quería avisar a Kate de que tuviese preparado todos los ingredientes para poder llevar a cabo mi venganza.

Solo Kate podía hacerlo, ya que, al parecer, yo iba a seguir vigilada de cerca por los ángeles.

Algo me decía que tanta vigilancia era debido a que Asier no parecía fiarse de que yo lo dejase estar, y no se equivocaba conmigo.

—Vas a tener que ayudarme, necesito que prepares los ingredientes, toma. —Le pasé una lista que ella cogió y guardó con rapidez—. Volveré la semana que viene y comenzaré con los preparativos.

—¿Vas a volver a fabricar la droga?

Me miró totalmente sorprendida y pude ver en sus ojos la decepción.

—No exactamente. —Ella no necesitaba saber nada más. Cuanto menos supiera, menos riesgo de delatarme tenía.

—¿Entonces?

—Fabricaré la droga, pero no será una droga propiamente dicha. —A la mierda el secreto.

—No te sigo, Bibian, ¿una droga que no lo es?

—Exacto. Voy a decirle que voy a volver a fabricarles la droga, pero esta vez le quitaré la raíz de mandrágora.

—¿Y no va a cambiar el color al quitarle un ingrediente?

—Ya veré cómo lo hago, pero en principio no debería tener problemas. —O eso esperaba.

—Y si ahora te han hecho todo esto porque no querías colaborar con ellos, ¿no crees que se extrañarán de que cambies de opinión así de repente?

—Bueno, les pediré una ingente cantidad de dinero. Ese será mi motivo para cambiar de opinión, ya sabes, el dinero todo lo puede.

Me levanté la camiseta para tocarme la puñetera costilla, que me seguía doliendo mucho, su mirada horrorizada me indicó que ella también me había visto la barriga que seguía estando de un preocupante color oscuro, no tan morado como una semana después del ataque, pero seguía sin volver a su color original.

—¡Madre mía, Bibian! Eso debe dolerte mucho.

—Por eso necesito estas hierbas.

—Vale, volviendo al tema original, tú fabricas una droga y les pides más dinero. —Asentí al resumir así la historia—. ¿Qué crees que pasará cuando descubra que no es droga lo que le has vendido?

—Bueno, para entonces espero haber convencido a nuestro capitán para que nos ayudemos mutuamente a coger a ese cabrón de una vez por todas.

Kate me miró unos segundos sin decir nada, luego negó con tristeza.

—Yo no lo veo tan claro. Convencer a tu guardaespaldas particular para que te ayude a coger a ese tipo creo que es bastante arriesgado, ¿no crees? ¿Y si se niega?

—Ya se me ocurrirá algo para convencerlo. Soy una bruja con recursos, ya lo sabes.

—Lo de volver a venderle drogas que no es droga….

—Creo que será la única manera que tengo de convencerlo, nunca me ayudará si le vendo droga normal.

—Bueno, tú serás la que tengas que enfrentarte a su furia. Suerte con eso.

Sí que iba a necesitar suerte para convencerlo de hacer algo tan descabellado. Por muchos recursos que pensase que tenía él, tenía unas ideas muy arraigadas sobre hacer el bien, así que ayudarla a vender una droga que ni siquiera yo estaba segura de que no fuese una droga propiamente dicha, aunque fuese solo para pillar a ese hijo de puta… Ya podía ponerme a convencerlo de que me ayudase, porque no parecía que fuese tarea fácil.

Sobre todo, porque no conseguía olvidarse de lo mucho que se odiaban mutuamente.

—Viene tu amiga.

Ambas simulamos estar buscando las hierbas medicinales que necesitaba.

—¿Estás ya? —Mika nos miró con suspicacia, como si pensara que la conversación entre nosotras había sido de un tema diferente a las hierbas que estábamos cogiendo en ese momento —. Se va a hacer de noche y Asier prefiere que volvamos a casa antes de que anochezca.

—Sí, ya tengo lo que necesito.

Y era verdad. Ya había conseguido todo lo que había ido a hacer allí.

—Pues vámonos, entonces.

—¿Podemos ir dando un paseo?

Me dolía mucho la costilla, pero necesitaba pasear un poco. Llevaba desde el ataque sin poder tomar un poco el aire y lo echaba mucho de menos.

Mika me miró con atención antes de contestarme.

—La costilla te duele bastante —Lo que me indicaba que el ángel también percibía el dolor de los demás, así que difícilmente iba a poder engañarla al respecto—, no tengo claro que un paseo tan largo te haga mucho bien.

—Por favor, necesito tomar un poco el aire.

—Vale, pero luego le dices a Asier que la idea ha sido tuya. Me ha pedido expresamente que te lleve a casa con rapidez.

—¿Haces siempre lo que te dice?

Sabía que era su superior, pero debía ser muy aburrido acatar las órdenes que te daban sin poder divertirte un poco saltándotelas.

—No siempre, y sobre todo no voy a perderme la bronca que te echará a ti por saltarte todas sus órdenes.

—Bueno, a mí no me asusta.

—Pues créeme que deberías.

Echamos a andar tranquilamente bajo un cielo que comenzaba a oscurecerse por momentos, llenándolo de cientos de estrellas tintineantes.

—Me encanta el invierno, ¿a ti no?

Decidí cambiar de tema y dejar de hablar de Asier.

—Sí, siempre que no llueva —me aclaró Mika andando junto a mí a paso tranquilo, como si supiese que no podría llevar un ritmo más rápido—. Mojarte las alas bajo la lluvia no es demasiado agradable.

—Creo que te debo una disculpa.

—¿A mí, por qué? —Mika me miró sorprendida, lo último que se esperaba de una bruja, era una disculpa que parecía incluso sincera.

Sonreí por ser capaz de sorprenderla.

—Por buscarte problemas el primer día que viniste a mi casa a detenerme.

El ángel sonrío recordando esa mañana. La verdad era que a su hermano no le gustó demasiado que una bruja se negara a acatar sus órdenes.

—Eres una mujer valiente desafiando a Asier de esa manera, y mucho más siendo una bruja. Ya sabes lo que sentimos por vosotras, no es algo personal, tú me entiendes.

—Lo sé.

Y era cierto.

—Siento decirte que el sentimiento es mutuo, por eso me negué a que me detuvieras, no era nada personal.

—Supongo que no te esperabas que el gran jefe de los ángeles en persona fuera por ti.

—No, la verdad es que no me lo esperaba.

—Ha sido divertido veros enfrentaros por todo, y lo va a ser mucho más antes de que este asunto termine.

—Seguro que sí, yo no puedo evitar saltarme las normas, es una especie de código personal que tengo.

—Sobre todo, si la pone un ángel gruñón, ¿no?

—Sobre todo.

Un revuelo se oyó sobre nosotras y ambas miramos hacia arriba. Asier se posó junto a nosotras con elegancia.

¿Cómo coño nos había encontrado ese hombre?

Nos miró a ambas sin disimular su enfado, pero se dirigió a su compañera.

—Creí decirte expresamente que volvierais a casa de inmediato.

—Ella quería dar un paseo.

Me miró sorprendido.

—¿Un paseo? Con lo que te duele la costilla, ¿quieres dar un paseo de casi una hora, que es la distancia que está el piso franco de tu floristería?

—Lo que me duela es asunto mío. Ha sido idea mía, así que deja a Mika en paz.

Miró a Mika un segundo.

—Vuelve al piso franco, yo me quedo con ella.

El ángel echó a volar sin decir nada más.

—Oye, yo quería estar con ella. ¿Por qué tienes que meterte en todo?

—Venir andando puede ocasionar un riesgo innecesario tanto para ti como para ella. Deberías ser más prudente, aunque creo que esa palabra no está en tu vocabulario.

—Sigues siendo un idiota engreído, que lo sepas.

—Sujétate bien, que nos vamos.

No me dio tiempo ni a quejarme. Cuando quise darme cuenta ya me había cogido en brazos y comenzaba a elevarse por el aire.

—No, no, Asier, por favor, bájame, no me lleves volando.

Me apretó más fuerte contra su pecho y podía oír su corazón bajo mi mejilla, alto y fuerte.

—No dejaré que te ocurra nada, relájate, no voy a soltarte, ¿recuerdas?

Mi corazón comenzó a desbocarse cuando vi el techo de los edificios pasar junto a nosotros.

—Por favor, Asier, por favor, seré buena… Me portaré bien.

Me hizo enfadar aún más cuando lo oí reírse bajito.

—¿Tú portarte bien? No me hagas reír.

—Voy a denunciarte por abuso de autoridad o como se llame esto. No quiero volar, joder. —Hubiese pataleado de frustración, si hubiese podido hacerlo.

—Tranquilízate y respira hondo, no te dejes llevar por el pánico. Estás a salvo, ya lo sabes.

No me dio tiempo a decir nada más, cuando iba a replicarle de nuevo llegamos a la terraza del piso, que utilizaban como pista de despegue y de aterrizaje.

—Eres un idiota, joder. —Le di un empujón para que se separara de mí cuando puse los pies en el suelo, él solo sonrío de manera arrogante.

—Bueno, esta vez por lo menos no te has desmayado, es posible que la próxima vez hasta disfrutes del viaje.

Me acerqué a él y dejé fluir mi magia sobre su pecho, sabía que no le haría daño, pero él parecía ser sensible a ella, por eso lo hice.

—Eh, deja de hacer eso.

Me miró desconcertado por lo que fuese que sentía cuando mi magia lo tocaba.

—Deja tú de acosarme de esta manera, parece que no puedas vivir sin tenerme pegada a ti.

Abrió los ojos, sorprendido, y decidí molestarlo un poco más.

—¿Qué pasa? ¿que no puedes vivir sin mí, o qué?

—No seas ridícula. Solo intento que no te maten por el camino. —Se cruzó de brazos divertido por mi rabieta, eso solo consiguió molestarme más. Y cuando perdía los papeles solía

hacer muchas tonterías. ¡Sí!¡Así era yo!

—Eso dices tú. —Me acerqué a él y pasé mi mano por su pecho musculoso con lascivia, intenté no reírme al ver cómo sus ojos seguían mi mano, que bajaba por su musculoso abdomen. Me la detuvo antes de llegar a sus vaqueros, le sonreí divertida dispuesta a divertirme un poco con él—. Pero todo me indica que parece que te gusta estar cerca de mí.

—Siento desilusionarte, brujita —Sus manos me sujetaron con fuerza y sus ojos brillaron con algo que no supe descifrar—, no eres de mi agrado, para mí no eres más que un molesto grano en el culo.

Eso sí que me molestó, pero sus ojos y su actitud corporal me decían otra cosa, me acerqué a él de nuevo, aún más cerca que antes, no podía usar las manos porque aún me las tenía sujetas, pero no me impedían acercarme a su cuerpo.

—Bueno, ya te dije un día que si querías jugar un poco…

Volví a lamerle la boca con lentitud y lo oí gruñir en voz baja.



BIBIAN

Se movió tan rápido que no lo vi venir. Cuando quise darme cuenta, Asier me había rodeado con sus alas, creando un hueco íntimo y ajeno a las miradas curiosas que pudieran venir del interior de la casa. Me alzó en brazos y se apoderó de mi boca en un beso que me robó la cordura en cuanto sentí sus labios y su lengua devorando la mía sin darme ni un segundo de tregua.

Me tenía sujeta con una mano en la zona lumbar que me apretaba sobre su más que evidente erección y la otra mano me sujetaba el cuello para que no me apartara y poder seguir besándome en un beso despiadado y furioso.

Ni siquiera recordaba cómo respirar, solo era consciente de sus labios, de su lengua, de su barba que me raspaba la comisura de la boca y de su pecho apretado contra el mío, que me dejaba sentir cada uno de sus músculos y su polla presionando con fuerza justo en el centro de mi sexualidad, cosa que me calentó la sangre en unos instantes.

Le devolví el beso adentrándome en su boca, que sabía más dulce que nada que hubiese probado antes y supe que recordaría su sabor toda la vida.

Gemí en voz alta, ya que estaba acabando con todas mis defensas de manera bastante vergonzosa y no me importó absolutamente nada, excepto el sabor de sus labios y poder restregarme aún más sobre esa erección maravillosa que me hacía jadear solo de pensar en poder sentirla dentro de mí.

Le mordí el labio inferior y tiré de él sin demasiado cuidado y esta vez fue él quien gruñó. Su sonido fue el que lo sacó del momento tan húmedo que estábamos viviendo. Se separó de mí, me puso en el suelo y plegó sus alas con fuerza.

Lo miré sufriendo por todo lo que había despertado en mí en unos segundos.

Él dio un paso atrás, quizás para agrandar la distancia entre nosotros y no volver a tener la tentación de volver a cogerme entre sus brazos.

¡Joder con el gorrioncito!

Me había puesto tan cachonda que iba a necesitar desahogarme en la soledad de mi cuarto. Lo que tenía claro es que si él quería seguir jugando no pensaba negarme.

—No vuelvas a tocarme nunca más. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza porque aún no había encontrado mi capacidad de hablar por ningún sitio.

¿No quería seguir jugando?

Yo estaba más que dispuesta a hacer con ese hombre todo lo que quisiera. Estaba acostumbrada a follar con humanos que no conseguían contentarme la mayoría de las veces, al parecer ser una bruja famosa asustaba a los brujos que jamás se habían acercado a intentar follar conmigo.

¡Lástima!

Era lo suficientemente promiscua como para no hacer demasiados ascos a un macho que pudiera ofrecerme un mínimo de diversión en la cama.

Asier parecía cumplir todas mis expectativas.

—Cuando yo quiera jugar, me buscaré un juguete que me guste.

¿Qué? Sus palabras me dolieron como un golpe físico. ¡Será gilipollas el tío!

Por la erección que llevaba, estaba bastante claro que le había gustado jugar conmigo ese ratito en el que habíamos intercambiado algunos fluidos.

Entró en la casa sin decirme nada más.

Segundos después oí la puerta de la entrada cerrarse de un fuerte portazo, así que supuse que se había marchado. ¿Huyendo de mí? ¿o de lo que acabábamos de provocarnos juntos con un simple beso?

Respiré hondo y entré en la casa.

Me encontré a Mika y a Miguel en el salón viendo la tele. Supuse que iban a cambiar la guardia para estar los dos en la casa.

Ambos me miraron con cara de morirse de curiosidad por saber lo que nos había pasado fuera para que él se fuese como lo había hecho.

Yo no pensaba decirles nada.

Bastante vergonzoso era saber que me había rechazado de manera tan categórica.

—No digáis nada, ¿vale?

Ambos negaron con la cabeza y les agradecí en silencio que me hicieran caso.

No sabía si nos habían visto desde el salón, supuse que sí, pero lo que estaba claro era que algo gordo había pasado entre nosotros para que él se marchara así.

A la hora de irnos a dormir, Asier no había vuelto todavía, así que me acosté y Miguel se quedó en el sillón sin decir nada mientras seguía viendo la tele.

Unos gritos de mujer me despertaron sobresaltada.

Todavía era de noche, así que miré la hora en el reloj del móvil. Las tres de la mañana.

¿Qué coño eran esos ruidos?

Los ruidos en cuestión volvieron a oírse incluso más fuertes. Unos golpes en la pared de la habitación de al lado en sintonía con los gritos me hicieron darme cuenta de lo que estaba

pasando.

Alguien había conseguido compañía esa noche.

¿De verdad se habían traído un ligue a la casa?

Me contesté la pregunta al darme cuenta de que la habitación en cuestión donde se oían los gemidos era la de Asier, por eso se había podido traer una compañía esa noche. Él no tendría que darle explicaciones a nadie.

Supuse que ninguno de sus hermanos se atrevería a hacer algo así.

Me pregunté qué pasaría si fuese yo la que quisiera compañía.

Una extraña desilusión se adueñó de mí. Yo lo había calentado y había ido a buscarse compañía femenina fuera.

¡Será cerdo el tío!

Los gemidos comenzaron a subir de tono y me tapé la cabeza con la almohada intentando apaciguar así el sonido, pero era imposible.

¿Esos alaridos eran de placer?

Recordé el tamaño de lo que había visto y sentido la noche anterior presionando en mi propio sexo, así que no pude sentir más que envidia por la mujer que estaba disfrutando de él.

Al final esos gritos solo consiguieron ponerme de mal humor.

¿La había traído para demostrarme que no me necesitaba para nada? No necesitaba hacer eso, estaba claro que yo no le gustaba. Lo oí gemir a él en voz alta y me recordó que también gimió conmigo.

Me puso de tan mal humor que me levanté para hacerles ver que no necesitaban dar semejante espectáculo de gemidos en plena noche.

Cuando salí de la habitación decidí tomarme algo para intentar volver a dormirme, a ver si mientras tanto los amantes escandalosos terminaban ya con la faena.

Me sorprendí al ver a Miguel sentado a oscuras en el sillón.

—¿También te han despertado a ti?

Asentí y me fui a sentar junto a él. Se había servido una copa y me ofreció el vaso sin dudarlo un momento, no sabía qué estaba bebiendo, pero me daba igual.

Necesitaba beber lo que fuera para no hacer caso de la sintonía de gritos y golpes que venían de la habitación de Asier.

—¿Pasa esto muy a menudo?

—Te garantizo que no, Asier jamás ha traído a nadie a un piso franco.

No hizo falta que añadiera que yo parecía ser la culpable de su comportamiento.

—Vale, me ha llegado el mensaje alto y claro.

No volvería a acercarme más a ese patán mujeriego ni con un palo.

Me levanté y Miguel debió leerme las intenciones sobre lo que pensaba hacer.

—Bibian, no es buena idea. Te aconsejo que no remuevas más el avispero.

—Esta avispa en particular me la trae floja.

Me fui directa a la habitación y me puse a golpear la puerta con el puño, con la suficiente fuerza para que me oyeran los del concierto del interior.

—Haced el favor de bajar el volumen, que los demás queremos dormir, joder. Iros a un hotel.

Por un momento los gemidos y los golpes dejaron de sonar.

¿Ves? No hay nada mejor que dejar las cosas claras.

No había llegado a mi cama de nuevo, cuando el ruido volvió, y aún más fuerte que antes.

¡Perfecto!¡Simplemente perfecto!

Me quedaba una noche muy larga por delante. Suspiré e intenté relajarme para volver a

dormirme, aún con la sintonía de gritos que se seguían oyendo desde la otra habitación.

No se me olvidaría lo larga que fue la noche.

Ya me vengaría de él, ya.



ASIER

No pude controlarme cuando la bruja se pegó a mi cuerpo y volvió a lamerme como la vez anterior.

Mi polla saltó completamente erecta en mis pantalones. Jamás me habían calentado con tanta facilidad, pero esa vez no iba a dejarla marchar tan alegremente.

La atraje hacia mí sin decir ni una palabra, la elevé para tenerla a mi altura y poder adueñarme de su boca con comodidad.

La abracé con las alas, en un gesto instintivo de conseguirnos intimidad ante ojos curiosos y me dediqué a asolar su boca sin importarme nada más. La pegué a mi cuerpo con una mano en sus lumbares, acercándola más a mi polla que deseaba disfrutar de esta brujita tan apetitosa que cada vez me ponía más burro. Con la otra mano le sujeté el cuello para que no pudiese rehuir mi beso.

Esperaba que se sintiese amenazada por mi forma brusca de abalanzarme sobre ella, para que mantuviese las distancias de una vez por todas y dejase de provocarme, pero Bibian me sorprendió cuando respondió con la misma pasión que yo. Enlazó su lengua con la mía y su sabor me nubló la cabeza. Solo deseaba tumbarla en algún lugar horizontal y poder follármela sin descanso hasta que desapareciera el dolor de huevos que tenía de manera permanente desde que la conocí.

Me volvía loco de mil maneras diferentes y empezaba a molestarme la necesidad que sentía de mantenerla siempre cerca de mí.

Me mordió el labio y tiró de él sin cuidado, lo que me indicó que también le gustaba el sexo duro. Me arrancó un gemido solo de pensar lo que podía hacer con ella, y ese pensamiento me sentó como un jarro de agua fría.

¿Qué coño estaba haciendo, besando a una bruja?

Me separé de ella y plegué mis alas para poder alejarme más. Di un paso atrás antes de caer en la tentación de volver a abalanzarme sobre ella.

Su piel resplandecía aún más de lo que solía hacerlo. Sus labios en forma de corazón estaban inflamados y jugosos, listos para que volviera a besarlos. Sus ojos verdes brillaban por la pasión.

—No vuelvas a tocarme nunca más. ¿Está claro?

La decepción de sus ojos no me iba a hacer cambiar de opinión.

Quería a esa bruja lo más lejos de mí que pudiera. Así que seguí hablando para asegurarme de que no intentaría un acercamiento como ese nunca más.

—Cuando quiera jugar me buscaré a alguien que me guste.

Me marché intentando olvidar el sabor de su boca y calmar mi polla, que estaba a punto de explotar de un momento a otro.

Entré en la casa para salir por la puerta segundos después. Necesitaba poner más distancia entre nosotros. Y dejar de verla y olerla por el resto de la noche, cosa bastante difícil porque llevaba su sabor conmigo como si estuviese grabado a fuego.

¡Mierda, joder!

Decidí hacer lo que por norma casi nunca había hecho anteriormente, y era irme a un *pub* a beber hasta perder el sentido y poder olvidarme de la maldita bruja.

El problema es que los ángeles toleramos muy bien el alcohol, así que hizo falta casi dos botellas de *whisky* para que mi mente se adormeciera un poco por el alcohol.

—¿Un mal día?

El perfume de la mujer que se colocó a mi lado en la barra del bar me la recordó de nuevo.

¡Mátame, camión!

Me giré hacia ella y una sonrisa de labios rojos y sensuales me sonrieron mientras sus ojos oscuros me recorrieron el cuerpo con lascivia.

No la conocía. Pero era fácil saber lo que quería. Yo era bastante exigente con las mujeres que me llevaba a la cama, sin embargo, esa noche no pensaba ponerme exquisito. Quería olvidarme del olor y del sabor de Bibian, así que cualquiera me venía bien.

Decidí seguirle el rollo a la mujer. Le sonreí, sabiendo que mi sonrisa me solía abrir muchas puertas con el género femenino.

—No te haces una idea.

Ella me correspondió a la sonrisa sabiendo que no iba a negarme a lo que me iba a proponer después. Me gustaban las mujeres con las ideas claras. ¿Para qué tanta parafernalia si los dos íbamos a querer lo mismo?

—¿Puedo invitarte a otra copa?

—¿Por qué mejor no nos la tomamos en mi casa?

Asintió y le sonreí de manera lobuna.

¡Bien! ¡La noche prometía!

Iba a saltarme una norma no escrita sobre el piso franco, y era el de no llevarnos a nadie mientras estuviésemos conviviendo allí con otros compañeros. Pero esa noche intentaba darle una lección a alguien y sabía que la que iba a darle no la olvidaría con facilidad.

Pagué las copas y la cogí en brazos al salir a la calle.

Odiaba los taxis por el engorro de intentar colocar las alas en un habitáculo tan pequeño, y por experiencia sabía, porque más de una mujer me lo había dicho, que me las llevara volando les encantaba.

¡A todas menos a una!

La mujer se abrazó a mi cuello y me mordisqueó la zona y la oreja mientras llegábamos a la casa.

Cuando llegamos estaba oscura, gracias al cielo que todos parecían dormir, porque ya estaba cachondo y listo para jugar toda la noche.

No me importaba nada que gritara como si la estuviesen desollando, de hecho, me venía perfecto para la lección que quería enseñar esa noche. María, que así se llamaba ella, resultó ser más aburrida en la cama de lo que esperaba y de lo que me gustaba en mis compañeras de

sábanas, pero para disfrutar esa noche, me valdría. Me la estuve follando sin descanso y sus gritos me servían para indicarle a la maldita bruja que me buscaba a mis propias mujeres y que de ninguna manera iba a tener nada con ella. Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron, haciendo que paráramos sorprendidos cuando oí su voz, claramente enfadada, gritarme que bajáramos el tono de los gritos o que nos marcháramos a otra parte.

¡Misión cumplida!

Es lo único que pensé mientras volvía a hundirme a fondo en el coño de María y volvía a arrancarle gritos de placer, más intensos todavía.

Pensaba exprimirme a fondo esa noche. Tenía una lección que enseñar y me consideraba un muy buen maestro. Dejé que María se marchara, más que harta y satisfecha de mi polla, casi al amanecer, cuando me tumbé en la cama con una sonrisa satisfecha en los labios y no solo de sexo, que también.

Desperté cuando un extraño olor como de huevos podridos me llegó a través de la puerta cerrada de mi habitación.

Gruñí cuando imaginé quién estaría detrás de esa pestilencia.

Fue pensar en la pelirroja y recordar su lengua enlazada con la mía con su cuerpo pegado al mío como si fuese una segunda piel.

No tenía ni idea de cómo iba a poder volver a mirarla a la cara después de todo lo sucedido la noche anterior. Era infantil haberme traído a alguien a casa con la intención de bajarme el calentón que la bruja había provocado en mí.

Mi dolor de cabeza me recordó que hacía mucho que no bebía como había hecho la noche anterior y que me lo tenía más que justamente merecido.

Me puse un pantalón de chándal y salí descalzo y sin camiseta.

Estaba más que intrigado por saber qué coño estaba haciendo Bibian para que la casa oliera de esa manera.

No esperaba encontrármela junto a la mesa con la camiseta subida y poniéndose un ungüento sobre el enorme hematoma que tenía todavía y que se podía ver con facilidad, dado el tamaño que tenía sobre el lado derecho de sus costillas.

Mi mal humor se esfumó de repente.

Me quedé mirando su piel brillando tenuemente, con el ceño fruncido.

Me acerqué a ella en silencio y dio un respingo cuando me vio tan cerca de ella.

—Eso debe dolerte mucho.

—¡Me has asustado! No te acerques así a la gente.

—¿Así, cómo?

La miré divertido por cómo intentaba por todos los medios no mirar mi pecho desnudo. Ni siquiera me di cuenta de haberme puesto algo encima.

—Haz ruido, o algo.

—Vale, lo tendré en cuenta para la próxima vez. ¿Puedo ayudarte?

Ella no llegaba a la zona donde quería ponerse el ungüento.

Me miró con el ceño fruncido, evaluando si era de fiar. Parecía ser que sí porque me dio el pequeño tarro donde estaba metido y se giró para dejarme ver parte de su espalda donde necesitaba ponérselo.

Me lo llevé a la nariz, sorprendido de que oliese a eucalipto. Estaba claro que la peste de la casa no era por ese ungüento.

—¿Qué es lo que huele tan mal si no es esta crema?

Me sorprendí mucho de la untuosidad que tenía. Me llevé los dedos a la nariz sorprendido. Olía a eucalipto, romero y algunas otras flores que no pude reconocer.

—¿Lleva miel?

Ella asintió mientras le ponía la crema por toda la zona que seguía teniendo morada aún después de haber pasado ya casi un mes desde el accidente.

—Eres muy observador. Es el ingrediente que ayuda a mantenerse en la piel e hidratarla.

—¿Entonces la peste…?

—He hecho un tónico para los dolores. He comprobado que no tenéis ninguna medicina aquí.

—¿Y esperas que nos bebamos esa cosa apestosa?

—Va genial para los dolores de cabeza y de las articulaciones.

De repente mi cabeza me palpitó de nuevo recordándome la resaca que arrastraba. Hacía tanto que no bebía para tener una resaca que ya no recordaba lo mucho que dolía.

—¿Funciona para las resacas?

Se giró para mirarme y evaluó mi rostro con ojos clínicos.

—¿Una mala noche?

No pensaba contarle a ella los motivos por los que me había visto obligado a beber mucho más de lo que solía hacer nunca.

—No preguntes.

—Te puedo añadir algo para la resaca y de camino mejorará el sabor que tiene.

Me retiré unos pasos de ella cuando consideré que ya le había puesto suficiente crema. Me olí los dedos, maravillado por su olor y su color amarillento, como el de la miel.

—¿Tengo que fiarme de ti?

Se volvió a mirarme y se bajó la camiseta con cuidado.

—Si quieres eliminar la resaca no te queda otra.

Se dirigió a la cocina pasando por mi lado y se puso a preparar la pócima que me dio para beber.

—Miguel dice que volverá luego. Pensaba que dormirías más tiempo y me ha hecho prometerle que no iba a moverme de aquí mientras tú no te levantaras.

—¿Y tú le has hecho caso?

—Pensaba marcharme antes de que te levantaras, pero has sido más rápido que yo.

No me extrañaba en absoluto que esta mujer no pensase hacer lo que le decían.

Me bebí el vaso que me dio sin querer pensar demasiado en el olor que tenía y en el sabor que tendría.

Me miró con tal cara de felicidad, que cuando sentí el primer retortijón en la tripa, lo supe.

—¿Qué coño has hecho?



BIBIAN

El trabajo siempre conseguía calmarme y estaba de tan mal humor cuando me levanté por la mañana, sin apenas haber dormido nada de oír a los amantes de la habitación adjunta, que decidí fabricarme mis propias medicinas para intentar olvidarme del mal sabor de boca que tenía por sentirme rechazada.

¿Quién se creía ese idiota de Asier que era para rechazarme a mí? Aún estaba digiriendo que me calentara como lo hizo, para luego buscarse una amante y traerla a la casa. ¿Para qué? ¿Para que yo me diese cuenta de que no quería nada conmigo?

¡Se podía ir al infierno!

Es más, estaba dispuesta a convertir su vida en un auténtico infierno. Tanto, que iba a pedirme, por favor, que me marchara de ese piso franco y de su vida.

Encerré muy adentro la vocecita que me decía que solo intentaba ayudarme.

¡No iba a dejarlo pasar!

No había nacido para poner la otra mejilla.

Miguel estaba en el salón terminando de tomarse un café mientras miraba el móvil con cara de aburrimiento

—¿Has desayunado? —le pregunté al ángel, que levantó la cabeza para mirarme. Negó y me indicó el café que se estaba tomando

—Voy a preparar tostadas francesas. No puedes estar todo el día con un solo café.

—¿Tostadas francesas?

Su tono ilusionado me hizo sonreír.

Se levantó y me acompañó a la isla de la cocina que hacía de separación con el salón. Se sentó ahí mirándome preparar el desayuno mientras yo me servía un café.

—¿Te vas a quedar aquí toda la mañana?

—Tengo que ir con Mika a trabajar un rato. Creo que te quedarás con el jefe.

Bufé en respuesta y él sonrió, sabiendo exactamente lo que pensaba al respecto.

—Tuvo que afectarle mucho lo que quiera que pasó en la terraza ayer por la tarde. —Lo miré con curiosidad por sus palabras. No apartó la mirada—. Nunca había hecho lo de traerse a nadie a pasar la noche, así que has tenido que ser tú la que lo provocara. Pero pienso que se equivocó. De todos modos, no mezclará el trabajo con nada personal.

Puse las tostadas en la mesa y nos pusimos a comer en silencio.

—¿Puedo fabricar mis medicamentos?

—¿Haces eso? —Me miró sorprendido—. ¿Qué le pasa a los que fabrican las farmacéuticas?

—Que prefiero menos compuestos químicos.

Su ceja levantada me hizo reír.

—Los medicamentos actuales tienen los mismos compuestos químicos que se utilizaban en la edad media, pero luego se le añaden más cosas que no son necesarias, así que prefiero fabricarme los míos, además, son mucho más específicos.

—¿Necesitas algo? Puedo traértelo cuando vuelva.

—No, ya traje ayer todo lo que iba a necesitar.

—Pues estás en tu casa. —Se levantó para marcharse y llevó su taza y su plato a la cocina, lo enjuagó y lo metió en el lavavajillas—. Recuerda decirle a Asier que estamos trabajando. Luego lo llamo. De todos modos, creo que tardará un rato en levantarse.

Asentí y me terminé el desayuno mirando la puerta de su habitación. Esperaba no tener que verle la cara en todo el día.

Me puse con mis pócimas y me evadí del tiempo.

Cuando la crema que iba a ponerme en las costillas estuvo acabada y fría, la envasé en el bote donde iba a guardarla, me levanté la camiseta y comencé a hacer contorsionismo para intentar llegar a la zona de la espalda.

Me dio un susto de muerte cuando me lo encontré detrás de mí, sin camiseta y descalzo.

No tenía claro si él sabía lo irresistiblemente atractivo que era, y así, sin camiseta, era sencillamente devastador.

—Me has asustado. ¡No te acerques así a la gente!

—¿Así, cómo? —preguntó él sin apartar los ojos de mi tripa desnuda.

—Haz ruido o algo.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez. ¿Puedo ayudarte?

No tenía sentido negarme ya que no llegaba a la zona donde lo necesitaba.

Él cogió el bote y comprobó la suntuosidad de la crema y luego la olió.

—¿Qué es lo que huele tan mal si no es esta crema?

Le indiqué con la vista el resto de mis preparados que estaba dejando enfriar en la cocina.

—¿Lleva miel?

Asentí y él comenzó a ponerme en las costillas la crema con suavidad.

—Eres muy observador. Es el ingrediente principal para que se mantenga en la piel e hidratarla.

—¿Entonces, la peste?

—He hecho un tónico para los dolores. He comprobado que no tenéis ninguna medicina aquí.

—¿Y esperas que nos bebamos esa cosa apestosa?

—Va genial para los dolores de cabeza y las articulaciones.

—¿Funciona para la resaca?

Lo miré sorprendida. ¿Había bebido la noche anterior? ¿Se había ido a emborracharse para olvidarse de lo sucedido entre los dos? Algo se alegró dentro de mí y una idea cobró vida en mi mente.

—No preguntes.

—Puedo agregarle algo para que funcione con las resacas y de camino mejorará el sabor.

—¿Tengo que fiarme de ti?

—Si quieres eliminar la resaca, no te queda otra.

Me bajé la camiseta y entré en la cocina, pensando que la victoria iba a ser muy dulce.

Le preparé el brebaje que tenía hecho, añadiendo lo que necesitaba para que le hiciese un efecto totalmente fortuito. Sonreí con perversidad.

—Miguel dice que volverá luego, ha ido a trabajar con Mika. Le he prometido que no me movería de aquí hasta que volvieran o te levantaras. Pensaba que ibas a dormir más.

—¿Y tú le has hecho caso?

—Pensaba marcharme antes de que te levantaras, pero has sido más rápido que yo.

Se bebió el vaso que le di sin pensárselo demasiado y tuve que sonreír sabiendo lo que se había bebido y que iba a estar un rato sentado en el váter. Su mirada me indicó que sabía lo que había hecho.

—¿Qué coño has hecho?

Lo dejé en el baño y me marché con rapidez. Cogí un taxi y me fui a la floristería.

No iba a estar mucho tiempo indispuesto, solo un rato. Por lo que yo pensaba aprovechar la mañana trabajando sin ojos curiosos que controlaran todo lo que hacía.

—¿Me estás diciendo que le has puesto laxante en el tónico para la resaca?

El tono de reproche de Kate no me quitó el buen humor. Yo sabía que ella no estaría de acuerdo. Opinaba que tenía mucha suerte de estar protegida por los ángeles de la ciudad de Chicago, pero yo seguía sin verlo. Era un engorro, más que una suerte.

Estaba anotando los ingredientes con las cantidades exactas para volver a fabricar la droga y quería hacerlo antes de que Asier viniera a por mí.

Yo sabía que él no lo iba a ver de manera tan divertida como lo veía yo.

Un revuelo de alas en el exterior me puso sobre aviso.

—Guarda la receta —le dije a mi ayudante y salí del despacho para evitar que ellos entraran a por mí.

Me obligué a levantar la cabeza para enfrentarme a ellos con valentía.

Venía con Miguel, que me sonrió divertido.

Los ojos de Asier se clavaron en mi cara y el brillo rojo de fondo me indicó el muy mal humor que traía. Tuve que sonreír con cara de inocente. Miguel se reía ya sin disimularlo.

Asier lo fulminó con la mirada por tener la poca vergüenza de reírse a su costa. Miguel levantó las manos con gesto inocente.

—¿Qué tal tu cabeza?

Dio dos pasos hacia mí y me arrinconó junto a la pared poniendo su cara tan cerca de la mía que su aliento acarició mi mejilla.

—¿Te has divertido?

—No tengo ni idea de lo que me dices.

—Tu tono de inocencia no me engaña, sabías perfectamente lo que me ibas a provocar.

Tuve que morderme la mejilla para no reírme en su cara.

—No tengo ni idea de lo que me dices. Te he dado un tónico para la resaca, lo que me pediste.

—¿Y no has añadido nada más en el tónico?

Yo sabía el efecto que le provocaría, pero él no podía tener la certeza de que lo hubiese hecho queriendo.

—No tengo ni idea. ¿Qué efecto te ha hecho?

Me miró de nuevo, pero podía ver ahora la duda en sus ojos. No podía tener la certeza de que se lo hubiera provocado queriendo.

—Si me entero de que lo has hecho a intento, te garantizo que me vengaré. Tengo mucho tiempo para buscar una manera de torturarte… Recuérdalo. No juegues conmigo…, bruja.

Tragué saliva con fuerza, porque la boca se me había quedado completamente seca.

Sí, tenía claro que tener al capitán de los ángeles en mi contra no era de ser demasiado inteligente. Pero, aun así, no iba a permitirle que se burlara de mí como había hecho la noche anterior.

Tenía que dejar de provocarlo e intentar mantenerlo alejado de mí.



BIBIAN

—Quiero que te vayas al piso franco de inmediato.

Levanté una ceja ante la orden de Asier. Yo no trabajaba para él, no tenía problema en recordárselo si hacía falta. Pero su tono de alerta me picó la curiosidad.

—¿Qué ha pasado?

Los dos ángeles se miraron entre sí, evaluando lo que podían contarme.

—Ha aparecido otro muerto.

Se me heló la sangre.

—¿Por la misma droga?

—Eso es lo que queremos ir a averiguar.

—Quiero ir con vosotros.

Asier se acercó a mí, supongo que para intentar amenazarme. Con su altura y su cara de mala leche no necesitaba mucho para conseguirlo, sobre todo con ese brillo rojo en el fondo de sus ojos que conseguía ponerme el pelo de punta.

—¿Qué te hace pensar que quiero que vengas con nosotros? Esto es un caso para la policía. ¿No has hecho suficiente daño ya?

—Puedo ayudarte a reconocer los ingredientes de la droga —Decidí aventurarme mucho más —, incluso puedo decirte quién la ha fabricado.

Me miró con seriedad. Volvía a vestir con esos trajes italianos que tan bien le sentaban y su pelo, negro y suave, lo llevaba peinado sin tener ni un solo pelo fuera de sitio, y eso que habían venido los dos volando.

Miguel, sin embargo, vestía vaqueros rotos por la rodilla y un jersey de lana de cuello alto. Me sentía mucho más cómoda con la apariencia de Miguel, pero la atracción casi animal que sentía por el capitán no conseguía entenderla y me ponía casi de la misma mala leche que lo ponía a él.

—No te creo.

Lo intenté de otra manera para intentar convencerlo. De repente, era muy importante poder ir con ellos a comprobar el cadáver.

¿De verdad quieres ir a ver a un muerto, Bibian?

No, no quería ir a ver a nadie que se hubiese enfriado más de la cuenta, pero tenía que hacer algo sobre los cadáveres que estaban apareciendo de manera casi continua en la ciudad, y que indudablemente ponían el foco en mí y en mi trabajo como especialista en pócimas y ungüentos curativos. Mi prestigio como bruja empezaba a estar comprometido.

—Conozco a muchos brujos en la ciudad. Por lo menos a todos los poderosos, quizás consigamos enterarnos de quién está fabricando la droga para el narcotraficante. —Recordé que él había hecho redadas en sus tugurios y me reproché que nunca me hubiese querido enterar del resultado, después de mi accidente, prácticamente no había querido saber nada más al respecto. Volví a mirar a Asier con seriedad—. Porque aún no lo habéis pillado, ¿verdad?

Asier negó con la cabeza y miró a Miguel, que lo miraba con seriedad a su vez. Es como si pudieran comunicarse sin decirse nada verbal. Era de lo más frustrante.

—Si vas a venir con nosotros, tendrás que venir volando. ¿Ya no te da miedo volar?

—No, ni hablar. Pienso coger un taxi.

—No vamos a esperar a que llegues en un taxi —me aclaró Asier perdiendo la poca paciencia que tenía.

—Me pasas la dirección y voy para allá en taxi. Ni loca me vuelves a llevar volando de un lado a otro, y precisamente hoy, con la mala leche que tienes.

No pude callármelo. Para mi consternación, el maldito capitán sonrió y la comisura de su boca se levantó formando un pequeño hoyuelo en ese lado de su mejilla. Me entraron ganas de besárselo. Era realmente irresistible.

—Te prometí que no te soltaría mientras vinieras conmigo, Bibian, y siempre cumplo mis promesas.

—Pero los accidentes existen y no estoy dispuesta a arriesgarme. Por favor, pásame la dirección y nos vemos allí.

Asier sonrió sabiendo perfectamente lo que yo estaba pensando. Como sabía que era culpable de su problema estomacal, no me fiaba de que él no quisiera vengarse al respecto, de ahí mis dudas. Me sorprendió que accediera a mi petición.

—Miguel irá contigo en el taxi.

Le hizo una señal al otro ángel para que me acompañara.

—No quiero tener que arrepentirme de esto, ¿me oyes? Así que pórtate bien y daos prisa.

Salió volando con elegancia sin decir nada más.

—¿Llamo a un taxi?

—Ya lo llamo yo.

Miguel sacó su teléfono mientras yo entraba de nuevo en la floristería a por mí bolso.

—¿Por qué no pareces odiarme como hace Asier?

Miguel me miró largamente antes de contestarme.

Era un hombre muy atractivo, o ángel, ya puestos, aunque por supuesto todos ellos lo eran. Él tenía el pelo rubio, cortado casi a cepillo, un cuerpo musculoso y fornido, ojos de un celeste muy

claro y sonrisa franca. A mí particularmente me caía bien, no parecía estar juzgándome siempre como parecía hacer el capitán, así que en respuesta yo no estaba siempre a la defensiva cuando estaba con él, como me sucedía con Asier. Tampoco me sentía sexualmente atraída por él, así que eso debía facilitar un poco las cosas.

—No suelo prejuzgar a la gente por los actos que hicieron tus antepasadas hace cientos de años. Prefiero evaluar a la gente por sus actos actuales, y aunque estoy totalmente en contra de las drogas, sé el motivo por el que la fabricaste y es comprensible. Asier perdió mucho más que yo cuando nos desterraron por culpa de nuestra rebelión, así que para él ha sido todo mucho más difícil. Te va a costar mucho más su perdón, si es que te interesa ganártelo.

¿Me interesaba?

¿De verdad me importaba lo que ese pretencioso ángel arrogante pensaba de mí?

No demasiado, además era divertido burlarse de él de vez en cuando.

—Deberías tener cuidado con este juego que te traes con él.

Asentí sin querer preguntarle nada y miré el lugar al que acabábamos de llegar. Un aparcamiento disuasorio debajo de la principal autopista de salida de la ciudad.

—¿Es aquí?

Me bajé del taxi sin saber bien lo que iba a encontrarme. Parecía que el lugar era idóneo para las reuniones de yonquis y personas sintecho. Parecía abandonado y hacía mucho que las empresas de recoger la basura no pasaban por allí.

Había una zona acordonada con un cordón policial rodeado de policías humanos, principalmente. Dentro del cordón policial se encontraba Asier con Anthony a su lado, acuclillado ante el cuerpo que estaba tirado en el suelo.

—¿Estás lista para presenciar esto?

Miguel me miró con seriedad y me obligué a asentir. No quería ver a un muerto, pero esto no dejaba de ser culpa mía de cierta manera y no dudaría en intentar ayudar si es que podía hacer algo al respecto.

—No, pero no voy a echarme atrás.

—Bien, entonces sígueme.

Pasó por debajo de la cinta policial de rayas rojas y blancas que delimitaba el perímetro y lo seguí sujetándola con la mano para colarme por debajo con agilidad.

Mis costillas se quejaron en voz alta por ese movimiento y un latigazo de dolor me recorrió el cuerpo entero. Apreté los dientes y cerré los ojos esperando a que pasase.

Miguel siguió caminando sin esperarme, pero Asier se volvió hacia mí y entrecerró los ojos con curiosidad.

No creía que me hubiese oído desde la distancia que nos separaba, pero sabía que él tenía una especie de percepción especial ante el dolor de los demás.

—¿Estás bien?

Pues al parecer sí que me había oído o percibido mi dolor o lo que fuera que sintiera ese hombre, porque estaba claro que no se le escapaba nada.

—Sí.

Negó con la cabeza, como queriendo rebatir mis palabras, pero guardó silencio y se acercó al hombre que estaba tirado en el suelo.

—Se llama Nicolás Ortiz y es humano.

Lo observé colocada a los pies del hombre. Estaba tumbado boca arriba, y había una sustancia oscura en el suelo, que no sabía si podía ser o no sangre que le había salido de la boca. Su rostro estaba, aún muerto, contraído en una mueca de dolor. Su agonía debió ser terrible y eso

hacía que una ola de culpabilidad me recorriera.

¿Es que eso no iba a acabar nunca?

—Tenía esto junto a su cuerpo.

Me tendió un bote como el que usaba yo para envasar la droga, aún le quedaba un poco. Lo miré al trasluz y luego lo olí, frunciendo la nariz con cara de asco.

—¿Es igual al de la comisaría?

Asentí y le devolví el bote. Me agaché junto al cadáver.

—¿Puedo verle la boca?

Me miró sorprendido, pero asintió y se agachó junto al cuerpo para meter sus dedos enguantados en la boca del muerto. Su lengua de color morado me dio la respuesta que buscaba.

—Sí, si analizas la muestra te dará los mismos compuestos. Han añadido un compuesto al mío esperando conseguir la misma droga, pero está claro que no lo han conseguido.

—¿Sabes quién puede haberlo hecho?

—No, pero sé quién puede decírmelo.



BIBIAN

—¿A dónde vamos?

Miré a Asier, que me miraba a su vez mientras parecía buscar una postura cómoda dentro del taxi en el que nos encontrábamos.

—A buscar tus respuestas —le dije mirándolo unos segundos antes de volver a mirar por la ventana.

Sus alas plegadas tras él ocupaban casi todo el asiento trasero. Ahora entendía por qué prefería ir volando en vez de coger un taxi o conducir su propio coche. Su incomodidad era más que evidente. Miró al taxista con rabia, como si pudiera conseguir que se diera más prisa solo con su mirada.

—¿Vamos a tardar mucho?

—Deja de moverte. Ya estamos llegando.

Le sonreí mientras le acariciaba las plumas que tenía pegadas a mi brazo, lo que hizo que me mirara con mala cara.

—Estate quietecita, ¿quieres?

No podía evitarlo, la suavidad de sus alas me llamaba para que las acariciara una y otra vez.

—Hemos llegado. —La voz del taxista nos hizo mirar hacia delante.

—Es cierto, es aquí.

Me bajé con rapidez y miré al gorila que había en la puerta con su eterno traje negro y su pelo rapado casi al cero.

—¿Me has traído a un fumadero de opio?

No hice caso a su tono de reproche y me fui a saludar a Roger.

—Mirad a mi brujita preferida. —Me dio un fuerte abrazo de oso al que correspondí encantada—. No has cambiado nada en estos años. Sigues siendo la misma preciosidad de siempre.

No hice caso al bufido que sus palabras provocó en mi acompañante.

—Tú sí que estás igual que siempre. Mírate.

—¿Por qué no me extraña que tengas amigos en este tipo de sitios?

Lo miré recriminándole sus palabras tan groseras.

—Veo que el gusto por tus acompañantes sí ha empeorado bastante.

Fue el turno de Asier de mirarlo de malos modos.

—¿Está el jefe por aquí? —Mejor cambiar de tema y quitar al capitán de en medio cuanto antes.

—Claro, ya sabes cómo es —Me abrió la puerta negra para que entrásemos en el local—, pero no me ha dicho nada de que vendrías a visitarnos. ¿Va todo bien?

—Sí, él no sabe que venía, pero solo queremos hacerle unas preguntas.

—Ya.

Miró a Asier indicando que no se fiaba nada de su presencia en el local.

—No vengo de visita oficial, puedes decirle a tu jefe que esté tranquilo.

Pareció calmarse ante sus palabras.

—Ya sabes dónde está su oficina.

Entramos a la semioscuridad del interior.

Ya no recordaba lo que era ese fumadero y por la cara de Asier estaba claro que él tampoco había entrado nunca en ninguno, por lo menos de manera extraoficial.

No se fumaba *crack* ni ninguna droga fabricada por humanos. Era un fumadero para brujas, principalmente, y yo me enorgullecía de haber fabricado algunas de las cosas que se podían fumar allí.

Lo que fumabas te provocaba diferentes experiencias que eran visibles en la oscuridad del local.

Pude ver cómo unas mariposas gigantes de colores fluorescentes revoloteaban sobre la cara de unas brujas que no podían tener más de dieciocho años.

Y un brujo de agua miraba a un Pegaso alado que volaba sobre él.

—¿Qué coño…?

Un dragón dorado gigantesco sobrevolaba a unos brujos que parecían hablar de negocios mientras fumaban y bebían una copa tranquilamente. Uno de ellos miraba al dragón boquiabierto, sin tener claro si le atacaría o no.

—¿Nunca has estado en un fumadero de brujas?

Me miró alucinado y tuve que sonreír orgullosa.

—Se fuma diferentes tipos de hierbas, dependiendo de la sensación que quieras vivir. —Ante su cara desconfiada añadí—: Es totalmente inofensivo y el viaje te dura una media hora o así. Pasado ese tiempo la imagen desaparece.

—Solo te faltaba ser una yonqui para hacer un completo —me soltó con frialdad.

Preferí guardar silencio. Yo casi nunca fumaba nada de eso. En el pasado fabriqué muchas de las hierbas que se fumaban, pero no era adicta a consumir ningún tipo de sustancias. Intenté no hacer caso del daño que me hacían sus palabras.

—¿Quieres beber algo?

Pasamos ante una mesa donde unas chicas miraban unos cerezos en flor de donde caían un

sinfín de pétalos sobre ellas. Era realmente bonito. Asier las miraba sin tener claro si tenían edad de consumir drogas o si debería tomar medidas después de todo.

Saludé al brujo que estaba custodiando las escaleras que llevaban a la planta alta donde se encontraba el despacho de Zacarías, el dueño de todo eso.

—Hola, bombón. ¿Sabe el jefe que venías?

—No, solo vengo a hablar un momento con él.

Analizó a Asier unos segundos mientras él analizó al brujo con la misma intensidad. Oímos un «Oh» general y supe que el dragón había hecho su vuelo final antes de desaparecer ante el asombro de todos.

—A la gente le sigue encantando el dragón, Bib, ha sido todo un éxito, quizás deberías crear algunos nuevos. El jefe dijo algo de querer hablarlo contigo.

Le sonreí sin decir nada. Y menos delante de Asier, que parecía que le habían metido un palo por el culo de lo tenso que iba. Estaba claro que su don sobre hacer el bien predominaba sobre el resto de su personalidad. Una pena. Ese hombre necesitaba disfrutar de la vida un poco más. Quizás le diera algo de tiempo para pervertirlo un poco mientras siguiese obligada a convivir con ellos.

Si conseguíamos sus respuestas quizás lograríamos localizar al cabrón que había adulterado mi droga y todo podría volver a la normalidad, perdiendo de vista a todos los ángeles de una vez.

—Bien, aprovecharé la visita. Luego te veo.

Subimos las escaleras sin detenernos en ningún otro sitio. Con todas las medidas de seguridad que tenía el local y después de pasar por todos los hombres que había hasta llegar a Zacarías, la entrada de su despacho estaba vacía. Llamé a la puerta y esperé a su «pase» para entrar en sus dominios privados. Lo encontré sentado tras la mesa de su despacho, donde solía estar siempre, pendiente de su negocio como el brujo avaricioso y desconfiado que era.

Llevaba su negocio con férreo control y, por lo que sabía, seguía sin fiarse de ninguno de sus empleados, aunque algunos de ellos llevaran trabajando con él desde el primer día.

Abrió los ojos, sorprendido al verme. Su sonrisa de felicidad fue genuina y le sonreí de la misma manera.

Daba gusto saberse bienvenida en algunos sitios.

—¿Bibian? ¡Qué alegría verte! ¡Mírate! ¡Estás preciosa!

—Hola, Zac. Me alegro de verte.

Y era verdad que estaba fantástico. Vestía de negro por completo, como solía hacer normalmente, pensaba que el negro le favorecía y era verdad. Su pelo también negro lo llevaba pulcramente peinado sin que ni un pelo rebelde escapara de su control.

Era un brujo de agua, como mi hermana, así que sus ojos eran de un color lila que, a mí, personalmente, me volvían loca.

Sus ojos me recorrieron con apreciación y una sonrisa divertida curvó sus labios. Sus ojos brillaron.

—¿Qué te trae por aquí con el capitán? —No disimuló su malestar al mirar al ángel que permanecía a mi lado en silencio, evaluando al brujo con mirada seria—. ¿Hay algún problema?

—No es una visita oficial —Me adelanté a explicárselo antes de que se cerrara en banda y se pusiese a la defensiva—, puedes estar tranquilo. Hemos venido a hacerte unas preguntas de manera extraoficial.

Nos evaluó unos segundos antes de ofrecerle la mano a Asier y presentarse de manera educada.

—Soy Zacarías, el marido de Bibian.



ASIER

No estaba teniendo un buen día, ni muchísimo menos.

Desde que desperté con resaca por la mañana y me encontré a Bibian con el vientre al descubierto, despertando mi deseo de nuevo, ese que me atenazaba las tripas desde hacía tiempo, pero que se me había disparado después de haberla besado el día anterior. Luego la muy bruja me había provocado un malestar digestivo que me tuvo encerrado en el baño buena parte de la mañana para poder escaparse del piso… ¡Qué ingenua! ¡Cómo si pudiese huir de mí!

Para empeorarlo todo, nos habían avisado de una nueva muerte por sobredosis de la droga que había fabricado ella, para ser sinceros, una que estaba adulterada, como pudimos comprobar que estaban haciendo con la que estaba matando a la gente.

Me había sorprendido mucho que Bibian nos pidiera ir a la escena del crimen para intentar ayudar a descubrir de una vez por todas a quién estaba detrás de todo lo sucedido.

No parecía estar muy afectada después de haber visto el cadáver y yo maldecía en silencio el tener que viajar con ella dentro de un taxi diminuto para ir a buscar algunas respuestas. Su olor hacía que mi polla despertara deseando salir a jugar. Y encima se ponía a acariciarme las plumas sin saber lo que empezaba a provocar en mí su simple cercanía.

Era la primera vez que entraba en un fumadero de brujas. Para ser sinceros, nunca habíamos tenido que intervenir en ningún altercado que se diera allí. Así que no me imaginaba lo que me iba a encontrar. Había alucinado con lo que había visto en ese lugar. Que un gigantesco dragón sobrevolara tu cabeza era, como mínimo, sorprendente, y enterarme de que el artífice de ese tipo de droga era ella, no me sorprendía demasiado.

Estaba descubriendo una imagen de esa bruja muy diferente a la que me obligaba a ver.

Ya la había investigado anteriormente. Corrían muchas habladurías sobre la bruja de tierra más poderosa del último siglo y comenzaba a entender el porqué de tantas habladurías.

Parecía ser muy buena en lo que hacía. Que era casi únicamente fabricar pócimas y ungüentos relacionados con la salud. Yo mismo había comprobado lo buena que era con las pócimas. Mi resaca había desaparecido por completo esa mañana y no tenía ninguna duda de que mi malestar estomacal había sido provocado por ella también a cosa hecha.

¡Ya me vengaría de eso también! Si la maldita mujer esperaba que lo iba a dejar pasar, no sabía bien con quién se enfrentaba. Nadie se burlaba de Asier, capitán de los ángeles, mano

derecha de Dios desde el principio de los tiempos y el que castigaría a todas las brujas hasta el final de los días.

Enterarme de que estaba casada no me lo esperaba para nada.

No pude evitar mirarla sorprendido, y ella me mantuvo la mirada instándome a que le dijera algo.

¡Ya la pillaría, ya!

—¿Su marido?

¿Tenía de verdad cara de gilipollas de acorde a la voz que me había salido o eran imaginaciones mías?

—Exmarido. Habla con propiedad.

Bibian miró a Zacarías con rostro serio, mientras yo le estrechaba la mano al brujo de ojos morados y piel morena. La purpurina de su piel brillaba de manera mucho más leve en él.

También lo había investigado hacía tiempo. Lo habíamos hecho de manera sistemática con todos los *pubs*, garitos y fumaderos de la ciudad, tanto de brujos como de humanos. Me gustaba saber con quién me enfrentaba.

No me gustaban las sorpresas y enterarme de que había estado casada con ese tipo no me entusiasmaba demasiado.

—Bueno, querida, ¿vais a decirme por qué habéis venido aquí de una manera tan poco discreta? —Me miró a mí de manera acusadora y yo le sostuve la mirada. No estaba allí de manera oficial, pero seguía siendo el jefe de policía de esa maldita ciudad y esperaba un mínimo de respeto de ese maldito brujo—. No es por ofender, pero que el capitán de los ángeles venga a tu negocio no deja de alarmar a la gente.

—Venimos a por algunas respuestas.

El brujo me escrutó con esos ojos extraños y luego miró a Bibian, como si no se hubiese enterado bien de lo que le había dicho.

—Queremos que nos digas el nombre del que está adulterando mi droga.

—¿Tu droga? —repitió el brujo cómo si no la oyera binen

—Han muerto ya cinco personas —le explicó ella con tranquilidad.

—Ya sabía yo que eso tenía que ser obra tuya. —El brujo se tiró para atrás en la silla reclinable de su escritorio donde había estado sentado y su tono de voz se volvió recriminatorio — ¿Al final has dejado de tener tantos escrúpulos? Tanto como me recriminabas que te la hubiese pedido yo y resulta que la haces para otro.

Bibian pareció avergonzada por sus palabras y en ese momento entendí cuál parecía haber sido uno de los problemas principales del matrimonio. Su moral o en este caso la falta de ella de este hombre en particular.

—No es momento de recriminaciones —le indiqué al tipo.

Bibian me miró con agradecimiento.

¡Ya me encargaría de ella luego, en privado!

Mi polla volvió a despertar ante mis pensamientos de poder ponerle las manos encima, aunque no fuera a nivel sexual.

¡Joder! ¿De verdad estaba así por pensar en tener algo de intimidad con ella, aunque fuese solo para hablar?

—No, supongo que no lo es.

—Está muriendo gente, Zac, y estoy segura de que sabes quién está detrás de esto.

El brujo nos miró a los dos con seriedad antes de contestarle.

—Parece ser que no evaluaste bien las consecuencias de fabricar ese tipo de drogas, ¿no?

—¿Por qué? —le pregunté.

Ya sabía el por qué, pero quería enterarme de los motivos que él parecía saber también.

—La droga que vendiste fue la hostia y la gente se volvía loca queriendo conseguirla. No hay una persona sola detrás de la que están adulterando, Bibian. Lo están intentando por lo menos dos de los narcotraficantes más importantes de la ciudad. Aparte del que ya conoces.

Oí a Bibian bufar molesta por la noticia.

—Has desatado el infierno, querida. Esto no ha hecho más que empezar.

¿Podía golpearle la cabeza repetidamente en la mesa por llamarla así, o estaría mal visto?

—Queremos sus nombres.

El brujo se levantó y se acercó a una mesa con bebidas que tenía en un rincón.

—¿Una copa?

Yo negué con la cabeza pensando si conseguiríamos los nombres. Aunque después de lo que nos había dicho, parecía ser que no era una persona la única que estaba detrás de la receta exacta de la droga. Tener a varios narcotraficantes experimentando con drogas en mi ciudad, era lo último que me faltaba.

—¿Bibian? —Ante su asentimiento, preguntó enseñando una botella de color verde con una carabera blanca pintada—. ¿Lo de siempre?

Ella asintió y le sirvió más de medio vaso de ese líquido que llenó el despacho de olor a hierbas y a anís.

¿Estaba tan malo como su aspecto indicaba o era aún peor? ¿De verdad era capaz de beberse esa cosa?

—Las buenas costumbres nunca se pierden —dijo Zacarías.

Él se puso hielo en el vaso y se sirvió unos dedos de *whisky*. Luego le acercó el vaso a ella.

—Toma.

Estuvo unos segundos mirando la expresión de ella, que parecía ensimismada.

—Vamos, Bib, no me digas que no pensaste en que iba a pasar justamente esto.

—Si detengo a los culpables de adulterar la droga, solucionaremos el problema.

—Creo que no entendéis el alcance del problema. Todo el mundo está buscando el ingrediente mágico que hace que funcione. Creo que va a morir mucha más gente antes de que esta historia termine. Felicidades por tu éxito, querida.

—¡Eh, ya está bien!

Tampoco iba a permitirle que la machacara por su estúpida idea. Me gustaba pensar que era solo cosa mía. Yo tenía el derecho de quejarme ante ella ya que era mi problema solucionar las muertes. No me gustaba nada oírlo a él machacarla de esa manera.

—¿Cómo sigue tu hermana Mónica?

—Está ingresada en una clínica fuera de la ciudad.

Me di cuenta de que no quiso decirle donde. Chica lista.

—¿Y su corazón?

—Ha empeorado.

Al parecer no pensaba decirle nada más al respecto.

—Espera, espera... ¿Todo esto ha sido para conseguir el dinero? ¿Era para eso para lo que lo querías?

Ella no le contestó, solo se sonrojó de una manera tan deliciosa que la miré sin querer evitarle la vergüenza que estaba pasando en ese momento.

¿Así que había recurrido a este hijo de puta y no le había facilitado el dinero?

No parecía saber exactamente para qué era. Pero si mi exmujer, en el supuesto caso de

haberla tenido, me pidiera algo, se suponía que tenía que ser lo suficientemente importante como para intentar ayudarla.

—Ya no importa. Tenemos que irnos.

¿No importaba? Yo no estaba tan seguro.

—¿Tu mujer te ayudó a crear las drogas que usas aquí?

El brujo asintió con la cabeza sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—Y parece que funciona bastante bien, ¿no?

—Claro, es muy buena en lo que hace.

—¿Y no te preocupaste en dejarle el dinero que te pidió después de ayudarte a ganar tanto?

Ahora sí sabía a qué me estaba refiriendo. Se levantó del sillón donde había vuelto a sentarse tras darle la copa. Bibian se bebió lo que le quedaba en el vaso de golpe. Quizás para obligarme a callarme y poder irnos de una vez.

—Yo no sabía para lo que era. Si me hubiese dicho que era para curar a su hermana hubiese sido diferente.

—¿Podemos irnos ya?

Ninguno le hicimos caso.

No iba a marcharme sin decirle lo que opinaba de él.

—Fue tu mujer. Lo mínimo que se esperaba es que la ayudaras si te lo había pedido, aun sin saber para lo que era. Eso hacen los hombres por sus mujeres.

—Es demasiado orgullosa para pedir ayuda cuando la necesita. Siempre ha sido ese su problema, ¿verdad, Bibian?



ASIER

Estaba lloviendo de nuevo cuando salimos del fumadero y se había hecho de noche. Un frío que anunciaba de manera prematura las nieves del invierno nos golpeó en la cara cuando salimos del local

Bibian estaba extrañamente callada.

Habíamos conseguido los nombres que buscábamos. Aunque eran más de los que esperábamos. Las últimas palabras de Zacarías seguían en mi cabeza dando vueltas con insistencia

«Te has dibujado una puñetera diana en el culo».

Ya lo sabía, pero aun así no me gustaba que hubiese más gente con esa idea en la cabeza. Eso indicaba que el problema era aún más urgente de lo que parecía y que, me gustase o no, iba a tener que quedarme cuidando de ella más tiempo del que me gustaría.

—No vamos a esperar a un taxi con lo que está cayendo.

Ni siquiera me oyó, así que aproveché para agacharme y cogerla por debajo de las rodillas para sujetarla a mi cuerpo antes de salir volando por el cielo a través de la lluvia.

—¿Qué coño haces?

Ella se aferró a mi cuello con los brazos y encerró la cabeza en él, por lo que su olor corporal a flores me llegó con intensidad.

—Bibian, recuerda que no voy a soltarte —le dije, intentando conseguir que se relajara.

Me aferraba tan fuerte, que comenzó a dolerme el cuello por la presión de sus manos.

—¡Bájame, bájame!

—Bibian, por favor —Intenté que aflojara sus manos y solo conseguí que me apretara más fuerte—, estás ahogándome, Bibian.

No sé cómo lo hizo, ni como no nos estrellamos en el proceso, pero se giró en mis brazos y se abrazó con las piernas a mi cintura, apretándose con fuerza por todo mi cuerpo… Pero, eso sí, aflojó un poco la presión de sus manos detrás de mi cabeza. Lo peor es que podía sentir sus tetas pegadas a mi pecho y mi polla despertó con fiereza presionando tras el pantalón de mi traje y en el vértice entre sus piernas.

¡Joder, joder! ¿Es que esta mujer no podía quedarse quietecita?

Para mi consternación la oí gemir en mi oído. Adiós intentar disimular mi erección. La lluvia

caía con fuerza y en poco tiempo estaba empapado. Podía sentirla a ella también completamente mojada. Esperaba que eso me ayudara a enfriar mi libido, hasta que sentí que Bibian comenzó a pasar su boca, esa que tenía con forma de corazón, de labios gordos y jugosos, por mi mentón y mi cuello.

—Bibian, joder. ¿Puedes estarte quietecita?

Mi necesidad de buscar un lugar resguardado de la lluvia y de miradas indiscretas para dar rienda suelta a la pasión que estaba sintiendo en esos momentos, y la necesidad imperiosa de clavarme en esa maldita mujer hasta reventar follándomela sin descanso, se multiplicó por mil.

Estaba cansado de negarme lo que me hacía sentir. Podía odiarla con todas mis fuerzas, pero mi polla no estaba de acuerdo, ella iba por libre y solo bastaba olerla y ver ese glorioso pelo rojo o esos increíbles ojos verdes para desearla de una manera salvaje.

Dios, estaba tan empalmado que los huevos me dolían y si no dejaba de lamerme el cuello —sí, eso estaba haciendo en esos momentos y me estaba volviendo loco—, iba a correrme en los pantalones como un adolescente.

Gruñí en voz alta y aterricé con no demasiado cuidado en la terraza del piso agradeciendo no habernos estrellado en el trayecto.

No pensaba dejarla marchar. No al menos sin saciarme y hacerle pagar lo que había conseguido provocar en mí.

La apoyé, así como estaba aferrada a mis caderas, contra la pared del piso, y le sujeté la barbilla para lanzarme a su boca con fiereza. Nuestros dientes chocaron en el proceso y mi lengua se adentró en su boca para asediarla y llenarme de su sabor. Le tiré del pelo obligándola a mover la cabeza para conseguir mejor ángulo para seguir asolando su boca.

Le restregué mi polla entre sus piernas consiguiendo clavarme en su sexo aun con la ropa que nos separaba.

Ella gimió con fuerza y sentí sus manos frías intentando colarse bajo mi camisa para tocarme los abdominales. Separé mi tórax de ella para facilitarle la tarea, pero seguí clavado en ella por las caderas y volví a restregarme más fuerte haciendo que ambos gimiéramos con más intensidad.

No era suficiente.

Necesitaba más de ella.

Más de su sabor.

Más de su olor.

Necesitaba hundirme en ella, pero no tenía tiempo de quitarle la ropa, así que metí las manos por su sudadera y me aferré a su pecho que encontré sin sujetador. Estaba tan caliente al tacto que pensé que me quemaba. Me aferré a él y le subí la ropa para poder meterme el pezón en la boca. La hice gemir aún más fuerte e intentó moverse bajo mis caderas.

Fue superior a mis fuerzas.

Comencé a mecerme sobre su coño y succioné con fuerza el pezón, mientras atormentaba el otro tirando de él sin cuidado. Sentí cómo se tensaba bajo mi cuerpo y la oí gemir cuando se corrió. Seguí meciéndome sobre ella hasta que alcancé mi propio orgasmo liberador mientras seguía succionando su pezón sin darle tregua.

Nos quedamos así, abrazados como estábamos y con ella subida a mis caderas, mientras nuestros cuerpos se relajaban después del orgasmo. Cuando recuperé la conciencia de lo que habíamos hecho le bajé la sudadera y la insté a que pusiese los pies en el suelo.

Me negaba a mirarla y darle el placer de que se regodease por conseguir que yo perdiera los papeles de esa manera.

Recordé el montón de motivos por los que la odiaba. Así que la dejé allí sin decirle una palabra y entré en el piso para dirigirme a mi habitación a intentar olvidar lo que había pasado entre nosotros.

Como si fuese tan sencillo.



BIBIAN

Debía haberme vuelto loca, pero de remate.

¿En qué coño estaba pensando para abalanzarme sobre él de esa manera?

Fue una idea pésima atormentarlo un poco por haber vuelto a cogerme en brazos para llevarme volando, sabiendo el pavor que me daba.

A mi favor, podía decir que en cuanto probé el sabor de su cuello, que era lo único que tenía a mi alcance y sentí su polla presionando entre mis piernas, un calor abrasador se adueñó de mí y se debió llevar mi sentido común, de camino. Al parecer ese maldito ángel provocaba esa reacción en mí.

Saber que él perdía también su raciocinio cuando yo lo tocaba, o en este caso, lo lamía, atenuaba un poco mi vergonzosa actitud.

Ni siquiera pude saborear el intenso orgasmo que me había provocado con su boca y la fricción contra su cuerpo.

¡Dios bendito! Aún me acaloraba cuando lo pensaba.

No quería recordar la cara devastada de él cuando se le pasaron los efectos de su propio orgasmo. Nunca había visto esa desolación en la cara de nadie después de llegar al clímax conmigo y eso hacía que aún me sintiese más culpable.

No podía volver a mirarlo a la cara después de eso.

Me marcharía lo antes posible y me buscaría la manera de mantenerme viva hasta que todo lo que estaba sucediendo, pasara de una vez.

Entré en el piso esperando no encontrarme con Asier en el camino a mi habitación.

Mika estaba en el salón y enarcó las cejas en muda interrogación al verme entrar con paso vacilante y mirada perdida.

Negué con la cabeza y entré en mi habitación con rapidez. Se oía la ducha en el cuarto de baño y agradecí que Asier no estuviese visible en ese momento

¿Cómo coño iba a volver a mirarlo a la cara después de esto?

Me encerré en la habitación y no me atreví a salir hasta que oí silencio en el cuarto de baño y una puerta cerrarse con fuerza en el piso, supuse que él se había vuelto a marchar.

Si el idiota volvía con otra mujer para follar durante toda la noche me haría el Harakiri con un tenedor y lo mataría a él de camino.

No me atreví a salir a cenar esa noche.

Unos golpes urgentes en la puerta me sobresaltaron.

—¿Bibian? ¿Estás despierta?

La voz alarmada de Miguel me despertó del todo.

Miré que mi pijama de *Betty Boop* me tapara lo suficiente y abrí la puerta preguntándome qué coño había pasado para que me despertaran de madrugada.

Abrí la puerta y me sorprendí ver al ángel rubio con la ropa manchada de sangre y un par de golpes en la cara.

—¿Qué ocurre?

—Necesitamos tus servicios de curandera.

Me quedé mirándolo sin entender a lo que se estaba refiriendo. Él no parecía estar tan herido como para despertarme a esas horas.

—Es Asier —aclaró ante mi escrutinio.

Mi sangre se heló y un frío se instaló en mi interior.

—¿Dónde está?

—En su habitación. —Me miró con seriedad antes de continuar—: Es grave.

No necesité que me dijese nada más.

Me di prisa en entrar en la habitación contigua donde me encontré con el capitán tendido en la cama, todo manchado de sangre. Tenía la cara tan golpeada que sus ojos se estaban cerrando poco a poco. Tenía una ceja y el labio partido también de donde manaba sangre lentamente.

—Le han disparado —me dijo Mika, que estaba en la habitación junto a él, intentando quitarle los zapatos.

—¿Disparado? —La miré sin entenderla—. Pensaba que erais inmortales.

—Lo somos, es casi imposible matarnos excepto que nos corten la cabeza, claro está —Asentí para que siguiera hablando—, aun así, sangramos como todos los demás y él lleva mucho tiempo perdiendo sangre.

—¿Por qué no lo habéis llevado a un hospital?

—No necesita un hospital, Asier odia los hospitales, hemos pensado que quizás tú…

No lo dejé terminar la frase, por supuesto que haría por él todo lo que estuviese en mi mano.

—Ayudadme a desvestirlo para que pueda ver dónde le han disparado.

Miguel asintió y lo levantó por los hombros mientras Mika y yo le íbamos quitando la ropa con lentitud.

Tenía un torso moreno y musculoso, que yo había visto ya la mañana anterior cuando se levantó y salió sin camiseta de su habitación, pero en ese momento podía mirarlo y recrearme cuanto quisiera.

Tenía viejas cicatrices repartidas por todo el tórax, que me hicieron pensar en sus años de guerrero, ya que parecían viejas. Y encima de las viejas cicatrices tenía diversos hematomas que se formaban bajo su piel. Uno en las costillas flotantes del lado derecho del tórax que iban a dolerle un montón.

Seguramente las tenía rotas.

Tenía el dedo anular de la mano izquierda roto, torcido en un ángulo extraño y tenía que ser horriblemente doloroso. Sus nudillos destrozados de ambas manos me dieron una idea de la intensidad de la pelea en la que había estado.

Le habían disparado en el tórax, donde había un agujero de bala que no dejaba de sangrar.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Sabéis dónde ha estado para que le hagan esto? ¿Y por qué vosotros no estáis heridos?

—Ha ido a hacer una redada a tu antiguo amiguito —informó Miguel.

Lo miré confundida sin saber bien a lo que se estaba refiriendo.

—Ha ido a por El Negro, es el narcotraficante que está detrás de todo esto —añadió Mika tirando la ropa al suelo sin cuidado—. El que te encargó la droga y el que te mandó a sus matones.

—Pensé que ya lo habíais cogido. —Los miré a todos confusa—. ¿Ha ido de noche?

—Y solo —me aclaró Miguel cuando terminó de quitarle los pantalones—, nos hemos enterado por la conexión telepática que mantenemos entre todos los ángeles.

Miré a Miguel sin perderme detalle de lo que me estaba contando.

—Cuando hemos llegado al lugar casi habían conseguido acabar con él.

¿Qué le estaba haciendo a este hombre?

—Supongo que no suele ser tan inconsciente muy a menudo, ¿no?

Ambos me miraron sabiendo perfectamente a lo que me estaba refiriendo.

—No suele tener miedo ni asustarse ante nadie, Bibian. No te culpes por algo que ha sido exclusivamente culpa suya. El ir solo, le da la opción de poder saltarse sus propias reglas. Tenías que haber visto cómo han quedado los otros.

—Ya.

Pero nadie me quitaría de la cabeza la sensación de ser la culpable de que casi hubiese muerto esa noche.

Ahora me tocaba curarlo.

El resto de la noche me la pasé limpiando sus heridas con mis tónicos para contener la hemorragia. Le habíamos dado de beber mi medicación, con muchísimo trabajo, para anestesiar el dolor y poder sacarle la bala que tenía en su pectoral, que por suerte estaba alojada de manera superficial.

No iba a permitir que sufriera.

Él había venido a por mí la noche que me atacaron e incluso me había donado su sangre, así que curar sus heridas era lo mínimo que podía hacer por él después de todo lo que había hecho por mí.

—¿Vas a rematarme? —me preguntó cuando intenté darle el tónico para conseguir que durmiera sin sentir ningún tipo de dolor. Supuse que aún recordaba lo que le había hecho la última vez que le había dado algo para aliviar su malestar.

—Hoy no. Quizás otro día, hoy solo intento curar a un ángel idiota que se cree invencible.

Intentó mirarme con sus ojos hinchados. Solo se veía una ranura de un color azul muy claro que siempre me recordaba los cielos de verano.

—Sigo sin fiarme de nada que venga de ti —me susurró al oído para que los demás no pudieran oírlo.

Si lo hicieron, ninguno dijo nada.

—Lo sé, pero esta noche no tienes más remedio. No hay nadie más aquí para ocuparse de ti.

—No quiero tu ayuda.

No podía decirle lo mucho que me dolían sus palabras. Era cierto que no me había portado demasiado bien con él, pero de todas maneras ya me odiaba lo suficiente sin haberle dado demasiados motivos. ¿Por qué iba a portarme mejor? Me había propuesto odiarlo de la misma manera que él hacía conmigo, pero creo que algo se me había torcido por el camino.

No quería que sufriera ningún daño, ni por mi mano ni por la mano de nadie. Era un espécimen demasiado hermoso para perderlo.

—Lo sé, pero tú me ayudaste de manera desinteresada cuando la necesité, así que vas a tener que aguantarte. Favor por favor.

—¿Alguna vez haces pócimas que sean agradables de beber? Esta cosa huele a rayos.

—Pero prometo que dormirás como el angelito que eres.

Se la bebió sin soltar ninguna queja más, y le acaricié el pelo negro, largo y sedoso de su flequillo, esperando a que la medicación le hiciese efecto. Él me cogió la mano y la puso sobre su mejilla para que la dejara ahí, acariciándola con suavidad, pidiéndome una caricia que jamás reconocería hacer en voz alta. Su barba de varios días me acariciaba la punta de los dedos haciéndome cosquillas.

Me maravillé una vez más de lo hermoso que era.

Todo él.

Miré sus nudillos destrozados y cuando sentí que se quedaba profundamente dormido, seguí curándole las heridas.



ASIER

Desperté desorientado con el olor a flores tan característico de Bibian rodeándome por todas partes. Respiré sintiendo un intenso dolor en mis costillas y en mi pecho, y recordé que me habían disparado la noche anterior.

Apenas podía abrir los ojos por lo hinchados que los tenía, pero pude ver a Miguel durmiendo en el sillón de los pies de mi cama. La luz de la mañana entraba a través de las ventanas de mi habitación y podía distinguir lo que me rodeaba.

Estaba en mi cama.

¡Menos mal!

Lo último que me apetecía era estar acostado en la cama de la bruja. Recordaba que me había estado curando la noche anterior, de ahí su olor en mi habitación y en mi cuerpo.

Miré mis manos. Tenía un dedo entablillado con una especie de férula que me palpitaba con un dolor sordo y mis nudillos de las dos manos estaban vendados y me olían a esas hierbas que a la bruja tanto le gustaban. Parecía un boxeador antes de una pelea.

Recordé lo sucedido la noche anterior y pensé que tenía que ir con todo el equipo a rematar la faena y poder detener de una vez por todas al Negro. La noche anterior no había podido llegar hasta él, pero tenía un chivatazo de dónde se escondía y no pensaba dejarlo escapar.

La olí antes de verla.

Bibian entró en la habitación llevando en la mano una de sus pócimas que tanto asco me daban.

Volver a verla me hacía desearla de nuevo, y me tapé con la ropa de la cama intentando ocultar mi erección mañanera que había despertado solo con olerla.

¡Joder! ¿Qué coño me pasaba con esta mujer? Era oler su perfume y ponerme cachondo perdido, y empezaba a estar harto de ocultarle lo que me hacía sentir.

—¿Estás despierto?

—¡Lárgate de mi habitación, ¿quieres?! Y déjame en paz de una vez.

No pude evitarlo. Me sentía como una mierda esa mañana. No había una parte de mi cuerpo que no me doliera y lo último que necesitaba era que ella supiese lo que me hacía sentir.

Me sentía susceptible y desconcertado y necesitaba que se mantuviese alejada de mí para poder levantar de nuevo mis defensas para poder enfrentarme a ella y lidiar con lo que me hacía

sentir.

Se paró en seco sin acercarse a mi cama y pude sentir el dolor que mis palabras le habían provocado. Me miró con seriedad y puso la taza que traía en la mesita, sin querer mirarme a la cara.

Su voz sonó seria, aunque sabía el esfuerzo que hacía para que yo no me diese cuenta de lo mucho que le habían dolido mis palabras.

—Te dejo aquí la medicación para que las heridas no se infecten. Haz con ella lo que quieras.

Salió de la habitación con pisadas silenciosas y espalda recta. Intentando mantener su orgullo intacto.

—¿Desde cuándo eres tan idiota? —Las palabras de Miguel me sorprendieron, sobre todo porque pensaba que seguía durmiendo.

—Joder, mi cuarto huele a hierba y a flores. Parece una puta floristería.

Sabía que era una mierda de excusa, pero no podía decirle a nadie el verdadero motivo que tenía para intentar mantenerla lejos de mí.

—Lleva toda la noche sin dormir curándote las heridas, creo que si tu habitación huele a flores deberías aguantarte y agradecérselo en vez de tirarte a su yugular como has hecho. —Me miró mientras se levantaba de donde había estado durmiendo y se dirigió a la puerta—. Tú mismo.

Se marchó y cerró la puerta tras él.

Yo me bebí las medicinas sintiéndome un mierda por intentar hacerla sentir tan mal como me sentía yo.

No había vuelto a dormirme de nuevo cuando Miguel asomó la cabeza por la puerta.

—Asier.

¿Qué coño pasaba ahora? ¿No me iban a dejar que me muriera tranquilo?

—¿Qué ocurre? —Suspiré, dolorido y cansado.

—Quizás quieras saber que Bibian está haciendo la maleta para marcharse.

¿Qué coño? ¿A dónde pensaba que podía marcharse? ¿Ya no se acordaba de lo que le hicieron?

—Sabe que no puede irse a ningún sitio.

Me incorporé en la cama y ahogué un quejido de dolor al sentir que todos mis músculos y huesos se quejaron ante el movimiento.

—Yo lo sé, pero ella parece no acordarse. Y si te soy sincero, si yo fuese ella, tampoco me quedaría aquí.

Podía oír el reproche en su voz y aun sin tener ni pizca de ganas de enfrentarme a ella en ese momento, supe que tenía que disculparme con esa mujer.

Bufé y me levanté con cuidado.

—Dile que no se le ocurra marcharse. Mejor, ya voy yo.

Miguel salió de la habitación sin hacer ruido y yo me puse un pantalón deportivo, sintiendo el frío de la casa morderme el pecho desnudo. Miré el apósito que tenía en el pectoral y comprendí lo mucho que ella había hecho por mí durante la noche.

¡No se merecía que la tratara así!

Me iba a tocar disculparme.

Salí descalzo de la habitación y me la encontré saliendo de la suya con la maleta en la mano. Intentó pasar por mi lado sin mirarme siquiera y no pude evitar sentirme un miserable. Me merecía todos y cada uno de sus desprecios, no tenía duda. Ella no tenía culpa que mi libido se disparara cada vez que la veía y aunque me provocara sin descanso una y otra vez, había estado

encantado de tener una excusa para lanzarme sobre ella y besarla sin tregua hasta alcanzar ambos un intenso orgasmo, de nuevo. Negar lo que cada uno provocaba en el otro había dejado de ser una opción. Iba a tener que reconocer que la deseaba mucho más de lo que hacía tiempo que deseaba a otra mujer y era, sin lugar a duda, la única bruja en trescientos años que había conseguido excitarme de la manera en que ella lo hacía.

No había más opciones.

—Bibian.

No me miró. Así que cogí su muñeca cuando pasó por mi lado y sentí una descarga de electricidad correr desde mi mano por todo mi cuerpo. Por el respingo que ella dio ante mi contacto, supe que también lo había sentido.

¿En serio? Eso era para facilitar las cosas entre los dos, ¿no?

—No puedes irte a ningún sitio.

—Sí que puedo, déjame.

—¿Podemos hablar un momento?

—No. —Siguió sin querer mirarme.

—Por favor, será solo un minuto.

Tiré de ella para volver a entrar en su habitación, donde su olor era mucho más intenso. A bosque en invierno y a prados en primavera junto al olor de la tierra tras la lluvia. ¿Cómo pude pensar que no me gustaba?

Me miró cuando entré tras ella en su habitación y cerré la puerta para intentar tener algo de intimidad.

—¿Qué quieres, Asier? ¿No has sido ya suficientemente claro?

—Lo que soy es un idiota y quiero disculparme contigo.

Me miró con seriedad sin decirme nada y sentí cómo esos ojos de color verde, tan intensos y expresivos, me miraban intentando evaluar la veracidad de mis palabras.

—No tienes que hacerlo, te he estado atosigando desde que nos conocemos, así que entiendo que no sea de tu agrado. No pasa nada. Sobreviviré.

—Has estado cuidándome toda la noche sin necesidad de tener que hacerlo y no te mereces que te hable así. No es normal en mí ser tan desconsiderado con la gente que me cuida y no puedo verter en ti toda mi frustración por los sentimientos que tengo cuando te tengo cerca, Bibian. No es culpa tuya que te desee con todas mis fuerzas. Es cosa mía y no te mereces el trato que te he dado desde el primer día.

Sabía que mis palabras la sorprendieron mucho, a mí también me sorprendían mucho decirlas en voz alta, pero era el momento de ser sincero con ella.

—Odias a las brujas y lo entiendo.

—Estoy lleno de prejuicios que me nublan la razón, pero, aun así, suelo juzgar a la gente por sus actos y contigo no lo he hecho. No merezco tu ayuda y quiero, por favor, que me perdones por cómo te he estado tratando todo este tiempo.

Me miró como si de repente me hubiese salido una segunda cabeza y no la culpaba. Había sido un necio con ella y había llegado demasiado lejos insultándola como lo había hecho.

—No sé qué decirte.

—Puedes decirme que me perdonas —Le intenté sonreír, aunque mi labio partido me lo impidió. Una pequeña sonrisa se dibujó en su bonita boca en forma de corazón que siempre se me antojaba besar para comprobar si era tan jugosa como parecía—, y que intentaremos enterrar el hacha de guerra de ahora en adelante.

Ella asintió con la cabeza y le tendí mi mano vendada.

—¿Amigos?

Me la estrechó con suavidad. Su mano era muy pequeña y se perdió entre la mía, mucho más grande.

—Amigos…

—Bien —Sonreí satisfecho—, pues entonces vuelve a meter tu maleta y olvídate de marcharte a ningún sitio.

—De acuerdo.

—¿Puedes darme algún tónico de esos asquerosos que tienes para aliviarme un poco el montón de dolores que tengo? Me siento como si me hubiese atropellado un camión.

Sus dientes brillaron cuando volvió a sonreírme. Mi corazón se aceleró unos segundos al verla.

—Veré qué puedo darte para conseguir que te sientas mejor.

Mientras me dejaban descansar el resto de la mañana, supe que Miguel había ido con Bibian a la floristería por el tema de unos proveedores o algo así.

Lo que no me esperaba para nada era que Mika volviese horas más tarde solo con la mala noticia de que El Aquelarre se había llevado a Bibian detenida.

¡Mierda!

SEGUNDA PARTE

MIGUEL Y KATE



KATE

Que me encantaba mi trabajo era sabido por todo el mundo que me conocía.

Llevaba años trabajando con Bibian y su hermana Mónica, aunque la hermana pequeña no hacía nada que no fuera acompañarla, debido a su dolencia cardíaca.

Yo quería a las dos hermanas como si fueran las mías, quizás porque Bibian había sido la única persona que se había preocupado por mí cuando de verdad lo necesitaba.

Cuando nació mi hijo, el inútil de mi pareja, un brujo de agua de tres al cuarto sin poder suficiente para calentarse una taza de té, decidió largarse dejando que me apañase sola con el niño. No era normal que los brujos abandonaran a sus parejas, quizás porque todos se sentían tan excluidos por el resto de los habitantes de la ciudad, que solían forjar lazos duraderos entre ellos, si no ya de amor, por lo menos por solidaridad. Pero ahí estaba yo, con poco más de veinte años y sola, con una casa que pagar, un niño recién nacido y sin un marido ni un trabajo estable.

No supe por qué entré en la floristería ese lluvioso día de invierno, pero aquel día me había levantado tan agobiada, que estaba claro que Bibian debió ver en mí con claridad la desesperación, porque me ofreció un trabajo a media jornada que en principio me ayudaba a pagar mis deudas más acuciantes.

Fue fácil llevarme bien con ella, tenía un carácter sarcástico y agrio con los clientes, pero era una bruja extremadamente buena en todo lo que hacía, lo que consiguió ganarse un nombre rápidamente y, poco a poco, las brujas de la ciudad confiaron en ella tanto como lo habían hecho con su madre anteriormente. Sin hacer demasiado caso a su falta de empatía para con los demás, su hermana Mónica lo suplía con creces con su carácter simpático y extrovertido.

Eran un binomio y me aceptaron como a una más, por lo que no le podía estar más agradecida a las dos hermanas Shade por haberme salvado la vida cuando más lo necesitaba.

No estaba demasiado de acuerdo con la fabricación de la droga, aunque entendía perfectamente el motivo por el que se había hecho.

Si hubiese estado en mi mano ayudarlas con el dinero, no me lo habría pensado dos veces para hacerlo y así evitaba que se metiera en el grave problema en el que estábamos metidos en esos momentos. En especial ella.

Jamás había visto a los guardianes del Aquelarre, aunque, como buena bruja que era, había oído hablar de ellos en innumerables ocasiones. Todas las brujas habíamos oído hablar de ellos, aunque, por suerte, pocas eran las que los habían visto de cerca.

Ver aparecer a Bibian a media mañana, ese ventoso día de invierno, me extrañó, porque no la esperaba. Sabía que estaba esperando su oportunidad para poder ir a fabricar la droga de nuevo, la falsa, claro estaba, y como tenía una vigilancia estrecha por parte de los ángeles que no la dejaban sola ni a sol ni a sombra, no esperaba verla ese día.

Que viniese con ese ángel rubio de rostro dulce me cambió el carácter. Era un hombre tan guapo y tenía una sonrisa fácil y dulce que casi me hacía olvidar de qué era.

Al fin y al cabo, me seguía mirando como si fuese un bicho raro.

No me importaba cómo me mirase, siempre que lo hiciera.

Nadie esperaba que los guardianes del Aquelarre aparecieran de repente.

Todos vestidos de negro, con sus varitas reglamentarias. Al fin y al cabo, eran los únicos hechiceros y brujas que usaban varitas para encauzar su poder.

No eran como el resto de los demás brujos de la tierra.

No pertenecían a ninguna clasificación, ni de agua, viento o tierra, ni siquiera de fuego, ellos estaban por encima de eso.

Eran capaces de usar hechizos y encantamientos para desplazar objetos o personas, hacer enmudecer a la gente o dormirlas, entre algunos de sus hechizos rápidos.

Se decían muchas de las cosas horribles que eran capaces de hacer también, sobre todo, si tenían que interrogar a alguien.

Los ángeles que estaban en la puerta de la floristería, Miguel que había llegado con Bibian hacía solo un rato y Mika, que había estado de guardia vigilando la floristería desde que atacaron a las brujas, supieron de inmediato a por quién venían y que no podían hacer absolutamente nada para evitar que se la llevaran.

—¿Buscaban algo concreto? —Me hice la desentendida, aunque mi piel de bruja se erizó nada más verlos entrar por la puerta.

Los tres tenían una edad indeterminada entre los cincuenta y setenta, o así. A simple vista era imposible hacerse una idea de la que podían tener.

—Buscamos a la bruja de tierra Bibian Shade —dijo el hechicero de pelo canoso y nariz ganchuda.

Pensaba negar que estaba allí, pero supuse que, si habían venido en el momento en el que ella acababa de llegar, era porque debían saberlo de alguna manera.

—No se moleste en avisarla —me dijo una de las brujas con un moño tan tirante que le debía doler el cuero cabelludo—, sabemos que está en el despacho trasero.

Se oyeron algunos restos de conversaciones en el despacho y minutos después los tres hechiceros volvieron a salir con una Bibian bastante asustada caminando en medio de ellos con las muñecas atadas con algún tipo de atadura extraña.

Bibian me miró intentando tranquilizarme.

No tenía idea de cómo iba a salir de ese atolladero.

Que el Aquelarre fuera directamente a detenerla cambiaba toda la historia.

—La señorita Bibian está bajo la protección del cuerpo de policías de los ángeles de Chicago. De hecho, el capitán Asier es su protector directo.

—Lo sabemos —dijo el brujo de nuevo, sin perder el paso—. Tenemos que detener a la bruja Bibian para interrogarla en la Torre Oscura. La protección del capitán no la salvará.

Y sin decir nada más, los tres hechiceros levantaron sus varitas y desaparecieron en medio de la calle bajo una leve brisa invernal.

—Por favor, haced algo —pedí a los ángeles que miraban desconcertados por donde habían desaparecido los brujos con Bibian.

Algunos transeúntes de la calle se habían quedado inmóviles al ver lo que había sucedido y oí a Mika maldecir en voz alta.

—No tenemos potestad para detener al Aquelarre en ninguna de sus intervenciones — me contestó Miguel con pesar.

—¿No podéis hacer nada? ¿Sabéis lo que les hacen a las brujas en la Torre Negra?

No podía ocultar mi miedo. Recordaba el montón de historias que se contaban sobre lo que les ocurría a las brujas que eran llevadas a esa maldita torre.

—Tranquilízate, Kate. —Miguel se acercó y me cogió las manos para intentar calmarme—. Nosotros no podemos evitar que se la lleven, pero si Asier puede intervenir, te garantizo que no la tendrán mucho tiempo detenida.

—Voy a avisarlo. —Mika salió volando directamente sin decirnos nada más.

—¡Oh, por favor! Esto es un completo desastre.

Miguel miró a nuestro alrededor para comprobar que la gente se seguía agolpando a nuestro alrededor, ávidos de enterarse de lo que había pasado para que los vigilantes del Aquelarre hubiesen venido a detener a Bibian.

—Intenta mantener la calma. —Me tomó las manos y me obligó a entrar dentro de la floristería—. No nos interesa llamar mucho la atención.

No pude evitar mirar su mano que mantenía la mía cogida. Pude sentir mi magia burbujear bajo mi piel, algo que nunca me había pasado con ningún otro hombre, y menos sin ser un brujo.

Vi cómo él me miraba con curiosidad cuando llegamos al interior, a salvo ya de miradas curiosas.

Me zafé de su mano, que me estaba poniendo nerviosa. Pude sentir el calor que su contacto me había provocado. Él parecía haberlo sentido también.

Nuestro trato en esas semanas no era tan serio como mantenía Bibian con todos ellos. Por todos era sabido que ella era especial mosqueando a los que la rodeaban, sobre todo, a los ángeles.

Es cierto que ese ángel era más fácil de tratar que el resto de sus compañeros. Mika nos miraba por encima del hombro, como si fuésemos seres inferiores y, si tenía que compararme con ella, entendía que me mirase así, y el capitán estaba siempre tan enfadado con Bibian, que rara vez lo había visto sin que estuviese de mal humor.

Ese hombre impresiona mucho cuando se enfadaba… Y sin estar enfadado también, todo hay que decirlo.

Pero Miguel tenía un trato diferente.

Cuando me había dado cuenta ya se lo había dicho.

—¿Por qué no parece que nos odies como hacen todos tus compañeros?

Me miró unos segundos antes de que la comisura de sus labios se elevara en una sonrisa que

me encogía las tripas. Sus ojos azules me observaban divertidos, como si supiese el efecto que provocaba en mí su escrutinio.

—Quizás porque no me habéis dado motivos para odiaros.

—Creo que al resto de la gente tampoco se los hemos dado, por lo menos desde hace trescientos años.

—Ya, bueno…, quiero pensar que no soy como el resto de mis compañeros.

—No tengo claro que eso sea bueno del todo.

Su risa me hizo sonreír a mí también.

—Vas a tener que comprobarlo, Kate.



MIGUEL

Yo no era un ángel como los demás, o por lo menos eso me gustaba pensar.

Por supuesto también me había visto perjudicado como el resto de mis amigos o compañeros. Pero a mí me gustaba pensar que era algo más flexible que la mayoría ante los sucesos que iban marcando mi vida.

Vivir en la tierra no era tan malo, después de todo. Era un ángel que sabía muy bien lo que provocaba en las mujeres, así que me dispuse a disfrutar de mi vida inmortal, en un lugar donde las féminas estaban dispuestas a hacer casi cualquier cosa por acostarse con uno de nosotros.

Así que mi vida sexual se había visto mejorada considerablemente.

Desde que conocí a la famosa bruja que parecía haber puesto Chicago patas arriba, y a mi hermano Asier particularmente de los nervios desde que la conoció, no había faltado diversión últimamente.

No solo de sexo vivíamos los ángeles. Al fin y al cabo, estábamos en la tierra destinados a hacer el bien y evitar que el mal, venga de donde venga, nos ganara la partida.

Era cierto que la mayoría de las veces, ese mal concreto era provocado por las brujas y el inmenso poder que algunas tenían. Y a mí, que me encantaba sacar partido de todas las situaciones, era de los que creían que podía aprender de absolutamente todas las circunstancias que se dieran en la vida. Así que mi objetivo más próximo era conocer mejor a las brujas.

No tenía los absurdos prejuicios que tenían el resto de los ángeles, Asier en cabeza, de que las brujas eran la encarnación del mal. Era cierto que habían sido las únicas culpables de nuestro destierro, pero eso había sucedido hacía ya más de trescientos años, así que ninguna de las culpables de lo sucedido entonces, estaban vivas todavía para poder odiarlas y vengarse de ellas.

Las brujas, al fin y al cabo, eran seres mortales.

A mí no me gustaba culpar a los hijos de los errores de los padres y para ello, pensaba darles una oportunidad.

Y para eso tenía que empezar a conocerlas mejor.

Bibian era un ser tremendamente complejo y sencillo a la vez, o eso pensaba de lo poco que la conocía. Había hecho algo extremadamente estúpido creando esa droga que tantos problemas posteriores estaba provocando tanto a ella como a todas las brujas en particular, pero yo también habría hecho todo lo posible por ayudar a alguien de mi familia, del resto de ángeles que nos

queríamos como si fuésemos hermanos.

No conseguía entender bien su gusto por molestar al capitán, porque había que reconocer que disfrutaba mucho haciéndolo, que ella quizás no lo supiera, pero no era la persona más idónea para poner en su contra. Bastante odiaba ya a las brujas para que ella echara aún más leña al fuego.

Tenía que reconocer que me caía muy bien y así se lo había dicho días antes. Me gustaba conocer a la gente antes de sacar prejuicios sobre ellos.

Y conocer más intensamente a Kate, la ayudante de Bibian, iba a ser mi misión en los próximos días.

Tenía que cuidar de ella, al fin y al cabo, así que no perdía nada por afianzar un poco más nuestros lazos.

Nunca me había acostado con una bruja. Ellas solían rehuirnos como si tuviésemos la peste, así que nunca me había acostado con ninguna de ellas. Normalmente eran las humanas las que se me ofrecían sin ningún tipo de reparo.

Había notado en más de una ocasión cómo me miraba Kate, con ojos de deseo y para mí, que tenía un sentido especial para notar los sentimientos de los demás, me había sido muy fácil leer la atracción de ella.

Tenía un pelo rubio precioso, largo y rizado, y unos ojos verdes parecidos a los de Bibian, pero menos rasgados y un poco más intensos. Una sonrisa fácil de dientes blancos y perfectos, y un cuerpo curvilíneo que había fantaseado en acariciar de vez en cuando.

—Tengo que marcharme.

Vi a Kate cerrando la floristería con prisas y me miró con intensidad.

—¿Qué ocurre? —La miré preocupado, al fin y al cabo, no eran todavía las seis de la tarde, que es la hora a la que suele cerrar todos los días—. ¿Hay algún problema?

—Mi niñera tiene que marcharse y no puedo dejar al niño solo.

Recordé que ella tenía un crío pequeño, de unos cinco o seis años, aunque yo aún no lo conocía.

La vi mirando el tráfico y supuse que estaba buscando a un taxi.

—Te acerco yo, no te preocupes.

Me miró algo desconfiada. No era extraño que aún no se fiaran de que nosotros estuviésemos cuidando de ellas.

—No voy a soltarte, quédate tranquila.

La cogí por debajo de las rodillas y la elevé para apretarla contra mi pecho.

Me sorprendí de lo poco que pesaba y de lo pequeña que era. Olí su cabello, que tenía bajo mi nariz.

¡Olía a flores y al aire cuando había tormenta!

Ella se agarró a mi cuello y se apretó más a mí, y mi polla comenzó a despertar con lentitud.

—¿Vas bien? —Decidí picarla un poco—, para una vez que te llevo en brazos, no quiero que tengas ninguna queja.

—Se está muy calentita entre tus brazos. —Me abrazó un poco más pegando sus tetas a mi tórax.

¡Joder!

—Me alegro de poder calentarte. Sujétate.

No era necesario, pues yo no iba a dejar que le pasase nada, pero así aproveché para poder olerla mejor y sentirla indefensa en mis brazos.

No me resistí a oler su cabello con fuerza.

—Hueles muy bien, ¿lo sabías?

Y sin darle opción a contestarme eché a volar, buscando una corriente de aire ascendente para elevarme mejor.

Llegamos a su casa en poco tiempo, porque vivía cerca de la floristería.

—¿Quieres quedarte a comer? Hago pasta en un momento, si te gusta.

La miré un momento y decidí pasar un poco más de tiempo con ella. Avisé a Ethaniel, que estaba vigilando la casa, y le dije que lo relevaba por el resto del día. Mi hermano miró a la bruja y asintió sin decir nada antes de marcharse volando.

Vi a Kate hablando con una bruja, supuse que era su niñera, que me miró de reojo mientras habla con ella antes de marcharse, no sin echarme una larga mirada apreciativa.

—¿Vamos?

Entré con ella en su casa. Estábamos en una zona humilde de la ciudad, pero la casa tenía las ventanas pintadas de un azul cielo muy agradable y estaba en perfecto estado. Era un adosado de dos plantas, cerca de una zona ajardinada muy propicia para que vivieran familias con niños.

—¿El ángel va a entrar en casa?

Miré a un niño de ojos lilas y pelo oscuro, con una sonrisa dentada muy parecida a la de su madre, que me miraba sin perder detalle.

Le sonreí conciliador. Lo último que quería era asustarlo.

—Sí, se llama Miguel y va a comer con nosotros.

—Guay —dijo sonriéndome y echando a correr hacia la casa con muchas prisas—. Mis amigos no se van a creer que un ángel ha venido a comer a mi casa.

Su tono alucinado me sacó una sonrisa.

—Serás su nuevo héroe, que lo sepas.



KATE

Tener a un ángel en mi casa era algo nuevo para mí y para mi hijo que no había hablado con uno de ellos en su corta edad de cinco años.

—¿Puedo tocar tus alas?

Miré a mi hijo con la boca abierta por la sorpresa.

—Marco, no puedes pedirle eso a Miguel.

—¿Por qué no? —me preguntó mi hijo, mirándome desconcertado sin saber si había hecho algo malo o no—, prometo no tirarle de las plumas y no hacerle daño.

Vi cómo Miguel le sonreía al niño, que estaba sentado a su lado en la mesa del comedor, mientras nos comíamos la pasta hablando de cosas sin importancia. Se había dedicado a contarnos algunas anécdotas sobre su trabajo en la policía de Chicago. Principalmente para mantener al crío entretenido.

¡Qué majo era!

—Claro que puedes tocarme las alas —accedió él con una sonrisa—, pero cuando termines de comer, ¿vale?

Me miró a mí a continuación y me guiñó el ojo dándome a entender que no le importaba. Ese simple gesto me aceleró el corazón.

¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente guapo?

—No me importa Kate, de verdad.

—¿Ves mamá como no? —Me miró haciéndome ver que yo era demasiado estricta con él, y era posible que fuera verdad—. Nunca me dejas hacer nada. Prometo tener cuidado para no

arrancarle ninguna pluma —Volvió a mirarlo ilusionado—, es que las plumitas parecen ser super guais.

Esas palabras nos arrancaron a los dos adultos una carcajada. Mi hijo era un caso.

Me quedé mirando los ojos azules de Miguel, que me miraban con intensidad. Esa simple mirada hizo que la sangre me subiera a la cara y pude notar cómo se me calentaban las orejas, cosa que me sucedía siempre cuando me sonrojaba.

Miguel alargó su mano sin apartar sus ojos azules de mi cara y me tocó el lóbulo de la oreja para hacerme notar mi rubor, algo que solo consiguió empeorarlo.

Una sonrisa leve se dibujó en esos labios sonrosados que yo tanto deseaba probar.

Era un hombre terriblemente apuesto y él lo sabía, y el puñetero sabía también el efecto que comenzaba a tener en mí.

—¿Quieres postre o café?

Intenté relajar el ambiente y me levanté, obligándome a romper nuestras miradas, que se habían quedado enlazadas de una manera muy íntima.

—Yo quiero tarta de zanahorias, mamá, solo un trocito, porfa, porfa.

Mi hijo comenzó a saltar junto a mí, lo que hizo sonreír a Miguel.

—Creo que también quiero probar esa tarta de zanahorias que tanta pasión levanta.

—Mi hijo se apasiona por el vuelo de una mosca —le aclaré, lo que hizo que mi hijo se riera divertido al saberse el centro de atención—, así que, si no te gusta, no te lo tendré en cuenta.

—Vale. Y un café solo, por favor.

—¿Puedo tocarte las alas, ya? Por favor.

—Claro, ven. Mira, toca por aquí, que están más suaves.

Me paré en la puerta de la cocina mirando cómo mi hijo se había acercado a él y le tocaba las alas en el lugar donde Miguel le había indicado. La cara de mi hijo era de alucine total, incluso había cerrado los ojos y su rostro mostraba una intensa concentración.

Miguel me sonrió, dándome a entender que todo estaba bien, así que entré en la cocina dispuesta a preparar los cafés.

Que sonara el timbre a esa hora me extrañó mucho.

—Voy a ver quién es, empieza con el café, que no se te enfríe.

Pero los ojos de Miguel me siguieron hasta la puerta de la calle. Mi hijo se asomó conmigo, como solía hacer normalmente.

No me esperaba para nada encontrarme en la puerta al que había sido mi marido.

Hacía cinco años que no lo veía, ya que me abandonó cuando nació mi hijo. No podía reconocer al hombre que estaba parado delante de mí con el hombre al que tanto había querido.

Era un brujo de agua, así que tenía los ojos lilas, pero estaban hundidos y enrojecidos y su estado de embriaguez era más que evidente. Se tambaleó cuando dio un paso adelante para acercarse a mí, yo instintivamente di un paso atrás.

—¿Qué haces aquí?

—Hola para ti también, ¿eh?

Me miró con seriedad. Supuse que no se esperaba ese recibimiento por mi parte, pero ¿qué esperaba después de largarse cuando más falta me hacía?

—Hola —le dije con sequedad, ignorando su sarcasmo. Deseaba que se marchara lo más pronto posible—. ¿Qué haces aquí, Ryder?

Mi hijo se agarró a mi pierna y se quedó mirando al recién llegado con curiosidad, al que por supuesto no conocía porque solo era un bebé cuando se marchó de nuestra vida.

—¿Quién es, mamá?

—¿No le has hablado al niño de mí? ¿Qué clase de madre eres, que no le hablas al niño de su padre?

—Ve dentro, cariño y acompaña a Miguel, yo voy ahora mismo.

No iba a mantener ninguna conversación con él con el niño en medio.

—El niño se viene conmigo —me soltó Ryder intentando sujetarlo, al tener que agacharse para cogerlo perdió el equilibrio, cayó sobre mí y casi consiguió tirarme al suelo.

¿Podía ser todo más vergonzoso?

Sentí a Miguel que se había asomado a la puerta para ver de quién se trataba. Supuse que alertado por mi tono de voz.

—El niño se queda aquí. —Lo empujé para alejarlo de mí y en vez de conseguir alejarlo, él volvió a empujarme a mí para intentar quitarme de en medio. El empujón me desplazó varios pasos y me golpeé el hombro con el quicio de la puerta

¡Joder! ¡Qué daño!

—¡Eh, ya basta! —Miguel se acercó a la puerta en varias zancadas. Se acercó a mí y me miró con atención—. ¿Estás bien?

—¿Y tú quién coño eres? —Le preguntó mi marido mirándolo con repulsión. Su mirada pasó de él a mí en unos segundos—. ¿Ahora te juntas con esta mierda de ángeles?

—Cuidado con lo que dices —Miguel me animó a que entrara dentro del salón—, ve dentro, yo me encargo de él.

—He venido a llevarme a mi hijo conmigo —gritó enfrentándose a Miguel, que aguantó el empujón con estoicismo.

¡Oh, Dios mío! La que se va a liar.

—No estás en condiciones de llevarte al niño —le aclaró él, intentando mantener el control para poder dialogar con Ryder, que cada vez parecía más enfadado.

Eso no iba a acabar bien.

—Tú no eres nadie para negarme ver a mi hijo.

—Su madre te ha dicho que no te lo vas a llevar, por lo menos hoy, así que no hagas más el idiota y lárgate de aquí. Estás asustando al crío. ¿Es esta la imagen que quieres darle?

—No voy a marcharme a ningún sitio sin el niño.

Miguel abrió un poco las alas para afianzarse en el sitio, era acojonante la postura que presentaba en ese momento. Alto y fuerte con las alas semiabiertas y cara de mala leche. Sus ojos se habían oscurecido debido al enfado.

—Aquí no vas a entrar y te aconsejo que no me provoques. No me costará nada bloquearte y llevarte detenido, así que tú mismo. Vuelve a empujarme y esta noche duermes en el calabozo.

Mi marido lo miró con seriedad y parecía no estar tan borracho, ya que de repente se dio la vuelta y se marchó.

—Volveré, ¿me oyes, bruja? —me gritó mirando la puerta mientras comenzaba a alejarse—. No siempre estará aquí esta mierda de ángel para defenderte. Entonces te las tendrás que ver conmigo.

¿Y a este qué coño le había picado para aparecer cinco años después de abandonarnos a los dos?



MIGUEL

El poder sentir las emociones de la gente a veces era un coñazo.

Sentía la vergüenza que emanaba de Kate como si fuese una herida que pudiese ver a simple vista.

Volví al salón tras asegurarme de que el impresentable de su marido se había marchado y entré al salón donde ella estaba sentada en el sillón, con el niño en sus rodillas.

—¿Quién era, mamá? ¿Por qué quería llevarme con él?

Ella me miró avergonzada, como si la culpa por el espectáculo dado por su marido fuese suya.

Sabía que no quería contestar las preguntas del niño y la entendí.

¿Cómo le explicas a un niño de cinco años que su padre ha vuelto para querer conocerlo después de, al parecer, haberlos abandonado hacía tiempo?

—¡Eh, campeón! —Intenté llamar su atención para que se olvidara de las respuestas a sus preguntas e intentar darle un pequeño respiro a su madre, que se la veía triste y preocupada después del encontronazo con su marido—. ¿Quieres que veamos alguna película de dibujos en la tele?

Sus ojos me miraron ilusionados y saltó del lado de su madre para correr a ponerse a mi lado en el sillón.

—¿Podemos, mamá? Porfa, porfa.

Sentí su mirada agradecida sobre mí y le sonreí intentando relajar un poco el ambiente.

—No tienes por qué hacer esto.

Sabía que se refería a intentar entretener al niño, me levanté con la intención de ayudarla a llevar las tazas de café a la cocina y poder hablar con ella sin que el niño se enterara.

—Lo sé. No me importa. Busca la que quieras ver mientras ayudo a tu madre a recoger la mesa ¿vale?

Y conseguir unos pocos minutos de intimidad.

—Pero no tardes mucho, que ya sé la que vamos a ver.

Yo cogí los platos de la tarta vacíos y la acompañé mientras ella llevaba las tazas de café, también vacías.

—Siento el espectáculo.

Bajó la vista avergonzada y yo no pude resistirme a acercarme a ella y levantarle la barbilla para poder mirarla a los ojos.

—No es culpa tuya, Kate.

—Lo sé, aun así, siento el lamentable incidente.

Le puse un mechón de pelo rubio tras la oreja y nos quedamos mirándonos a los ojos.

Sus ojos verdes me transmitían tristeza, vergüenza por lo sucedido y algo más. ¿Interés?

Sabía cómo me miraba cuando pensaba que no la veía y mi interés por ella desde que la estaba conociendo mejor, no había hecho más que incrementarse.

—No quiero que te vuelvas a disculpar. Él es un impresentable con el que deberías tener cuidado. Lo sabes, ¿verdad?

Asintió con la cabeza, pero se quedó mirándome con seriedad.

—Creo que deberías ir a pedir una orden de alejamiento. No estaría de más que te cubrieras las espaldas con él. No va a dejar las cosas así y no quiero que se acerque a ti o al niño sin que alguno de nosotros estemos cerca para poder ayudarte.

—No necesito ayuda, de verdad. Soy capaz de manejarlo. Estuve casada con él, ¿recuerdas?

—Kate… —Le volví a coger la barbilla y me acerqué más a ella. De repente sentía la necesidad de estar cerca de esa mujer y poder oler su olor a bosque que tanto me gustaba—. No voy a dejar que se acerque a vosotros. Doblaremos las guardias si es necesario, pero no vas a estar sola, y el niño tampoco.

—Ya hacéis guardia la mayoría del tiempo para protegernos, ¿lo has olvidado?

Sus ojos brillaron con una pizca de rabia y yo sonreí, no podía evitarlo, me resultaba muy erótico ver cómo sus ojos se oscurecían y echaban chispas cuando se enfadaba.

—Bien, si hace falta me quedaré de noche también con vosotros. Por lo menos hasta que comprobemos que no va a volver ni a intentar nada.

—¿No tienes a más gente que proteger en esta ciudad?

—Que me importen, no.

Por si aún no tenía claro mi interés por ella, ahora no iba a quedarle ninguna duda.

Volvió a sonrojarse de esa manera tan dulce que despertaba mi lado más tierno. De repente deseé besarla y probar sus labios de una vez. Algo en ella me obligaba a acercarme y no iba a parar hasta descubrir qué era lo que tenía que me atraía tanto.

—No deberías decir eso.

Me acerqué más a ella y le acaricié la mejilla con suavidad. La purpurina bajo su piel brillaba allí donde la iba acariciando y mis dedos se dirigieron a sus labios sensuales y mullidos. Cuando sacó la punta de la lengua para mojárselos y tocó mi dedo pulgar, mi polla saltó en mis pantalones.

Nos miramos con deseo y no me resistí más; me acerqué para besarla con lentitud. Dándole tiempo a alejarse si lo quisiera.

—¿Qué hacéis?

La repentina aparición del crío hizo que nos separásemos de golpe. Ella se volvió hacia el fregadero y me dio la espalda. No pude más que gruñir en voz baja por la interrupción.

—Nada, ¿ya sabes qué peli quieres ver?

Le di la mano y salí de la cocina echándole una mirada llena de deseo a su madre, que me miró avergonzada de nuevo.

¡Eso no había hecho más que empezar!

De repente me percaté de que hacía mucho tiempo que no deseaba a una mujer como deseaba clavarme en el interior de esa preciosa bruja de tierra.

Horas más tarde me fui al piso franco a hablar con Asier.

No pude evitar la preocupación que parecía sentir desde que se llevaron a Bibian a la Torre Negra esa misma mañana.

—¿Has podido hablar con alguien para intentar sacarla de allí?

Estaba acostado en la cama, ya que sus heridas debían dolerle demasiado para estar levantado. Sus ojos seguían estando casi cerrados por completo y de un color morado oscuro, Sus nudillos seguían muy inflamados y cuando se movió, se llevó la mano a las costillas que tenía rotas.

No, no estaba para ir a salvar a nadie en persona y supuse que eso era lo que más le molestaba de todo lo que estaba pasando.

No estaba claro que nadie pudiera hacer algo para sacar a Bibian de la cárcel de brujas sin ser bruja, claro estaba. Pero si alguien podía hacer algo, era Asier. Aunque iba a tener que esperar a recuperarse un poco.

—No. Tengo que ir en persona a hablar con ellos.

—¿Hay alguna posibilidad de poder sacarla de ahí?

Me senté a los pies de la cama para que pudiera verme sin tener que moverse. Tenía que reconocer que Bibian me caía especialmente bien y me preocupaba mucho lo que pudieran hacerle en esa cárcel.

No se oían buenas cosas de la gente a la que encerraban allí.

—No pienso darme por vencido hasta que la dejen en libertad.

—¿Sabemos algo de lo que pueden hacerle?

Asier me miró con seriedad y se pasó las manos por los ojos, supuse que para comprobar que estaban tan hinchados como los debía de sentir.

—Sé que la interrogarán hasta arrancarle la confesión que sea que estén buscando, solo espero que esa cabeza de chorlito tenga el cerebro suficiente como para contestar sus preguntas y no dedicarse a mosquear a nadie como tan bien se le da.

Esas palabras me arrancaron una sonrisa.

—Sí, es única tocando las pelotas a los demás.

Asier soltó una pequeña risa ante mis palabras.

—Voy a quedarme vigilando la casa de Kate unos días.

—¿Qué ha ocurrido?

Le conté a mi jefe lo que había pasado con su exmarido esa misma tarde y mi decisión de quedarme con ellos unos días hasta comprobar que no había ningún riesgo de que el tipo volviera a aparecer.

—¿Hay algo que no me hayas contado respecto a Kate?

Estaba claro que había debido notar mi interés por ella, pero no estaba preparado para contestar ninguna pregunta al respecto.

—Nada.

No parecía creerme, pero me daba igual.



KATE

Me obligué a no sentirme decepcionada porque Miguel se marchara poco después de la inesperada visita de mi exmarido. No sé por qué, pensaba que a lo mejor iba a querer alargar su estancia en mi casa. Me hubiese gustado que nuestra recién descubierta atracción sexual, fuera un incentivo suficiente para animarlo a pasar más tiempo conmigo, pero estaba claro que había sido una ilusa.

Aunque me había dejado claro que estaba interesado en mí, supuse que yo era la novedad esos días, se había marchado cuando su relevo, la discreta y misteriosa Mika, había llegado de manera silenciosa, igual que el resto de los días.

Quería hablar con Miguel sobre el tiempo que iban a seguir rondando mi casa. No podía más que estarles agradecidos por protegernos, pero no conseguía acostumbrarme a tenerlos por mi casa o la floristería todos los días. Además, el invierno estaba a la vuelta de la esquina y comenzaba a hacer un frío infernal para que estuviesen en la calle todos los días. Y encima, como no viajaban en coche, no podían usarlo para resguardarse del intenso frío que hacía, sobre todo por la noche.

Aún recordaba el primer día que llegaron a mi puerta para protegerme y tuve la brillante idea de invitarles a que se quedaran en mi casa para que estuviesen más cómodos, además, ese día llovía como si Dios hubiese vuelto a provocar el diluvio universal y Mika, que era el ángel que estaba ese día, se negó con educación y se dio la vuelta para volver al sitio en la calle donde se había colocado ese primer día.

Me sentí muy ridícula por pensar que podía acercarme un poco a ellos en agradecimiento a

tantas molestias que se estaban tomando conmigo y mi hijo.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mi ensoñación. Mi hijo estaba acostado desde hacía ya un rato, ya que, al levantarse temprano para ir al colegio, se acostaba sobre las nueve de la noche. Esa noche no había formado el escándalo padre, como solía hacer todas las noches porque no se quería acostar todavía.

Me acordé de repente de mi marido y de su visita de esa tarde, así que antes de abrir la puerta me asomé por la mirilla solo para ver las impresionantes alas de color crema de Miguel que esperaba a que le abriese mientras se echaba el aliento en las manos para intentar calentárselas.

«¡Ha vuelto!»

«¡Joder no te ilusiones tanto, Kate! ¡Ni siquiera sabes el motivo! A lo mejor no tiene nada que ver contigo».

Respiré hondo e intenté atusarme, sin éxito, mi pelo rubio en un intento por poder controlarlo un poco. Lo dejé por imposible y abrí la puerta intentando no dejar entrever mi nerviosismo por volver a verlo en la puerta de mi casa a esas horas.

—Hola. ¿Has cenado ya? Traigo pizza. —Me la tendió. Solo podía ver su sonrisa de dientes perfectos. Me obligué a mirar sus manos para coger las cajas que me estaba ofreciendo. El olor a Pizza me hizo salivar.

¡Me encantaban!

—¿Cenar? No, iba a ponerme a ello ahora mismo —conseguí decirle cuando encontré mi voz, que había desaparecido ante su visión repentina.

—¿Puedo pasar? —me preguntó divertido.

—Claro, perdona.

Me hice a un lado para que entrara y cerré la puerta para intentar dejar el frío de la noche fuera del recibidor.

—Me he tomado la libertad de comprar pizza para cenar —repitió él mientras entraba detrás de mí.

—Ya lo veo.

¿Eso es lo único que vas a decir, Kate? ¿En serio? Así piensas engatusar a un hombre como él.

—Espero que no te importe —Me miró algo confundido por mi poco entusiasmo—, hace demasiado frío para cenar ahí fuera, solo… Parece que va a nevar de un momento a otro.

—¿Y Mika? ¿Querrá pasar a cenar con nosotros?

Miré por la ventana del salón por si podía verla desde allí.

—No, Mika se ha marchado a casa, la voy a relevar esta noche.

Me miró con atención, intentando evaluar un poco mi reacción.

Me faltó poco para ponerme a bailar. ¿Sería muy evidente la alegría de quedarme a solas con ese dios griego de cuerpo perfecto y sonrisa maravillosa? Sí, ¿verdad?

—No necesitas seguir protegiéndome, no creo que los asaltantes vuelvan.

—No lo hago por los asaltantes, Kate, sino por si vuelve tu marido.

—¡Oh!

No supe qué más podía decirle. Era cierto que si volvía no tenía demasiado claro lo que podía suceder.

—¿Dónde tienes los platos para la pizza? Espero que no se haya enfriado demasiado.

—Siéntate, yo los cojo.

Le di las cajas y le indiqué el salón mientras yo entraba a la cocina a por los platos y los cubiertos.

—¿Prefieres vino o cerveza?

«¿O a mí?» estuve a punto de preguntarle.

—Lo que tú bebas estará bien —oí que me decía. Podía sentir la risa en su voz—, a ti puedo comerte luego. De postre, si quieres.

¡Oh, mierda, mierda! ¿Lo había dicho en voz alta?

Cogí lo primero que vi en la nevera y fueron dos botellines de cerveza de trigo que siempre tenía.

¿Cómo coño lo miraba a la cara ahora?

—¿Y el niño? ¿Ya está durmiendo?

Le agradecí en silencio que hubiese cambiado de tema mientras volvía al salón y le daba un plato, los cubiertos y la cerveza. Me sonrío de tal manera que me pregunté si mis bragas seguirían en su sitio o si ya se me habrían bajado para adelantar la faena.

¡Menuda noche me esperaba!

Bueno, para ser sincera. esperaba que el final de la noche fuese aún mejor que el comienzo y terminara quitando plumas de mi cama por la mañana.

—El niño hace un rato que se acostó. Por la mañana le cuesta mucho levantarse si no se acuesta a su hora por la noche.

—Bien, así puedo tenerte toda la noche para mí solo.

«¡Oh, no me digas eso o no comeremos y me lanzaré a por el postre directamente!»

—No me mires así y come antes de que se enfríe aún más.

Me sonrió divertido y decidí ponerme a comer sin decirle nada al respecto.

—Espero que te guste, la pizza de pepperoni es mi preferida. Como no sabía cuál te gustaba, he preferido arriesgarme.

—Está bien, también es mi preferida. No tenías que haberte molestado.

—No es ninguna molestia. De hecho, llevo días pensando en cómo poder acercarme a ti. —Lo miré sorprendida y se rio divertido—. Venga ya, Kate, no me vayas a decir ahora que no has pillado mis señales todos estos días.

Tuve que admitir que no había sido cosa mía lo que creía haber estado viendo en su actitud para conmigo los días pasados.

—Creo que estoy algo mohosa con esto de ligar.

Miguel me cogió un mechón de pelo y me lo colocó tras la oreja para que no se me fuera a la cara. Miré el azul de sus ojos que se comenzaban a oscurecer un poco bajo mi mirada.

—No me mires así, Kate —susurró con una voz ronca que aún lo hacía parecer más *sexy*, si eso fuera posible.

—Así, ¿cómo?

Parpadeé sorprendida por la voz aguda que me salió. La sonrisa de Miguel se amplió.

—Como si quisieras que fuera tu postre.

¡Allá vamos!

—¿Y si resulta que quiero que seas mi postre? —Le sonreí coqueta. Un gruñido salió del fondo de su garganta—. ¿Qué harás?

—Cumplir esta noche todas tus fantasías sexuales, eso es lo que haré.

Se acercó a mí con lentitud y su mano grande y fría me acarició la mejilla con suavidad.

Me quedé mirando su boca que se acercaba lentamente a la mía. Me mojé los labios por instinto y vi sus ojos oscurecerse más y cómo las aletas de su nariz se dilataban.

Esperaba que no pudiera oler mi excitación en ese momento, ¿o sí? ¿Los ángeles podían hacer eso?

Miré sus ojos hipnotizada y luego su boca que estaba ya casi pegada a la mía.

Y de repente un estruendo de cristales rotos me dio un susto de muerte y me retiré de él, sobresaltada.

¡Joder! ¿Es que no íbamos a poder besarnos nunca?

TERCERA PARTE

LA TORRE OSCURA



BIBIAN

La Torre Oscura donde se ubicaba la sede del Aquelarre de Chicago, era justamente eso: una antigua torre de vigía situada junto al puerto y que cumplía a la perfección las funciones para las que el Aquelarre la quería.

Desde que la construyeron en el siglo XV, había sido un gigantesco emplazamiento militar en *Calumet Park Beach*, construido en piedra maciza y con un insignificante número de ventanucos en la parte superior que apenas dejaba entrar luz natural al interior, de ahí su nombre. Así que en las plantas más altas estaban los despachos de todas las brujas y hechiceros que formaban el Aquelarre, un total de doce. Los más poderosos de la ciudad.

Su función era muy simple: mantener el orden entre las brujas de la ciudad para que ninguna pudiera poner en peligro su comunidad.

No era algo usual que tuviesen que intervenir para solucionar algún problema con una bruja descarriada o alguna que tuviera demasiadas ansias de poder. Ellos estaban siempre atentos a cualquiera que intentase saltarse las normas claramente establecidas para la comunidad: no hacer el mal a los demás.

Que hubiesen aparecido seis muertos como consecuencia de la droga que fabriqué, era un tema lo suficientemente serio como para tener que tomar partido.

Si la gente que entraba en el edificio pensaba que estaba oscuro, y lo estaba aún teniendo siempre encendido luces mágicas que alumbraban el interior haciéndolo parecer acogedor, los calabozos de la tercera planta bajo tierra donde me habían llevado sí merecían el nombre tan tétrico que tenía el lugar.

Allí no se veía absolutamente nada y hacía un frío espectral por estar tan cerca del mar que hacía que la humedad calase las piedras.

Comencé a tiritar a los pocos minutos de meterme en ese agujero inmundo.

Cuando me detuvieron, pensé que se me llevaban para interrogarme y poco más. Al fin y al cabo, no era culpa mía las muertes que estaban apareciendo en la ciudad. O por lo menos no lo eran de manera directa.

Me asusté un poco cuando me bajaron por esa escalera resbaladiza e interminable con una luz miserable que se iba encendiendo según íbamos bajando planta a planta y que daban tan poca luz que apenas alumbraba para poder ver mis propios pies.

Pensé que intentaban asustarme para que les contase todo lo que querían saber y que solo me iban a tener allí unos pocos minutos.

Cuando creí que llevaba algunas horas, me empecé a preocupar al ver que no venía nadie a por mí.

Había oído comentarios de la gente que decía que El Aquelarre tenía la costumbre de encerrar a las personas y se olvidaban de ellos para siempre.

No iban a hacerle eso a mí, ¿verdad?

Aunque mi hermana estuviese en el hospital en ese momento, Kate sabía dónde me habían llevado y estaba segura de que me buscaría un abogado para que me liberaran de inmediato.

También tuve la absurda idea de que Asier podía hacer algo para sacarme de allí, después de lo que le había confesado esa mañana. Aunque, con lo mal que nos llevábamos, quizás él los animara a que me dejasen allí para siempre y tiraran la llave de mi celda al mar.

¿Cómo podía haber en el siglo XXI celdas en una edificación del siglo XV?

Porque no tenía ninguna duda de que estaba metida en una celda de piedra con una puerta de barrotes de hierro que nadie podría abrir sin una llave.

Lo peor de todo era la oscuridad casi absoluta en la que estaba sumida esa planta de la Torre.

Las luces mágicas se habían apagado cuando mi carcelero se fue y desde entonces no había ido nadie a verme. Me habían dejado con las luces apagadas.

Me di cuenta de que no había nada para sentarse en la celda, ni un maldito banco donde poder hacerlo, así que me senté en una esquina en el suelo, donde el frío y la humedad me habían calado la ropa, el trasero incluso y me había llegado a los huesos provocándome profundos escalofríos.

No me llevaron comida ni agua, pero tenía tanto frío que era lo que menos me apetecía en ese momento. Me moría por una buena chimenea o una bañera con el agua muy caliente.

Cuando pensé que era ya por la noche y que no podía aguantar más mis ganas de mear, comencé a llamar a gritos a los guardias o a quién coño estuviese detrás de mi arresto.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué estás armando este escándalo? Se te oye desde la calle.

Lo miré como si se me acabase de presentar un salvador en un caballo blanco, como dicen en los cuentos.

—Necesito ir al baño, joder.

Como se había encendido una pequeña luz mágica en un rincón, podía ver la celda algo mejor, pero poco.

—Tienes un retrete en la celda —me aclaró él, señalándolo con el dedo—, ¿para eso tanto grito?

Se volvió de nuevo, llevándose la luz con él y volviéndome a dejar a oscuras.

—Joder, joder…

Me acerqué al agujero en el suelo, que era lo que me había indicado como baño y supuse que

estaría ahí desde que construyeron ese maldito edificio.

«¡Podían haberlo modernizado, por lo menos!» pensé mientras meaba con rapidez, como si pudiese desaparecer el agujero si no meaba deprisa.

«De poder lavarme las manos o usar papel ni hablamos» pensé resignada.

Volví al rincón de mi celda y me senté de nuevo, dispuesta a seguir esperando.

Algo me decía que iba a ser una estancia muy larga.

Por suerte, seguía sin tener sed, solo un intenso frío que se había adueñado de mis huesos y que no me dejaba pensar en nada más.

Una cama calentita con muchas mantas y una bañera de agua hirviendo.

O los brazos de Asier también me podían servir. Él desprendía un calor sobrehumano cuando la había abrazado días atrás, ahora eso parecía mucho más lejano de los solo dos días que hacía que había sucedido.

Me tumbé e intenté acurrucarme en el frío suelo, dejándome llevar por el cansancio que tenía.

Algo me decía que iba a estar allí metida más tiempo del que creía.

Miré a mi alrededor intentando vislumbrar algo entre la oscuridad y fue inútil, fuera debía haber oscurecido ya, porque el edificio, del que había oído voces lejanas todo el día, se había quedado en un intenso silencio.

¿Se acordaría alguien de que yo seguía allí abajo sin comida ni agua?



ASIER

Tardé cuatro días en encontrarme lo suficientemente bien como para ir a La Torre Oscura a intentar interceder por Bibian.

Por fin había conseguido que el día anterior me cogiera el teléfono el hechicero mayor, que se había sorprendido mucho de que yo tuviese su número personal.

—Llevo cuatro días llamando para intentar concertar una cita con usted o con cualquiera que lleve el caso de la Bruja Bibian Shade y ha sido inútil —reclamé bastante enfadado—, así que he tenido que tirar de contactos.

—Bien, capitán, ¿qué desea?

—Deseo que suelten a la bruja de inmediato —le reclamé por teléfono, algo me decía que no volvería a tener la oportunidad de hablar con Theodore Grant, el hechicero jefe del clan de las brujas de Chicago.

—Ya le digo que soltarla no entra en nuestros planes inmediatos.

Fruncí el ceño, frustrado, y respiré hondo intentando calmar mis nervios. Solo deseaba poder coger al maldito brujo por el cuello y hacerle tragar su varita, pero sabía que sin diplomacia no conseguiría sacar a Bibian de la Torre, y después de lo que me habían dicho…

—Exijo una reunión urgente con usted. —Ante el silencio del brujo que parecía sorprendido, añadí—: Hay algunos puntos de la investigación que estamos llevando a cabo, que por lo visto usted desconoce.

—¿Qué son?

—Mañana en su despacho, señor Grand.

Silencio al otro lado del teléfono.

—Muy bien, a las diez en punto de la mañana. No venga tarde porque puedo dedicarle solo cinco minutos, capitán.



ASIER

A las diez de la mañana estaba en la puerta del despacho del brujo del que parecía depender la libertad de Bibian.

La puerta se abrió sin un solo sonido y contemplé al hombre que me estudiaba desde detrás de la mesa del despacho.

—Adelante, capitán. ¿Desea tomar algo? ¿Un té? ¿Café?

Me indicó con la mano los servicios de ambas bebidas que humeaban en un rincón de su gran mesa.

«¡Magia!» pensé mientras entraba en el despacho.

Podía sentir la magia del hechicero desde la distancia, como una lejana voz que me llamaba.

—Gracias, sí, por favor, café solo, sin leche ni azúcar.

Acomodé mis alas cuando me senté en la enorme silla de madera, tan antigua que dudé que soportase mi peso, al parecer eran más resistentes de lo que parecían, y observé al hombre servir los cafés con eficiencia.

No podía saber a simple vista la edad que podía tener el hechicero, algo comprendido entre los cincuenta y setenta, pero sus ojos de un color oscuro, casi negro, mostraban una sabiduría que no se reflejaba en su rostro enjuto surcado por algunas arrugas. No me sonrió en ningún momento. Mostraba una expresión comedida que no reflejaba absolutamente nada, quizás una pizca de curiosidad en el fondo de sus ojos.

—Y dígame, capitán, ¿por qué un hombre como usted está interesado en el bienestar de una bruja de tierra como la señora Shade?

—Supongo que sabe todo lo sucedido desde que fabricó la droga.

El hombre asintió y dio un sorbo a su café sin apartar sus ojos de mí. Quizás intentando averiguar la verdad de todo el asunto.

—Cuando comenzaron a aparecer los cuerpos, la señora Shade nos dio la receta de la droga y desde entonces estamos investigando al que parece ser el responsable de haberla adulterado.

—Ella es la culpable de todas esas muertes, capitán, y un peligro para el resto de la humanidad. —Se acercó a mí sobre la mesa para mirarme con atención. Como un animal al acecho, me obligué a no apartar la mirada.

—Creo que se equivoca. Intentaron matarla a ella y a su ayudante por no querer fabricar más

dosis de la droga.

El hechicero asintió con la cabeza, dejando claro que estaba al tanto de todo lo sucedido desde el principio.

—Estoy enterado de todo lo acontecido con ella.

—¿Se lo ha contado ella?

—Por supuesto, por eso está aquí, ¿recuerda?

«¿Qué coño le habéis hecho en estos cuatro días? ¡Hijos de puta!»

Tuve una extraña premonición de que no se habían dedicado a preguntárselo de buenas maneras. Había oído lo que se contaba de los interrogatorios que hacían allí, dentro de esas oscuras paredes como el interior de una tumba.

—Bien, entonces sabrá que es un activo muy valioso para la policía en este caso.

El hechicero no contestó. Me estuvo estudiando con esos ojos negros que parecían saberlo todo y le mantuve la mirada sin amilanarme.

¡No pensaba salir de allí sin ella! Cada vez estaba más seguro de que no me macharía sin llevármela conmigo.

—Como sabrá, aquí nos dedicamos a dar un correctivo a las brujas que se creen por encima de los demás o que son un peligro para la comunidad.

Asentí sin decirle nada queriendo saber a dónde pensaba ir a parar. Algo se retorció en mi interior al pensar de nuevo en lo que podían haberle hecho durante esos días.

—El correctivo de la señora Shade no ha terminado todavía. —¡Oh, mierda! —. Al fin y al cabo, no queremos que ocurra lo mismo que pasó hace más de trescientos años, ¿verdad?

Si no fuera esta bruja en particular, le estaría agradecido a esta gente de que se encargaran de lavar sus propios trapos sucios, pero algo me decía que Bibian estaba pagando los platos rotos de algo más que la droga que había fabricado. ¿Quizás un correctivo por trabajar con nosotros, que habíamos sido siempre el enemigo?

Mi urgencia por sacarla de esa torre se incrementó exponencialmente.

—Lo entiendo, señor Grand, de verdad que sí. Pero la investigación ha llegado a un punto donde necesitamos con urgencia la presencia de la señora Shade —Y ahora tocaba el punto de gracia—, estoy seguro de que a la gente de la ciudad les gustará saber que las brujas y los ángeles somos capaces de enterrar nuestras viejas rencillas y trabajar por el bien común de la ciudad, ¿verdad?

Theodore entrecerró los ojos evaluando mis palabras, nuestras cartas estaban sobre la mesa y digamos que ninguno podía ganar esta rencilla porque todos teníamos nuestros válidos motivos y esta mujer estaba justamente en medio.

—Creo sinceramente que necesitamos con urgencia la presencia de Bibian para intentar solucionar este desagradable asunto, por el bien de todos.

—Bien, capitán, intentaremos acelerar los trámites para que pueda salir en libertad mañana. —¿Qué? No, de eso nada—. Ahora, si me disculpa…

Se puso de pie para marcharse.

—Quiero verla ahora.

—Ya le he indicado que mañana…

—Bien, pero quiero ver a la bruja *ahora*…

—Capitán…

—Soy el capitán de los ángeles, ¿recuerda? —Me erguí ante él de manera amenazadora. Ya había soportado a esta vieja urraca demasiado tiempo—. Estoy aquí por un importante caso policial y exijo poder ver a mi colaboradora, *ahora*.

—Bien, mi ayudante lo llevará ante su celda para que pueda verla como acto de buena voluntad.

Seguí al brujo que entró en el despacho ante lo que había parecido una orden silenciosa del jefe de los brujos, que se marchó sin mirarme ni una sola vez más.

No sabía que estaba tan ansioso por verla, pero tuve que reconocer que lo que sentía removerse en mis tripas eran nervios.

No sabía bien lo que sentiría al verla de nuevo, no obstante, algo me golpeó en el vientre cuando comenzamos a bajar por unas escaleras oscuras como la boca de un lobo. Hacía tanto frío que mis plumas se agitaron para combatirlo.

—¿Siempre hace tanto frío aquí abajo?

No me contestó y supuse que ya tenía la respuesta.

Bajamos unas tres plantas hasta llegar a un pasillo que se iluminó tenuemente cuando llegamos al final de la escalera.

El vaho acompañó nuestra respiración y me estremecí por la impresión que me dio ese pasillo con celdas a ambos lados.

Había visto en mi larga vida muchas celdas y calabozos, y ninguno se asemejaba, ni de lejos, al calabozo donde se suponía que estaba ella.

No sentí su presencia y me extrañó porque siempre la sentía cuando estaba cerca. Como una leve llamada a mi sangre, que se había afianzado, desde que me sentía irremediablemente atraído por ella, hasta convertirse en un fuerte tirón que me hacía muy consciente de donde quiera que estuviera.

En ese instante no la sentía por ningún sitio.

¿Qué coño le habían hecho?

—¿Dónde está? —Miré al otro hombre que me indicó donde no llegaba la luz

—En la última celda.

Por su tono molesto supe que no se sentía cómodo con mi reacción. En ese instante supe que la habían tenido a oscuras los cuatro días que había estado allí encerrada.

—¿Bibian?

Cuando no me contestó, me acerqué a la última celda con rapidez y oteé en la oscuridad para intentar verla, ya que las extrañas luces que se habían encendido no alumbraban el interior de su calabozo.

La vi encogida en un rincón y me temí lo peor.

—¿Bibian?

No grité, pero casi y entonces la sentí de manera tan débil que miré al brujo con mis ojos rojos, indicando la furia que había sentido al entender lo que le habían estado haciendo.

Miedo, era la sensación que emanaba de ella, y de manera tan débil que me temí lo peor.

—¿Qué coño le habéis hecho?

El brujo dio un paso atrás cuando me enfrenté a él… o lo intentó.



ASIER

Cogí al brujo por el cuello y lo levanté del suelo con una sola mano.

—Abre la puerta —le exigí sin importarme una mierda el sitio donde estaba y los problemas que me podía ocasionar.

Solo me importaba sacar a Bibian de ahí lo más pronto posible.

Ahora que podía verla, ya que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad que había en el calabozo, me di cuenta de que no tenía ropa de abrigo ni manta ni nada que la protegiera del frío intenso que hacía en ese maldito sótano. Y que estaba tumbada sobre el frío suelo.

El hombre intentó hablar, pero evidentemente no podía si seguía apretándole el cuello como estaba haciendo.

Me obligué a soltarlo, lo vi coger aire y mirarme de manera acusadora.

—No puedo.

—Por supuesto que puedes.

—Tiene que ordenarlo Theodore y ya ha visto que acaba de marcharse. Ha dado órdenes de que se liberaría mañana.

—Vas a liberarla ahora —Di un paso amenazante y el brujo dio otro paso atrás—, llámalo.

—No va a servir de nada.

—Tu vida está en juego —le dije acercándome de nuevo de manera amenazante, estaba dispuesto a hacer lo que fuera hasta conseguir que la soltaran en ese mismo momento. Al parecer el brujo lo entendió así, porque sacó su móvil del bolsillo y marcó con rapidez, llevándoselo a la oreja.

—El capitán exige que soltemos a Bibian ahora.

Se alejó de mí intentando poner distancia entre los dos mientras bajaba la voz para que yo no oyera la conversación. Me miró unos segundos mientras asentía con la cabeza y me tendía el teléfono con seriedad.

—Escúcheme —le dije sin darle opción a hablar—, lo que han hecho con esta mujer es una completa vergüenza y si no me la llevo ahora, estoy dispuesto a hablar con el alcalde y con la prensa y poner en conocimiento de todo el mundo lo que hacen con los de su propia raza solo porque están colaborando con nosotros. ¿Me he expresado con claridad?

—Creo que no está en posición de amenazarme, ¿no cree?

—Pues deje que me la lleve ahora.

—Tiene que estar detenida hasta mañana, ya se lo dije antes.

—No me ha entendido, por lo que parece —le solté alzando la voz. El brujo que estaba a mi lado volvió a dar un paso atrás, evaluando la opción de salir corriendo de allí—, han llevado a un extremo intolerable la corrección que pensaban hacer con ella y no voy a permitir que la sigan torturando ni un segundo más. ¿He hablado claro? La sacaré por la fuerza, si es necesario, y no le aconsejo que lleguemos a esos extremos. Posiblemente no sea bueno para ninguno de los dos.

Lo oí suspirar con fuerza y quise pensar que había entrado en razón.

—Pásele el teléfono a Adam.

Supuse que era el brujo que me miraba sin fiarse de mí, ya que no había nadie más allí, así que le tendí el teléfono y volvió a alejarse unos pasos donde al parecer pensaba que estaba seguro de mi furia.

Respiré hondo intentando tranquilizarme.

Miré al brujo cuando colgó el teléfono.

—Tengo que subir a por las llaves.

—Pensaba que los brujos podíais abrir puertas y cosas así.

—Esta no, está hechizada, solo puede abrirse con una llave especial —Se volvió para subir la escalera—, vuelvo en un momento.

—Intenta darte prisa.

El brujo comenzó a subir la escalera y maldije cuando la maldita luz se apagó a su paso y me quedé a oscuras.

¿La habían tenido allí con ese frío y a oscuras todo el tiempo?

Esperaba que le hubiesen dado de comer, por lo menos.

Imaginé que agua sí debían de haberle dado, en otro caso, ya estaría muerta.

—¿Bibian?

Me acerqué a los barrotes de la celda para intentar estar más cerca de ella.

No obtuve respuesta y lo intenté de nuevo.

—¿Bibian? Contéstame, por favor.

No pensaba que pudiese estar despierta, no con ese frío que hacía allí dentro. La temperatura de mi cuerpo era más alta que la de los humanos y, aun así, había empezado a tiritar de vez en cuando, así que eso solo sirvió para preocuparme más por ella.

¿Dónde coño había ido a por las llaves?

Esperaba que no intentase vengarse de mi ataque tardando más de lo necesario porque si no, me aseguraría de que no lo repitiese.

—Joder, Bibian, ¿quieres contestarme?

La vi moverse y sentí una oleada de alivio tan intensa que me sujeté a la pared porque se me aflojaron las rodillas.

—Asier…, ¿eres tú?

Su voz sonó ronca y débil, y no quise pensar que la tenía dañada de haber estado gritando, pidiendo ayuda.

¿Qué tipo de animales eran capaces de hacerle eso a una persona?

Si habían sido capaces de hacérselo a una bruja, ¿qué no harían a un humano o a cualquier otro ser mágico?

—Sí, Bibian, soy yo.

—¿Puedes encender la luz? Por favor, por favor.

—Aguanta un poco más, ¿vale? Han ido a por las llaves. Nos vamos a casa.

—¿Vas a sacarme de aquí?

Su voz mostraba tanto alivio que deseé poder hacerlo lo antes posible.

—Sí, Bibian, voy a sacarte de aquí. Intenta mantenerte despierta.

De repente la oí sollozar y mis entrañas se retorcieron.

—Tengo mucho frío.

Lo dijo en voz tan baja que apenas la oí.

—Levántate y acércate a la reja, Bibian, te calentaré un poco desde aquí.

¡Dios! Tenía tantas ganas de abrazarla que miré de nuevo a las escaleras por si así podía hacer que el idiota que había ido a por las llaves apareciera de repente.

—¡¿Dónde están esas llaves?! —le grité a la oscuridad, perdiendo la paciencia.

La seguía oyendo sollozar, pero no se había acercado a los barrotes.

No soportaba oírla llorar.

Necesitaba abrazarla y sujeté los barrotes intentando abrir la maldita puerta que me separaba de ella.

—Ya va, ya va…

El maldito brujo parecía que por fin bajaba las escaleras.

—¿Por qué coño me has dejado a oscuras aquí abajo? —le pregunté antes de que la extraña luz del techo se encendiera de nuevo.

—Las luces mágicas se encienden cuando sienten la presencia de nosotros, los brujos.

Aún podía oírlo bajando la escalera, no estaba suficientemente cerca para que la maldita luz se encendiera de una vez.

—Ella es una bruja y con ella no se encienden —le aclaré cuando por fin lo vi aparecer por el final del pasillo.

Las luces se encendieron por fin, pero seguían alumbrando tan poco que no podía ver a Bibian ni estando pegado a los barrotes.

¡Malditos hijos de puta!

—Ella es una delincuente, no cuenta.

—Abre la maldita puerta de una vez —le ladré perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

El brujo se paró en seco, esperando que le dejara libre el camino hasta la puerta de la celda para acercarse.

Me hice a un lado, indicándole que podía pasar por mi lado sin sufrir ningún daño.

El brujo abrió la maldita puerta que chirrió con fuerza y entré en la celda acercándome con rapidez a donde supuse que estaba. Ya no lloraba ni hacía ningún ruido.

Se mantenía allí quieta, tirada en el suelo.

Ahora apenas podía sentirla, ni estando prácticamente sobre ella.

Me arrodillé a su lado y la toqué, estaba helada al tacto y su cuerpo temblaba de manera violenta.

—Bibian, despierta, nos vamos a casa.

No me importó la cara del brujo ante mis palabras.

Ella no me respondió, así que la cogí en brazos y la saqué por la maldita puerta a paso rápido.

Pesaba menos que la última vez que la cogí y maldije de nuevo lo que habían hecho con ella en esos cuatro días.

La escalera se me hizo eterna.

Aunque pesaba menos, subir tres tramos de escalera con ella en brazos era toda una odisea, sobre todo porque los escalones estaban en penumbra y apenas podía verlos, lo que hacía que los subiera de una manera mucho más lenta de lo que hubiese deseado.

No me importó que todos los brujos que estaban en la recepción de la entrada me miraran sorprendidos.

No me importaba nada en absoluto, excepto salir de allí de una maldita vez.

Me quedé sorprendido cuando por fin salí de la torre y pude ver su cara a la luz del día.

Sus mejillas estaban hundidas y tenía ojeras intensas en su tez blanca. La purpurina bajo su piel no brillaba absolutamente nada.

Lo que más me preocupó era que tenía los labios morados y la punta de la nariz fría, casi congelada.

Cogí sus manos y las intenté meter bajo mis alas, ya que sabía que era uno de los lugares más calientes de mi cuerpo.

Ella gimió y pude sentir sus manos congeladas sobre mi ropa.

—No las muevas de ahí, te las mantendrán calientes, ¿me oyes?

No me contestó y no esperé más para echarme a volar rezando para que no llegara a casa demasiado tarde.



ASIER

—¡Llena la bañera de agua caliente! ¡Rápido!

Mika se levantó del sillón rauda para cumplir mi orden y yo me encaminé al baño tras ella.

—¿Cómo está? —Miguel, que al parecer estaba en la cocina, también vino al cuarto de baño.

—Congelada. —Me senté con ella en brazos en la tapa del váter y contemplé a Bibian, que seguía sin dar señales de vida—. Ve a su habitación y tráele ropa interior para cuando la bañe.

—¿A qué huele? —Miguel la miraba entrecerrando los ojos como si pudiera reconocer ese aroma que emanaba de su cuerpo como un perfume, y que no era el de bosque que desprendía antes de que la detuviesen.

Mika dejó correr el agua caliente en la bañera para que comenzara a llenarse. El baño se empezó a llenar de vapor como una sauna. Miré a Bibian de nuevo con atención. Sus labios seguían estando morados y apenas presionaba sus brazos sobre mi torso, como le dije que hiciera para intentar mantener las manos calientes.

—A miedo —reconocí sin mirar a nadie en concreto—, y a desesperación.

Tuve que volver a respirar hondo para no perder los nervios.

Bibian temblaba tanto que no podía desnudarla.

—Ayúdame —le pedí a Mika, que se agachó para quitarle las botas, mientras intentaba mantenerla sentada sobre mis piernas.

Miguel nos miraba con seriedad, supuse que digiriendo mis palabras.

—La han tenido en un calabozo a oscuras todos estos días y hacía un frío de mil demonios —les aclaré a ambos mientras miraba cuánta agua tenía la bañera para poder meterla ya, quería que salieran del cuarto de baño cuando la terminara de desnudar. Me sorprendieron los celos que sentía al pensar que alguien más que yo pudiera verla desnuda.

Si ella tenía que matar a alguien cuando se recuperara, que me matara a mí. Aunque prefería pensar que me agradecería que me preocupara de que la viera desnuda el menor número posible de gente.

—Me extraña que no haya muerto congelada —dijo Mika, comprobando el agua—, no la voy a poner muy caliente, solo un poco más que los treinta y seis grados que tiene una persona.

—Qué hijos de puta. Voy a llamar a Kate para decirle que está aquí, por si quiere venir a verla —añadió Miguel.

—Miguel, mira si hay algo de sopa para que pueda comer algo cuando la bañe —le indiqué antes de que saliera del baño.

—Voy. —Salió con rapidez, lo oí trastear en la cocina y hablar por teléfono en voz baja.

—Te traigo la ropa. —Mika volvió a entrar con algunas prendas en las manos—. Le traigo un pijama, también, aunque creo que no va a servirle de mucho con el frío que hace en su cuarto.

—Yo me encargaré de eso, ayúdame a desnudarla y cierra la puerta —Mika comprendió que quisiera darle intimidad—. Necesitamos subirle la temperatura corporal con rapidez.

Le quité la camiseta que llevaba y me sorprendí al ver su piel blanca resaltar por el sujetador negro de encaje que lleva puesto. En ese momento podía casi contar sus costillas y me pregunté cuántos kilos se podían perder en tan solo unos cuantos días.

—Asier, subirle la temperatura de golpe va a dolerle mucho.

Miré un momento a Mika antes de asentir con la cabeza.

—Lo sé —Iba a dolerle como si le clavaran miles de alfileres de golpe, pero no había otra opción—, tú preocúpate de que no esté demasiado caliente.

Mika comprobó el agua con la mano.

—Pues ya la tienes.

—Bien, ve a ver si Miguel ha encontrado la sopa o algo caliente para que coma.

—Te dejo una toalla. Llámame si necesitas ayuda.

Asentí con la cabeza y terminé de quitarle la ropa interior cuando se cerró la puerta del baño de nuevo.

Me obligué a no mirar su cuerpo completamente desnudo, aunque era una gran tentación.

La levanté en peso para meterla en el agua caliente.

—Lo siento, Bibian.

La tumbé en la bañera sin pensármelo más, antes de acobardarme por el dolor que sabía que iba a sentir.

Seguía temblando de manera violenta y de repente comenzó a gemir de dolor y a moverse intentando salir del agua.

—Necesitas subir la temperatura corporal, Bibian —le dije con suavidad y la sujeté para que no se me resbalase. Respiré aliviado cuando parecía que recuperaba la consciencia. Gritó más alto y abrió los ojos verdes que me miraron con un gran sufrimiento. Tuve que cerrar los ojos y no hacer caso a las oleadas de dolor que provenían de ella. Sería un sádico de mierda, pero no podía más que alegrarme de que comenzara a recuperarse poco a poco, aunque siguiese temblando de frío—. Aguanta un poco más, Bibian, solo un poco más.

Su piel comenzaba a resplandecer de nuevo, de manera muy sutil, pero a resplandecer, al fin y al cabo. Volvió a gemir más alto.

—Le estás haciendo daño, suéltala ahora mismo.

Algo muy pequeño revoloteó ante mi cara y me vi obligado a apartar la cabeza para evitar al insecto.

¡Un momento! ¿Desde cuándo hablaban los insectos?

—¿Qué coño eres tú? —Como no dejaba de revolotear en mi cara no podía verlo con claridad—. Deja de moverte de una vez, ¿quieres?

—Mi nombre es Martin y soy el protector de la bruja.

Me quedé conmocionado al ver a un pequeño duende del tamaño de una Barbie, delgado y esbelto de color azulado y orejas puntiagudas. Tenía el pelo de un naranja encendido y unas pequeñas alas semitransparentes.

—¡Hay que joderse! —¿Seguían existiendo los duendes?—. ¿Vosotros no os habíais

extinguido? ¿De dónde coño has salido tú?

Me miró ofendido desde el borde del lavabo donde se había posado. Tenía unas pequeñísimas calzas de color azul oscuro y una sudadera con gorro de color rojo, y estaba sucísimo. Me llegaba su olor y arrugué la nariz.

—Esa es una pregunta estúpida —me soltó el duende—, te repito que soy el guardián de la bruja. La he estado protegiendo todo este tiempo.

Me eché a reír ante su descaro y él me bufó, ofendido.

—¿Protegerla, tú? Si casi muere congelada.

—El calor de mi cuerpo es lo que lo ha impedido. Ahora su vida está ligada con la mía por una deuda de vida.

—¿De dónde coño has salido tú? —repetí.

Mi mirada escéptica parecía no gustarle demasiado ya que se irguió y me miró con recriminación. ¡Había que joderse con el enano!

—He estado retenido en la Torre Oscura desde hace siglos.

—¿Te has escapado de la Torre Oscura? —No podía creerlo. ¡Lo que me faltaba!—. ¿Y por qué estabas detenido en la Torre Oscura?

El duende me miró sin saber si confiar en mí o no, pude ver la mirada dudosa en el pequeñísimo azul de sus ojos.

—¿Acaso no sabes quién soy?

—El pomposo capitán de los ángeles —me soltó sin ningún tipo de filtro.

—¿Pomposo?

Sujeté a Bibian mejor y me intenté incorporar para impresionar al maldito desvergonzado.

—Sal de aquí ahora mismo.

—¿Puedo comer algo en la cocina? —Su mirada suplicante consiguió aplacarme un poco, estaba tan feliz de haber rescatado a Bibian que no me importaba dejar al enano en la casa hasta que pudiera encargarme de él directamente, más tarde—. Me muero de hambre.

—Dile a Miguel y a Mika que te den de comer y pórtate bien hasta que pueda encargarme de ti.

—¿Puedo dormir en la habitación de ella?

Su pequeña mano señaló a Bibian, que seguía desnuda en la bañera.

—Por supuesto que no. ¡Fuera!

—Vale, vale, ya me buscaré una habitación que me guste.

—La que está justo al lado es la mía, así que ya sabes donde no puedes entrar, ahora sal de una vez. —Lo hizo en silencio—. ¡Os mando a un duende, vigiladlo bien! —les grité a los que estaban en el salón. Podía oír las voces de ellos hablando con el duende. Supuse que estarían tan alucinados como me había quedado yo.

—Asier, me duele.

Bibian cerró los ojos por el sufrimiento y me di por vencido. Creía que ya había sufrido bastante durante esos días, así que la saqué del agua y se acurrucó sobre mi tórax mojándome por completo la chaqueta del traje y la camisa.

No me importaba nada, excepto haber conseguido hacerla reaccionar un poco.

—¿Puedes mantenerte sentada tú sola?

La envolví en la toalla y la senté sobre la tapadera del váter con cuidado. Cogí la ropa interior y se la enseñé. De repente sus mejillas se sonrojaron de esa manera tan escandalosa que siempre me sacaba una sonrisa.

—¿Puedes vestirte sola o necesitas ayuda?

Sus manos seguían temblando mucho, pero parecía que empezaba a parecerse a la bruja que tanto había conseguido gustarme en este tiempo.

—Puedo sola, creo.

La solté, pero comprobé su equilibrio, atento por si tenía que volver a sujetarla.

—Vuélvete, anda.

—Si puedes vestirte sola, voy a ver si te han preparado algo de comer.

Asintió sin decirme nada y salí del baño respirando más aliviado.

Fuera me encontré con los ojos fijos de mis hermanos, que me miraban con seriedad.

—¿Hay sopa?

—Viene Kate con ella. —Miguel seguía trasteando en la cocina y Mika estaba poniendo la mesa.

—¿Cómo está? —Me miró unos segundos antes de seguir con los cubiertos.

—Parece que se ha recuperado un poco —le indiqué pasándome la mano por la cara con frustración, no conseguía aclarar mis ideas desde que la vi tirada en el calabozo sin conocimiento y a punto de morir congelada.

—¿Y ahora?

—Debería comer algo e intentar dormir todo lo que pueda. Su cuerpo está extenuado, se recuperará antes si duerme.

—Pues esa habitación es el polo norte —me indicó Mika—, deberíamos instalar calefacción.

—Me voy a quedar con ella hasta conseguir que su cuerpo recupere el calor corporal —dije a nadie en particular.

—Ve con ella, te llevo la sopa en cuanto llegue Kate.

Asentí con la cabeza y me volví al baño.

Cuando me asomé a la puerta, comprobé que el baño estaba vacío, así que me dirigí a la habitación de Bibian. Toqué a la puerta con suavidad y la abrí sin esperar respuesta. Bibian estaba acostada y tapada con el pluma de su cama, pero seguía temblando de manera violenta.

Me acosté a su lado y abrió los ojos al sentir moverse el colchón de la cama bajo mi peso.

—¿Estás mejor?

Le retiré el pelo pelirrojo de la cara y le toqué la frente con suavidad, apenas una pequeña caricia.

—Sigo teniendo muchísimo frío.

Me miró unos segundos con sus ojos verde bosque y luego volvió a cerrarlos como si no pudiera mantenerlos más tiempo abiertos.

—Vas a comer algo caliente y luego te ayudaré a entrar en calor.

Llamaron a la puerta en ese momento y Kate abrió con cuidado.

—Mira, acaba de llegar tu sopa. Pasa, Kate —Le sonreí para darle un poco de confianza—, tu amiga acaba de volver al reino de los vivos.

—¿Cómo ha llegado un duende al salón? —Me dio la taza de sopa mientras miraba a Bibian primero y luego a mí con curiosidad.

—No preguntes.



BIBIAN

Tenía tanto frío que me dolían los huesos de llevar tantos días tiritando y de verdad que pensaba que se me saltaría algún diente por el mismo motivo.

No recordaba que Asier me hubiese sacado del calabozo de la Torre Oscura, solo tenía constancia de sentir un agradable calor en mis manos mientras me movía, pero estaba tan cansada que solo agradecí dejar de pasar tanto frío por unos minutos.

De repente sentí como miles de alfileres se me clavaban por todas partes y hubiese gritado de dolor si me hubiesen quedado fuerzas para poder hacerlo.

Sabía que Asier me había metido en la bañera, y aunque eso alivió un poco mi frío, mucho menos de lo que me gustaría, el agua caliente dio lugar a un dolor tan intenso que pensé que eso acabaría conmigo de una vez por todas.

Luego oí al capitán hablar con alguien que tenía una voz aguda que no conseguí reconocer y entre el enorme esfuerzo que hacía por no quedarme dormida, creo que vi una figura pequeña, como una muñeca, que discutía con Asier sin amilanarse ante su furia.

No sé por qué, algo en mi interior me decía que yo ya había visto esa pequeña figura anteriormente en los días en los que había estado retenida. Pero en ese momento no era capaz de aclarar mi nublada mente.

El agua caliente había conseguido despejar mi cabeza un poco y pude pedirle a Asier que me dejara vestirme sola.

No podía pensar en ese momento que aquel hombre acababa de bañarme y me había visto completamente desnuda.

Ni siquiera me importó demasiado.

Solo deseaba acurrucarme y dormir un mes entero.

Así que aproveché que Asier salió del baño para ponerme la ropa interior y el pijama y arrastrarme hasta mi cama, para enterrarme bajo las mantas y desear tener veinte edredones más para añadir, ya que mis temblores volvieron una vez más.

Había dejado la luz de la habitación regulada para que alumbrara de manera tenue. Después de estar tantos días a oscuras en la torre, no pensaba volver a quedarme a oscuras nunca más, fuera de día o de noche.

Asier entró en mi cuarto tras llamar a la puerta.

Sentí cómo la cama se hundía cuando se sentó a mi lado. Me retiró el pelo de la cara y pude ver la preocupación en sus ojos.

—¿Estás mejor?

¿Estaba preocupado por mí?

Un calor intenso me recorrió las venas al pensar en todo lo que este hombre había hecho por mí desde que nos conocíamos.

—Sigo teniendo mucho frío.

—Vas a comer algo caliente y luego te ayudaré a entrar en calor.

Eso me hizo pensar en miles de situaciones indecentes entre nosotros. Bocas unidas y cuerpos y miembros entrelazados… ¡Joder!

Unos toques en la puerta nos hicieron mirar a Kate, que asomó la cabeza con lentitud.

— Mira, acaba de llegar tu sopa. —me indicó él antes de sonreírle a mi amiga para animarla a que entrara a la habitación—. Pasa, Kate. Tu amiga acaba de volver al reino de los vivos.

—¿Cómo ha llegado un duende al salón? Miré a ambos parpadeando sorprendida por esas palabras. Kate le pasó el cuenco de lo que parecía sopa a Asier, que me ayudó a incorporarme en la cama para que comiera.

—No preguntes —le contestó él.

No sabía exactamente a qué se refería con lo de duende, ya me enteraría.

Y no sabía que tenía tanta hambre, pero mis tripas rugieron de manera escandalosa e hizo que los dos sonrieran divertidos.

—¿Capitán, quiere que le traiga sopa también, o va a salir a comer?

—Ella va a necesitarme un rato todavía. —Miró a Kate e ignoraba mi mirada curiosa con toda la intención. ¿Qué coño se proponía? —. Creo que será mejor que me la tome aquí.

—Enseguida vuelvo.

Salió de nuevo por la puerta.

Yo seguí dando sorbos a mi sopa, agradeciendo que estuviese hirviendo. Mi boca y mi garganta se iban calentando mientras me la bebía toda a una velocidad increíble.

¡Dios, estaba famélica!

—¿Recuerdas si te han dado de comer durante estos cuatro días?

Kate volvió, le dio el cuenco de sopa y se marchó sin decirnos nada más. Asier se puso a sorber su sopa, soplando antes para no achicharrarse la boca. Sus ojos azules pasaron de la sopa a mi cara de manera alternativa.

—No tengo casi ningún recuerdo de lo que ha pasado estos días. Solo la oscuridad y el frío.

Me estremecí al recordar una habitación sin ventanas y a dos hechiceros frente a mí con sus varitas en la mano. Pero no recuerdo ni siquiera de lo que hablé con ellos ni ninguna de las preguntas que me hicieron. Cerré los ojos y sacudí mi cabeza para que el recuerdo abandonara mi cabeza como caían las gotas de un pelo mojado.

—¿Te interrogaron?

Tragué saliva ante su mirada preocupada.

—No lo sé. No lo recuerdo.

—No tienes ningún tipo de marca de maltrato en tu piel, Bibian —me dijo Asier con suavidad—, pero tu cuerpo emana intensas oleadas de miedo y no es solo por haber estado a oscuras, así que algo han tenido que hacerte en estos cuatro días.

Yo negué con la cabeza sintiéndome de repente terriblemente cansada. Así que volví a tumbarme y me tapé con el edredón, deseando que el capitán entendiera la indirecta de que no quería ni podía seguir hablando de aquello en ese momento.

—Ya volveremos a hablar de esto, Bibian. Ahora necesitas descansar. —Se levantó de la cama y cogió los dos cuencos antes de dirigirse a la puerta—. Quiero que te desnudes, ahora vuelvo.

—¿Qué? ¿Por qué? —No entendía nada—. ¿Te has vuelto loco? Estoy congelada todavía, por si no te has dado cuenta.

Intenté darle un tono enojado a mi voz para que entendiera que no estaba de humor para nada de lo que fuese que estaba pensando en ese momento.

—Voy a darte calor hasta que recuperes la temperatura corporal, Bibian, y para ello necesito transmitirte el calor piel con piel.

Me lo quedé mirando sin entender bien a lo que se refería. ¿Piel con piel? ¿Desnudos?

¡No entendía nada!

Pero pensar en sentir calor y dejar de temblar después de tanto tiempo sintiendo ese horrible frío que hacía que me dolieran hasta mis huesos, hizo que no pensase en cochinadas ni en quejarme demasiado.

—¿Tenemos que estar desnudos para eso?

¡Sí, por favor! Pensar en ese montón de piel y músculos presionando los míos hizo que mi vagina se humedeciera de manera dolorosa. ¿Y yo no quería pensar en cochinadas? ¡Tarde!

—Sí, no funcionará si tienes la ropa puesta, pero deja de fantasear porque no voy a follarte —añadió al salir del cuarto sin mirar atrás.

¿Había leído mis pensamientos? ¿Tan fácil era de leer para él?

¿Cómo podía saber en lo que estaba pensando?

¡Maldito ángel sabelotodo!

Me quité el pijama en silencio y decidí dejarme el tanga. No tenía muy claro quedarme desnuda entre sus brazos si no iba a pasar nada más, como me acababa de asegurar.

Temblando de manera violenta otra vez, me volví a tapar con el edredón y me dispuse a dormir. Estaba tan cansada que no podía seguir manteniendo los ojos abiertos más tiempo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero de repente sentía el cuerpo gigantesco del ángel pegarse a mi espalda y acercarme a él sin dejar ni un pequeño espacio entre nuestros cuerpos.

¡Oh, Dios! ¡Sí!

Un calor intenso, como si viniese de una estufa encendida, me rodeaba y mis temblores incontrolables comenzaron a remitir.

Gemí por la sensación tan placentera que se adueñó de mi interior, y de manera inconsciente me acerqué más a Asier. Podía oler su piel. Olía a gel de ducha y a cítricos y madera. Lo reconocería en cualquier parte.

Gruñó en respuesta, pero me sentía tan a gusto que me daba igual que se molestase. Se había ofrecido él, así que le tocaba aguantarse.

—¿Mejor? —Oír su voz sensual y grave susurrando en mi oído, ponía mi piel erizada.

Asentí y me dejé llevar por el calor de su cuerpo. Aún tenía algunos temblores esporádicos y tras un ruido como un aleteo, sentí algo muy suave acariciando mis mejillas, el calor a mi alrededor se intensificó y me relajé en sus brazos, sabiendo que estaba rodeada de su cuerpo y sus alas, como un capullo protector. En ese momento, así, entre sus fuertes brazos y rodeada de todo su cuerpo, supe que podía dormir tranquila porque nada ni nadie me podía dañar.

Ni siquiera recordaba el tiempo que hacía que no me sentía completamente segura.

Algo duro y grande se clavaba en mi zona lumbar y sonreí en mi interior mientras el sueño, por fin, me vencía.



ASIER

Intenté abrazar a Bibian cuando despertó sobresaltada a los pocos segundos de quedarse dormida, tras empezar a entrar un poco en calor.

—Eh, tranquila, estoy aquí contigo, estás a salvo.

Podía oír su corazón palpitando a marchas forzadas en su pecho y el olor a miedo que su cuerpo emanaba cuando la saqué de la Torre se intensificó… otra vez.

La abracé un poco más fuerte y coloqué mis alas, de manera protectora a nuestro alrededor, formando una especie de nido cálido y acogedor intentando transmitirle seguridad. Pero estaba tensa y nerviosa.

—¿Qué ocurre, Bibian? —Se removió inquieta y supuse que estaba pensando en lo que contarme. Temía que su miedo tuviese algo que ver con sus días encerradas en el calabozo y lo que podían haberle hecho allí, aunque me dijese que no lo recordaba.

—No lo sé —Me habló en voz tan baja que apenas la oí—, ni siquiera me había quedado dormida del todo, ha sido algo muy raro…

No quise que le diera más vueltas, necesitaba dormir y descansar e intentar olvidarse de los últimos días.

—Estaré aquí contigo todo el tiempo, ¿vale? Intenta relajarte un poco y dormir.

—Vale… Asier…

Le acaricié el pelo pelirrojo que me hacía cosquillas en la nariz.

—Dime.

—Gracias por sacarme de allí.

—No dejaría en ese calabozo ni a mi peor enemigo —contesté antes de darme realmente cuenta de lo que decía.

—Bueno, no sé en qué posición me deja a mí —contestó divertida—, pero gracias de todas formas.

—Es lo mínimo que podía hacer por ti.

No quise profundizar más en el tema ni en lo que podía significar para ambos.

—De todos modos, gracias.

—De nada. ¿Se te ha quitado un poco el frío? —Temblaba menos, pero seguía asustada y no entendía bien por qué.

—Sí, estar así es muy agradable.

—Vale, lo tendré en cuenta. —Por supuesto no pensaba olvidarme de lo que sentía al tenerla así, pegada a mi piel.

La siguiente vez que se durmió tardó pocos minutos en despertar, esta vez gritando de terror.

—¡Quítamelo, quítamelo!

Intenté sujetarla cuando se incorporó en la cama y aún gritó más fuerte intentando librarse de mis manos.

—Bibian, ¿qué ocurre?

—Están por mi cabeza, quítamelos…

Encendí la luz intentando averiguar qué es lo que le pasaba. Se estaba manoteando la cara y el pelo y pensé que podía haberse colado algún insecto en la cama…, pero me extrañaba.

—Déjame ver. —Minutos después de haberle mirado el pelo con cuidado y la cara, sin encontrar nada, como me temía, añadí—: No tienes nada en la cabeza, Bibian, creo que estabas soñando.

—Sentía las patas arañando en mi cabeza… El dolor…

—Bibian, no hay nada en tu cabeza. —Le sujeté la cara para poder mirarle los ojos asustados y dilatados por el miedo—. Estabas soñando. —Pensaba que todo tenía que ver con sus días de cautiverio—. ¿Estás segura de que no recuerdas lo que te han hecho? —Antes de que se negara, añadí—: Creo que lo que estás soñando en realidad es un recuerdo de algo que te hicieron esos días.

—Pero no recuerdo nada —confesó ella intentando calmarse un poco.

—Han podido hacerte un hechizo para que lo olvides, Bibian. No es real, ¿vale? Todo es fruto de tu subconsciente.

—No quiero dormirme, Asier… Cuando cierro los ojos los siento en mi cabeza.

—Creo que vas a necesitar una de tus pócimas para dormir —reconocí a mi pesar.

—No quiero dormirme —me repitió, aún asustada.

—Tienes que descansar, Bibian —insistí. Le aparté el pelo de la cara. Estaba tan asustada que temblaba y me sujetaba el brazo buscando un apoyo que la ayudara a combatir el miedo que sentía—. Estoy contigo y no hay insectos ni nada en tu cabeza, ¿vale?

La insté a que volviera a dormirse.

—Por favor, no apagues la luz. No puedo quedarme a oscuras…

—La dejaré encendida, no te preocupes por eso.

Volvió a tumbarse en la cama y yo volví a taparnos a los dos con mis alas y luego nos tapé a los dos con las mantas de la cama. Esperé para ver si se relajaba, pero estaba tan inquieta que supe que no se iba a poder dormir sin tomarse algo que la ayudara. Decidí pedírselo a Kate.

—Bibian, tendrás que tomarte algo para descansar. Voy a hablar con Kate.

Me levanté al amanecer del día siguiente, sabiendo que Bibian dormiría algunas horas más, o por lo menos eso esperaba.

Mientras aguardaba a que el café se hiciera, pensé en qué le habían podido hacer mientras la tuvieron encerrada, para que no pudiera relajarse y dormir más de unos pocos minutos antes de despertarse aterrada una y otra vez.

Tras mucho protestar y amenazar con dejarla sola con el frío que sentía, conseguimos que se

lo tomara y había dormido plácidamente el resto de la noche.

Para mi sorpresa, yo también.

No era hombre de dormir con ninguna mujer.

Digamos que ninguna me había importado lo suficiente como para compartir mi cama después de mantener sexo con ellas.

Soy terriblemente celoso con mi espacio personal.

Me gustaban las cosas a mi manera y hacerlas a mi ritmo. No me gustaban ni los imprevistos ni las sorpresas ni los desconocidos. Tampoco que, por supuesto, nadie tocase mis cosas.

Así que no quería pensar en el motivo por el cual esa bruja logró descolocar todos mis esquemas sin que me molestase tanto como pensé que haría.

Nunca había tratado con una bruja. Desde que nos rebelamos para proteger a los humanos, hacía ya más de trescientos años, las rehuí como a la peste.

Era un hombre de ideas fijas y estaba lleno de prejuicios hacia ellas, lo reconozco, y tenía que reconocer que mi trato con Kate y Bibian, sobre todo, Bibian, me estaba haciendo replantear muchas de mis ideas preconcebidas para con ellas y otras muchas de mis ideas arcaicas e injustificadas.

Aunque, por supuesto, no pensaba decirle nada a la bruja de ojos verdes que había dejado en la cama antes de haberme levantado con un impresionante dolor de huevos por haber estado excitado toda la noche, en la que había sentido su culo respingón pegado a mi polla.

Desahogarme en la ducha había sido algo necesario para volver a tener las ideas claras y volver a conseguir ver las cosas bajo la perspectiva correcta.

Desear a Bibian no entraba en los planes. Jamás pensé que pudiese sentirme atraído por una bruja.

Si la gente que me conocía hubiese sabido lo que sentía por ella, se reirían de mí. Pero ahí estaba, intentando organizar mi cabeza para poder afrontar un nuevo día que prometía ser intenso, antes de sucumbir al deseo que tenía de volver a meterme en la cama y follarme a la mujer que estaba poniendo mi mundo de revés sin ni siquiera saberlo.

Sabía que eso no podía pasar nunca.

No podía desearla, pero como ya era tarde para arrepentirme, supe que jamás podía dejar que mi deseo por ella hiciese que me saltara todas las normas que teníamos sobre las brujas.

Por suerte, era demasiado importante como para pensar en saltármela.

Supuse que tendría que llamar a Samantha una noche de esas…, otra vez.

Cualquier otra idea era mejor que acostarme con una bruja. No podíamos acostarnos con ellas, o por lo menos yo no podía acostarse con ninguna de ellas y no pensaba saltarme esa ley solo por desear a una brujita mal encarada y con mal humor.

Cuando terminara de trabajar con ella en ese maldito caso y dejara de verla tan a menudo, la olvidaría.

O, por lo menos, eso esperaba.

—¿Hay café?

La voz aguda del duende me hizo dar un respingo.

¡Joder, ya no me acordaba de ese elemento!

Era tan pequeño que no había visto donde estaba. Revoloteó y se colocó junto a mí en la encimera de la cocina, donde me estaba bebiendo mi café esperando a que amaneciera.

—Sírvete tú mismo. —Lo miré para comprobar que seguía con la misma ropa del día anterior, pero su pelo naranja estaba completamente de punta. ¿De qué manera había dormido para levantarse con semejante nido de pájaros en la cabeza?

—Buenos días.

—Buenos días. —Volví a prestar atención a mi café sin querer hacerle caso, aunque cuando lo olí, de nuevo, tuve que arrugar la nariz.

—¿A qué cojones hueles?

Me miró totalmente ofendido por mis palabras y le quité la cafetera de las manos cuando comprobé que, por supuesto, era demasiado grande para que él pudiera moverla sin provocar un accidente.

—Huelo al miedo de Bibian —me dijo muy digno.

—No es eso solo.

Inspiré con fuerza y enarqué las cejas esperando una aclaración. Si iba a quedarse ahí, que eso aún estaba por ver, tendría que acatar mis órdenes sobre las normas básicas de convivencia.

—Llevo encerrado más de setecientos años en esa torre sin poder ducharme ni cambiarme de ropa, y soy un hombre, al fin y al cabo. —Me volvió a mirar ofendido cuando enarqué las cejas ante sus palabras—. Así que, hasta que no consiga algo de ropa, siento molestarte con mi olor corporal.

—¿Has probado a ducharte?

—¿Vas a comprarme ropa hoy?

La esperanza de su voz me hizo mirarlo ofendido.

¿Por quién coño me ha tomado?

—¿Tengo cara de ser tu *community shopper*?

Sonrió divertido y bebió el café que le había servido en una taza pequeña con una pajita que alguno de mis compañeros le debió encontrar el día anterior para que pudiera beber. Me negué a pensar en tener que adaptar el menaje de cocina al tamaño de este muñeco de playa.

—Tienes cara de mala hostia y no se me ocurre el porqué, cuando acabas de levantarte. —Me estudió con intensidad y entrecerró los ojos, pensativo—. A no ser que tu mal humor se deba a sentirte tan atraído sexualmente por Bibian. Puedo olerte desde aquí —me soltó tan fresco.

¿Cómo coño había podido darse cuenta?

Intenté disimular para que no siguiera pensando eso o algo me decía que la convivencia entre nosotros no iba a ser fácil.

—No seas absurdo. —Intenté cambiar de tema con rapidez—. ¿Por qué llevabas encerrado en el calabozo setecientos años?

—¿Porque soy un duende?

Su tono sarcástico no me convencía.

—¿Y por qué coño has tenido que escaparte con Bibian? ¿Sabes que puedes meterla en un buen lío?

—Nadie sabe que me he escapado con ella. —Pareció pensarlo mejor—. Aunque, a decir verdad, solo estaba ella detenida así que…

—Escucha, no tengo tiempo para esto. —Empezaba a dolerme la cabeza de oír esa desagradable voz aguda que me taladraba los tímpanos—. Que sepas que si le causas un solo problema a ella —Indiqué con la cabeza las habitaciones—, te marcharás de aquí con la misma rapidez con la que has llegado.

Él se limitó a negar con la cabeza con pesar.

—Ya te he dicho que ahora nos une una deuda de vida, la mía está ligada a la suya de ahora en adelante.

Su tono de voz no me convenció en absoluto.

—A mí no me engañas. Ni deuda de vida ni hostias. No quiero ni un solo problema, ¿está

claro? —Antes de irme por la puerta, porque de repente no quería quedarme más tiempo allí parado, añadí—: Y dúchate de una vez. Pide ropa por internet o algo, pero te quiero arreglado y limpio para cuando vuelva.

—No tengo dinero… ni nada.

Sabía que iba a arrepentirme de aquello, pero le dejé una de mis tarjetas de crédito y le apunté el pin en una servilleta.

—Quiero todas las facturas, así que ojo con lo que compras.

—Vale.

Tuve que sonreír al ver el brillo ilusionado de sus ojos al coger la tarjeta.

—Buenos días, capitán.

Miguel se acercó a la cocina, ya vestido para servirse un café.

—Buenos días, avisa a Mika y Anthony para que vengan a la comisaría cuanto antes. Nos vamos de redada.

Sonrió y pude ver la ilusión de sus ojos.

No había nada mejor que empezar el día con un poco de acción.

Aunque si hubiese sabido en lo que iba a desembocar, quizás me lo hubiese pensado mejor.

CUARTA PARTE

EL CASTILLO BLANCO



KATE

Me sentía feliz y era una emoción extraña, ya que recordaba sentirme así en muy pocas ocasiones.

Quizás cuando conocí a Ryder y esa burbujeante emoción de los primeros días de enamoramiento juvenil, que te hacía sentir invencible y capaz de enfrentarte a todos los obstáculos que la vida te pondría en el camino.

El enamoramiento con mi marido me duró poco, como solía pasar con los amores a temprana edad, que se disipaban en cuanto te golpeabas dos veces con la realidad.

Ryder había sido un brujo de agua apenas sin magia y no era nada raro en el mundo de las brujas. De hecho, tener más magia que la mayoría y destacar precisamente por eso, era algo realmente extraordinario. Así que mi marido era un hombre frustrado que siempre quiso ser importante por algo que nunca estuvo al alcance de su mano. Y eso, poco a poco, comenzó a pasarle factura a él y a dañar nuestro matrimonio como un cáncer se come las células sanas.

Siempre confié en él y en que el poder de su amor podría salvar un matrimonio destinado al fracaso.

Es muy duro darte cuenta de que no pareces ser suficiente para contentar a tu marido.

Era una mujer positiva y optimista, excesivamente romántica y soñadora y volví a llenarse de ilusiones y sueños cuando nos enteramos de que íbamos a tener un bebé.

Qué ilusa fui.

Nunca un niño había salvado un matrimonio que hacía aguas por otros muchos motivos, y el que pensase que sí podía salvarlo, se equivocaba y se daría de bruces con la cruda realidad, como

me pasó a mí.

Sobre todo, cuando mi propio hijo tenía, aun siendo un bebé, mucha más magia de la que el padre había soñado tener nunca.

Así que cuando Ryder nos abandonó, pasé una época en la que no me sentía suficiente.

Por supuesto no había sido suficiente el amor que había sentido por mi marido para sostener un matrimonio, pero mi hijo me enseñó que mi amor sí era suficiente para criarlo y hacerlo feliz.

O eso pensaba.

Ver feliz a mi hijo me llenaba de dicha, como a cualquier madre le pasaba. Al final interponemos la felicidad de nuestros seres queridos a la propia.

Bibian me enseñó otra forma de ver la vida.

Ella tenía un amor gigantesco que ofrecer al mundo y sus ansias por ayudar a todo el que le pidiera ayuda, era buena muestra de ello. Quería a su hermana de manera incondicional y yo me sentía valorada y querida como una gran amiga de la familia más que como una empleada.

Había estado muy preocupada por ella desde que fabricaron esa maldita droga y todo lo que les había acontecido en sus vidas las semanas posteriores.

La llegada de los ángeles para protegernos nos había dado un aliciente diferente que estaba dispuesta a disfrutar hasta las últimas consecuencias.

Bibian había vuelto a casa de la mano del capitán de los ángeles, que, aunque se negase en redondo a reconocer abiertamente lo que sentía por Bibian, fuera lo que fuera, estaba claro que haría lo que fuese necesario por protegernos a todas y mantenernos a salvo.

Podía sentir cómo se calentaba mi sangre cuando Miguel me miraba con esos ojos azules como los cielos en días de verano, limpios y resplandecientes. Y esa sensación de sentirme especial ante los ojos de los demás, en este caso de un ángel, era lo que me tenía tan feliz cuando me marché a trabajar esa mañana de invierno en el que el viento del norte te apuñalaba la piel si te quedabas en la calle más tiempo del aconsejado.

El cielo, de un color amarillento, presagiaba nieve, y a mi hijo le encantaba que nevara en invierno.

Marco disfrutaba como loco haciendo muñecos de nieve y paseándose en trineo por las calles de nuestro barrio.

En definitiva, ese día me sentía feliz y pensaba sacarle punta a esa sensación.

Me fui a trabajar acompañada de Mika, que no habló conmigo más que para darme sus escuetos y formales buenos días, como solía hacer cuando estaba conmigo. Formal pero fría era su relación desde el primer día que nos conocimos.

Ya estaba acostumbrada.

Solo Miguel mantenía una relación más informal.

Sonreí mientras preparaba un centro de flores para una convención en uno de los hoteles de la ciudad, cuando me vino a la mente el duende que había aparecido en la casa de repente, anunciándose como el salvador de Bibian, y que se tenía que mantener junto a ella porque mantenía una deuda de vida.

O eso era lo que decía él.

Era sencillamente adorable.

Con esa piel azul, más clara que la de los famosos pitufos y ese cuerpo diminuto, del tamaño de una muñeca Barbi. De hecho, Miguel lo había acusado de ser el Ken para burlarse de él esa mañana.

Esperaba que Bibian despertara para ir a comprarle ropa, supuse que la encontraría en las tiendas de juguetes por petición de Asier, que era el que lo había amenazado con echarlo de la

casa si no se bañaba y se cambiaba de ropa. Mi hijo había estado obnubilado con el duende desde que lo vio la noche anterior, cosa que había ofendido al duendecillo profundamente, porque el niño quería jugar con él como si fuese una muñeca.

Había sido muy divertido y la verdad era que, si el duende se quedaba en el piso, que algo me decía que iba a ser decisión de Bibian, íbamos a vivir momentos iguales de divertidos con Martin.

Seguí con mi tarea, silbando encantada sin percatarme de que Ryder hablaba tranquilamente con Mika, que hacía guardia en la puerta sin conocerlo de nada, y entró en el negocio sin que nadie se lo impidiera.

—Hola, Kate.

Mi sangre se congeló en las venas al verle.

Aún recordaba lo sucedido en casa varios días atrás, cuando se presentó después de cinco años sin verlo, para llevarse a mi hijo.

Gracias a que estaba Miguel allí consiguió que se largase sin provocar demasiado escándalo.

La piedra tirada contra la ventana la misma noche no habían podido saber si era también cosa suya.

Como había estado algunos días sin dar señales de vida, pensé que seguramente se había cansado y había desistido de poder llevarse al niño.

Al verlo de nuevo ante mí, con esos ojos malvas mirándome con un desprecio que no se molestaba en disimular, consiguió borrarme la sensación de felicidad con la que me había levantado esa mañana.

¡Qué efímera podía ser!

—¿Qué haces aquí?

—Te dije que volvería.

Mika se asomó a la floristería, quizás alarmada por mi sensación de miedo o quizás atraída por un sexto sentido.

—¿Kate? ¿Está todo bien?

Ryder se abalanzó sobre mí, cogió el cúter que estaba sobre la mesa donde hacíamos las composiciones de flores y me lo puso en el pecho, a la altura de las costillas, mientras me sujetaba por la cintura para que me acercara más a su cuerpo.

—Si te acercas, la mato.

Yo me quedé helada por la sorpresa, y Mika entró con rapidez en la floristería para poder estudiar a mi marido de cerca.

—¿Tú eres Ryder?

Estaba claro que alguien le había hablado de él.

Ryder no le contestó, solo comenzó a andar hacia la puerta pinchándome con la punta del cúter para obligarme a andar junto a él.

—Mi mujer se viene conmigo —Fue lo único que dijo—, y si te acercas la mato.

—El arma que tienes no te servirá para eso.

Mika se rio de él y de lo que parecía pensar que era una idea ridícula amenazarme con un cúter.

Era lo peor que pudo haber hecho; reírse de él.

Pareció pensar mejor su ataque, cogió el arma y la trasladó a mi cuello, lo que consiguió que Mika dejara de burlarse.

—¿Te gusta más si la corto aquí? ¿Crees que es lo suficientemente grave si le rajo la garganta?

—Yo de ti no lo haría.

Ryder siguió andando dirección a la puerta y Mika se apartó de su camino para dejarlo pasar sin que me hiciera daño.

Mi marido pareció olvidar que yo era una bruja de tierra, no tan poderosa como Bibian, evidentemente, pero lo suficientemente poderosa como para que las plantas me obedecieran, y eso fue lo que hice. Lancé mi magia hacia las plantas que nos rodeaban, y crecieron lo suficiente como para bloquear nuestro camino. Una hiedra trepadora se enredó en la mano que tenía el cúter obligándolo a alejarlo de mí cuando presionaron su muñeca, y un helecho sacó sus raíces del tiesto hasta trabar sus tobillos y hacerlo caer al suelo.

Mika se abalanzó sobre mí cuando me vio libre y, cuando fue a coger a Ryder, este se cambió el cúter de mano y lo utilizó como si fuese un machete, cortando las plantas que lo atenazaban para poder librarse y echar a correr antes de que Mika lo pudiese detener.

—Qué simpático es tu marido.

Yo miraba la puerta de la floristería con el corazón desbordado por la adrenalina.

—Ya te digo.

—Bueno, esto va a requerir medidas más protectoras. Tenemos que hablar con el capitán de inmediato.



ASIER

Intentar mantener la ley y el orden en una ciudad como Chicago no era tarea fácil y yo llevaba más de trescientos años a cargo de esa misión.

Conocía cada narcotraficante, cada ladrón y toda la mafia que se movía por los suburbios de la ciudad, y por mucho que hacía por desmantelarlos, se las apañaban para aparecer renovados en otro sitio y con otros hombres, pero con la misma mente corrupta y oscura que llevaba años intentando erradicar.

Simón, El negro, era sin duda el más corrupto de todos y el más escurridizo de los mafiosos a los que me había enfrentado en mis largos años como policía.

Para mi desgracia y para la inconsciente de Bibian, era el que ella había escogido para trabajar en la fabricación de la droga.

El problema era que por mucho que se enfrentara a él, desmantelando sus negocios, bares y los numerosos puntos de venta de droga que tenía en la ciudad, él era como una sombra que no se mantenía quieta nunca en un mismo sitio. De ahí su nombre y su incapacidad para detenerlo a él, en persona.

La vez que estuve más cerca de él fue la noche que lo enfrenté solo.

Me habían dado un chivatazo de dónde se encontraría esa noche y yo estaba tan frustrado con Bibian, que cometí el error de pensar que podía pillarlo si iba a buscarlo sin mis hermanos.

No había olvidado lo que le hicieron esa noche y aunque aún me dolía el tiro que me había dado en el pecho cuando respiraba o hacía un movimiento brusco, estaba dispuesto a pagarle con lo que más le podía doler.

Tenía un chivatazo de un cargamento de droga que le iban a entregar ese día. Pero no me iba a limitar a eso. Pensaba ir a los nuevos clubs que sabía que había abierto en la ciudad desde la última vez que le hicimos una redada.

Ese día iban a caer muchos de los narcotraficantes de la ciudad.

Pensaba mandar un aviso alto y claro a toda la escoria que pensaba que podían hacer lo que quisieran en mi ciudad.

Como sabía que era imposible desmantelarlos a todos, normalmente les dejaba un poco de cuerda, mientras no traspasaban los límites que había puesto en mi ciudad.

Pero ahora no les iba a dar tregua a ninguno de ellos.

Sabía que El Negro no estaba en la ciudad, pero no iba a permitirle pensar que me había achantado ante el ataque recibido hacía unos días.

De hecho, solo buscaba venganza.

Pensaba que después de ese día, todos los maleantes y camorristas de la ciudad, grandes y pequeños, se iban a enterar de quién era yo.

—Te he dicho ya que no está en la ciudad, ¿verdad?

Estábamos todos reunidos en la sala de juntas de la comisaría. Miré a Rodolfo, que estaba trabajando en un ordenador en ese momento, organizando la ruta de mis compañeros antes de salir a hacer la redada.

Asentí sin levantar la cabeza de los papeles que estaba revisando.

—Nada volverá a ser como antes después de hoy.

—Lo que espero es que ellos se enteren de una vez por todas.

Anthony asintió, dando mi respuesta por buena.

—Posiblemente culpen a la bruja por esto.

Miguel se levantó nervioso y se asomó a la ventana para ver la niebla que quedaba todavía en la parte baja de las calles. El cielo prometía una tormenta más tarde a lo largo del día.

—Bibian estará a salvo.

—No podrás mantenerla escondida toda la vida. —Miguel se giró para mirarme y volvió a sentarse a mi lado, sin poder disimular su nerviosismo.

—Ya solucionaremos eso cuando llegue el momento.

No pensaba mantenerme alejado de ella, así que por lo menos tenía la excusa perfecta para hacerlo sin tener que revelar mis sentimientos, los que fueran, que no lo tenía claro ni quería enfrentarlos todavía.

Con tenerla cerca era suficiente.

Y mucho más después de haberla tenido durmiendo entre mis brazos casi desnuda. Aún podía olerla.

Me obligué a pensar en otra cosa.

—Bien, si no tenéis más dudas, nos vamos.



BIBIAN

Desperté desorientada y muy relajada.

Hacía mucho que no descansaba tan bien y me puse a recordar lo acontecido el día antes.

Apenas tenía recuerdos de lo sucedido.

Sabía que Asier había ido a rescatarme y apenas tenía constancia de casi nada más, solo de haber estado metida en una bañera desnuda, me sonrojé al recordar que el capitán ya me había visto desnuda, y luego solo recordaba haber dormido sintiéndome calentita como nunca, y a salvo… entre los brazos de Asier.

¡Oh mierda!

Aún podía olerlo en mi piel, su aroma a cítricos, amanecer en primavera y a humo de leña, algo que difícilmente podría olvidar nunca más.

Si alguien me hubiera dicho hacía unas semanas que el arisco capitán de los ángeles me abrazaría, desnudo en la cama, para subirme la temperatura corporal…, lo habría tachado de loco.

No entendía bien su lógica para algunas cosas.

Estaba claro que Asier no quería relacionarse conmigo más de lo estrictamente necesario. Ya me había dejado claro que, aunque no podíamos negar la atracción sexual que había entre nosotros, no pensaba hacer absolutamente nada al respecto.

Y entonces, ayudarme como hizo el día anterior, y de la manera en que lo había hecho, me dejaba totalmente descolocada.

Miré la hora en el teléfono móvil y descubrí que empezaba a hacerse de noche. Al parecer había dormido más de veinticuatro horas seguidas.

Eso explicaría las intensas ganas de ir al baño. Así que me levanté a regañadientes, me puse ropa cómoda y las deportivas, y entré en el baño con urgencia.

Fui al salón sin saber bien a quién iba a encontrarme y me quedé de piedra cuando vi en el sillón, tumbado, viendo la tele… a un pequeño duende de piel azul, pelo naranja encendido y sudadera roja, tan cómodamente instalado, que me lo quedé mirando, pensando que se había equivocado de casa.

—Hola, Bibian. Qué bien que ya estás despierta.

El duende se levantó y revoloteó hasta donde yo estaba, parada en la puerta del salón.

—¿Nos conocemos?

Algo en mi interior me decía que no era la primera vez que lo veía.

—Claro, hemos estado juntos en la celda de la Torre Oscura.

Me lo quedé mirando sin saber bien si creerlo o no.

Pero esa voz…

—¿Estás seguro de que nos hemos visto antes?

El pequeño duende me miró ofendido.

—¿No te acuerdas de mí?

Entonces lo recordé.



BIBIAN

Aunque todos los brujos habíamos oído hablar de la Torre Oscura de Chicago, por suerte muy pocos habían estado allí retenidos o, por lo menos, desde hacía muchos siglos, era muy raro que los hechiceros retuviesen a alguien ahí dentro.

Yo no estaba segura de sentirme importante por ser una de las pocas brujas modernas que la pisaban.

El mal humor y el hermetismo que tenían los tres hechiceros que habían ido a detenerme, me ponía sobre aviso de que las cosas estaban verdaderamente mal para mí.

Primero me dejaron en una habitación parecida a la de los interrogatorios donde había estado retenida en la comisaría de los ángeles.

Si entonces el capitán me resultó arisco y malhumorado, tardaría poco tiempo en reconocer que él había sido incluso agradable conmigo, viendo el trato que pensaban darme dentro de la famosa torre.

Me dejaron en la sala sola durante casi todo el día.

Nadie se molestó en ir a hablar conmigo.

Cuando perdí la paciencia, una de las brujas más viejas que hubiese visto nunca, y que ni siquiera se molestó en presentarse, entró conmigo para preguntarme, de manera escueta, sobre mi implicación en los asesinatos que estaban asolando la ciudad.

Le conté a la bruja lo mismo que le había dicho a Asier, que al fin y al cabo era la simple verdad.

No parecieron creerme porque me llevaron a esa celda oscura y fría, y decidieron olvidarse

de mí.

No me valió de nada llamarlos a gritos, porque por allí no apareció nadie más que un simple brujo, a la mañana siguiente, para llevarme una botella de agua.

Lo peor de todo ni siquiera era la oscuridad, que a mí nunca me había gustado, sino el frío intenso que hacía en la celda y que se clavaba en mi piel. Me dolían hasta los huesos.

Al segundo día de estar allí sola, sintiéndome abandonada, oí la voz de alguien a mi lado en la celda.

No podía ver quién era.

Como estaba todo tan oscuro, no podía ver a mi alrededor, pero no necesitaba ver la celda para saber que no había nadie allí conmigo. Así que supuse que estaría encerrado en otra de las celdas que había en ese pasillo.

—No grites, porque no va a venir nadie.

—¿Tú quién eres?

No me importaba mucho quién fuera. Lo más importante era que había alguien ahí conmigo, así por lo menos no me sentiría tan terriblemente sola.

Los días siguientes Martin, que así dijo que se llamaba la voz que oía junto a mí, se me acercó y estuvo haciéndome compañía en las interminables horas que estuve allí dentro.

—¿De verdad no te acuerdas de mí?

El pequeño duende me miraba con sus enormes ojos azules sin disimular la desilusión que sentía al no saberse recordado.

—Estuviste allí conmigo todo el tiempo. —Me acerqué a la mesa donde se había posado para estar más cerca de mí y le tendí la mano con gentileza.

El duende me cogió uno de mis dedos con su mano pequeñísima y me lo apretó como gesto de estrecharse las manos.

—Gracias.

—No, gracias a ti, porque he podido escapar de allí.

—¿Cuánto tiempo llevabas encerrado?

—Setecientos años.

Lo miré alucinando.

—¿Y no habías podido escapar antes?

—No tenía adónde ir. ¿Para qué iba a querer escapar?

Me dieron tanta pena sus ojos tristes que me alegraba de haber podido hacer algo por él.

—Bueno, pues ya tienes con quién quedarte.

— ¿Dónde está ese arrogante gigante que puso en duda mis palabras?

—Supongo que hablas del capitán. —El duende bufó molesto como respuesta—. Sí, creo que no eres el único al que le provoca eso.

Tuve que sonreír yo también, divertida.

—¿Puedes hacerme un favor antes de que venga de nuevo y vuelva a reñirme?

Me reí ante su cara de consternación.

—¿Qué te ocurre? —Me enseñó una tarjeta de crédito y lo miré extrañada de que tuviese una —. ¿Qué haces tú con una de estas?

—Me la ha dado el capitán para que me compre ropa y cosas que necesito.

—¿Te la ha dado Asier?

Si me cortaban no sangraba.

—Dice que, para poder vivir aquí con vosotros, necesito acatar las órdenes, que tengo que ducharme y asearme… y no tengo ropa para cambiarme.

De repente miré la sala vacía.

—¿Dónde está todo el mundo?

—El ángel hembra ha salido con tu amiga; han ido a recoger al crío. No sé qué de un problema con su marido. Me han hecho prometer que no te dejaría sola en la casa —Me miró ofendido de nuevo—, como si yo pudiera ir a algún sitio solo.

—¿Ha vuelto su marido? ¡Qué raro!

El último conocimiento que tenía era que no lo veía desde hacía cinco años, cuando la abandonó.

—No ha vuelto con él, si es lo que has pensado —me aclaró con aire cotilla—, al parecer él ha aparecido de repente y ha intentado llevarse al niño.

¿Por qué coño nadie me había contado nada al respecto?

—¿Secuestrar al niño?

—Estaba Miguel con ella esa noche y se lo impidió. —Ante mi silencio, añadió—: Yo creo que entre estos dos hay algo que no han contado. Ya verás, ya…

Tuve que reírme sin remedio, no sabía que los duendes eran tan cotillas.

—Y esta mañana ha intentado llevársela a ella de la floristería, menos mal que estaba allí el ángel hembra para evitarlo.

—¡No puedo creerlo!

Y no podía creerlo. ¿Qué ocurría desde que no estaba en mi negocio?

¿Todo el mundo se había vuelto loco?

Estaba dispuesta a hablar seriamente con Asier para que doblara la vigilancia si hiciera falta para asegurar su protección.

Era culpa mía que las cosas estuvieran así.

—Bueno, ¿vas a ayudarme o no? —Miró la tarjeta con curiosidad, como si mirándola pudiera averiguar cómo funcionaba.

—Claro, ¿qué quieres comprarte?

—Necesito un poco de todo.

Entré en Amazon y vimos la ropa que había para niños. Evidentemente, ni siquiera le iba bien la de bebé. Imaginándomelo con esos pijamas enterizos de bebés tan *cuquis* me hizo reír en voz baja.

—¿De qué te estás riendo?

—No quieras saberlo.

Seguimos mirando ropa.

Un rato más tarde, los dos estábamos desilusionados por no haber encontrado absolutamente nada que pudiera servirle.

Estaba totalmente segura de que Asier era capaz de cumplir su amenaza de echarlo a la calle si no se bañaba.

La verdad es que estar a su lado era bastante desagradable.

Ya me había contado lo ocurrido con Asier, así que conocía los motivos para que se encontrase de esa manera tan desaseada.

—Tengo una idea.

Martin se acercó a mí ilusionado.

—Hay un muñeco —le dije esperanzada. Acababa de acordarme de Ken, el novio de la Barbie—. Estoy segura de que tiene mudas de ropa que te pueden servir.

—¿Estás diciendo que quieres que me compre ropa de un muñeco?

Su tono de voz ofendido me hizo sonreír.

—Mira —le dije para aplacarlo y le enseñé el móvil donde había abierto el Amazon de nuevo para mostrarle la ropa que había del Ken.

Sus ojitos brillaron ilusionados.

—Oye, no está tan mal, ¿no?

—La verdad es que está genial.

—¿Para cuándo puede estar aquí la ropa?

—Tienes suerte de que soy cliente Premium, así que puede estar aquí mañana a más tardar.

Mientras nos poníamos a escoger la ropa que íbamos a pedir, entró por la puerta Mika con Kate y el niño.

—Hola, Bib, ¿ya estás despierta? —Asentí y miré a mi amiga con preocupación—. No vas a creerte lo que ha pasado hoy.

Miró al niño indicándome que no quería contarlo delante de él. Yo le hice saber que ya estaba enterada de lo sucedido.

Al poco tiempo entró por la puerta Asier, seguido de Miguel y Anthony.

Era la primera vez que veía a todos los ángeles juntos desde nuestro primer encuentro en la comisaría

El capitán me miró con tal intensidad, que recordé sus brazos a mi alrededor, su cuerpo fuerte y musculoso a mi espalda, y su erección apretada sobre mis lumbares.

—¿Estás mejor? ¿Has descansado?

Sus ojos me taladraron y yo no pude más que asentir. Me había olvidado de hablar por completo, solo podía mirarlo como una tonta.

—Asier, tenemos que poner más protección a Kate —dijo Mika—. Esta mañana su exmarido ha intentado secuestrarla a plena luz del día.

Mika le explicó lo sucedido aprovechando que el niño no estaba presente en ese momento.

Asier nos miró a todos con atención.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de trasladarnos al Castillo Blanco.



BIBIAN

No podía apartar los ojos de él. ¿Llevaba puesta una armadura?

Asier no vestía uno de sus eternos trajes de tres piezas que solía llevar casi siempre y que le quedaban como una segunda piel. Hoy llevaba una de las armaduras medievales que salían en las películas de época. Esos jubones de cuero rígido, unos pantalones de piel que se ajustaban a sus piernas musculosas y botas hasta las rodillas, de piel oscuras.

De hecho, todos los ángeles que habían entrado a la casa vestían igual, lo que me hizo pensar que no habían estado haciendo trabajo de oficina.

Y lo peligroso que era el trabajo que realizaban.

Llevaba el cabello moreno que le llegaba casi a los hombros, recogido en una coleta que nunca le había visto y que dejaba al descubierto sus facciones angulosas y su mandíbula cuadrada.

Fruncía el ceño, como casi siempre.

Ese rostro huraño me miró con detenimiento un momento más largo de lo normal y deseé que me abrazara de nuevo como había hecho durante la noche. No me olvidaba de nuestro tórrido encuentro de hacía unos días. Del sabor de su boca arrasando la mía y su polla restregándose justo entre mis piernas, ni del orgasmo que me dejó las piernas temblando ni del sonido tan *sexy* que hizo cuando eyaculó en sus pantalones.

—¿Estás mejor?

Asentí sin poder despegar mis ojos de él.

Vestido así era aún más intimidante que con sus trajes italianos.

—¿Venís de grabar una peli?

Los ángeles miraron a Marco que no les había quitado ojo desde que habían entrado. Para un niño de cinco años no era normal ver a un grupo de ángeles gigantescos vestidos con armaduras de cuero en su casa, excepto en la tele.

No le pude culpar, porque era justamente lo que parecían.

—Hoy no —le aclaró Miguel revolviéndole el pelo con cariño—. Hoy hemos ido a cazar a los malos.

Esa noticia me hizo mirar a Asier con atención. No había apartado sus ojos azules de mí y comenzaba a ponerme nerviosa.

—¿Lo habéis cogido?

Ni siquiera hacía falta que dijera el nombre para que todos supiesen a quién me refería.

—No, no está en la ciudad.

Solté el aire, frustrada. Hubiese sido demasiado bonito para ser verdad.

—Pero le va a costar mucho volver a recomponerse después de este golpe.

—¿Qué ha pasado con tu exmarido?

Miguel se acercó a Kate, que también lo miraba sorprendida de su aspecto.

—Ha intentado secuestrarme en la floristería. —Ante su cara de alarma, añadió—: No me ha hecho daño, no te preocupes.

Y de nuevo pensé que algo me había perdido entre esos dos, porque antes no se miraban como lo hacían ahora.

—Bien —añadió Asier mirando con seriedad a todos los reunidos—. Para poder ofrecerte una debida protección a ti y al niño, Kate... En esta casa ya no hay más habitaciones libres, así que propongo que nos mudemos todos al Castillo Blanco.

Los ángeles se miraron entre ellos y luego nos miraron a nosotras. Supuse que evaluando si las brujas somos dignas de entrar a vivir al castillo donde todos los ángeles tenían su casa.

Era sabido que todos ellos compartían casa en un antiguo Castillo Medieval situado en un extremo de la ciudad, junto al lago.

—Por mí, bien —contestó Mika.

—Por mí, también.

Miguel miró a Kate directamente y no fui capaz de leer lo que le quiso transmitir. Supuse que estaría feliz de tenerla en su casa por un tiempo. Cuando conocieran mejor a Marco seguro que nos tiraban a todos de la torre más alta.

¡Menudo trasto estaba hecho!

—No creo que sea oportuno. —Alguien tenía que poner orden en este caos—. Si has dado un golpe mortal al imperio del Negro, creo que puedo volver a mi casa sin correr peligro de que vuelva a hacerme una visita, ¿no?

—Precisamente ahora vas a necesitar más protección, Bibian. —Asier se acercó a mí para que los demás no pudieran oírlo—. Te quiero en mi casa a partir de ahora.

¡Oh, mierda!

¿Puedo quitarme las bragas ya?

Sus ojos me miraban con tanta pasión que creí que podía entrar en combustión espontánea de un momento a otro.

Evité lanzarme a su boca, que era lo que deseaba. Él sonrió levemente, supuse que presintiendo lo que había sentido tras sus palabras.

—No podemos marcharnos hoy.

Todos miramos a Martin, que estaba sentado en el brazo del sillón mirando a los ángeles,

muy serio.

—¿Y eso por qué?

Asier dio un paso amenazante y Martin se levantó y voló para posarse en mi hombro. Lo miré sorprendida. Pesaba igual que si te pusieran un muñeco encima, o sea, casi nada. Asomó su cuerpo escondido tras mi cabeza para hablar con Asier.

—Porque mi ropa no llega hasta mañana. No podemos irnos y que mañana no haya nadie aquí para recibir los paquetes.

—Puedes quedarte aquí, y cuando lleguen tus paquetes, te duches y cambies, alguien vendrá a recogerte para llevarte al castillo —le soltó Asier muy serio.

—Se te vuelve a olvidar que mi vida está ligada a la de Bibian —le aclaró con rapidez—. Tengo que ir a donde ella vaya. Nunca más la volveré a dejarla sola.

—No va a estar sola.

Por el tono de voz creí que Asier estaba comenzando a perder la paciencia con el duende. Decidí intervenir para intentar poner algo de paz entre los dos.

¿Iban a discutir por mí?

—Bueno, supongo que no pasa nada si nosotros nos quedamos aquí hasta mañana y nos mudamos cuando lleguen los paquetes.

—No, tú vienes ahora al castillo y él que haga lo que quiera. Si también viene ahora, mañana me encargaré de que haya alguien aquí para recoger sus paquetes —Se acercó a Martin con mirada amenazante—, y te avisé de que estuviera arreglado el tema para esta tarde.

—No hemos podido salir de compras —le contestó el duende—. Te recuerdo que no me deben ver en la calle, así que hemos tenido que comprarlo todo en Azomon.

—Amazon —le corregí.

—Eso, ahí. ¿Qué mierda de nombre es ese?

Lo ignoramos todos.

—Bien, lo dicho, mañana alguien recogerá tus paquetes. Ahora haced las maletas. Nos vamos.

Entré en mi habitación para recoger algunas cosas que tenía fuera de la maleta. No traje demasiadas cosas pensando que iba a estar aquí poco tiempo. Ahora que las cosas parecían que se iban a alargar quizás necesitara volver a mi casa a por el resto.

—¿Qué hay entre el *palometidoporelculo* y tú?

¿Cómo lo había llamado el duende?

Tuve que reírme del nombre que le había puesto.

—Si el capitán se entera de que lo llamas así, creo que no te dejará entrar en su castillo.

—Que quede entre tú y yo —me soltó mi nuevo amigo, que me estaba ayudando a recoger las cosas de la habitación. Bueno, las cosas pequeñas porque con las demás no podía.

—Prometo no decirle nada.

Y era verdad. Asier solía intimidar a todo el mundo con esa actitud altanera que tenía de tratar a todo el mundo como si estuviésemos a sus órdenes. Entendía cómo debía sentirse mi pequeño amigo.

—Vale, pero no has contestado a mi pregunta.

—No hay nada entre nosotros.

Para mi desgracia era cierto…, todavía. Y no saber lo que iba a pasar entre nosotros hacía toda esta aventura mucho más interesante.

—Puedo oler el calentón del capitán cuando te mira, ya deberías saber lo que quiere de ti.

—Qué bruto eres.

Me reí con sus palabras, aunque en el fondo sabía que eran verdad. Yo también podía sentir que me deseaba. De lo que provocaba en mi cuerpo al mirarle prefería no hablar.

—Y tú estás mucho más que receptiva para recibir sus encantos. No sé cómo puede gustarte un energúmeno así.

—Asier se ha portado muy bien conmigo en todo este tiempo.

—Claro, porque está deseando follarte. —Me miró muy serio—. Sabes lo que dicen de sus pollas, ¿no?

—¿Qué?

¡Madre mía, qué vergüenza!

—Dicen que son…

—Ya, ya sé lo que dicen.

—Pues eso, que si te acuestas con él no vas a poder sentarte en una semana.

—Qué exagerado eres.

Unos golpes en la puerta nos hicieron volvernos a mirar.

—¿Habéis acabado ya? —Entró Kate—. Asier os está esperando. El resto de los ángeles se van a marchar ya.

—¿Estás bien, Kate? No sabía nada de Ryder desde hace años. No tenía información de que hubiese vuelto y que te estuviese molestando.

—Ha pasado hace unos días, Bibian, ni siquiera me ha dado tiempo de hablar contigo al respecto. —Me tomó una mano para que la mirase—. ¿Tú cómo estás? ¿Te han hecho daño en la torre?

—No lo sé. —Y era cierto—. No tengo recuerdos de eso.

—¿Habéis acabado ya? ¿Bibian?

Asier entró en la habitación y yo cerré la maleta al terminar de guardar las cosas.

—¿Has llamado a un taxi?

Me miró sorprendido por la pregunta y negó con la cabeza.

—Ya sabes que nunca viajamos en coche.

—Ya, pero…

—Bibian, tú vienes conmigo, ya lo sabes.

¿Y ni siquiera podía opinar nada al respecto? ¡Pues qué bien!

—¿Y yo con quién voy?

Asier bufó al mirar a Martin, que esperaba su respuesta, sentado en los pies de la cama.

—Tú también vendrás conmigo, si quieres. Pero no soy tu taxista —le aclaró malhumorado.

—Ya sabes que iré donde vaya ella.

—Como para olvidarlo. No paras de repetirlo. Ahora, si todos estáis listos, nos vamos. Kate, tú vas con Miguel.



ASIER

Volver a mi casa, o a la que yo consideraba mi casa, siempre era un motivo de alegría. Que esa vez llevara a dos brujas conmigo, me dejaba un extraño sabor de boca.

Quería tener a Bibian conmigo, aunque supiese que lo nuestro iba a ser imposible, no me veía con fuerzas para apartarla de mi vida.

Los otros dos brujos, Kate y el crío, incluso el duende, eran un mal menor.

Algo me decía que Miguel se iba a encargar de Kate y su hijo, solo esperaba que supiese lo que hacía.

Respecto a lo que sentía por Bibian…

Lo que empezó siendo odio infinito por ser quien era, se había convertido en curiosidad. Era una mujer compleja que no encajaba en lo que pensaba de ella y que no sabía bien en qué momento se había transformado en fascinación… Quería conocerla mejor, y no me importaba ser tremendamente egoísta, pero aún sin poder ofrecerle nada, la quería a mi lado costara la que costara.

Yo nunca me asustaba por nada, porque había pocas cosas en el mundo que me importaran lo suficiente como para que me doliera perderlo, pero cuando entré en la Torre y no la percibí, el miedo a perderla me sacudió con la fuerza suficiente como para obligarme a pensar qué era lo que de verdad sentía por esa bruja de intensos y preciosos ojos verdes, pelo rojo como el fuego y una lengua sarcástica y malhablada que me daban ganas de besarla para mantenerla siempre callada.

Ese sentimiento era nuevo para mí y pensaba enterarme del porqué.

Que ella siguiese necesitando mi protección solo me daba días o semanas extras para disfrutar de su compañía, pero pensaba aprovecharlas a tope.

Tenía que aguantar a un duende de voz chillona y sin respeto por nadie, pero suponía que entraba dentro de la ecuación.

Algo me decía que ese colorido duende acababa de llegar a la vida de todos para quedarse.

Antes, Bibian y su hermana eran un binomio, ahora parecía que se había unido el duende a la vida de las mujeres, o eso se empeñaba él en hacerme creer sin descanso.

Que su vida estaba irremediablemente enlazada a la de la bruja.

En principio no me importaba en absoluto, siempre que respetara su espacio y sus cosas.

Si no sabía comportarse de manera civilizada, no tendría ningún reparo en devolverlo de donde se había escapado.

Esperaba que los hechiceros de la Torre no pensaran que él había tenido algo que ver en la fuga del pequeño duende.

Bastantes problemas teníamos ya con los brujos de la Torre al haberlos obligado a que soltaran a Bibian, para añadir uno que ni siquiera había sido cosa mía.

—No quiero ir volando… otra vez.

La miré divertido. Me miraba con esos ojos verdes desafiándome y yo reconocí que me encantaba que lo intentara. Creía que era la única persona que se atrevía a retarme una y otra vez.

—Ya sabes cómo va esto. —Me acerqué a ella, que me mantuvo la mirada entrecerrando los ojos, como queriendo saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar y le sonreí un poco intentando tranquilizarla—. Prometo no soltarte, ¿recuerdas?

—¿Yo también voy contigo?

Miré a Martin que revoloteó a nuestro alrededor como un insecto impertinente. Como lo que era.

—¿Tú no puedes volar solo?

—Está nevando y el viento es muy fuerte. No puedo volar con nieve —me soltó poniendo un puchero que supe que le daría resultado con las mujeres, principalmente.

Enarqué una ceja. No me dejaría engañar por algo como él.

—Ya. —Qué remedio—. Vale, que Bibian te sujete a ti y yo os llevo a ambos. Vamos, Bibian, el tiempo está empeorando y hay un tramo hasta el castillo.

Me agaché y la cogí en brazos disfrutando de tener su cuerpo pegado al mío una vez más. Olí su pelo con fuerza y cerré los ojos, encantado por su olor.

¡Joder! Cómo me gusta tenerla así.

—Ven aquí, anda.

Martin se acomodó en los brazos de ella y yo afiancé más mi agarre.

—¿Estás lista?

—No.

Me reí y eché a volar, intentando que no nos diera el viento de cara. Hacía un frío de mil demonios.

—Recuerda que no te puedes mover y enredarte en mi cadera como hiciste la última vez —le susurré en su oído, divertido, solo por incomodarla un poco.

—No cantes victoria.

—Oh, estoy deseando volver a tenerte incrustada en mi polla, no te creas, pero ya sabemos cómo acabará esto si vuelves a hacerlo. Además —Le lamí la oreja que tenía a mi alcance y ella gimió bajito—, no podemos ir dando un espectáculo por el cielo. Prefiero hacer esas cosas en la intimidad de mi cama, si no te importa.

La sentí retorcerse en mis brazos y mi polla comenzó a despertar, impaciente por tomar partido.

—Os puedo oler a los dos, ¿sabéis? Es asqueroso.

La voz chillona del duende, alta y clara, me cortó el rollo.

—Tú cállate. No haber venido.—Esperaros a llegar a casa, por lo menos.

Entendí que no era justo que la calentara de esa manera si no iba a poder acostarme con ella como sabía que ambos deseábamos.

Dejé mis manos y mi lengua quietas hasta llegar a una de las terrazas del Castillo Blanco.

La dejé en el suelo y Martin revoloteó al interior mirándonos a ambos de manera ofendida.

—Tenemos una conversación pendiente después de cenar.

Bibian me miró unos segundos antes de asentir y entrar en la sala.

—Bienvenidos al Castillo Blanco —anuncié cuando me reuní con nuestros invitados.

Todos me miraron con distintos grados de curiosidad en el rostro.

—Como podéis ver, es un verdadero castillo del siglo XV que el Ayuntamiento me cedió para que fuera nuestra residencia habitual con la condición de que lo mantuviéramos en perfecto estado de revista.

—Es una pasada —murmuró Marco mirando los altos techos de piedra, maravillado.

—Sí que lo es.

Vi cómo las brujas miraban el salón, con sus tapices del siglo XV sus muebles antiguos y su gigante chimenea, con la curiosidad pintada en la cara.

—Os voy a decir algunas normal básicas de convivencia. —Los miré a todos con seriedad—. La comida se sirve en el comedor contiguo a esta sala a las dos de la tarde, la cena a las nueve y para el desayuno, el horario es más distendido ya que nosotros no todos tenemos el mismo turno de trabajo, así que el bufé está puesto hasta las diez y media más o menos. —Comprobé que todos me escuchaban y asintieran antes de seguir—. Se os dirá cuáles serán vuestras habitaciones y está terminantemente prohibido entrar en las demás sin permiso expreso de su dueño. ¿Está claro?

—Sí —dijo Marco, que parecía encantado de vivir de repente en un castillo medieval.

—Bien, no vais a querer que os tenga que recordar las normas de convivencia, ¿verdad?

El niño volvió a negar con la cabeza y sonreí para intentar que se relajara.

—Bien. No hay que hacer ninguna tarea en el castillo, ¿de acuerdo? Todo se seguirá haciendo de la manera que se ha hecho siempre, lo que significa que las mujeres no tenéis que encargaros de nada en absoluto, ni de lavar vuestra ropa ni de hacer la cama ni nada por el estilo.

—¿Y eso por qué?

Bibian me miró sorprendida por la noticia.

—Supongo que habréis oído alguna cosa sobre este castillo, ¿me equivoco?

—¿Es cierto que está embrujado? —Kate me miró sintiéndose avergonzada por lanzar la pregunta.

—Es cierto, Kate. El castillo está embrujado.

—Puedo sentir la magia en sus paredes—murmuró el que menos me esperaba: el pequeño duende.

—Lo que significa que no podéis romper nada ni robar nada ni molestarle, porque os aseguro que no vais a querer ver a la casa enfadada.

Los ojos asombrados del crío me hicieron sonreír. Pero lo que había dicho era completamente verdad.

—¿Una casa puede enfadarse? —me preguntó Bibian.

—Esta te garantizo que sí. —Me miró sin disimular lo mucho que le gustaba la noticia.

—Miguel os dirá cuáles son vuestras habitaciones de la segunda planta. Tú vienes a la última planta conmigo —le indiqué con la cabeza. Se agachó para coger su maleta y me adelanté para ayudarla con ella.

—¿Yo voy a su habitación también?

—No, Martin, te buscaré otra habitación para ti en otra parte.

—Yo tengo que ir con ella. —Se posó volando en su hombro para dejarme claro que no iba a admitir ningún otro arreglo.

—Te buscaré una habitación junto a la suya. —Cuando vi que iba a volver a quejarse añadí

—: Si oigo que vuelves a quejarte dormirás en las mazmorras. ¿Me has oído?

—La casa no dejará que me maltrates, ¿sabes? Creo que le caigo bien.

Para mi consternación se oyó algo parecido a una pequeña risa que todos oyeron a la perfección.

—Aun así, dormirás en otra habitación para ti solo, y no es discutible. ¿Vamos? Te enseñaré la tuya. —Miré al resto de los invitados, que seguían mirándolo todo con curiosidad—. Nos vemos aquí abajo para cenar a las nueve. Intentad no llegar tarde.

Bibian miró las plantas que había en los rincones del salón y, como no podía estarse quieta, las hizo crecer de manera exuberante antes de poder impedírselo.

—No hagas eso.

—A la casa le gustan las flores —me dijo sonriendo y una corriente de aire silenciosa y fresca pasó por nuestro lado dando a conocer que era cierto que le gustaban las flores. Y lo que ella había hecho, al parecer, también.



MIGUEL

Tener invitados en el castillo era algo bastante inusual, que además fueran brujas, algo totalmente inaudito.

Jamás en todos los años que llevábamos en la tierra, una bruja había entrado en nuestra casa, ni por las buenas ni por las malas.

Aunque el castillo estaba encantado por brujas, posiblemente de mucho antes de que nosotros lo ocupáramos, ninguna se había atrevido a entrar allí desde que Asier se hizo cargo de ella.

Lo que me indicaba algo que Asier nunca iba a reconocernos abiertamente: que se sentía atraído por Bibian, y mucho más de lo que quería hacernos creer.

Molaba un montón saber que mi hermano por fin soltaba su coraza y dejaba ver lo que tenía en su interior. Tener a Kate durmiendo justo en la habitación de al lado acababa de darle un giro inesperado a mi intento de seducción.

Que estuviese el niño durmiendo con ella no sería un problema, o por lo menos eso esperaba.

—Tu habitación —anuncié.

Le abrí la puerta para que pasara. El niño entró como una exhalación y comenzó a dar gritos emocionado.

No pude menos que reírme al contagiarme de su ilusión.

¡Joder, sí que estaba contento de que ella estuviese allí conmigo!

—Espero que te guste.

Entré tras ella y vi cómo lo miraba todo emocionada. La habitación estaba en un extremo de una de las torres por lo que la pared del fondo era redonda. La cama de madera de roble era gigantesca y tenía un edredón blanco que hacía juego con las cortinas de la pared lateral. Desde la ventana se podía ver la nieve que caía en silencio sobre la ciudad, cubriendo todo a su paso de un blanco inmaculado. Era una vista impresionante. Una enorme chimenea encendida le daba un ambiente acogedor a la fría habitación de piedra.

Gruesas alfombras de colores azules amortiguaron el paso de sus botas altas cuando entró para dejar la maleta sobre la mesa del rincón.

—Dios, todo esto es precioso. —Kate suspiró encantada mirando a su alrededor, embelesada.

—¿Vamos a dormir juntos, mamá?

—No, mira por aquí —Abrí la puerta contigua a la del baño para que viera una habitación

más pequeña anexa a la principal, donde una cama con colcha del capitán América lo invitaba a saltar sobre ella. Su risa infantil me indicó que le gustaba lo que veía—. He pensado que eras lo suficientemente grande como para tener tu propia habitación.

—Mira, mamá..., como soy grande tengo mi propia habitación en el castillo.

—Ya lo veo.

Kate se asomó a la habitación contigua y miró el fuego de la chimenea que también calentaba esa habitación. Enormes alfombras y tapices en las paredes amortiguaban un poco el frío de la piedra.

Miró la luz del rincón con curiosidad.

—Son luces mágicas, la casa las enciende cuando presiente que alguien las necesita —La miré con un poco de apuro—, no me preguntes cómo lo hace, al fin y al cabo, la de la magia eres tú.

—Sí, sé cómo funcionan las luces mágicas. ¿De verdad el castillo está encantado?

La ventana se abrió de repente y el frío de la noche invernal entró con el viento que empujó los copos de nieve dentro de la habitación.

Con la misma rapidez con la que se abrió la ventana, volvió a cerrarse.

—¿Eso contesta a tu pregunta?

Rio algo nerviosa.

—No quiero que el niño se asuste.

Se acercó a mi cara para contármelo y asentí entendiendo la preocupación de ella.

—No hay fantasmas propiamente dichos, si es lo que te preocupa. O, por lo menos, yo nunca los he visto. Es solo que la casa tiene vida propia, por así decirlo. ¿Te deja eso más tranquila?

—Sí, gracias.

—Bien, dejaré que os pongáis cómodos. Recuerda que la cena se sirve a las nueve y Asier es muy puntilloso con la puntualidad.

—Ya me lo supongo.

—Si bajáis antes estaremos todos en el salón de hace un momento. Solemos reunirnos allí para tomarnos una copa antes de cenar y ponernos al día de lo sucedido en la jornada.

—¿No molestaremos al resto de inquilinos de la casa? Al fin y al cabo, somos brujas las que estaremos bajo vuestro propio techo.

—No, quédate tranquila. Ya oíste que Asier nos preguntó a todos. Ethaniel y Anthony van a su bola la mayoría de las veces. Además, lo que decide Asier siempre está bien hecho. Ha sido más un hermano la mayoría de las veces que nuestro jefe y solemos aceptar sus decisiones. —Me acerqué a ella porque de repente necesitaba sentirla más cerca de mí—. Además, personalmente no puedo estar más contento de que estés en mi casa.

Olisqueé su cabello y le mordisqueé el lóbulo de la oreja. Me puso a cien cuando acarició el mío y su mano me empujó de nuevo a su cuello para que no me alejara de ella.

—Espero que luego no venga nadie a evitar que te coma la boca de una vez.

Se rio bajito y aproveché para darle un rápido beso en los labios que no pude disfrutar por más tiempo con el niño correteando entre las dos habitaciones.

—Eso espero.

—Bien. —Me obligué a separarme de ella de una vez—. Te veo abajo a las nueve.

—Allí estaré.

Me fui silbando divertido y la puerta se cerró tras de mí cuando salí de la habitación.

—No voy a hacerle daño, ¿me oyes? Ya me conoces desde hace mucho tiempo. No hace falta que las protejas de mí —dije en voz alta para que la casa me oyera. Al ser una bruja no sabía lo

que ella pensaba sobre nuestras invitadas, pero, aun así, creí que era necesario aclarárselo.

Una brisa suave me revolvió el cabello y supe que la casa me acababa de dar su beneplácito.

Siempre era mejor tenerla de aliada.

Me duché quitándome todo el sudor y las malas energías que acumulaba cada vez que salía a hacer redadas por la ciudad. Era como si toda la maldad de los humanos que eran los que mayoritariamente se saltaban todas las normas y se dedicaban al narcotráfico en la ciudad, me salpicara cuando los deteníamos. Al final del día me sentía sucio y pesado, como si cargara sobre mi cuerpo mucho más peso que el mío.

Me quedé parado unos segundos en la puerta de Kate, pensando si tocar y esperar a que estuviese lista para bajar con ella o ir a relajarme un rato con mis hermanos. Al fin y al cabo, así los sentía después de tantos años allí juntos.

Las risas de Mika y Anthony que se oían en la planta baja me animaron a bajar y esperar a Kate allí.

Estaban todos en el salón, menos Asier.

La chimenea caldeaba la estancia con un enorme fuego alejando el frío del exterior de allí dentro. Observé que todos se habían preparado algo más para la cena de esa noche y supuse que era gracias a los invitados que teníamos.

—¿Qué bebes?

Mika se dirigió al bar que teníamos en el rincón para ponerme una copa.

—Dame una cerveza bien fría, anda.

Me senté en uno de los sillones individuales frente al fuego y suspiré al darme cuenta de lo bien que me sentía al volver a estar en casa.

Habíamos estado varias semanas en el piso franco y aunque no se estaba del todo mal, no había nada mejor que volver al hogar.

—Toma. —Kate me guiñó un ojo con picardía—. ¿Y tu enamorada?

La miré sorprendido por sus palabras. Miré la escalera por si la veía bajar y nos pudiese oír, pero la escalera estaba vacía.

—No la llames así, ¿quieres?

—¿Cómo quieres que la llame, entonces?

Mika siguió con la broma que hizo reír a Anthony, que estaba sentado justo frente a mí, con vaqueros oscuros y camisa también negra. Parecía un ángel de la muerte con tanta oscuridad a su alrededor, sobre todo porque era el único que tenía las alas también negras.

—Llámala Kate, creo que ese es su nombre, ¿no?

Me molestó el tonito de las risas sin saber bien el porqué.

—No te enfades, es que es más que evidente tu interés por ella.

—Bueno —Me removí incómodo por las palabras de mi compañera—, solo quiero conocerla un poco más, es todo. No creo que esté prohibido conocer a las mujeres.

—Ya sabemos tu manera de conocer a las mujeres —me soltó Anthony.

Noté la falta de Nathatiel en la sala. Tampoco era nada del otro mundo que no apareciese para cenar. Casi nunca lo hacía. Ese sí que era todo un enigma para los demás.

—Bueno, esto es distinto

—¿Lo es? —Mika me miró con intensidad antes de continuar con la conversación—. Ten claro lo que quieres hacer con ella, Miguel, te recuerdo que todos tenemos que vivir aquí si la convivencia se convierte en un infierno. Mantén tu polla a cubierto y nos ahorrarás futuros problemas, ya lo sabes.

—¿Estás interesado en Kate de verdad?

Todos nos volvimos a mirar a Asier que acababa de bajar y miraba a Miguel con curiosidad. Estaba claro que él no estaba informado de la incipiente relación con la bruja.

—Solo quiero conocerla un poco más. Es todo. Pero esta panda de marujas se quiere meter en todo, ya los conoces.

O todo lo que les pensaba contar a los cotillas de mis hermanos por lo menos.

—Bien. Intenta no hacerle daño, por lo menos.

—¿A quién hay que hacerle daño?



BIBIAN

Estar en un castillo encantado era una verdadera pasada.

Podía notarlo en detalles insignificantes, como en las luces que se iban encendiendo según iba pasando por los largos pasillos de piedra camino a mi habitación, que estaba en la última planta, como me dijo Asier.

Podía notarlo también en la chimenea que se encendía sola cuando entramos en una gigantesca habitación con una cama de madera oscura con dosel que me encantó, ya que nunca había perdido esa inocencia infantil de creer en la magia, como buena bruja, y en los cuentos de hadas.

—Madre mía, Asier.

Me asomé a la ventana desde la que se veía la nieve caer y el lago congelado. Era sencillamente maravilloso todo lo relacionado con ese castillo mágico.

—¿Te gusta? —Se acercó a mí y me enseñó la puerta anexa donde una bañera con patas en forma de garras, de muchos siglos atrás, comenzaba a llenarse sin que nadie le diese al agua.

Tuve que reírme entre nerviosa y maravillada.

—La casa quiere cuidarte, Bibian. —Asier me cogió la mano y me acercó a él con suavidad —. Y yo también, si me dejas.

Lo miré largamente sin atreverme a decirle nada. Era un hombre con muchas facetas y esta tierna me desconcertaba tremendamente. No estaba acostumbrada a que nadie se preocupara por mí. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser visible para los demás.

Todo el mundo venía a mí cuando deseaba alguna poción o bálsamo para su salud, pero fuera

de eso, no mantenía relación ninguna, de tipo personal, excepto con mi hermana y con Kate.

Mi magia había sido la culpable de alejar a todo el mundo de mí.

La envidia, el miedo o incluso los celos habían sido los culpables del vacío que sentía a mi alrededor. Era muy raro que esta misma magia me abriese las puertas a un castillo habitado por los seres que más nos odiaban de todos los habitantes del planeta.

Que le gustara a la casa me desconcertaba y me enternecía por igual.

—No necesito que nadie me cuide, soy muy capaz de hacerlo sola.

Él chasqueó la lengua con disgusto.

—Todos necesitamos que nos cuiden de vez en cuando. Date un baño relajante. —Me animó a que entrase en el cuarto de baño mientras la bañera se seguía llenando con tranquilidad—. Baja cuando estés lista. Cuando subamos esta noche hablaré contigo de esto que está naciendo entre nosotros. No estoy dispuesto a dejarlo pasar.

Lo miré con curiosidad. Él me besó los nudillos antes de soltarme.

—Hablamos luego, Bibian. Ahora date ese baño que la casa considera que necesitas. Nos vemos a las nueve.

Salió de la habitación cerrándose la puerta con cuidado tras él.

Cogí ropa limpia de la maleta que Asier había dejado sobre la mesa que había junto a la enorme chimenea que calentaba agradablemente la habitación.

Toqué el agua de la bañera y cerré el grifo cuando estaba a la mitad. Me desnudé despacio y me metí en ella sin querer pensar en nada más y disfrutar por unos segundos del lugar donde me encontraba.

Pensar que podía tener algo con Asier me aterraba.

No sabía si por ser quien era o por pensar en todo lo que podía cambiar en mi vida. Algo me decía que no iba a ser fácil mantener una relación de ningún tipo con él.

Me había dejado más que claro que me odiaba por encima de todas las cosas o, por lo menos, antes de que todo se liara entre nosotros. Ahora solo podía sentir esa atracción física y sexual que me aflojaba las rodillas cada vez que estaba cerca de él.

Me entretuve en el baño hasta que el agua comenzó a enfriarse y me sequé comenzando con el ritual de echarme crema y mimar mi piel antes de vestirme con ropa interior de encaje negro y ponerme un vestido azul que me quedaba por encima de las rodillas, con escote en forma de pico que dejaba entrever la parte superior de mis senos. Me calcé mis botines de piel y me eché mi perfume favorito antes de peinarme y recoger mi largo cabello pelirrojo en un moño informal dejando el cuello al descubierto.

Algo me decía que esa noche habría un paréntesis en mi vida, sin necesidad de que Asier me hubiese dicho que teníamos una conversación pendiente.

Sentía en mi propia sangre los cambios que se iban a producir en mi vida próximamente y no podía dejar de estar nerviosa por ellos.

Unos pequeños golpes en la puerta me sobresaltaron.

Un bañado, perfumado y repeinado Martin entró revoloteando en la habitación.

Le sonreí ante su nueva apariencia.

—¿Has visto mi nueva ropa? La casa la ha conseguido para mí.

Dio una vuelta y pude ver que llevaba unos pantalones negros de su talla y una minúscula camisa blanca. Se había repeinado el cabello naranja y por una vez no parecía un nido de pájaro.

Un agradable perfume me llegó también y lo aspiré embelesada. ¿A qué me recordaba?

—¿A que huele bien?

—¿También te lo ha dado la casa?

—No, he entrado en la habitación de Asier a echarme su perfume. —Ante mi cara de sorpresa añadió—: Sé que este perfume te gusta y su habitación estaba abierta. Iba a pedírselo, de verdad —añadió nervioso ante mi ceño fruncido—, pero no había nadie en la habitación.

—¿No has oído lo que ha dicho antes de entrar en habitaciones ajenas? Te echará a la calle —lo amenacé, aunque dudaba mucho de que lo hiciera—, peor, nos echará a la calle a todos.

—No te haría nunca eso —me dijo sin dejarme acabar—, le gustas demasiado para separarte de él. —Ante mi cara de sorpresa, añadió—: ¿Aún no te has dado cuenta de lo que siente por ti? No puedes estar más ciega, Bib. A ese hombre le gustas.

—¿Estás seguro? —Yo no lo terminaba de ver tan claro.

—Claro, lo que le pasa es que no sabe qué hacer con sus sentimientos recién descubiertos. Está tan acostumbrado a pensar que debe odiar a las brujas que ahora no sabe cómo actuar.

—¿Actuar cómo?

Entrecerró los ojos ante mi ignorancia.

—¿No lo sabes?

Me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Saber el qué?

—Sobre la promesa que hizo de odiar a las brujas.

—No sé de qué me hablas.

Ni puñetera idea.

—Te lo tiene que contar él. —Se negó a contarme nada más. Y yo odiaba quedarme con la información a medias—. Bajemos a cenar, que creo que somos los últimos.

—No me dejes así.

—Bibian, es algo que tiene que solucionar él, yo no puedo decírtelo.

Lo miré con curiosidad. Martin había perdido ese tono juguetón y divertido que le acompañaba con todo lo que hacía. Por eso me preocupé mucho más.

—Me estás asustando.

—Tú dile que has sido tú la que ha entrado en su cuarto a por el perfume, ¿vale? No me dejes con el culo al aire.

Y como no parecía que me fuese a contar nada más, bajamos juntos al salón de donde salían risas y charlas de los allí reunidos. Lo último que escuché fue a Asier hablando de no hacerle daño a alguien.

—¿A quién no hay que hacerle daño?

Todos me miraron con diferentes expresiones de sorpresa cuando entré al salón, como si fuese la primera vez que me veían

QUINTA PARTE

CONFESIONES DE UN ALMA ATORMENTADA



ASIER

Ver a Bibian vestida así me hizo la boca agua. Mi polla despertó de golpe y deseé poder cogerla en brazos y subirla a mi habitación para probarla entera.

Algo debió ver en mis ojos porque se ruborizó, de esa manera tan escandalosa como ella se ruborizaba desde el cuello hasta la punta de las orejas.

—Bibian, estás preciosa. —Y era verdad—. ¿Quieres tomar algo? ¿Cerveza, vino…? —Recuperé mi voz y me obligué a ser buen anfitrión, aunque no estaba en situación de levantarme en ese momento.

—Una copa de vino blanco estará bien.

—Voy yo.

Mika debió entender mi problema, porque se levantó con rapidez para servirle la copa de vino. Se sentó junto a la chimenea.

—¿Sabéis algo de Kate?

Bibian miró a todos intentando que se le pasara el rubor, así que evitó mirarme a mí en concreto y tuve que sonreír divertido.

Estaba claro que nuestra tensión sexual seguía creciendo de manera alarmante. A lo cual pensaba poner solución esa misma noche.

Deseaba que hubiésemos acabado de comer porque ya tenía mi postre favorito y pensaba darme un atracón.

Mi polla palpitó aún más fuerte, hasta que comenzó a ser doloroso. Me obligué a pensar en otra cosa para intentar relajarme.

—Mira, aquí llega Kate con Marco. ¿Habéis visto lo guapo que está?

Todos comenzaron a hacerle bromas a Marco, que estaba encantado de ser el centro de atención de un montón de ángeles.

—¿Algo de beber, Kate? —Miguel se acercó a servirle. La mujer miró el salón y agradeció ver a Bibian allí sentada y fue a sentarse junto a ella para intentar sentirse más arropada.

—Una copa de vino. Gracias, Miguel.

—Tengo una habitación propia —anunció Marco a voz en grito muy orgulloso de que lo vieran tan adulto para tener habitación propia.

—Yo también —indicó Martin con su voz aguda.

—Veo que la casa ha oído mis ruegos y te ha conseguido ropa de tu talla.

No pude evitar el tono divertido al ver al duende vestido con ropa limpia y su cabeza por fin ya no parecía un nido de pájaros como le pasaba anteriormente.

—Asier, ¿tienes idea de cuándo podré volver a mi casa o a mi negocio?

Bibian me miró con intensidad.

¿Acababa de llegar y ya quería marcharse?

—No, Bibian, no tengo ni idea de cuándo podréis volver a casa. —Para molestarla un poco, añadí divertido—: Pensaba que te gustaba la habitación que te he dado. No sabía que nuestra compañía era tan mala.

—No tiene nada que ver con eso, es que tengo que…

Lo que pensaba decir de repente se lo cayó y miró a Kate muy apurada, lo que me hizo pensar que esas dos brujitas se traían algo entre manos y que, al parecer, no podían contarnos a los demás.

—¿Tienes que…?

No pensaba dejarlo estar, algo me decía que no me iba a gustar lo que estaban tramando.

—Tengo mucho trabajo pendiente, ¿sabes?

Supuse que era verdad, pero algo me decía que me estaba mintiendo.

—Mira, puedes o podéis utilizar las habitaciones del sótano. Están desocupadas y podéis fabricar allí lo que quiera que tengáis que hacer. Montad allí una floristería si queréis. No hay ningún problema.

—¿Podemos trabajar desde aquí?

La sorpresa de su cara me hizo gracia.

—Podéis utilizar cualquier habitación del castillo, Bibian, no hay ningún problema.

—Necesitaré mis cosas de la floristería.

—Claro, mañana haces una lista y voy a por todo lo que necesites. Que no puedas ir allí, no significa que no puedas trabajar.

—Vale, genial.

Me encantaba contentarla, no sabía por qué.

—Respecto a tu marido, Kate... —Miré al niño de manera significativa. Ella asintió sin decir nada—. Luego te cuento los planes inmediatos que tenemos al respecto, ¿vale?

Ella asintió y bebió de su copa de vino con timidez.

La verdad es que tener a dos brujas en el castillo iba a ser la mar de divertido.

La puerta del comedor se abrió y las luces se encendieron indicándonos que la cena estaba lista.

—La cena ya está —avisó Anthony, y se dirigió al comedor.

—¿Vamos?

Las chicas se levantaron y nos siguieron a un paso algo más lento que al de mis hermanos que ya se habían sentado en sus sitios correspondientes. Habían quedado algunos libres junto a Miguel y este avisó a Kate para que se sentara a su lado con el niño. A mi lado la casa había colocado una silla libre y supe que quería que Bibian se sentara a ahí.

—¿Te sientas junto a mí?

Ella asintió y se quedó mirando la enorme mesa repleta de fuentes de comida que había ante nosotros.

Fuentes de patatas fritas, verduras asadas, pollo frito, ensaladas, puré de patatas y carne asada. También aparecieron varios pescados hechos al horno, una gran variedad para intentar contentar a todo el mundo.

—¿Tengo que comerme todo lo que hay en la mesa? —preguntó Marco muy apurado haciéndonos reír a los adultos.

—No, cariño, te sirvo un par de cosas en tu plato, ¿vale? ¿Quieres carne o pescado?

—¿Puedo comer pollo frito y puré de patatas, mamá? ¡Porfa, porfa!

—Claro, puedes comer lo que quieras siempre que te lo comas todo, ¿vale?

—¿Sabes si hay tarta de chocolate de postre?

Kate comenzó a sonrojarse por todas las preguntas del niño.

—Estoy seguro de que, si la casa se entera que te gusta la tarta de chocolate, algún día a lo mejor te hace una.

Las palabras de Miguel hicieron que al niño se le iluminaran los ojos de la ilusión.

Y al final de la mesa, por arte de magia apareció una enorme tarta de chocolate con virutas por encima.

—¡Mamá, mira, mira!

—Ya la he visto, cariño.

Nos reímos. Iba a ser difícil calmar al niño después de ver aparecer la tarta por arte de magia.

—Eso significa que tienes que comértelo todo y portarte bien —dijo Mika.

Marco la miró y asintió con la cabeza para hacerle ver que pensaba portarse bien, como ella le había indicado.

—Soy un niño obediente —dijo a nadie en particular.

Bibian y su madre bufaron divertidas.

La cena continuó entre risas. Bibian se sirvió pescado al horno y verduras. Para mi sorpresa, que pensaba que le gustaba comer sano, se sirvió una ingente cantidad de patatas fritas sin ningún pudor.

No pude evitar burlarme de ella.

—Así que la fuente de patatas era para ti. Nunca lo hubiera imaginado.

La miré con intensidad recorriendo su cuerpo delgado y su escote…donde me recreé algo más de tiempo.

—Son mi gran vicio. Eso y el helado de plátano con chocolate.

—¿Helado cuando está nevando fuera? —Levanté una ceja, divertido.

—¿Qué tiene que ver? El helado se puede comer a cualquier temperatura.

—Ya, pero…

—¿No hay nada que te guste por encima de todas las cosas?

Me acerqué a ella para que los demás no pudieran oírme.

—Me gustas tú, y luego pienso saborearte entera como si fueras un helado. Quiero saber si estás igual de buena que el helado de plátano… Algo me dice que vas a gustarme mucho más.

Su rubor se acentúo de nuevo, de manera tan intensa que el verde de sus ojos destacaba de manera feroz.

Yo no tenía ganas de comer o, al menos, no de comida. Ella comenzó a jugar con la comida después de que le quitase el apetito.

—¿No vas a comerte las patatas tampoco?

Se acercó a mí para susurrarme al oído.

—¿No piensas dejarme comer en paz? Luego voy a probarte a ti también para ver si estás tan bueno como pareces.

Me quedé sin tener nada más que decirle. De repente me imaginé su boca en mi polla y estuve a punto de gemir en voz alta.

¿Sería demasiado escandaloso si la cogía en brazos y me la llevaba a la habitación en ese

momento?

Estaba seguro de que mis hermanos lo entenderían. Aunque, evidentemente, a Bibian no le iba a gustar nada que la dejara en evidencia de esa manera.

—Come tranquila, anda. Prometo dejarte en paz el resto de la cena.

Seguimos comiendo entre risas, aunque era verdad que esperaba con ansias a que la cena terminara de una vez.

—¿Puedo saber qué ha pasado hoy para que todos os hayáis vestido como si hubieseis viajado a la edad media? —Bibian me miró con curiosidad.

—Hemos ido de caza otra vez —dijo Mika sin dejar de comer el pollo asado que tenía en su plato.

—¿De caza? ¿A por El Negro?

—El Negro no está en la ciudad —contesté.

—¿Es por eso por lo que ahora no puedo volver a mi casa?

—Sí. —No tenía sentido que le mintiera.

—¿Mi hermana estará a salvo en el hospital?

—Le he aumentado la vigilancia, así que sí estará bien, no te preocupes por ella.

—Eso espero. No puedo imaginarme mi vida sin ella.



ASIER

No habían pasado ni cinco minutos desde que Bibian se había retirado a su habitación. Era culpa mía que estuviese nerviosa, porque no le había dejado un minuto de respiro desde que la vi con ese vestido que dejaba ver sus interminables piernas y entrever sus pechos redondos y perfectos. Esos que intentaba olvidar de la noche del baño y que casi nunca lo conseguía. Me atormentaban en el momento menos oportuno. Incluso los veía en mis húmedos sueños con ella, la mayoría de las noches.

Había terminado de aclarar todo lo que mis hermanos necesitaban saber y lo que iba a hacer con el exmarido de Kate, que lo llevaría a cabo el día siguiente sin falta…, pero ahora… Ahora iba a follar con la bruja de los ojos verdes más bonitos que había visto nunca.

Toqué a su puerta con impaciencia y no esperé a que abriera, la abrí directamente para encontrármela mirándome con ojos cautelosos.

—¿Puedo pasar?

Qué pregunta más tonta, iba a entrar quisiera o no, ya me encargaría de que le hubiese merecido la pena dejarme entrar en su habitación.

Asintió mirándome con lascivia y recorriendo mi cuerpo con una mirada tan lujuriosa que despertó a la bestia que tenía entre las piernas.

Entré y cerré la puerta tras de mí con suavidad.

Ella me sonrío.

¡Me ponía a mil cuando me miraba de ese modo! Cómo pensaba disfrutar esa noche con ella. Algo me decía que mi bruja particular era una fiera en la cama y eso me ponía aún más caliente. Mi polla estaba ya más que lista para jugar. Tan dura que hasta me dolía.

—¿Quieres algo?

Su voz sensual me hizo sonreír.

—A ti. Pensé que te había quedado lo suficientemente claro.

Me lancé sobre su boca para besarla con fiereza. Yo no era suave follando, no hacía el amor, follaba duro, normalmente de manera egoísta y desconsiderada, buscando solo mi placer. Pero ninguna de mis amantes se había quejado nunca de quedar insatisfecha.

Bibian enlazó su lengua con la mía y me besó con las mismas ganas. Mis manos se enredaron en su cabello para intentar acercarla más a mí. La oí gemir y la sujeté por la cintura pegándola

más a mi cuerpo para que sintiera mi erección.

—¡Joder! ¿Todo eso es tu polla?

—Cada centímetro de ella que te va a volver loca de placer.

Mordisqueé su cuello y sus manos se enredaron en mi cabello obligándome a bajar más abajo.

—Estoy deseando sentirte muy adentro de mi cuerpo.

Que fuera tan soez hablando aún me excitaba más. Odiaba a las mujeres puritanas en la cama. Y Bibian parecía ser todo lo que me gustaba.

Sus manos impacientes se colaron bajo mi camisa para acariciarme los abdominales. Que me pasara las uñas por el vientre con no demasiado cuidado me hizo gruñir en respuesta.

Le di la vuelta con brusquedad pegándola a la pared más cercana mientras comenzaba a lamerle el cuello a la vez que le desabrochaba el vestido con impaciencia.

—Tu olor me vuelve loco —le susurré en su oído antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja y dejar caer el vestido en el suelo sin ningún cuidado.

—Tú me vuelves loca a mí, y lo que tienes entre las piernas espero que también.

Volvió a gemir con fuerza cuando le quité el sujetador negro, de encaje.

—No tienes idea de lo que te viene encima —le susurré al oído mientras la lamía desde el cuello hasta el pequeño tanga a juego que le dejaba su glorioso trasero respingón al aire—. Dime que no eres delicada en el sexo.

«¡Por favor, dime que te gusta duro!» pensé, encantado con la idea.

—Me gusta todo lo duro que me quieras dar.

Sus palabras me hicieron gemir con fuerza y a punto estuvo de hacerme perder el control y lanzarme sobre ella para clavarme en su coño como si no hubiese un mañana.

—Joder, Bibian…, no sabes lo que me estás haciendo.

Me froté contra ese culo glorioso mientras sus pezones se erguían en mis dedos pidiendo más atenciones.

Bibian, impaciente, se dio la vuelva y me quitó la camisa por la cabeza sin necesidad de soltar los botones y esa agresividad me hizo lanzarme de nuevo a su boca para volver a enlazar su lengua con la mía en un duelo impaciente que ninguno quería dar por perdido.

Sus ojos contemplaron el corazón tatuado que tenía sobre mi propio corazón, luego lo besó con suavidad y luego sus manos se entretuvieron quitándome los botones de los vaqueros y metiendo las manos en mi bóxer para agarrarme la polla con fuerza y comenzar a masturbarme.

—¡Joder! Cómo me gusta tu polla.

Comenzó a lamerme el pecho mientras su mano seguía masturbándome con fuerza.

Cerré los ojos disfrutando de la sensación de su mano pequeña rodeando mi sexo y gruñí con fuerza lanzándome a lamer su pezón izquierdo mientras mi mano bajaba a su pequeño tanga para meterla entre sus muslos y tocar su coño, que estaba empapado por la excitación.

—Joder… —Le quité mi polla de la mano—. Si no te pruebo ahora voy a correrme sin remedio. Sé buena y estate un poquito quietecita.

Una risita malvada salió de su boca. La miré con intensidad antes de coger el elástico de su tanga y tirar con fuerza hasta romperlo. Me miró sorprendida por mi brusquedad. Me encantó que estuviese completamente depilada.

Ummm, pensaba darme un festín con ese coñito tan apetecible.

—No quiero que nada me estorbe para poder saborearte a gusto.

Me arrodillé entre sus piernas y metí la boca en su sexo. Ella en respuesta solo abrió más las piernas dándome mejor acceso, mientras gemía con fuerza y se dejaba caer contra la pared como

si de repente las piernas no la sostuvieran.

—Joder, Asier. No puedo… La cama.

Sabía a lo que se refería. Evidentemente la cama era más cómoda para lo que estábamos haciendo, pero no tenía fuerzas para separarme de ella en ese momento.

Cuando me centré en su clítoris hinchado por el deseo, Bibian enterró las manos en mi cabello para indicarme lo mucho que le gustaba lo que le estaba haciendo.

—No pares, Asier.

Sonreí con suficiencia mientras soplaba en su clítoris haciéndola estremecer antes de volver a lamerla entera para saborear su humedad como si fuera el mejor manjar del mundo.

Nunca iba a olvidar el sabor de su coño, intenso y dulce como la miel.

No, posiblemente nunca lo iba a olvidar ni tampoco me cansaría de comérselo.

Cuando puso uno de sus pies sobre mi hombro para darme aún mayor acceso y abrirse más bajo mi boca, le metí dos dedos en la vagina que le hizo mover la pelvis para acompañar los movimientos.

—Asier —murmuró como si sufriera.

Estaba demasiado ocupado succionando su clítoris y follándomela con los dedos para poder contestarle.

Mi polla se había hinchado tanto que me resultaba muy doloroso seguir así. Necesitaba follármela con rapidez.

La sentí tensarse, añadí un tercer dedo en su interior y aumenté los movimientos para follármela con fuerza. Se corrió con un largo gemido de placer que me dio un fuerte tirón en las pelotas y, para mi sorpresa, su cuerpo se encendió. La luz que pulsaba bajo su piel se había encendido al llegar al orgasmo, convirtiéndola en una intensa bola de luz que me dejó sin palabras.

Algo en mi interior se hinchó de orgullo al pensar que mi boca y mis manos eran los que habían conseguido que ella brillara más que la luz del mismo sol.

¡Joder, qué erótica era!

¡Su olor!

¡Su sabor!

¡Su voz cuando se corría!

Todo en ella me hizo perder la cordura.

Me incorporé cuando se recuperó del orgasmo y sin demasiado cuidado la hice arrodillarse ante mí.

—Déjame follarte la boca, Bibian, por favor.

Ella me miró la polla, que estaba más que dispuesta para participar en nuestro juego erótico.

Cuando se relamió los labios y se acercó a mi prepucio para lamer el líquido preseminal que humedecía la punta de mi polla, cerré los ojos y me estremecí en respuesta.

Sabía que era demasiado grande para que se la pudiera meter entera en la boca, pero no iba a quejarme. Estaba tan excitado que cualquier cosa me valdría. Hasta que se la metió tan adentro que tuve que cerrar los ojos y gemir con fuerza. Puso la mano en la base para hacer un tope y comencé a mecer mis caderas empujando dentro de su boca sin demasiado cuidado. Sorprendentemente no se quejó cuando empecé a bombear.

—Joder, Bibian, tienes una boca mágica.

No podía parar. No iba a darle la iniciativa en su mamada. Necesitaba follársela así, y como a ella no parecía molestarle mucho, me dejó llevar cerrando los ojos y disfrutando intensamente del placer que sentía.

—No aguanto mucho más, brujita. —Abrí los ojos para encontrarme con los verdes de ella que me miraban indicándome lo mucho que le gustaba hacerme perder el control.

Era una diosa del sexo, eso estaba claro. Podía sentir su lengua lamiendo mi polla cuando empujaba en su boca. Me hizo perder la concentración. Gemí con fuerza y me vacié en su garganta una y otra vez, sin darle opción a retirarse.

Cerré las alas con la misma fuerza con la que el orgasmo me arrasó.

Ya me disculparía luego por mi brusquedad, si fuese necesario, pero no parecía que estuviera demasiado afectada.

Cerré los ojos y me concentré en recuperar la respiración, que estaba totalmente descontrolada.

Cuando perdí la erección la saqué de su boca y, para mi sorpresa, relamió el semen que se le escurría por la comisura de la boca.

—Exquisito —murmuró sin apartar sus ojos verdes de mí.

Ese gesto me hizo gruñir.

La alcé y besé con lentitud saboreando su lengua, y mi sabor en ella. Que se entregara a ese beso con los ojos cerrados y su cuerpo lánguido contra el mío me hizo darme cuenta de lo que había estado pensando hacer con ella y que ya nunca más podría deshacer.

No sé en qué había estado pensando cuando quise follar con ella.

No podía hacerle eso.

Ella no se lo merecía.

¡Joder! ¿Cómo coño podía haber sido tan egoísta?

—¿Podemos seguir en la cama?

Se me partió el alma por lo que iba a hacer.

—No, Bibian, lo siento. No podemos follar.

Ante su mirada de incredulidad, me subí los vaqueros y el bóxer en el mismo movimiento. No podía ver el dolor en sus ojos por lo que pensaba que era mi rechazo. Cogí el resto de la ropa y salí de allí sin decirle nada más.



BIBIAN

¿Qué coño había pasado?

Estuve tentada de salir tras él, pero algo me decía que no conseguiría nada cuando se había largado de la manera que lo hizo.

¿Había hecho algo mal?

A lo mejor no le había gustado la mamada que acababa de realizarle, aunque recordarlo con la cabeza inclinada hacia atrás, el cuerpo en tensión, las venas de su cuello marcadas y el gruñido de satisfacción al correrse con fuerza en mi boca… No, no era problema de haberle disgustado la mamada. Algo me decía que había algo de fondo que él no me había contado.

Recordé las palabras de Martin cuando me dijo que si no sabía sobre el juramento de él. Así que algo me decía que ese era el motivo para que hubiese salido corriendo

No sabía lo que había pasado, pero pensaba que, como mínimo, merecía que me lo hubiera contado.

¡Maldito cobarde de mierda!

Las ganas de salir a buscarlo se incrementaron, pero pensé que no podía hacer nada si él no confiaba en mí lo suficiente como para habérmelo contado, que era lo mínimo que me merecía, ¿no?

Recogí mi ropa del suelo y miré las braguitas rotas. Una pena porque ese tanga me gustaba mucho. Me metí en el baño para ducharme intentando borrar así las huellas de él en mi piel o el sabor de su boca.

De repente me sentí insuficiente. ¿Cómo iba a querer follar conmigo un adonis como él? Solo

tenían que mirarme a mí y mirarlo a él. Yo era una bruja, ¡joder! Y para más inri era la bruja que todo el mundo odiaba y él era la persona que más nos odiaba de todas.

¿Cómo había estado tan loca como para dejarme llevar por la lujuria que ese maldito ángel producía en mí?

Recordé que se había follado a una mujer durante toda la noche sin importarle nada más. ¿Tan poca cosa era para no querer follar conmigo?

No entendía nada. Solo sabía que volvía a sentir el desprecio de los demás sobre mí, haciéndome sentir insuficiente.

No era justo.

Me limpié con furia las lágrimas que comenzaron a caer por mi mejilla.

¡Era idiota! ¡Eso era lo que pasaba! Que seguía siendo la misma idiota de siempre que era capaz de ilusionarse con alguien que me había dejado mil veces claro lo mucho que me odiaba y lo insignificante que era para rozarse siquiera con alguien como él.

Me duché frotándome con ímpetu todo el cuerpo, intentando olvidar lo sucedido momentos antes.

Luego de la ducha me sentí agotada. No quería pensar en cómo coño iba a poder volver a mirarlo a la cara después de lo que acababa de pasar. Ni siquiera me puse el pijama.

Me acurruqué en la cama y las luces se apagaron solas, el fuego de la chimenea, que seguía encendido, era lo único que alumbraba la estancia y daba claridad suficiente como para ver lo que me rodeaba.

Recé poder dormirme rápido y no seguir dándole vueltas a lo que fuera que había pasado antes.

Oí la puerta abrirse momentos después y ni siquiera me volví a mirar quién era. Si pensaba que estaba dormida se iría, fuera quién fuera.

—Bibian.

Me tensé al oír la voz de *él*, pero me negué a volverme ni en hacerle ver que estaba despierta.

¿Qué coño quería ahora?

—Bibian, sé que estás despierta.

¿En serio? Ya no quería hablar más con él esa noche. Ni esa noche ni nunca más, si podía evitarlo.

—Quiero disculparme contigo. —Silencio—. No merecías que te dejara sin que supieras lo que ha pasado. —Ante mi terco silencio, continuó—. Quizás sea mejor que no digas nada. —Suspiró con fuerza—. Cuando nos mandaron a todos a la tierra yo tenía a mi pareja y a mi hijo en el cielo. —Abrí los ojos asombrada. No esperaba que él tuviera familia—. Todos los soldados tuvimos que venir aquí y abandonar a nuestras familias. Ese es el principal motivo por el que odiaba tanto a las brujas y es más que entendible o, por lo menos, eso creo.

Tuve que inhalar hondo para evitar que mis lágrimas brotaran de nuevo, aunque ahora por un motivo muy diferente. Fue suficiente para que él supiera que estaba despierta.

—Yo hice un juramento vinculante. Odiaría a las brujas con todas mis fuerzas. Si en algún momento me sentía atraído por alguna y llegaba a intimar con ella… Si llegábamos a follar, quedaría vinculado inexorablemente a mí por un vínculo de por vida. Sería mi pareja en la tierra hasta el final de sus días, porque te recuerdo que yo soy inmortal. —Guardó silencio unos minutos, como intentando dar orden a lo que quería decirme—. Lo ocurrido antes, Bibian, ha significado para mí mucho más de lo que piensas. Si hubiésemos follado, te hubieses convertido en mi pareja y…, créeme, no es algo que te vaya a gustar.

No pude evitar que mis lágrimas corrieran por mis mejillas con libertad.

¿Qué les habían hecho a estos hombres?

Separarlos de por vida de sus mujeres y sus hijos para verse obligados a cuidar de unos humanos que ni siquiera se lo agradecían. ¿Tan grande había sido el pecado para semejante castigo?

—Yo no soy un hombre fácil, Bibian. Soy arisco, huraño, irascible, dominante, celoso y siempre, siempre se tiene que hacer mi voluntad. Tu vida se convertiría en un infierno dedicada exclusivamente a complacerme, sobre todo de manera sexual, y creo que eso te mataría. Tu carácter rebelde convertiría tu vida en un infierno y me importas lo suficiente como para intentar que elijas libremente a un hombre que te haga feliz.

Seguí en silencio porque no sabía qué podía decirle. Nunca me imaginé que las cosas se pudiesen poner así de intensas entre nosotros. Estaba claro que lo nuestro no iba a ser solo follar, y ahora que él me lo estaba contando, no podía más que agradecerle que no quisiera ir más lejos sin saber a lo que yo me estaba exponiendo.

—Creo que después de esto puedes entender mejor mis motivos.

Por supuesto que sí.

—¿Sigues enamorado de tu mujer?

No me volví para mirarlo. Seguía sin poder controlar mis lágrimas, pero necesitaba saber que no era una simpe sustituta de la mujer que había dejado en el cielo. Tampoco podía soportar no ser suficiente ni importante para él.

—No, ya ni siquiera siento nuestro vínculo. Han pasado más de trescientos años sin verla ni saber nada de ella.

—Lo siento mucho. —Ante su silencio añadí—: Siento que nosotras fuésemos las culpables de provocaros tanto dolor. Entiendo que nos odies. No nos merecemos nada más que vuestro desprecio y vuestro odio.

—No, Bibian. No puedo culpar a todas de lo que pasó hace tanto tiempo. Me has ensañado que no me puedo pasar la vida odiando a los demás. —Un silencio incómodo se instaló entre los dos—. No quiero que pienses que no te deseo o que no eres suficiente para mí… Estoy intentando hacer lo correcto.

—Lo entiendo. No te preocupes.

Y era verdad. Entendía su postura a la perfección y le agradecía que se hubiese preocupado por mí como lo había hecho, sin saberlo siquiera. Era un gesto que decía mucho de él.

—Bien. Buenas noches, Bibian. —Antes de irse se paró de nuevo—. Siento que las cosas sean así, no te imaginas lo que daría para que fuesen de otra manera. Te deseo como jamás he deseado a ninguna otra mujer. Tener que negarme es lo peor que he tenido que hacer nunca. ¿Me crees?

Asentí y me limpié las lágrimas cuando oí cerrar la puerta de nuevo.

¿Cómo podía ser todo tan injusto?

No podía dejar de pensar en el dolor de sus palabras y en lo mucho que tenía que haber sufrido todos esos años sin poder saber nada de su familia.

¡Dios, qué injusto era todo!

Me acurruqué más en la cama y tras estar horas dando vueltas sin conciliar el sueño, por fin me quedé dormida.



BIBIAN

Apenas pude dormir esa noche. Los recuerdos de lo que hicimos antes de soltarme la bomba de que no podía follar conmigo me había atormentado toda la noche.

Aún estaba haciéndome a la idea de su declaración posterior.

Se me partía el alma al pensar cuánto había tenido que sufrir todos los años pasados aquí, alejado de su familia.

Entendía perfectamente que me odiara.

Si hubiese sido al revés, yo también los odiaría a todos mucho más de lo que ellos me odiaban a mí, aunque yo no era más que una descendiente inocente de lo que sucedió tantos siglos atrás.

Y se suponía que estaba protegiéndome. Al no acostarse conmigo me daba la oportunidad de poder elegir a mis amantes y mi futuro, tanto próximo como lejano.

Lo peor de todo es que estaba conociendo a un hombre por el que cada vez me sentía mucho más atraída.

Lo único por lo que podía sentirme tranquila es porque ya no parecía seguir enamorado de su mujer, de la que tuvo que separarse tantos años atrás.

«No soy un hombre fácil. Soy celoso, dominante, posesivo…».

También era un cabrón arrogante que me arrastraría a una relación en la que iba a estar irremediablemente atada a él para el resto de mis días.

¡Menudo lío!

Me gustaba mucho Asier y el sexo con él estaba claro que era algo sublime, pero incluso así,

yo no quería perder mi libertad ni mi esencia. No era una mujer que pudiera adaptarse y doblegarse a la voluntad de nadie. Estaba acostumbrada a hacer mi santa voluntad y no pensaba cambiar eso por mucho que me gustara un maldito ángel arrogante.

Me levanté cuando ya estaba cansada de dar vueltas en la cama. Me había despertado a las pocas horas de haberme quedado dormida y estaba claro que no iba a volver a dormirme de nuevo.

No sabía qué iba a hacer en ese castillo si no podíamos salir ni Kate ni yo.

Lo primero que pensaba hacer era corretear por el sinfín de pasillos y habitaciones que tenía.

Apenas había amanecido ya, cuando bajé, duchada y vestida con ropa cómoda, me encontré a todos los ángeles que salían para trabajar entre risas y conversaciones en voz baja. Supuse que para no molestar a sus invitadas.

Asier, vestido de nuevo con traje de tres piezas, se acercó a mí en cuanto me vio bajar por las escaleras

—Adelantaros, ahora mismo voy —les dijo a sus hermanos cuándo se volvió para hablar conmigo.

—Buenos días, —No pude evitar la timidez de mi voz. Sus ojos azules me miraron con intensidad intentando averiguar cómo me sentía.

Pensaba que iba a tener más tiempo antes de tener que volver a enfrentarme a él de nuevo.

—Buenos días, Bib. ¿Has dormido bien?

Como no podía mirarle a los ojos para que no notara mi desazón, me centré en mirar su nuez de Adán, que se movía de manera *sexy* cuando tragaba.

Asentí sin decir nada y me cogió el mentón para mirarme con intensidad.

—No te escondas de mí, por favor.

Sus ojos me miraban con dolor y no pude sentirme peor.

—¿Puedo recorrer el castillo libremente?

Prefería cambiar de tema, ya que no podíamos cambiar lo que pasaba entre nosotros. Sonrió aliviado por mis palabras.

—Puedes hacer lo que quieras. Ahora esta también es tu casa… por un tiempo —añadió con lentitud ante mi mirada sorprendida.

—Gracias. Voy a necesitar…

—Ya tengo una lista que me ha dado Kate. Mandaré a alguien a tu floristería para cogerlo todo y te lo mandaré lo antes posible.

Me tocó la nariz con ternura y pude ver la risa en sus ojos ante mi azoramiento. No podía evitar que me afectara tanto. Y el puñetero lo sabía.

—Vale, eres muy amable.

—No lo soy. Espero que las dos os portéis bien —dijo antes de darme un beso en la mejilla —, y recordad que no podéis romper nada. Intentad llevaros bien con la casa, ¿vale?

—Las casas encantadas son mis favoritas.

Le guiñé el ojo, divertida, pensando en cuánto me iba a divertir en el tiempo que estuviese allí dentro.

—Ya me lo supongo. Te veo a la hora de comer.

Me quedé mirando su ancha espalda cuando se marchó cerrando la puerta con cuidado tras él. Su olor se quedó en el pasillo e inspiré hondo recordando de nuevo lo sucedido la noche anterior.

Me dirigí al comedor a tomarme un café muy cargado antes de empezar a investigar ese castillo gigantesco.

Iba trabajando con mi magia todas las plantas verdes que me encontraba de camino al

comedor.

Para mi sorpresa me encontré a Kate sentada allí con Marco, que aún estaba adormilado.

—Buenos días.

—Hola, Bib, no sabía que ya estuvieses levantada.

—¿Has desayunado ya?

—Acabo de llegar. Marco ha extrañado su cama y el cuarto, y ha dormido conmigo toda la noche. Es un castigo dormir con él. Me ha dado mil patadas en los riñones esta noche.

—¿Le has dado la lata a tu madre?

Marco ni siquiera me contestó. Las dos sabíamos que su humor por la mañana, antes de estar completamente despierto, no era demasiado bueno.

Le di un beso en la cabeza y me acerqué a las mesas del lateral del comedor llena de bandejas tapadas y termos de café.

—¿No te parece que esta casa es una completa pasada?

Las luces parpadearon después de mis palabras y nos hizo sonreír a los tres.

—Voy a servirme un café muy cargado —dijo Kate—. ¿Quieres un cuenco con leche y cereales, tostadas o …? —Levantó las bandejas para saber qué había antes de ofrecérselo al niño —. Mira, también hay donuts rellenos de chocolate y creo que también de chocolate blanco.

—Cereales y luego donuts.

—Eso es mucha comida —farfulló Kate, sirviéndole los cereales con la leche y un donut en un plato. Se lo acercó a su hijo y le revolvió el cabello con cariño—. Si te lo comes todo te prometo que, cuando hagas los deberes, nos iremos a investigar si el castillo tiene mazmorras o pasillos secretos, ¿vale?

Los ojos del niño brillaron entusiasmados y se incorporó en la silla para sentarse bien antes de ponerse a comer.

—Vale.

—Tengo algo que contarte, Kate.

No podía callármelo. Me sentía tan triste por todo lo que pasó la noche anterior que necesitaba contárselo para que me diese su opinión.

—Vale, nos servimos un poco de todo lo que hay aquí y me lo cuentas mientras comemos, ¿vale?

—¿De todo?

Miré el montón de bandejas tapadas que había, casi una docena y lamenté no tener tanta hambre en ese momento.

—Claro. Algo nos dice que, si vamos a investigar todas las habitaciones de este castillo, vamos a necesitar desayunar bien. —Me miró con curiosidad—. ¿Tiene algo que ver en la historia nuestro apuesto anfitrión?

—Sí. —No tenía sentido negarlo—. Todo tiene que ver con nuestro apuesto anfitrión.

—Bien, me encantan las historias de amor.

Se sirvió el desayuno en un plato.

SEXTA PARTE

UNA PROMESA VINCULANTE

SIMÓN EL NEGRO

No estoy acostumbrado a perder la calma ante ninguno de los muchos imprevistos que me encontraba en mi negocio todos los días.

Cuando empecé a trabajar con la bruja más poderosa de Chicago, no imaginaba que me iba a provocar tantos dolores de cabeza.

Tenía que haber sido fácil.

Todo era sencillo.

Nadie se negaba nunca a mis peticiones porque todo el mundo sabía que no me temblaba el pulso para conseguir lo que quería.

Era tan implacable en mis negocios como en mi vida personal.

El negocio con la bruja se me fue de las manos en el momento en el que una nueva droga en el mercado triunfó como nunca lo había hecho.

Normalmente las drogas de las brujas solo se comercializaban en los fumaderos de opio de la ciudad, administrada y distribuida por brujas o hechiceros.

Pero esta era distinta.

La gente quería esa droga, la ansiaba y yo había sido tan tonto como para ofrecérsela a su vez a un nuevo socio al que había querido impresionar.

Ahora mi socio me tenía cogido por las pelotas.

No tenía droga y la maldita bruja se negaba a volver a fabricármela.

Ya había perdido la cuenta de los brujos a los que había contratado para que la fabricaran y todos los intentos habían sido infructuosos

Un completo desastre, eso era lo que habían sido todos los intentos que había hecho para conseguir la misma droga que me había comprometido a conseguir de nuevo.

Solo había logrado muertos y que la maldita brigada de ángeles se entrometiera y frustraran todos los intentos que había hecho para que la maldita y terca bruja cambiara de idea. Nada había funcionado.

Y encima los ángeles se habían dedicado a investigarlo, a hacer registros en todos mis garitos y a desmantelar todos mis negocios.

Pero se acabó.

Pensaba conseguir su atención de una vez por todas.

No había funcionado ninguno de los intentos de asustarla que había llevado a cabo.

Ni con ella ni con su empleada.

Y ya había llegado a la conclusión de que no iba a dejar que una maldita niñata se riera de mí.

Le había pagado mucho más dinero de lo que solía pagar a ninguno de mis proveedores y le había ofrecido muchísimo más dinero por repetirlo y ella no solo se había negado, es que incluso se negó a contestar todos los intentos que había hecho por ponerme en contacto con ella.

Ya se acabó el esconderse.

Yo era Simón El negro, conocido narcotraficante de la ciudad de Chicago y alrededores. Era el rey de las drogas en la ciudad y nadie, nunca, se había negado a trabajar para mí.

Le iba a demostrar a esa bruja inconsciente que nadie jugaba conmigo y a su amigo, el ángel, le demostraría que por muchos registros que hiciera en mis locales, no iba a poder desmantelar mi negocio.

Tenía los brazos muy largos y llegaba a muchos más sitios de los que pensaba.

Miré la ciudad a mis pies.

Había vuelto la noche anterior para llevar un intenso control, en persona, para volver a levantar los negocios dañados de muerte desde el último registro policial. O eso pensaban los ángeles.

Iba a demostrarles a todos que cuando yo golpeaba lo hacía mucho más fuerte que los ataques a los que había sido sometido últimamente.

Cogí el teléfono del bolsillo. Me senté cómodamente en el sillón de mi despacho y esperé a que cogieran el teléfono al otro lado.

—Sí… No, todo va bien. Yo me encargo de eso, te llamo para otra cosa. Quiero que vayas a Nueva York…

Después de hablar con uno de mis hombres, me quedé mirando el cielo que se clareaba en el este, según empezaba a amanecer.

Suspiré satisfecho.

Después de mi movimiento esperaba que la bruja cambiara de opinión. De hecho, estaba seguro de que así sería.

Ya me había cansado de esperar una respuesta.

Se decía que, si Mahoma no iba a la montaña, la montaña iba a Mahoma, y eso era justo lo que pensaba hacer

Debía asegurarme de que Mahoma aprendía por fin la lección de que nadie, nunca, me decía que *no* en un negocio,

Estaba claro que ella no sabía bien con quién se había metido cuando aceptó el primer trabajo.

Me avisaron de que había llegado alguien a verme.

—Dile que pase.

Esperé a que Ryder, el exmarido de Kate, la amiga de la bruja que tantos dolores de cabeza me estaba dando, entrara a darme las excusas que sabía que iba a poner, ya que el inútil del brujo de agua no había conseguido nada de lo que le había pedido.

Entró en mi despacho con el temor pintado en el rostro.

Bien, no pensaba andarme por las ramas. No estaba de humor esa mañana. Estaba acostumbrado a que las personas que trabajaban para mí fueran eficientes y últimamente solo me encontraba excusas ante los fallos imperdonables de mis trabajadores.

—¿Qué coño ha pasado? —Antes de que me diera excusas, le aclaré—: Y ahórrate las excusas.

—Las dos veces que he podido acercarme a ella estaban los ángeles allí.

Eso ya lo sabía.

Después de su primera negativa a volver a fabricar la droga y del aviso que les dieron a las dos brujas, habían estado bajo una vigilancia exhaustiva por los ángeles de la ciudad. Ya sabía lo difícil que estaba siendo acercarse a ellas.

Ryder era su exmarido y cuando le di las drogas para su propio consumo y se me ocurrió que trabajara para mí en pago por el material, dado el parentesco entre él y la trabajadora de Bibian, esperaba que pudiera acercarse a ella o incluso al niño con relativa facilidad, y al parecer todo había sido inútil.

—Eres el padre del niño, debería haber sido fácil para ti acercarte a ella.

—Ya, pero como no he tenido contacto con Kate para ver al niño en todos estos años, ha hecho disparar sus alarmas.

—Ya veo.

Cómo odiaba a los padres que no se preocupaban de sus retoños. Creo que lo mínimo que un hombre puede hacer es preocuparse de que a sus hijos no les falte de nada.

El tema de las mujeres es otra historia. Pero los niños no tienen culpa de que sus padres dejen de quererse o lo que sea que sentían cuando decidieron traer a un niño al mundo.

—Pues arréglalo. —Ryder volvió a mirarme con el miedo en sus ojos—. Y no quiero más excusas —le advertí con frialdad.

—Ya…, pero…

—¿No eres su padre? Pues exige tus derechos y tráeme al niño.

Lo vi tragar con fuerza y asentir resignado con la cabeza. Lo que fuera que pensaba decirme, pareció habérselo pensado mejor.

Así me gustaba. Que la gente estuviese dispuesta a cumplir con lo que prometían.

Nadie me dejaba colgado.



BIBIAN

Recorrimos el castillo sin saber bien todo lo que nos podíamos encontrar, al fin y al cabo, era un castillo encantado. Entramos juntos hasta en las mazmorras. Sí, el castillo tenía mazmorras que al parecer hacía mucho tiempo que no se usaban.

Menos mal.

Visitar un lugar así me recordaba los días pasados en la Torre Oscura y esos recuerdos me daban escalofríos.

Tenía una biblioteca con miles de libros de todo tipo ubicados en inmensas librerías que recubrían las gigantescas paredes de la vieja sala, de pared a pared.

Decidí que esa sería mi habitación preferida en todo el tiempo que estuviera allí metida.

No sabíamos qué iba a pasar en los próximos días.

Me enteré de que Asier y todos los ángeles habían hecho, días atrás, la redada más grande jamás hecha a todos los narcotraficantes de la ciudad.

Yo sabía el por qué ahora se centraba en ellos, pero eso evidentemente iba a provocar una reacción, sino de todos los narcotraficantes de la ciudad, sí lo iba a hacer del Negro, que sentiría ese golpe como una venganza directa por todo lo que me habían hecho a mí, y Asier lo sabía, por eso se empeñaba en mantenernos allí dentro sin dejarnos salir a la calle.

Incluso arregló que el crío recibiera clases individuales de una joven bruja que venía al castillo todos los días.

Buscamos una habitación soleada en un ala del castillo que no se usaba, de las que había totalmente abandonadas, ya que el castillo era inmenso, para montar mi laboratorio y poder

seguir trabajando en mis peticiones de pócimas y ungüentos medicinales.

Así que nuestros días estaban basados en trabajar por las mañanas principalmente y por las tardes pasaba algunas horas estudiando algunos libros de magia que había encontrado en la biblioteca y que Asier reconocía no haber visto nunca.

Tenía plena libertad para hacer en el castillo todo lo que quería. Usar las habitaciones que había sin ningún tipo de limitaciones.

El único inconveniente es que no podía salir a la calle.

Ni siquiera podía ir a ver a mi hermana.

Al parecer el tratamiento no estaba funcionando bien y la tenían aislada, así que no podía ir a verla. Hablar por teléfono con ella todos los días solo conseguía dejarme más preocupada todavía al notar cómo su luz se comenzaba a apagar poco a poco y no podía hacer nada por evitarlo.

Unos días después de empezar a vivir allí llamaron a la puerta.

Algo totalmente inaudito, ya que como todo el mundo sabía quién vivía allí, nadie osaba ir a molestarnos.

—¿Están llamando?

Kate me miró sorprendida.

Martin miró a la puerta como si pudiese ver quién estaba allí.

El duende solía pasar todas las mañanas con nosotras mientras trabajábamos tranquilamente sin que nadie nos molestase.

Los ángeles pasaban fuera casi todo el día. Solo venían después de sus horas de trabajo, casi a la hora de cenar.

Como el castillo estaba encantado nadie podía entrar en él, así que se suponía que estábamos a salvo.

—Problemas —murmuró Martin y se quedó mirando al lugar donde estaba la puerta de entrada, una planta por encima.

Me sorprendía lo poderoso que era para ser tan pequeño. Sobre todo, tenía una percepción especial para oler los problemas y, para mi sorpresa, tenía un extraño vínculo conmigo desde que pasamos en la Torre Oscura esos días que seguían siendo un completo misterio para mí, que seguía sin recordar absolutamente nada de lo que pasó allí.

—¿Sabes quién es?

Kate lo miró sorprendida.

Volvieron a llamar al timbre, esta vez con más insistencia.

—Hechiceros de la Torre Oscura.

Su mención me heló la sangre. Miré a Martin, que parecía haberse quedado pálido.

—¿Tenemos que abrir?

Que Kate me mirara como si yo tuviese la respuesta me puso aún más nerviosa.

Yo no quería volver a verlos, aunque supuse que no tenían, de nuevo, motivos para venir a por mí de nuevo. ¿O sí?

—¿Vienen a por mí? —susurró Martin bajando la voz a un susurro, como si pudiesen oírlo desde la puerta.

—No lo sé.

Para nuestra sorpresa, la puerta de la habitación donde estábamos trabajando, que olía a tierra y a flores, se abrió con un pequeño chirrido, lo que nos indicó con claridad que la casa pensaba que teníamos que ir a atender a nuestros invitados.

—Escóndete y no salgas oigas lo que oigas, ¿me oyes?

Martin salió volando hacia arriba y Kate me cogió la mano para intentar darme fuerzas.

El timbre de la puerta sonó mucho más alto, así que nos obligamos a ir a ver qué se suponía que querían.

La enorme puerta de entrada se abrió sin hacer ningún ruido, aun siendo de madera oscura y gigantesca, como era todo el castillo.

No sé quién se quedó más sorprendido, si nosotras al ver a los tres hechiceros vestidos de negro y con gesto adusto que esperaban en la puerta, o ellos al vernos a nosotras dos.

—Señorita Bibian Shade —me saludó uno de los hechiceros que me miró sin disimular la sorpresa en su rostro. No recordaba haberlo visto con anterioridad—, usted es la última persona que esperaba encontrar aquí.

Las miradas especulativas de los tres hombres me erizaron el pelo del cuerpo, no me fiaba de ellos y la sonrisa torcida que me dirigió el mayor de ellos me obligó a no cerrarles la puerta en las narices.

—¿Qué desean?

No pensaba dejarlos entrar.

—Veníamos a hablar con el capitán.

—El capitán no está en casa —le dije con frialdad, el hombre me miró pensando si le estaba mintiendo. Me erguí y lo miré intentando disimular mi miedo, no iba a permitir que intimidaran… otra vez.

—Queríamos hacerle unas preguntas —dijo otro de los hombres dando un paso adelante.

—Vayan a la comisaría, allí es donde encontrarán al capitán.

—También queremos hacerle unas preguntas a usted —me soltó el primer hombre que tenía los ojos de un azul tan claro que parecían despintados y su cara pálida no ayudaba a mejorar la impresión de enfermo que daba.

El terror hizo que mis manos comenzaran a sudar.

¡Otra vez no!

—¿Podemos pasar para no mantener esta conversación en la puerta?

La casa me indicó con claridad que no eran bienvenidos, la puerta se cerró tras nosotras dejándonos a todos en la calle. Ellos al parecer también presintieron que no eran bienvenidos.

—Lo siento, pero tendrán que esperar a que el capitán este en casa…

Empezaba a tener tanto miedo que tenía que hacer grandes esfuerzos en no tartamudear, como solía pasarme cuando me ponían nerviosa. Un dolor en el pecho me indicó que debía respirar hondo y tomármelo con calma.

—¿Sabe que podemos volver a llevárnosla a la torre para interrogarla?

¡Oh, por favor! ¡Otra vez no!

—¿A mí, por qué? ¿Qué es lo que quieren?

—Saber dónde está el duende.

Martin lo sabía y gracias a sus palabras pude disimular y no demostrarles lo que me sorprendía por sus palabras.

—¿Qué duende?

No sabía si ellos podían oler mi miedo. De repente me vino a la mente lo que me habían hecho en esos días que mi cerebro se había negado a recordar lo que había sucedido.

—Ya sabe de qué duende hablamos —me ladró de malos modos el de los ojos azules desvaídos.

—Tenía entendido que los duendes se habían extinguido por completo.

Kate debió notar mi miedo, porque fue ella la que les contestó, evitando así que yo tuviera que hacerlo, y dándome algo de tiempo para que me recuperara.

—No se haga la tonta con nosotros. Sabemos que ustedes lo ayudaron a escapar.

—No sé de qué me habla… Tendrá que hablar con Asier.

No tenía ni idea de qué podía hacer para que se marcharan.

La casa se estremeció, algo que pareció indicar de nuevo que no eran bienvenidos. Un sonido hueco y aterrador brotó del interior y los brujos se miraron preocupados. La puerta volvió a abrirse indicándonos a nosotras que debíamos entrar ya.

—Dígale al capitán que volveremos, y la próxima vez no nos iremos con las manos vacías.

La puerta se cerró tras ellos, yo me dejé caer en el suelo y me coloqué en posición fetal, recordando todos los horrores que había sufrido allí encerrada y que mi cerebro había intentado olvidar por encima de todas las cosas.

Entraron en mi mente para enterarse de lo que querían saber.

De repente podía sentir esos hilos negros y fríos metiéndose en mi cabeza para revisar mis recuerdos

Gemí en voz alta cuando volví a sentirlo todo de nuevo.

El dolor era brutal.

El frío y el dolor volvieron con toda la intensidad para torturarme de nuevo.

—¡Bibian! ¡Bibian! ¿Qué ocurre?

Noté las manos de Kate intentando levantarme del suelo, pero yo solo podía sentir el dolor de mi mente. Mis recuerdos siendo violados y pisoteados por esos retazos de oscuridad que solo dejaban dolor a su paso.

—Voy a llamar a alguien, Bib. ¡Me estás asustando!

Yo solo gemí más fuerte y me tapé la cara con las manos intentando evadirme de las que intentaban entrar en mi mente de nuevo.



ASIER

Presentía que algo pasaba desde antes de que me llamara Kate.

La casa me avisaba de que volviera pronto.

Visitas inesperadas.

Peligro.

¡Bibian!

Todo eso me había llegado por el lazo que tenía con la casa, pero que me llamara Kate me hizo salir pitando.

No podía decirme qué le pasaba, solo que parecía estar sufriendo un gran dolor y eso me hizo salir disparado sin importarme demasiado todo el trabajo que tenía pendiente.

No sabía qué me unía a esa bruja en particular, pero no era solo atracción sexual.

De hecho, me costaba mucho quitármela de la cabeza para poder realizar mis tareas diarias en la comisaría.

Era una necesidad imperiosa de protegerla y mantenerla a salvo, aunque ella parecía tener una facilidad asombrosa para buscarse problemas.

La puerta del balcón se abrió cuando llegué y la casa me indicó con claridad dónde estaba Bibian.

No sabía bien qué iba a encontrarme, pero no esperaba lo que me encontré.

Bibian emanaba un dolor tan profundo que me golpeó antes siquiera de poder verla.

Estaba tirada en el suelo y Kate estaba sentada a su lado, acariciándole el pelo, en un intento de indicarle que estaba allí con ella; que no estaba sola.

Martin revoloteaba nervioso a su alrededor.

—Bibian.

Me arrodillé a su lado e intenté bajarle las manos para poder mirarla. Se negó a que la tocara y se encogió ante mi tacto, como si le doliera.

Me sorprendió mucho, ya que normalmente mi tacto solía calmar a la gente.

—¿Qué ha ocurrido?

Intenté cogerla por debajo de las rodillas para levantarla del suelo, que debía estar helado, pero gritó e intentó apartarse de mí, arrastrándose.

—Han venido los hechiceros de la Torre Oscura, buscándote.

—¿Qué? —miré a Kate sorprendido.

En los casi cuatrocientos años que llevaba en Chicago, jamás había tenido contacto con ellos excepto cuando fui a rescatar a Bibian. Lo dicho, facilidad para meterse en problemas era lo que parecía tener esa mujer.

—¿Sabéis lo que querían?

Cogí a Bibian asiéndola con fuerza, para evitar que se me escapara de nuevo, y la sujeté contra mi pecho mientras me dirigía a su habitación intentando buscar un poco de privacidad para hablar con ella.

—Venían buscándome a mí.

Miré a Martin y lo entendí todo. Ellos sabían que yo lo había sacado de la cárcel.

—Te dije que iba a ocurrir esto. —Lo miré unos segundos antes de pasar por su lado con una temblorosa Bibian en mis brazos que no dejaba de gemir—. A ver cómo lo arreglamos ahora.

—Le han dicho que pueden volver a apresarla y llevarla a la Torre para interrogarla sobre mí, por eso se ha puesto así.

Entendí lo que le pasaba. Parecía haber recordado lo que en su momento supuse que le había ocurrido, un hechizo para olvidar, y al parecer el mero hecho de volver a verlos y mencionarlo había hecho que ella que se rompiera y que recordara de golpe lo que le hicieron allí dentro.

Yo había oído la manera que tenían los hechiceros de interrogar a la gente, no me extrañaba que Bibian reaccionara así ahora que lo había recordado.

—Yo me encargo de ella. Kate —Me volví a mirarla antes de seguir hasta su habitación—, ¿puedes traerle algo de beber que la ayude a calmarse?

—Claro, voy en seguida.

Entré en su habitación, donde la casa ya había encendido la chimenea y un alegre fuego comenzaba a caldear el frío ambiente. La luz también se encendió con una tenue iluminación para no molestarla demasiado.

Me senté con ella en la cama y la ayudé a tumbarse, aunque se quedó en posición fetal y no conseguí que se relajara. Me tumbé tras ella y la abracé. Podía sentir su corazón golpear con fuerza en su pecho por el miedo y no pude evitar preocuparme al recordar su dolencia cardíaca.

—Bibian, ya está. Ya se han ido —le susurré al oído para asegurarme que me oía—. Todo está bien, ya no pueden hacerte daño.

Suspiró más fuerte. Esperé a ver si se calmaba mientras le hablaba al oído

—Eres mucho más fuerte que ellos. Ya no pueden hacerte daño, ya pasó todo.

—El dolor… —susurró mientras se estremecía junto a mí.

—Sé que te dolió, pero ya pasó todo. Estás a salvo. No voy a dejar que vuelvan a hacerte daño.

Esta vez cuando intenté cogerle la mano y ella me dejó, enlacé mis dedos con los suyos.

Estoy aquí. Estoy contigo.

Sentí su mano pequeña temblar entre la mía, mucho más grande.

—No voy a dejar que te vuelvan a hacer daño.

Le besé el cabello e inhalé con fuerza al tener su coronilla bajo mi nariz.

—¿Lo prometes?

Sonreí al oír su voz, que me susurraba. Sus temblores habían menguado un poco y se relajó entre mis brazos.

—Te lo prometo. No voy a dejarte caer, ¿recuerdas?

Solo asintió y se acurrucó entre mis brazos.

—¿Vas a entregarle a Martin?

Sabía que la aparición del duende a mi vida solo iba a traerme problemas, igual que supe que Bibian iba a cambiarla el día que la conocí, pero no quería alejar a ninguno de los dos de ella.

Estaba dispuesto a enfrentar esos problemas cuando llegaran.

No sabía cómo, pero el enano se había adaptado muy bien a todos en la casa y ahora no me sentía capaz de devolverlo a la Torre sabiendo lo que volverían a hacer con él. Además, Bibian estaba extrañamente unida al duende y no quería darle disgustos si estaba en mi mano poder evitárselos.

Kate entró en la habitación y le indiqué con la cabeza que ya no parecía ser necesario.

—No, creo que por ahora se quedará con nosotros.

Su suspiro de alivio no me pasó desapercibido.

—¿Tendrás que enfrentarte a ellos?

—Yo no tengo obligación de acatar ninguna orden, ni de ellos ni de nadie. No acato órdenes, Bibian, pero si voy a hablar con los hechiceros evitaré que vuelvan a importunarte otra vez.

—¿Sabes lo que hacen cuando interrogan a la gente?

Podía volver a oler su miedo, que había vuelto con fuerza, así que me limité a abrazarla más fuerte para intentar transmitirle seguridad.

—Sí. Hace tiempo que lo sé.

No quise contarle nada más. Quería que ella fuera la que me dijera lo que le habían hecho durante el tiempo que estuvo encerrada.

—No sé cómo, pero mientras te hacen preguntas entran en tu mente para poder saber de primera mano si les estás mintiendo. Hurgan en tu cabeza viendo tus recuerdos para enterarse de tus secretos. El dolor es tan intenso que crees que te van a reventar la cabeza. Y lo peor de todo, es que no puedes hacer absolutamente nada por evitarlo.

Se volvió a estremecer indicándome con claridad el miedo que decía haber sentido ante ese interrogatorio.

—Es un dolor como ningún otro. Es como si destruyeran una parte íntima y personal de tu interior que de repente ya no es así, porque alguien es capaz de entrar en él y conocer todo lo que guardas en lo más profundo de ti. Lo que no sé es cómo pude olvidar lo que me hicieron.

—Tenías un hechizo de olvido que ha debido romperse al verlos de nuevo.

Ya lo sospechaba cuando no dio señales de que recordase lo sucedido cuando la rescaté. Sabía lo mucho que decían que dolían esos interrogatorios y ellos sabían de alguna manera que ella estaba ligada a mí, así que decidieron intentar que ella lo olvidara para que yo no me enterara del trato que había recibido. La rabia bullía en mi interior y apenas era capaz de mantenerme con la sangre fría lo suficiente como para no ir y destruir esa maldita Torre, piedra a piedra.

—¿En serio?

Intentó volverse para poder mirarme, pero me di cuenta de que me gustaba tenerla entre mis brazos.

—Quédate un poco más así, ¿quieres? Necesito abrazarte.

Casi podía ver la sonrisa en su cara, sonreí a mi vez.

—Vale, si me lo pides así…



BIBIAN

Volver a sentir su olor y sus fuertes brazos rodeándome de nuevo hacía que mi cabeza diera vueltas. Podía sentir su cuerpo apretado a mi espalda y recordé su sabor en mi boca, intenso y salado cuando se corrió y ni siquiera me di cuenta cuando saqué el culo para restregarme más contra él.

Inmediatamente sentí su polla crecer y él gimió en mi oído, lo que me hizo sonreír con perversidad.

Saber que tenía ese poder sobre él me hacía sentirme poderosa.

—Para —me susurró en el oído, pero él tampoco hizo nada por separarse de mí. De hecho, Asier presionó su polla ya erecta sobre mi culo, apretándome la tripa con las manos para indicarme que sacara más el trasero.

Lo hice mientras mis bragas se humedecían de inmediato.

¡Joder!

Necesitaba más fricción o menos ropa, lo primero que pudiera conseguir.

Me volví para poder lanzarme a su boca, que me recibió sujetando mi cara con sus manos mientras su lengua se encontraba con la mía en un beso que nos hizo chisporrotear como un cable pelado.

Saqué la camisa de sus pantalones para poder tocar sus abdominales y pasear las manos por todo ese cuerpo cincelado y perfecto.

—Bib, por favor, para.

Asier se retiró de mi boca, dejándola huérfana de golpe y cogió una bocanada de aire

intentando controlar la pasión que prometía desbordarse entre nosotros.

Sobre todo, si seguía bajando las manos para agarrarme a su polla, que supe que me moría por poder acariciar.

—No quiero parar. —No me importaba su tono de sufrimiento, sabía que me deseaba tanto como yo lo deseaba a él.

—No sabes lo que puedes provocar, brujita —me dijo mordisqueándome la oreja para excitarme aún más de lo que ya estaba—. No podemos follar, ¿recuerdas? Intento cuidar de ti y protegerte de mí mismo.

—No quiero que me protejas. —Me subí a sus caderas mientras él gruñía y las elevaba para conseguir mejor fricción—. Necesito que me folles ahora.

—¿Boca o dedos?

No me dio tiempo a contestarle. De un movimiento brusco volvió a tumbarme en la cama para levantarme el vestido y volver a romperme las bragas de un fuerte tirón, me abrió de piernas con brusquedad y enterró su boca en mi sexo en caricias bruscas e intensas. Su barba de una semana me rozaba el interior de los muslos en una caricia tan sexy e íntima que me hizo humedecer aún más.

Su lengua me lamía de manera tan intensa que prometía lanzarme a las estrellas si no aflojaba el ritmo. Cuando se centró en succionar mi clítoris me hizo tensarme y gemir con fuerza.

—Aún no —dijo levantando la cabeza para darme un respiro. Sopló en mi sexo para volver a lamerme de punta a punta con más cuidado, haciéndome sentir mil sensaciones distintas. Comencé a mover mis caderas bajo su boca para acomodar mis movimientos a cada pasada de su lengua y pensé que podía morirme así y moriría intensamente feliz.

Cuando metió dos de sus dedos en mi vagina para volver a lamerme el clítoris en movimientos circulares me tensé y cuando sus dedos comenzaron a follarme con fuerza mi cuerpo saltó a ese mundo de placer que él me mostraba de manera tan generosa.

¡Dios, sí, sí!

—Creo que Dios no ha tenido nada que ver en esto.

Me di cuenta de que lo había exclamado en voz alta. Su tono divertido me arrancó una lenta sonrisa saciada y satisfecha.

Asier levantó la cabeza para mirarme con ojos atormentados, pero con un brillo orgulloso difícil de disimular.

Podía sentirse más que satisfecho de lo que conseguía con esa boca y esos dedos mágicos que tenía.

Pensar en lo que sentiría cuando me follara de una vez por todas me hizo gemir de anticipación.

Intenté desabrochar sus pantalones para darle el mismo placer, pero me retiró las manos con decisión.

—No, Bibian. Por favor. —Su tono atormentado me detuvo de inmediato—. Si me desabrochas los pantalones ahora, no me bastará solo con follarte la boca, necesito hundirme en ti y ya sabemos que eso no podemos hacerlo.

—Pero…

—Por favor…

Se levantó y se marchó de la habitación con rapidez. Segundos después oí la ducha de su habitación.

No pude evitar sentirme mal.

No era justo atormentarlo como estaba haciendo con él.

¿De verdad era tan drástico ser la pareja de un ángel?

Tenía que reconocer que Asier me gustaba, mucho, pero yo me conocía lo suficiente como para saber que nunca iba a sacrificar mi vida y mi libertad por nadie, así que no podía hacerle eso a un hombre como él. Por mucho que me hiciera perder la cabeza cada vez que lo veía.

Mi vida era un completo lío cuando decidí darme una ducha y bajar a comer. Suponía que Kate debía estar preocupada por mí.

Había perdido un poco la noción del tiempo desde que habíamos tenido la visita de los hechiceros por la mañana.

Esperaba que no intentaran llevarme a declarar de nuevo por el tema de Martin porque ya sabía a qué me enfrentaría y pensaba que no podía volver a soportarlo de nuevo.

Me sorprendió que estuviesen en el comedor Mika y Miguel sentados a la mesa, esperando a que llegáramos los demás a comer.

Kate llegó con el niño, que venía dando saltitos por el pasillo y Asier me miró con tanta intensidad cuando me senté frente a él, que me hizo tragar saliva nerviosa. Noté el sonrojo en mi rostro y orejas.

La mirada entre nosotros no debió pasar desapercibida por el resto de los ángeles, ya que Mika nos miró a ambos con atención, como si pudiera saber lo que pasaba entre nosotros.

Miguel, por el contrario, me miró a mí como culpándome de algo que ni yo misma era capaz de asumir entre nosotros.

—¿Te sientes mejor?

Agradecí a Kate que interrumpiera las conversaciones silenciosas que parecían tener entre todos los ángeles y que me estaban haciendo sentir muy incómoda.

—Sí, gracias.

—Gracias, Bib, por no haberme denunciado ante los brujos de la Torre.

Martin me miró con seriedad mientras comía sentado a mi lado.

—Nunca podría hacer eso. —Y era verdad. Con lo que sabía que eran capaces de hacerle a la gente para interrogarlos, no entendía cómo Martin había podido sobrevivir allí encerrado tantos siglos sin haberse derrumbado todavía.

—Los duendes somos inmunes a su magia —me declaró él con una sonrisa divertida, como si hubiese estado disfrutando de que ellos no pudieran conseguir su objetivo con él—. Así que en castigo por no poder hacerme sufrir, me encerraron allí abajo y tiraron la llave. Los hechiceros son unos seres oscuros y vengativos, ¿lo sabías? No me importan que sean brujos como tú, y no intentes disculparlos porque no tienen disculpa —soltó como si tal cosa y siguió comiendo con calma.

—Aquí estarás a salvo, enano. —Me extrañó el tono cariñoso con el que Miguel se refirió al duende—. Nadie podrá volver a encerrarte.

—Pero querrán que vayas a declarar a la Torre. No van a dejar pasar su desaparición —solté preocupada.

Asier me miró para tranquilizarme.

—Iré a declarar, no te preocupes por eso.

Tragué saliva sin poder ocultar mi preocupación.

—Pero ellos querrán saber… Te obligarán…

—Bibian —Me tomó la mano y me la apretó para tranquilizarme. El tacto de su piel lo consiguió de inmediato—, no te preocupes por eso. Los ángeles somos inmunes a ese tipo de magia.

—¿Estás seguro?

Que el resto de los ángeles sonrieran divertidos, me hizo darme cuenta de que sí sabían a lo que se iban a enfrentar.

—Estoy seguro. No dejaré que vuelvan a venir aquí y asustaros. —Me quedé sin poder decir nada más—. No permitiré que vuelvan a hacerte daño, Bib, confía en mí.

Ya confiaba en él. De hecho, para mi sorpresa, me di cuenta de que nunca había confiado en nadie como en él.

Y esa verdad aún consiguió hacerme sentir peor por todo lo que pasaba entre nosotros y lo hacía sufrir de esa manera.



BIBIAN

Me senté en la biblioteca después de comer.

Asier salió a hablar con los hechiceros de la Torre, según nos contaron el resto de los ángeles que se habían quedado en el castillo.

Yo estaba demasiado nerviosa para quedarme sin hacer nada, así que me puse a revisar un poco los libros de magia que había encontrado en la biblioteca.

Que Miguel entrase detrás de mí cuando ninguno de ellos había venido a la biblioteca en el tiempo en que estábamos viviendo allí, me puso sobre aviso.

—¿Buscando algo que leer?

Me sonrió y se dirigió directamente a la zona de novela histórica.

Lo miré en silencio mientras él ojeaba los libros con lentitud y andaba tranquilamente por las estanterías repletas de libros.

El fuego de la chimenea chisporroteó con fuerza al quemar algún nudo de la leña y ambos la miramos.

—¿Puedo preguntarte una cosa en confianza, Bib?

Algo me decía que no había venido a buscar ningún libro.

—Claro.

Dejé el libro que estaba mirando y me centré en él, que se acercó a mí con lentitud. Sus alas de color hueso brillaron enrojecidas al reflejo del fuego.

—No sé muy bien cómo preguntarte esto.

Se rascó la barbilla algo incómodo.

—¿Tiene que ver con Asier?

No tenía sentido darle vueltas al tema, cuando ya suponía de lo que quería hablar conmigo.

—En realidad, sí. ¿Qué sabes del juramento vinculante que hizo él?

Pensé en lo que él me había contado estos días atrás.

—Sé que al dejar a su familia en el cielo juró odiar a todas las brujas hasta el fin de los días.

—¿Y lo que sucedería cuando lo rompiera?

Tragué saliva antes de contestarle. Ya no tenía muy claro a dónde quería llegar.

—Sé que se forjará un lazo vinculante si mantiene sexo con una bruja, ¿no?

—Bueno, tiene que estar enamorado de esa bruja, principalmente.

Intentaba decirme que él estaba enamorado de mí. No me había hablado de amor, lo nuestro era solo sexo. O principalmente sexo. O eso creía yo.

—¿Puede mantener sexo con una bruja sin romper el juramento?

—Sí. Solo que Asier siente por ti mucho más de lo que quiere hacerte ver.

—¿Y eso por qué?

—¿Lo amas?

¿Yo? ¿Lo amaba? Posiblemente no. Estaba completamente encoñada con él, con su cuerpo magnífico y con el morbo que me producía, pero ¿estar enamorada?

—No, creo que lo que ambos sentimos por el otro no tiene nada que ver con el amor y sí mucho con el sexo.

—Es una pena, ¿sabes? Él más que nadie merece ser feliz y tener a una persona que lo quiera y se preocupe por él. Lleva solo demasiado tiempo preocupándose de todos los demás y merece que alguien también se preocupe por él de vez en cuando.

Algo se encogió en mis tripas. Estaba totalmente de acuerdo. Merecía que alguien lo quisiera mucho y yo tenía demasiado miedo de una relación como se forjaría entre nosotros si al final nos acostábamos.

—Sí, creo que tienes razón.

—He visto cómo os miráis —continuó el ángel—, y creo que solo tenéis miedo, los dos. Al final pasará lo que tenga que pasar entre vosotros —Eso ya lo sabía—, y creo que por mucho que los dos lo evitéis, al final vuestros sentimientos saldrán a la luz y pondrán las cosas en su lugar.

No pude decirle nada al respecto, porque en el fondo pensaba que tenía razón.

—Bien, creo que al final leeré el Conde de Montecristo, es un clásico que siempre me ha gustado mucho.

Se dirigió exactamente al lugar donde se suponía que estaba el libro, lo cogió y salió silbando una canción.

Yo me quedé allí, dando vueltas a nuestra extraña conversación.

Que me llamara mi exmarido sí que fue una sorpresa.

Me quedé mirando el teléfono esa misma noche, minutos antes de la cena, cuando la pantalla se iluminó en silencio por tenerle el volumen quitado.

No había sabido nada de él desde la visita que le hice con el capitán meses atrás, así que me levanté de la mesa para intentar tener algo de intimidad.

No me pasó desapercibida la mirada que me lanzó Asier, preguntándose quién coño me llamaba a esas horas.

—¿Zacarías?

—Hola, Bibian, perdona que te llame a estas horas. ¿Te pillo ocupada?

Miré hacia atrás pensando en que todos me esperaban para cenar.

—No, dime.

—He estado en tu casa y la he encontrado vacía, por eso te llamo. ¿Va todo bien? ¿Mónica está bien?

—Sí, ella está bien —O eso esperaba, al menos—, he tenido algunos problemas con El Negro y estoy fuera de casa unos días.

—Por Dios, ten cuidado con esa gentuza, Bib. Ya te lo dije, no debías haberte mezclado nunca con gente así.

—Ya…, bueno… —Demasiado tarde.

No tenía ganas de una bronca suya a esas horas.

—Al grano, necesito que me vuelvas a fabricar drogas para el fumadero, ya sabes.

Suspiré con fuerza.

Él era un importante cliente con el fumadero, pero ahora era muy mala época para fabricarle drogas. Dudaba mucho de que Asier viera con buenos ojos que me pusiese a fabricarlas de nuevo, aunque no fuera como la otra.

—Ahora no puedo trabajar en eso, Zac. Estoy fuera de mi casa un tiempo.

—Por favor, nena, lo he alargado lo máximo posible, ya lo sabes, pero necesito que vuelvas a fabricarme una buena cantidad de todas. El negocio comienza a resentirse si no dispongo de las drogas para los clientes, ya lo sabes.

—Bibian, ¿va todo bien? —La voz de Asier me sobresaltó.

Me volví a mirarlo y no supe el tiempo que llevaba parado detrás de mí. Por su cara, supe que no estaba precisamente contento, así que supuse que había oído la conversación con mi exmarido.

—Sí, acabo en un segundo.

—Se va a servir la cena en unos minutos.

¡Joder!

—Lo sé, voy en seguida, de verdad. Es un tema de trabajo.

Se marchó sin decirme nada más así que intenté acabar esa conversación.

—Escucha, veré qué puedo hacer, ¿vale? Te digo algo en cuanto pueda.

—Vale, gracias, Bibian. Eres un amor, sé que no me dejarás tirado.

¡Claro! Tú méteme más presión todavía.

—Vale, tengo que dejarte Zac. Adiós

La mirada que me lanzó Asier me indicó claramente que no le había gustado que mi exmarido me llamara por teléfono.

Pero era mi trabajo, así que sin importarme nada más, pensaba ayudar a mi exmarido en cuanto pudiera.

Para eso estaban la familia y los amigos.

Y él no debía estar celoso de eso.

Pero era justamente lo que parecía.



ASIER

Sentirme celoso por oír a Bibian hablando con su exmarido, era algo nuevo para mí.

No tenía absolutamente ningún derecho de recriminarle nada, pero era superior a mis fuerzas. Lo que había entre nosotros, aun sin ser un lazo de vinculación como tal, me hacía sentir por ella algo que hacía muchos siglos que no sentía por una mujer.

Me hacía sentir vivo y furioso por ver que había un hombre que llamaba la atención de la bruja por la que me estaba volviendo loco desde el primer día que la vi.

Que su teléfono comenzara a vibrar por la entrada de varios mensajes, no suavizó el mal humor que se había apoderado de mí cuando la oí hablando con el idiota de su marido.

La mirada que le lancé la hizo levantar la ceja en gesto rebelde.

¿Por qué no me extrañaba en ella?

Apagó el móvil, pero me miró con frialdad, haciéndome entender que ya hablaría luego conmigo sobre el tema.

¡No me conocía bien si era capaz de enfrentarse a mí justamente en ese momento!

No iba a permitirle que volviera a tener contacto con su exmarido se pusiera como se pusiera y con esa idea en la cabeza comencé a cenar sin que mi mal humor se apaciguara lo más mínimo.

No me importaron las miradas que mis hermanos me echaban de reojo, presintiendo por el vínculo que nos unía, mi estado de ánimo.

Incluso Martin me miró con las cejas alzadas.

Intenté calmarme, de verdad que lo intenté.

Bibian podía hacer con su vida lo que quisiera, pero que se me llevaran los demonios si iba a permitir que hiciese algo que la pusiese en peligro y eso incluía volver a fabricarle drogas a su exmarido.

Ni siquiera me di cuenta de que la cena había terminado y todos se levantaron para tomarse el café en el salón, sentados tranquilamente junto a la chimenea que caldeaba el ambiente bastante frío esa noche.

No me esperaba que ella se disculpara con todos y nos diera las buenas noches para marcharse a su habitación.

Me levanté tras ella.

—Asier.

Apenas oí a Mika que intentó detenerme desde el sillón junto a la chimenea.

—Ahora vuelvo. Tardo un segundo.

No estaba acostumbrado a que no se hiciera lo que le pedía a la gente que me rodeaba, ya fueran mis hermanos o en el trabajo.

Quería saber qué era lo que la bruja pensaba hacer respecto a esa llamada.

Me abrió la puerta con casi el mismo mal humor que tenía yo.

Eso me sorprendió un poco.

Nadie, nunca, se enfrentaba jamás a mí.

—¿Qué quiere tu marido?

Abrió los ojos sorprendida.

—Ya te he dicho que era una llamada de trabajo.

—Pero ¿qué quiere?

—Sabes que no tengo que contestarte, ¿no?

Era cierto, pero no podría contener mis malditos celos si no sabía lo que pasaba.

Yo era así.

Me gustaba tenerlo todo controlado y no podía hacer nada para evitarlo.

¿Qué podía decirle para que no me viese como un psicópata enfermizo y celoso?

—Por favor, Bibian.

¿Sería suficiente pedírselo por favor?

—Quiere que vuelva a fabricarle las drogas que gasta en el fumadero.

—No volverás a trabajar para él.

Su piel de repente comenzó a brillar con más intensidad y entendí que parecía ser debido a su propio enfado. Sus ojos verdes brillaban furiosos cuando se enfrentó a mí, aun midiendo veinte centímetros menos que yo.

Tuve que alabar su valor.

—Te recuerdo que no tengo que pedirte permiso para hacer absolutamente nada.

Y era verdad, pero como era un maldito bocazas celoso, no podía mantenerme callado.

—Lo sé, Bibian, no es eso.

—Entonces, ¿qué coño es?

—¿No tienes suficientes problemas encima por haber estado fabricando drogas?

—Esto no tiene nada que ver con la otra y lo sabes.

—No quiero que fabriques drogas, joder.

Comencé a pasearme arriba y abajo del pasillo sin poder estarme quieto un minuto más.

—Es mi trabajo, Asier, ¿tengo que recordártelo?

Sentía que ella intentaba contener su propio mal genio para no empeorar el mío y no pude menos que agradecérselo.

—Aun así…

—Asier —Me cogió el brazo obligándome a que me parara ante ella—, ¿cuál es el problema?

—Estoy celoso.

No tenía sentido negárselo más tiempo. No podía evitar lo que me hacía sentir.

Me miró unos segundos en silencio antes de sonreír, solo una leve curvatura de sus labios que se apresuró a esconder al verme entrecerrar los ojos de nuevo.

—¿Estás formando todo esto por un ataque de celos?

—Sí.

No me avergonzaba reconocerlo, bueno, un poco sí.

—¿Estás celoso de que trabaje con Zacarías?

—Sí. Estoy celoso de que te acerques a cualquier hombre que no sea yo. Te quiero solo para mí. Ya lo sabes.

—¿Aunque sepas que hace muchos años que dejó de provocarme mariposas en el estómago?

—Sí.

¿Iba a seguir avergonzándome mucho tiempo más?

—¿Aunque las mariposas me las provoques tú?

La miré sorprendido por esas palabras.

¿Lo estaba diciendo en serio?

—Eso parece.

—¿Así será tener una relación vinculante contigo?

Así no. Seguramente muchísimo peor.

—Posiblemente peor.

Era bueno que lo supiera.

—¿Y me dejarás hablar y explicar las cosas o te negarás en redondo a escucharme?

Mi corazón comenzó a latir más fuerte.

¿Qué quería decirme?

—No lo sé. Puedo intentar escucharte y ser comprensivo, pero no te prometo nada.

—¿Lo prometes?

¡Joder! En este momento era capaz de prometerle cualquier cosa que me pidiera.

—No soy un hombre fácil, Bibian.

Era justo que lo supiera.

—Ya lo sé. Puedo verlo en ti todos los días. De hecho, no eres como nadie a quien haya conocido antes, Asier, por eso me gustas tanto.

—¿Solo te gusto?

Me acarició la mejilla con suavidad y mi corazón sonaba tan fuerte que estaba seguro de que ella también podía oírlo.

—Bueno, podemos seguir perdiendo el tiempo, como alguien me ha hecho ver esta tarde, o podemos empezar a conocernos de manera más íntima. ¿Tú qué dices?

—¿Estás segura, Bib? Luego no podremos dar marcha atrás.

—Eso espero. Soy de las que les gusta luchar por lo que importa, Asier, y tú me importas mucho.

—Bien —De un solo movimiento la cogí en brazos y entré en su habitación, donde ya estaba el fuego encendido y en penumbra, exactamente igual que cuando me había ido de esa misma cama hacía solo unas horas—, porque a mí también me gustas mucho.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

La solté dejándola de pie junto a la cama y le acaricié el cabello pelirrojo que llevaba suelto. Era suave y espeso, extremadamente suave y olía a flores, a viento de primavera y a noches de luna llena, igual que ella.

—Aún estás a tiempo de que me vaya, Bib. Luego no te lo puedo prometer. Me haces perder la cabeza cuando te beso.

—No quiero que te vayas. Quiero que me beses.

¡Sí, joder, sí!

¿Podía ser más perfecta?

Me acerqué a ella y le sujeté la cara, como temiendo que se arrepintiera en el último segundo.

La besé con suavidad. Nuestros encuentros siempre eran rápidos e intensos, pero esa noche iba a disfrutar segundo a segundo de su boca y de su cuerpo.

Pensar que por fin íbamos a dar un paso más me secaba la boca.

—Bésame otra vez.

Me lancé a besarla de nuevo y esa vez usé mis dientes y mi lengua para saborear su boca y empaparme de su sabor, del que no pensaba volver a alejarme nunca más.



BIBIAN

Ese beso me hizo enroscar los dedos de los pies.

Sus manos se enredaron en mi cabello para acercar más nuestras cabezas y poder devorar mi boca con más intensidad

¡Besar a ese hombre era tocar el cielo con las manos!

Supuse que había tenido mucho tiempo para practicar, y pensar en que hubiese besado a nadie más me hizo sentir unos celos muy raros en mí. No era una mujer posesiva, entre otras cosas porque había estado muy poco tiempo con pareja estable, así que nunca había considerado a ningún hombre como mío.

Si pensaba en lo que significaba acostarme con Asier, hacía que la expectación fuese casi dolorosa.

Ese ángel magnífico sería mi pareja para toda la eternidad, o toda mi vida mortal que comparada con la de él iba a ser muy corta y por eso pensaba disfrutar de cada minuto.

Mis manos comenzaron a desabrochar la camisa negra que se había puesto después de la ducha de agua fría que se había dado esa tarde.

Su pecho musculoso estaba ardiendo, pero yo no podía dejar mis manos quietas allí. Quería bajar a explorar bajo los pantalones. Ya sabía lo que tenía, pero quería volver a ver esa polla fantástica de la que pensaba disfrutar intensamente.

—Bibian…

Me sujetó las manos cuando comenzaba a desabotonarle los vaqueros. Su respiración estaba igual de jadeante que la mía.

—Quiero tocarte.

—Tengo que ir con cuidado. No puedo perder el control.

Puso su frente sobre la mía e inhaló hondo intentando conseguir un poco de control sobre su cuerpo.

—No quiero que tengas cuidado, quiero que me folles…

—Nena, créeme que tenemos que ir con cuidado. La primera vez, por lo menos.

—No voy a romperme.

Miré sus ojos azules que brillaban con tanta pasión que de vez en cuando parpadeaban con el color rojo que tenía cuando perdía el control por completo.

Mi sexo se contrajo de manera dolorosa. Estaba tan mojada que sentía las bragas empapadas.

—Voy a pasarme los próximos días dentro de ti y para eso necesitamos que la primera vez ayude a que te adaptes a mi tamaño. Luego será diferente, pero no quiero hacerte daño, ¿vale?

Que intentase ser suave conmigo me enterneció. Así que no me quedó más que asentir y dejar que él tomase el control de aquella primera vez.

Cuando los dos estuvimos desnudos entendía a lo que se refería. No tenía claro que su polla entrase en mi cuerpo, pero estaba claro que no iba a ser cosa de un par de empujones.

Él se rio en voz baja cuando notó mi intensa mirada sobre su orgullosa polla que estaba en posición de firme.

—Recuerda por dónde nacen los niños. Mi polla es más pequeña.

No lo tenía claro, pero de todos modos lo deseaba tanto que solo quería que me follara de una vez.

Me lamió un pezón con suavidad mientras me acariciaba el otro con la palma de la mano.

Gemí y apreté su cabeza sobre mi pecho para que no se apartara de ahí. Su mano se metió entre mis piernas y comenzó a pasarla de adelante atrás, para extender mis fluidos.

—Estaremos mejor en la cama.

Me tumbó en la cama y se colocó sobre mí para volver a besarme, ahora con ferocidad.

Su polla caliente y palpitante me presionaba el estómago y no podía dejar de levantar mis caderas en una muda invitación.

Cuando metió primero dos de sus dedos en mi coño mojado gruñí en su boca y su beso me silenció. Pronto sumó otro de sus dedos y yo pensé que iba a entrar en combustión espontánea por el calor que comencé a sentir por todas partes.

—Dime que quieres que continúe, Bib. No voy a seguir si no me lo pides.

Su tono de sufrimiento me hizo mirarlo con atención. Sus ojos brillaban de deseo y su respiración estaba tan descompasada como la mía.

No quería que parara. Quería sentirlo dentro de mí de una vez por todas. Sus dedos seguían follándome sin perder el ritmo y levanté las caderas para darle mejor acceso.

—No pares ahora, Asier, sigue, por favor.

—Vale, voy a ir con cuidado, ¿de acuerdo? —Me miró con seriedad cuando se tumbó sobre mí—. Déjame que yo marque el ritmo, por favor.

Asentí y abrí más mis piernas para darle mayor acceso.

Comenzó a besarme de nuevo cuando su polla se fue abriendo paso en mi interior. Podía sentirla caliente y suave abriendo la piel de mi interior y esa presión insoportable me hizo gemir con fuerza. Intenté moverme para ayudarlo a entrar en mí, pero el peso de Asier me lo impidió.

—Aún no, Bib. —Estaba sufriendo. Su cuerpo comenzaba a sudar sobre el mío y su rostro mostraba tanta concentración que le acaricié el cabello negro y sedoso que le caía sobre la frente —. No quiero hacerte daño.

—No me haces daño. —No demasiado, por lo menos. Podía sentir cada vena de su polla en mi interior, y esa fricción me estaba volviendo loca. Podía sentir cómo se abría paso poco a poco en mi vagina, tan poco a poco que necesitaba moverme para provocar más fricción—. Necesito que te muevas un poco.

Me presionaba tanto que pensaba que iba a ser imposible que cupiese en mi interior entera. Hasta que Asier dejó de moverse y gimió con fuerza.

Entonces sí lo sentí entero. Sus testículos me rozaban el culo.

—Joder. —Me moví bajo su cuerpo y la fricción que conseguí nos hizo gemir a los dos.

—Dime qué estás bien, Bib, por favor.

¿Qué podía decirle?

Me sentía tan llena que pensaba que podía abrirme en canal de un momento a otro, pero, aun así, era una molestia muy agradable.

—Estoy bien. ¿Puedes intentar moverte?

Asier me sonrío antes de salir de mí un poco y volver a entrar algo más rápido.

Ambos volvimos a gemir. La fricción me estaba volviendo loca. Ni siquiera necesitaba que se moviera. Solo con sentirlo tan adentro me estaba llevando al orgasmo de una manera sorprendente.

—Asier, muévete, por favor.

Él se movió. Y cuando comprendió que no me hacía daño comenzó a moverse con más rapidez y yo solo pude dejarme hacer y gemir.

Pero, aunque notaba la tensión en su cuerpo sabía que se estaba conteniendo para no hacerme daño y yo no quería que lo hiciera, quería que se desatara por completo y se liberara. Así que levanté un poco más mis caderas, contraje con fuerza los músculos de mi vagina y eso lo volvió loco. Podía entrar aún más, completamente dentro de mí. La punta de su polla tocaba en el final de mi vagina y eso era desconcertante en el límite entre el dolor y el placer que nunca había sentido antes y que me hizo clavarle las uñas en la espalda, y él se dejó llevar por el placer que sentíamos. Ya no tenía cuidado con sus embestidas. Se volvió el animal que suponía que era en la cama y embistiéndome con fuerza me llevó a un orgasmo brutal que me alejó de la realidad por un largo momento, y segundos más tardes se corrió muy dentro de mí con un hondo gemido.

Sentí un pinchazo en mi muñeca y vi sorprendida cómo apareció un tatuaje en mi…, hasta ese momento, inmaculada piel, de una especie de pulsera con forma de enredaderas con un nombre en su interior.

Asier.

Ahí estaba nuestro vínculo.

Asier me enseñó su muñeca donde también apareció el mismo tatuaje en su piel con mi nombre en su interior.

—Ya no se puede deshacer.

Me miró con ternura, mientras aún estaba en mi interior, era difícil no sentirlo, palpitante y caliente incluso después del intenso orgasmo.

—Bien, eso espero.

Volvió a besarme, preparándome para seguir haciendo el amor durante toda la noche.

Solo pude devolverle el beso y clavarle las uñas en sus hombros cuando el placer de sus embestidas me atrapó de nuevo.

—Espero que no estés cansada, porque llevo muchos siglos esperándote y voy a tardar mucho en saciarme de ti, brujita.



ASIER

Desperté descansado y saciado, podía sentir nuestro nuevo lazo en mi corazón, y eso me hizo inmensamente dichoso.

Sabía que Bibian no era como el resto de las mujeres, al fin y al cabo, era una bruja muy poderosa, y pensaba que ambos íbamos a tener que acostumbrarnos un poco a lidiar con nuestros sentimientos.

Yo era un hombre dominante, terriblemente posesivo y territorial con mis parejas. Y sabía que ella iba a pelear con uñas y dientes conmigo y eso iba a hacer nuestra relación mucho más interesante.

Miré a mi pareja que dormía bocabajo, en la misma postura en que la dejé después de la última vez que hicimos el amor, hacía apenas un par de horas.

Su cabello naranja le tapaba casi toda la cara, dejando solo a la vista su pequeña nariz respingona y sus labios gruesos que en ese momento sonreían, posiblemente por sentirse igual de saciada que me sentí yo.

Me apetecía volver a besarla y perderme de nuevo en su coñito prieto, pero tenía cosas urgentes que hacer y, además, ella necesitaba un descanso de tanto sexo.

Llevábamos dos días sin salir de la habitación y aunque sabía que iba a necesitar muchas horas más para calmar mi necesidad de ella, iba a tener que aguantarme.

Le aparté el cabello de la cara y le besé la mejilla ahora a la vista con sus pequeñas pecas como constelaciones infinitas.

Y despertó.

Sus ojos verdes recorrieron mi rostro, visiblemente adormilado todavía, y me sonrió.

Pude jurar que mi corazón salto en mi pecho perdiendo el ritmo de los latidos unos segundos.

—Buenos días.

—Hola.

Se volvió hacia mí para darme un rápido beso en los labios, pero no pude evitar sujetar su cabeza para alargarlo.

—¿Cómo estás?

Volvió a sonreírme y se colocó de perfil frente a mí.

Me acarició el ángulo superior de mi ala y gemí en respuesta disfrutando de la sensación de

esa pequeña caricia en una zona erógena muy sensible para los ángeles.

—Me encanta oírte gemir así.

—No seas mala. Ya sabes lo mucho que me gusta que me acaricies ahí. —Volvió a besarme sonriéndome con malicia—. Tengo que irme.

—¿Vas a trabajar?

Su tono decepcionado me hizo sonreír.

—Tengo cosas que hacer, Bib. Me encantaría seguir aquí varios días más, pero no puedo alargar más la visita a la Torre Negra.

—¿Cuántos días llevamos aquí?

—Dos. Y no sé tú, pero yo me muero de hambre.

Abrió los ojos sorprendida, al parecer no se había percatado de lo larga que había sido nuestra primera sesión de amor.

—¿Dos días? ¿Estás de coña?

Me dirigí a su baño aún desnudo. Teníamos que organizar en qué habitación íbamos a dormir a partir de ahora. Esto de tener la ropa en otro lugar era un completo coñazo.

—No. Voy a darme una ducha. Puedes dormir más, si quieres.

—No, quiero ir contigo.

La sorpresa me hizo pararme en el sitio antes de llegar al baño.

—No tienes que hacer eso, Bib. No es necesario, yo hablaré con ellos.

—Sé que no tengo que hacerlo, pero *quiero* hacerlo.

Supe que si volvía a negarlo ella se emperraría más en hacerlo.

No quería empezar nuestra relación con enfrentamientos entre nosotros.

—Bib, ¿tengo que recordarte el terror que te provoca esa maldita torre?

Se pasó la lengua por los labios en un gesto nervioso. Se sentó en la cama y se apartó el cabello de la cara.

Sentada así, completamente desnuda, me hizo replantearme volver a tumbarme sobre ella.

—Bueno, quiero pensar que te gusto lo suficiente para no dejar que me vuelvan a apresar.

Aunque intentaba ser una broma, supe que ella necesitaba sentirse segura al respecto.

Volví a acercarme a ella y me senté a su lado en la cama.

—Nadie, nunca, volverá a hacerte daño sin enfrentarse conmigo. ¿Está claro?

Tragó saliva con fuerza y asintió.

Nuestro vínculo me dijo que volvía a sentirse excitada de nuevo y tuve que sonreír divertido.

—¿Te has puesto cachonda por mis palabras?

Se sonrojó cuando se dio cuenta de que podía sentir sus sensaciones a través del vínculo.

—¿No me jodas que puedes sentir eso?

No quise avergonzarla más, así que solo asentí y me dirigí al baño de nuevo.

—Puedo sentir todo lo que te ocurre y el vínculo funciona en ambos sentidos, Bib. También puedes sentir todas mis emociones.

—Bien, entonces iré contigo a la Torre. Deja que me duche contigo para ahorrar tiempo y agua.

Como era de esperar, me entretuve enterrándome en su cuerpo y tardamos mucho más tiempo del necesario en ducharnos.

Me esperaba las sonrisas divertidas de todos mis hermanos. Al fin y al cabo, llevaba dos días sin dar señales de vida.

—¿Estáis vivos?

Mika se acercó a darme un abrazo y felicitarme con un beso que agradecí, emocionado.

Kate se acercó a Bibian sonriendo divertida.

—He querido ir a rescatarte y estos no me han dejado. —Me miró largamente antes de asentir con la cabeza—. Veo que estás perfecta. Espero que la hagas feliz.

Asentí con seriedad. Por supuesto que pensaba hacerla feliz.

—Esa será mi principal función de ahora en adelante. Si me deja, claro.

—Creo que esta brujita pelirroja va a ponerte de los nervios la mayor parte del día. —Miguel se acercó y me abrazó con fuerza—. Me alegro mucho por vosotros.

Luego fue a darle un beso a Bibian y tuve que reprimir mis ganas de abalanzarme sobre él.

Martin revoloteó hasta Bibian y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Me alegro de que este patán te haga feliz. Si me entero de que la haces desgraciada tendrás que vértelas conmigo.

Me quedé sorprendido al comprobar que me lo estaba diciendo totalmente en serio. Que un insignificante duende tuviera los cojones de amenazarme a mí, me dejó sin habla. Y me di cuenta del cariño que parecía tenerle a Bibian, aun cuando hacía tan poco tiempo que se conocían.

—Bien, os agradecemos vuestras muestras de cariño, pero ahora queremos desayunar. —Miré a mi pareja—. Bib, ¿qué te apetece?

—Pasteles, por favor y un café muy grande y dulce. Ah, y donuts.

No tardó ni un segundo en aparecer lo que había pedido.

—Yo quiero huevos revueltos con beicon, café solo y tostadas, por favor.

Miré a Bibian, que se sentó y se puso a comer donuts con un hambre difícil de disimular.

—Si ella me deja algún donut, me lo comeré también. —Me senté a su lado mirándola comer sin disimular mi sonrisa.

—No te prometo nada —Me dio el medio donut que le quedaba en la mano, que me comí de un bocado.

Eso hizo que todos volvieran a sus desayunos y yo agradecí dejar de ser el centro de atención.



BIBIAN

Volver de la mano de Asier a la Torre Oscura no me provocaba el terror ciego que sentí la primera vez que entré allí, aún sin saber exactamente lo que iban a hacerme para interrogarme.

—Bibian… —Asier me apretó la mano e hizo que nos paráramos en la puerta de las oficinas de la Torre—. Puedo oler tu miedo, cariño, ya no sentirlo, sino olerlo. —Me miró con preocupación en sus ojos azules—. No tienes que entrar si no quieres. Puedes dejar esto en mis manos, ¿sabes? —Sus manos me levantaron el mentón para poder leer mi cara—. No voy a dejar que nadie vuelva a encarcelar a Martin ni a hacerte daño a ti.

—Lo sé —Quería que supiera que confiaba plenamente en él, pero no podía evitar sentir miedo y pensar en lo que me pasaría si volvían a apresarme de nuevo—, no puedo evitarlo. Pero quiero entrar contigo.

Él me contempló en silencio largamente. Luego asintió con seriedad. Enlazó sus dedos con los míos y juntos entramos en la Torre.

El hechicero de la puerta nos estudió con frialdad. Estaba claro que nos había visto con las manos enlazadas y su gesto de desagrado no nos pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—Venimos a ver a Theodore Grant.

—¿Tienen cita con él?

Su tono de reproche era bastante evidente, pero Asier no parecía impresionado.

—Dígale que el capitán de los ángeles y la bruja Bibian Shade han venido a verle.

—Sé quiénes son.

—Le aseguro que querrá vernos.

Me separé de Asier para evitar seguir viendo la censura en sus ojos. Lo último que necesitábamos era saltarnos alguna estúpida norma que dijera que no nos podíamos relacionar los ángeles con las brujas.

Era lo último que me faltaba.

—Esperen aquí.

El hombre se adentró en la sala que tenía una gran actividad de hechiceros pululando por allí.

Nos quedamos los dos junto a la puerta de entrada mirando con atención el ir y venir de la gente de allí dentro.

El guardia volvió unos minutos después.

—Les recibirá ahora —nos indicó con tono envarado. Como si no estuviese de acuerdo en que nos quisieran recibir sin tener cita. Me entraron unas ganas enormes de sonreírle con suficiencia. Asier me llamó la atención sin que el guardia se percatara. Estaba claro que el vínculo le indicaba todo lo que yo estaba sintiendo.

No tenía claro que fuera algo bueno para mí, sobre todo por lo húmedos que solían ser mis pensamientos relacionados con él.

—La última puerta del pasillo —nos indicó el guardia sin hacernos más caso.

—Gracias, sé cuál es su despacho —le dijo Asier antes de echar a andar.

Lo seguí en silencio, preparándome mentalmente para enfrentarme de nuevo con el hechicero.

Esperamos que nos dieran permiso para entrar después de llamar a la puerta.

—Adelante. Buenos días, capitán. No esperaba que viniera acompañado por ella. —Su mirada nos estudió a los dos con detenimiento. Sin ocultar su sorpresa—. Me alegro volver a verla, señorita Shade.

Era mentira, por supuesto. Sus fríos ojos de depredador me estudiaban intentando averiguar lo que podía pasar entre nosotros para venir a verlo juntos.

Agradecía en silencio a Asier, el apoyo moral que me ofrecía en esos momentos. Como una férrea roca donde agarrarme.

—He sabido que han estado en mi casa —dijo Asier sin querer demorarse ni un segundo en solucionar lo que habíamos ido a hacer allí—. Así que vengo a contestar sus preguntas, si es que las tienen.

—Por favor, siéntense.

Miré el despacho con detenimiento mientras me sentaba. Lo que fuera por no ver esa cara que me producía un intenso terror. La cara pálida y enjuta con intensas arrugas que hablaban de mucho tiempo vivido. Los ojos tan negros que no se distinguían las pupilas en ellos, no dejaban de estudiarme con frialdad.

Una gigantesca mesa de madera oscura y una librería repleta de libros en una esquina era los únicos muebles del despacho junto a las tres sillas.

No había ventanas ni nada por donde pudiese entrar la luz natural.

Yo me moriría a los cinco segundos de estar allí dentro.

No entendía cómo ese viejo buitre podía haber pasado media vida allí metido.

—Bien, capitán, hemos ido a visitarle porque tenemos algunas preguntas que hacerle sobre algo bastante… delicado.

Martin se reiría si supiera que lo consideraban un asunto delicado. ¡Como si pudiera verlo en ese momento!

—Usted dirá.

—Por supuesto, la señorita Shade deberá permanecer en una sala de interrogación para

responder también a nuestras preguntas. Ya sabe que es una de las nuestras.

Su sonrisa de satisfacción hizo que mis pelos se erizaran.

¡Otra vez no!

—Me temo que eso va a ser imposible, señor Grant. Contestaremos a sus preguntas ambos, aquí y ahora. —Asier se inclinó hacia delante por encima de la enorme mesa—. Entienda de una vez que estoy haciendo esto como gesto de buena voluntad. —Su cuerpo en tensión me avisó de que empezaba a perder la paciencia él también—. Le aconsejo que no lo estropee.

—Hablaremos a solas con la señorita Shade.

—No, no lo hará. Haga sus preguntas de una vez antes de que decida marcharme sin contestar nada.

—La señorita Shade nos contestará las preguntas a solas. Y usted no puede interferir en esto.

—Puedo interferir porque la señorita Shade ahora está bajo mi responsabilidad, ya que es mi pareja.

Para mi consternación le enseñó el tatuaje de su muñeca y me instó a que le enseñase el mío.

Lo hice y pude ver la sorpresa en sus ojos negros y algo más… ¿Ira, quizás?

—Creo, capitán, que se ha saltado algunas leyes al hacer eso.

Indicó el tatuaje como si fuese una abominación.

—Conozco las leyes mágicas, señor Grant. Y sé perfectamente lo que he hecho, y también sé que usted no tiene potestad alguna para tomar parte de ello.

El viejo nos estudió en silencio valorando lo que le estaba diciendo. Apretó los labios y suspiró, resignado. Al parecer era verdad que él no tenía poder alguno sobre nuestro nuevo vínculo.

¡Gracias a Dios!

—Bien, estuvimos en su casa para preguntarle por un ser mágico que había en los calabozos durante el encierro de la señorita Shade. Desapareció cuando se fue. Queremos saber si han tenido algo que ver en ello.

—¿Qué ser mágico?

Quería obligarlo a que reconociera que habían tenido a Martin encerrado setecientos años.

Dudaba mucho de que eso fuese legal.

—Había un duende —reconoció molesto.

—¿Un duende?

Creía que mi voz de sorprendida era bastante creíble.

Asintió sin decir nada más.

—¿No estaban extinguidos?

—No, teníamos a uno encerrado desde hace tiempo.

—¿Y qué intenta decir exactamente? —le animó Asier entrecerrando los ojos como si estuviese ofendido

—Desapareció cuando usted se fue.

—¿Está diciendo que me lo llevé yo? —Mi indignación parecía ser bastante creíble, o eso esperaba.

—¿Sabe La Comunidad Mágica que tenían un duende encerrado?

La Comunidad Mágica era el organismo donde se reunían los representantes de todos los seres mágicos. Se sabía que había un duende entre ellos, antiguo y sabio. Pero al parecer hacía mucho que nadie veía otro duende en libertad.

Ante el silencio del señor Grant, Asier continuó:

—Bien, creo que las cosas han quedado lo suficientemente claras. Nosotros no tenemos

ningún duende, evidentemente, ni sabíamos nada de que seguían existiendo. Así que nos dejan en paz de una vez y nosotros no diremos nada a La Comunidad sobre el tema, ¿de acuerdo?

Se levantó para marcharse e hice lo mismo, aliviada de poder salir por fin de ese ambiente cargado como un sótano abarrotado de trastos que nunca se ventilaba.

Sorprendentemente el hechicero no nos dijo nada más.



ASIER

No tenía claro que los hechiceros fueran a hacerme caso y quisieran dejar el tema como estaba y no volver a molestarnos, sobre todo a ella. Aún quedaba un resquicio de miedo dentro de Bibian que él podía sentir de vez en cuando. Como si intentase mantenerlo controlado y de vez en cuando escapase a su control.

La dejé en el suelo y besé su mejilla con suavidad, obligándola a abrir los ojos y mirarme. Le seguía dando mucho miedo volar y siempre intentaba esconderse en mi hombro, como si pudiese llegar a fusionarse con él.

—Tengo que ir a la comisaría a solucionar varios problemas. Intentaré volver lo antes posible.

—Vale, yo tengo que ponerme a trabajar.

La miré intentando saber si se refería al encargo de su exmarido, pero sabía que sería peor saberlo a ciencia cierta, así que preferí no preguntar e intentar no agobiarla demasiado con mis exigencias.

Necesitaba aprender a relajarme con ella, pero sabía que me iba a llevar tiempo y mucho, mucho autocontrol.

—Por cierto, Bib. —Necesitaba aclarar ese tema con celeridad—. ¿Qué hacemos con el tema de los anticonceptivos? ¿Uso preservativos…?

Pero si íbamos a usar ese método teníamos que pensar en cómo solucionábamos el tema de que, durante dos días, no habíamos usado ninguno. Ni se me ocurrió pensarlo, pero esa mañana fue lo primero que me vino a la cabeza. Bajo ningún concepto podíamos tener el error de concebir un hijo, ya que podía ser muy peligroso para ella. No pensaba arriesgarme con Bibian, por más que pudiera desear tener otro hijo.

—Yo me encargo, no te preocupes. Soy una experta en pócimas, ¿recuerdas?

Que me sonriera y me acariciara el cabello me sacó una sonrisa.

—Bien, porque odio los preservativos.

—Vete a trabajar, anda. Estaré aquí cuando vuelvas.

—No te metas en líos.

Me fui mientras la veía entrar en el castillo de nuevo.

—Buenos días. Os quiero a todos en la sala de reuniones en diez minutos, avisa al resto.

Ethaniel asintió y se fue a avisar a los demás. Yo descolgué el teléfono y marqué la extensión de Rodolfo.

—¿Tienes lo que te pedí?

—Sí, pesado

—Bien, ven a mi despacho ahora, si puedes.

—Estoy ocupado, ¿puedes esperar un par de horas?

—No, luego estaré reunido, tiene que ser ahora...

—De acuerdo, voy para allá.

—Bien, te espero.

No me gustaba lo que iba a hacerle a Bibian, pero sabía que era necesario para poder mantenerla a salvo de todo lo que se nos avecinaba.

Miguel entró con un café en las manos y me lo ofreció mientras encendía mi ordenador.

Ethaniel volvió a entrar justo detrás de él.

—No he podido felicitarte. Ya me he enterado de tu enlace.

Como pasaba mucho tiempo fuera del castillo era el único que no lo había hecho todavía. Sabía que se alegraba por mí, igual que el resto de mis hombres, pero él era más independiente y mucho más reservado.

—Gracias. Ahora toca acostumbrarse un poco a volver a tener pareja.

—Algo me dice que tu brujita no va a ser tan dócil como te gustaría.

Sonreí porque sabía que tenían razón.

Mi hermano se rio conmigo.

—¿Dónde está el fuego?

Rodolfo entró en mi despacho sin llamar, porque la puerta estaba abierta y se podía ver que estaba reunido de manera informal tomando café.

—La urgencia es que llevo intentando hablar contigo desde hace un montón de tiempo y nunca estás donde se te necesita —le solté.

Era un tipo rechoncho de unos cuarenta años con pelo oscuro que empezaba a ralearle en la coronilla. Tenía un humor ácido parecido al mío. Así que nos gustaba azuzarnos de vez en cuando.

—Deja de gruñir, que es muy temprano. Aquí tienes el programa que tienes que instalar en su ordenador. —Me miró con diversión—. ¿Sabe tu nueva mujercita lo que vas a hacerle?

—Ni siquiera tiene que enterarse. Solo me aseguro de mantenerla a salvo.

Mis hombres silbaron al enterarse de lo que iba a hacerle a Bibian.

—Tu pareja te cortará los huevos cuando se entere. Lo sabes, ¿verdad? —Miguel se reía mientras bebía de su café.

—Solo quiero informarme de primera mano de cuándo ese hijo de puta se pondrá en contacto con ella, es todo. Quizás podamos cogerlo si habla directamente con ella. Ya hablaré con mi mujer cuando llegue el momento —¿Por qué tenía la necesidad de justificarme ante ellos? —. Mi mujercita tiene una facilidad asombrosa de meterse en líos, aun sin querer —les aclaré divertido, y era cierto—. Por ese motivo quiero hacer lo de piratear su ordenador, o su correo electrónico, mejor dicho.

—Te capará, no te quepa la menor duda —soltó Miguel divertido. Él ya conocía de primera mano algunos de nuestros continuos encontronazos.

—Ya que tanto os divierte el tema, espero que me ayudéis en caso de ser necesario. —Esperaba de corazón que no lo fuese.

—Creo que aún no sabes de lo que puede ser capaz tu bruja.

Escuchar ese «tu bruja» de la boca de Miguel, hizo que mi corazón latiera más rápido. Aún no me creía que ella hubiese accedido a ser mi pareja, pero estaba tan contento, que todavía no me lo creía.

—Asier, ya estamos todos en la sala de reuniones. —Mika miró a todos los que estaban en mi despacho con curiosidad—. Bueno, todos menos estos que están aquí cotilleando contigo.

—Vamos ahora, Mika, gracias.

Me bebí lo que quedaba del café para reunirme en la sala con el resto del personal.

—¿Vamos?

Ya en la sala con todos reunidos, me centré primero en la información que tenía desde Nueva York. Al parecer mi cuñada estaba empezando a empeorar porque el tratamiento no estaba funcionando como se esperaba.

¡Mierda! ¿Cómo se lo iba a decir a Bibian? Supuse que querría ir a ver a su hermana en los próximos días y, aun siendo bastante peligroso ya que esperaba el siguiente movimiento del Negro después de haber casi acabado con su organización por entero en la última redada, no podía evitar que fuese a verla. Si fuera uno de mis hermanos el que estuviese gravemente enfermo no me importaría ninguna amenaza. Nada ni nadie evitaría que yo estuviese con él.

Así que tenía que ver qué operativos podía llevarme para que cuidara de ella el tiempo que estuviéramos viajando.

—¿Ningún movimiento sospechoso que nos haya hecho pensar que El Negro anda cerca?

—No, todo está demasiado tranquilo —me indicó uno de los policías humanos que eran los que estaban llevando la protección de mi cuñada desde Nueva York junto con Anthony.

Siempre trabajábamos con ellos. Eran mis refuerzos cuando los necesitaba. A nosotros solos, los ángeles, que éramos cinco, nos era imposible abarcar los problemas de una ciudad como Chicago.

—Bien, posiblemente viaje hasta el hospital en los próximos días. Mi mujer querrá ver a su hermana.

—No es seguro que salga del palacio ahora, Asier.

Suspiré mirando a Miguel que era el que me lo decía. Se removió en la silla incómodo por mi mirada.

—Lo sé, pero tenéis que entender que si fuerais uno de vosotros yo tampoco me quedaría encerrado en el castillo, por muy peligroso que fuese salir. Tenemos que ponernos en su lugar. —Miguel asintió entendiendo mi posición—. Ya veremos cómo lo hacemos para que sea lo más seguro posible.

Mi móvil sonó en ese momento. Me reproché mentalmente no haberlo silenciado, pero cuando vi el número que me estaba llamando supe que algo muy gordo había pasado.

—Problemas. —dije, avisando a todos que me miraron esperando noticias.

—Sí…

—Asier tenemos un problema, los hombres del Negro se han llevado a Mónica

—Joder, joder. ¿Cuándo ha sido? ¿Cómo estás, Anthony? ¿Alguna noticia?

—Se la han llevado hace apenas unas horas, me drogaron en la habitación del hospital. ¿Quieres que haga algo al respecto?

—No, mantenme informado en todo momento.

—De acuerdo, te diré algo en cuanto lo sepa. Estamos investigando desde aquí.

—Vale.

Me pasé las manos por los ojos intentando asimilar lo que podía hacer ahora. Bibian me iba a

matar.

—Acaban de secuestrar a su hermana del hospital de Nueva York. Me voy a casa. Que cada uno siga en el caso en que estaba trabajando. —Miré a mis hermanos con seriedad—. Todo el que esté libre que venga a casa conmigo. Sí, me juego la cabeza a que se pondrá en contacto con ella para pedir el rescate.

Y sin poder callarme, añadí:

—¿Veis para qué quería el maldito ordenador jaqueado?

SÉPTIMA PARTE

CRÓNICA DE UN DESASTRE ANUNCIADO



BIBIAN

Creía que estábamos genéticamente programados para presentir cuando las cosas iban mal.

A mí me bastó ver la cara que traía Asier cuando entró en el castillo, buscándome, para saber que algo le había pasado a mi hermana.

Llevaba unos días presintiendo que ella no se encontraba bien. Pero sabía que el desasosiego que tenía en mi interior desde que me levanté por la mañana, no se debía a su estado de salud.

—Bibian…

Su tono pesaroso me hizo imaginar lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—Se la han llevado esta mañana.

Me sentí como si me hubiesen arrancado todo el aire de mis pulmones y no caí de rodillas porque él me atrapó antes de llegar al suelo.

—La encontraré, te prometo que la encontraré.

Oía a alguien gritar con fuerza y ni siquiera sabía que era yo.

—Voy a matarlo, voy a matarlo.

Empujé, pataleé e intenté soltarme de los brazos que me sujetaban con fuerza a un pecho musculoso que no se movió un ápice cuando intenté soltarme.

—Para.

Asier me sujetó de tal manera que no podía moverme de ninguna forma, pero eso no me quitaba la necesidad imperiosa que me entró de asesinar a alguien.

—Suéltame, voy a matarlo.

—Lo mataremos, Bib, te juro que lo haremos pedacitos, si quieres. Pero, por favor, cálmate, estás asustando al niño.

No me importaba el niño en ese momento, solo me importaba saber que ese monstruo tenía a mi hermana enferma. Y que todo era culpa mía.

—Suéltame, por favor, por favor.

—Tienes que calmarte, Bib… Cálmate.

Luchar contra Asier era misión imposible. Era como intentar mover una pared, pero mi corazón me decía que si no la encontraba de inmediato sería demasiado tarde.

—Ella está enferma, necesita medicación y ese…

—Lo sé, la encontraremos, cariño, te lo prometo.

Me miró con sus ojos azules llenos de pesar y a mí se me terminó de romper el corazón. No podía imaginarme que a mi hermana le pasara nada… A ella no, por favor.

—¿Por qué no estás buscándola?

—La están buscando y yo me voy ahora mismo. He querido decírtelo en persona.

—¿Vas a soltarme?

No estaba más calmada, pero sabía que no me soltaría hasta que me quedase tranquila.

—Voy a ir contigo a buscarla —le solté de golpe. No pensaba quedarme encerrada sin hacer nada.

—No, de eso nada.

La furia ciega, esta vez contra él, me hizo enfrentarlo de nuevo.

—Tú no me das órdenes.

Se pasó las manos por la cara con frustración. Pero la decisión de sus ojos me indicó que no iba a cambiar de opinión.

—Tú no vas a venir, porque a donde vamos no puedo garantizar tu seguridad y no puedo defenderte a ti y pelear a la vez. Necesito saber que estás en lugar seguro.

—No pienso quedarme aquí sin hacer nada.

Me sujetó la cara para que le prestara atención.

—Se pondrá en contacto contigo, Bib. Tu hermana solo es una distracción. Una manera de obligarte a salir de aquí porque no puede acceder a ti.

—Me cambiaré por ella si es preciso, ¿me oyes?

Eso haría. No me importaba nada excepto cuidar de mi hermana.

—Sé que lo harás sin pensarlo dos veces, pero intentaremos encontrarla sin tener que llegar a eso.

—¿Tenéis idea de adónde se la han podido llevar?

¡Por favor, que tuvieran alguna pista sólida donde empezar a buscar!

Pero su mirada pesarosa me indicó que no. No estaría allí conmigo si supiese dónde encontrarla.

—No, pero pondré Chicago patas arriba si es necesario.

Vi al resto de los ángeles vestidos de nuevo con las armaduras de cuero, y supe que no pararían hasta encontrarla.

—Tengo que irme, Bib. Quiero que estés atenta a tu ordenador y al móvil, seguramente se ponga en contacto contigo. Ya sabemos lo que va a pedirte que hagas para liberar a tu hermana. Pero no vamos a entrar en su juego. Solo intenta ganar tiempo, ¿de acuerdo?

—Si quiere drogas, se las fabricaré. Haré lo que sea por mantener a mi hermana a salvo.

—Bib, no quiero que hagas nada, ¿me oyes? Por favor, confía en mí. Si le damos las drogas volveremos al punto de partida. Buscaremos otra opción. Solo vigila el correo y mantenme

informado.

Asentí, pensando con rapidez lo que iba a hacer. Necesitaba que se fuera para poder trabajar. Pero antes miraría el correo.

—Bien. —Se acercó para darme un beso rápido e intenso en la boca que me dejó con ganas de más, aun siendo terriblemente inoportuno, pero él provocaba ese efecto en mí—. Volveré con tu hermana sana y salva.

—Más te vale.

Los vi marchar a todos a buscarla.

Acababan de irse cuando me sonó el teléfono con una llamada de número oculto.

Sabía quién era antes de contestar.

—¿Diga?

—Ya sabes quién soy y lo que quiero.

No reconocía su voz ni sabía cómo era su cara, pero tuve una sensación, como si ya hubiese hablado con él antes. Como si nos conociéramos.

—Quiero hablar con mi hermana.

—Y yo quiero que me fabriques la maldita droga. No hubiésemos tenido que llegar a esto si no fueses tan terca.

—No voy a fabricar nada si no me la entregas sana y salva.

Su risa me puso el pelo de punta. Sonaba cruel y supe que no le importaría matarla si no hacía lo que me pedía.

—Creo que no estás en posición de negociar. Creo entender que tu hermana está enferma. ¿Cuánto tiempo crees que aguantará sin sus medicinas? Tic, tac…

Colgó el maldito teléfono sin decir nada más.

Kate estaba en la habitación que habíamos cogido para trabajar y me miró sin decir nada. Sabía lo que estaba pensando. No quería hacer más drogas, pero no iba a dejar a mi hermana en manos de ese maldito psicópata.

—Vamos a fabricar la droga, como pensábamos hacer desde el primer día.

—¿La buena o el placebo?

—Empecemos a fabricar el placebo y ya veremos si añadimos estramonio o no, todo depende de si consiguen encontrarla antes.

—Creo que a tu pareja no le va a gustar nada que hagas esto a sus espaldas.

Lo pensé unos segundos antes de comenzar a preparar las hierbas y encender el fuego para empezar a fabricar la droga.

No, seguramente a él no le iba a gustar lo que iba a hacer por mi cuenta. Pero creía que, si él no la encontraba, que esperaba de corazón que lo hiciera, no iba a quedarme más remedio que hacer la entrega de la droga. Que fuese la buena o un simple placebo exactamente igual a la original, pero sin que hiciera ningún tipo de reacción, era algo que decidiría en el último momento.

No podía permitir que a mi hermana le pasase nada.

Estaba claro que ni incluso Asier había podido mantenerla a salvo en el hospital en el que estaba y eso me indicaba que no habría nada que parase a ese maldito Negro.

Pero creía que entregarle algo que pareciese la droga y que la vendiera como tal a sus proveedores y luego resultase que no lo era, podía ser un escarmiento lo suficientemente bueno para que supiese que, a mí, nadie podía obligarme a hacer algo que no deseaba.

Pero, para eso, primero necesitaba que mi hermana estuviese sana y salva.

Así que solo necesitaba fabricar la droga, entregarla y recuperar a mi hermana con el tiempo justo de que él se diese cuenta de que todo había sido un montaje.

No supe qué diría Asier de eso, posiblemente pusiese el grito en el cielo, pero no necesitaba su autorización para tomar decisiones por mi cuenta.

Ya lidiaría con él cuando llegase el momento.



BIBIAN

Tenía una facilidad asombrosa para evadirme cuando trabajaba. Mi trabajo, tanto hacer pócimas como ungüentos, como trabajar con las flores, necesitaban de toda mi atención y para tener una mente muy dada a dispersarse con facilidad, había adquirido el hábito de centrar toda mi atención en lo que estuviese haciendo.

Y eso fue lo que me facilitó poder sobrellevar los días siguientes al secuestro de mi hermana.

Llamé a Asier para contarle la llamada telefónica del Negro.

—¿Qué te ha dicho?

—Intercambia a mi hermana por las drogas. Ya sabías que iba a querer negociar con eso.

—¿Te ha dicho fecha y lugar de entrega?

Su tono de voz preocupada me indicó que él haría todo lo necesario para encontrar a mi hermana. Pero algo me decía que no iban a tener suerte. Por ese motivo iba a tener preparado mi plan B.

—No. Me ha dicho que no tengo opciones y qué tengo que aceptar lo que me pida, y lo peor, Asier, es que sabemos que tiene razón.

El silencio al otro lado de la línea me decía que él estaba intentando encontrar las palabras adecuadas para que le hiciese caso.

—No pensarás fabricar las drogas, ¿verdad?

No pude contestarle porque no tenía claro lo que iba a hacer al respecto.

—No voy a quedarme de brazos cruzados, no me pidas eso, porque no lo puedo hacer.

—Espera un poco, Bib, por favor.

No le contesté y él supo que yo no me iba a quedar sin hacer nada.

—Entiende que si fuera al revés tú tampoco te quedarías sin hacer nada.

Suspiró y me lo imaginé pasándose las manos por la cara y el cabello, como le había visto hacer cuando las preocupaciones lo superaban.

—Lo sé. Pero espera de todas formas, ¿vale?

—No tenemos mucho tiempo, Asier, está enferma, ¿recuerdas?

—Lo sé, Bib, no lo he olvidado. Te veo luego, ¿vale? Tenme informado si vuelve a ponerse en contacto.

No había dejado de trabajar desde entonces. Me concentré tanto que se me pasó la hora de la comida.

Kate ya conocía mi facilidad para entregarme al trabajo, así que ella estuvo yendo y viniendo el tiempo que no lo pasaba comiendo con el niño. La hora de la cena llegó y se fue y de repente apareció junto a mí un refresco y un sándwich que supuse fue obra de la casa. No quise pararme, pero los ojos me ardían de trabajar con tantas hierbas y productos químicos.

Me tomé un descanso y volví al trabajo de nuevo centrándome tanto en el pedido de las drogas y el tiempo que tenía que esperar para que las mezclas se enfriaran. Mientras esperaba a que los compuestos de la droga se asentasen, trabajaba en el encargo de Zacarías.

No eran muy elaboradas, pero eran muy diferentes y muchas cantidades de cada una.

—¿Hay alguna noticia?

Kate me sorprendió cuando entró con un café para mí en la mano.

—No, nadie me ha dicho nada, así que supongo que no hay novedades.

¡Por favor, que esté bien!

No era persona de rezos ni plegarias a nadie, aun siendo una bruja. Pero no me importaba rezar a quien me hiciera el milagro de mantener a mi hermana a salvo.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana.

Miré lo que tenía fabricado y deseé que no me pidieran las drogas todavía, porque aún les quedaba mucho tiempo para tenerlas preparadas.

—Me pongo con los opioides. ¿Por qué no vas a descansar un poco?

—No podría dormir nada.

Era verdad, tenía tanta angustia en mi interior que no podría dormir por muy cansada que estuviera.

—Desayuna algo, por lo menos. Ayer no comiste nada en todo el día.

Kate me cogió una mano para consolar mi angustia. Suponía que ella podía sentirla.

—Anoche apareció un plato con un sándwich.

Era toda una sorpresa que la casa se preocupara por mí de esa manera.

—Supongo que sabe que le importas a Asier. Por eso te alimenta. Da gusto saberse querida por alguien y que se preocupen por ti, para variar.

Me levanté y estiré mi espalda, que tenía dormida de estar tanto tiempo en la misma posición. Estuve analizando las palabras de Kate y reconocí que sí era agradable saber que había alguien a

quien le importaba. Y saber que a la casa le gustaba, me causaba una gran satisfacción.

—Es bastante desconcertante —tuve que reconocer a mi pesar.

Un plato con tostadas calientes y dónuts apareció junto a nuestra mesa, como demostrándonos que teníamos razón. Ella se preocupaba por mí.

—No es justo —se quejó Kate, mirando el plato ojiplatica—, yo puedo morirme de hambre y no me dará de comer como hace contigo.

—No digas eso. Coge tostadas, que no voy a comerme todo esto. —Cogí un donut y le dejé las tostadas a ella—. Estoy segura de que le caes bien a la casa, Kate, tú caes bien a todo el mundo.

—Por cierto, ¿qué tal con el capitán? No he tenido tiempo de preguntarte por él. ¿Qué tal en la cama?

Me reí divertida por su curiosidad y no pude evitar sonrojarme al recordar nuestros días pasados.

—En la cama bien.

No pensaba contarle nada más.

—¡Oh, venga ya! ¿Solo vas a contarme eso? ¿La tiene tan grande como dicen de los ángeles?

Me acordé de la conversación que tuve con mi clienta. Al final todo parecía resumirse a eso, al tamaño de las pollas de los ángeles. Era totalmente surrealista.

—Bueno, yo podría preguntarte lo mismo, ¿no? —Ante su mirada curiosa le aclaré—: No creo que me equivoque mucho al decir que Miguel parece más que interesado en ti.

—Ya, bueno, eso pasaba antes de llegar a este castillo. Ahora entre guardias y que mi hijo no hay manera de que duerma en la habitación anexa a la mía, que es en la que tenía que dormir todos los días… Pues eso, que no ha habido oportunidad de saber lo grande que la tiene.

—Bueno, yo solo voy a decirte que tiene el tamaño justo para volverte loca de placer.

Le sonreí con suficiencia para hacerla rabiar.

—Qué mala eres y qué suerte tienes.

—¿Suerte, Kate?

¿De verdad pensaba que tenía suerte con mi vida con lo que estaba pasando con mi hermana?

—Por Dios, Bib, qué torpe soy. De todas formas, ya sabes a qué me refiero.

No pude contestarle porque no conseguía despegarme de esa sensación de catástrofe inminente que tenía desde hacía varios días.

—Todo se arreglará, Bib, ya lo verás. Tu pareja no permitirá que le pase nada a tu hermana.

Yo seguía teniendo la sensación de que todo esto era mayor que el interés de mi pareja en mí.

—Ojalá sea cierto, Kate. Daría lo que fuera por poder tener a mi hermana conmigo sana y salva.

Me sonó el teléfono en ese momento. Al ver el número oculto mi corazón dio un vuelco y un dolor intenso en el pecho me avisó de que mis niveles de ansiedad comenzaban a ser altos.

«Luego me tomaré una pastilla para el corazón», pensé distraída mientras contestaba la llamada.

—Mañana, a las doce de la mañana, en el *parking* trasero de la estación de tren.

—¿Qué…?

—Trae la droga o no volverás a ver a tu hermana. Mañana te daré los datos exactos. No le falles.

Y sin decir nada más me colgó.

—Hay que entregar la droga mañana a las doce.

—No estará lista para mañana por la mañana.

Lo sabía, eso nos obligaba a trabajar sin descanso hasta entonces.

—Tendrá que estar, Kate.

—Avisa al capitán y yo me pongo con el siguiente paso.

Eso hice.

No descansé el resto del día, de hecho, ni siquiera oí cuando volvió Asier de madrugada a descansar un poco.

Ni siquiera recordaba cuando me cogió de la silla donde me había quedado dormida después de terminar de hacer el placebo, ya que había decidido no fabricar la droga real de nuevo. No después de lo que había hecho para conseguirla.

Nadie jodía a las hermanas Shade y se iban de rositas.

—Joder, Bib, ¿cuántos días llevas sin dormir? Desperté unos segundos cuando habló conmigo y pude ver su cara cuando se encontró toda la droga, de un precioso color rosa chicle, en sus envases ya preparados para el consumo. Justo igual que la vez anterior, pero sin ser la droga original.

Asier me cogió en brazos y me llevó directamente a su cama, donde me acostó después de quitarme la ropa y ponerme una camiseta suya porque aún no habían llevado mis cosas a su habitación.



ASIER

Despertar con mi pareja acurrucada en mis brazos me provocó una sensación tan placentera que no me importaba quedarme así el resto de mi vida.

Podía oler la fragancia a flores que desprendía Bibian, y su angustia, aun estando dormida.

No sabía por qué, pero pensaba que ese día se marcaría un antes y un después en nuestra vida y ojalá estuviera equivocado.

En esos momentos todavía no sabía lo mucho que iba a cambiar nuestra existencia después de recuperar a mi cuñada.

Tenía una conversación pendiente con mi bruja favorita.

Sobre todo, cuando le dije que no hiciese nada con las drogas y no me había hecho ni puto caso. Había debido trabajar sin descanso para fabricar todo ese montón de estupefacientes en tan solo dos días.

Supuse que, como le pasaba a la mayoría de la gente, trabajar les hacía evadirse de la realidad tan dura que debía estar viviendo estos días.

—Puedo oler tu mal humor. ¿Es posible?

¡Ya despertó la descarada de mi mujer!

Le besé el cabello en respuesta y evité decirle lo que me tenía de tan mal humor. Aunque estaba seguro de que ya lo sabía.

—¿Qué te dije de las drogas?

¡Ahí estaba mi mal humor en todo su esplendor! Noté cómo Bibian se tensaba sobre mi pecho.

—Ya te dije que no iba a quedarme de brazos cruzados.

—¡Joder, Bib! Si le entregas droga de nuevo no habrá servido para nada todo lo que hemos pasado estos meses.

—No voy a entregarle la droga.

«¿Piensa volverme loco esta mañana?» pensé.

—Si intentas mentirme en la cara mejor ahórratelo, porque la vi anoche fabricada en tu consultorio.

—No es droga, es un placebo.

¿Perdón? ¿Lo había oído bien?

—¿Que es qué?

Torcí la cabeza para intentar ver su rostro, que estaba sobre mi pecho, pero en esta postura era imposible.

—Este era mi plan B.

—¿Plan B?

¿Podía parecer más idiota repitiendo todas sus palabras?

—¿Vas a repetir todo lo que digo?

Tuve que reírme con ella. Que fuera capaz de reírse después de todo lo que estaba pasando me hizo tener esperanzas, todavía.

—Si me lo explicaras todo de una vez no tendría que preguntarte nada, ¡joder! Odio cuando haces eso.

—Eres un gruñón por las mañanas, ¿lo sabías?

Se incorporó para besarme en los labios con rapidez. Para mi desgracia no pude cazarla a tiempo para alargar el beso tanto como deseaba.

—Y tú una maldita lianta… Todo el día, no solo por la mañana.

—Y a ti te encanta eso de mí, ¿no?

Podía sentir su tono dubitativo en sus palabras, aunque estuviesen dichas de manera desenfadada.

—A mí me encanta todo de ti. Ya lo sabes. ¿Vas a aclararme lo de las drogas?

Se sentó en la cama apoyando la espalda en el cabecero y me senté igualando su postura para escuchar su explicación.

—En un principio pensaba vengarme de todo lo que nos había hecho haciéndole pagar mucho dinero por conseguir otro alijo de droga, que no lo es. Solo en apariencia. Iba a ser mi pequeña venganza, pero se me ha adelantado con lo de mi hermana.

—Entonces ¿no es una droga? Tiene el mismo color, el mismo olor y… ¿no hace ningún efecto?

—El mismo color y olor e incluso el mismo sabor, o casi. Pero falta la sustancia que lo convierte en una droga. Así que es solo un placebo.

¡Brillante, sencillamente brillante!

—Hay un pequeño inconveniente, ¿lo has pensado?

—Sí. Se la voy a entregar solo cuando haya recuperado a mi hermana, y ni un segundo antes.

—¿Vas a entregar…?

Ahora era yo el que me incorporé en la cama para poder verle la cara.

—Claro. ¿No pensarás que voy a quedarme aquí quieta mientras vas a recuperar a mi hermana?

—Eso es exactamente lo que estoy dispuesto a hacer.

—No voy a quedarme aquí, Asier. Ni aunque me ates a la pata de la cama.

—Escúchame con atención, Bib. Sé que quieres ir a por tu hermana, pero también sé que eres la persona que él daría lo que fuera por pillar y bajo ningún concepto vas a salir de aquí, mucho menos ir a donde van a estar sus hombres esperando que hagas algo tan absurdo como eso.

—Te recuerdo que tú no me das órdenes.

—Te recuerdo que ante todo soy tu pareja y el capitán de la policía de esta maldita ciudad. Pero, aparte de eso, mi principal prioridad es mantenerte a salvo, ¿me oyes?

Se removió en la cama de malas maneras y supe que acabábamos de romper nuestra preciosa y pequeña luna de miel.

—Te agradezco tu preocupación, de verdad, pero no me pasará nada porque estáis todo allí

para protegerme.

Sabía que lo pensaba en serio, pero creía que no se había dado cuenta aún de lo muy preciada que era para mí.

—Bibian, creo que no lo entiendes. Ahora mismo eres lo más importante en mi vida. Tu vida está vinculada con la mía de tal manera que tu corazón es el mío y tu dolor también. No soportaría que te pudiese pasar algo. Tienes que mantenerte a salvo.

Sus ojos verdes me observaban con seriedad. Sabía que estaba pensando en todo lo que le había dicho y en la importancia que tenía. Esperaba que fuera capaz de entenderlo, porque acababa de abrirle mi corazón.

—¡Joder, Asier! No me digas esas cosas.

Me acarició la mejilla con suavidad y sus ojos me miraron emocionados. Sabía que seguramente no se esperaba esas palabras de mí, pero eran la pura verdad y era justo que lo escuchase de mi boca.

—Es lo que siento, y quiero que lo sepas.—Nadie me había dicho nada tan bonito como eso.

—Me alegro de que te hayan gustado. Por eso espero que me hagas caso.

Por lo menos esperaba que se le hubiesen quitado las ganas de hacer algo tan idiota como ir a reunirse con el narcotraficante.

—No me gusta que intentes usar los sentimientos para conseguir lo que quieres que haga.

—No te hago chantaje emocional, si es lo que piensas que quiero hacerte. Es solo que quiero que sepas el por qué no quiero que estés en la línea de tiro. Que tú estés o no allí, no va a cambiar nada de lo que va a pasar a las doce. Entregaré las drogas solo cuando haya recuperado a tu hermana. Te lo prometo.

Me miró pensando en lo que le estaba diciendo.

—No es justo.

—Nada de lo que os está pasando estos días es normal, Bib. Pero no puedo ponerte en peligro. Ya te encontré un día casi muerta y créeme si te digo que no soportaría volver a verte así otra vez.

—¿Me prometes que me la traerás sana y salva?

—Claro. La defenderé con mi vida. Ya lo sabes.

El que no sabía era yo, por lo que me iba a encontrar.



ASIER

Llevaba desde que desperté esa mañana con un mal presentimiento, y aunque sabía que había convencido a Bibian de que no viniera y se encontraba a salvo en el castillo, no conseguía quitarme de encima la sensación de que algo no iba bien.

La droga estaba a salvo en el portamaletas de un coche de apoyo que habíamos pedido con más agentes humanos para cubrir toda la zona y no encontrarnos sorpresas.

Dos de mis hermanos estaban apostados en los lugares de acceso del *parking* que había detrás de la estación de tren, donde se había acordado la entrega.

—Puedo oler tu nerviosismo. —Mika, que estaba junto a mí en un lateral del coche esperando que fuera la hora para recoger a Mónica, me miró con curiosidad—. ¿También piensas que algo no va bien?

—Tengo esa sensación desde que me levanté esta mañana. No me preguntes por qué. Creo que ninguno estará tranquilo hasta que no recojamos a mi cuñada.

—¿Crees que estará bien?

—Eso espero. Pero ella ya estaba enferma antes de que este desgraciado se la llevará y tres días sin medicación ni nada… Quiero ser positivo y pensar que todo saldrá bien.

—Estará bien. —Me dio una palmada en el hombro para dar más énfasis a sus palabras.

Miré la hora y comprobé que ya eran las doce.

Observé el perímetro y agradecí que a esa hora y en aquella zona concreta no hubiera nada más que algunos coches aparcados. Era la zona de larga estancia y normalmente no estaba muy llena.

El teléfono de Bibian sonó con número desconocido. Cada vez me alegré más de que ella no estuviese ahí.

—¿Diga?

—Tú no eres el pajarito que estaba esperando.

Por sus palabras supe quién era. No esperaba que ella recibiese muchas llamadas anónimas, de todas formas.

Hacía mucho que no hablaba con Simón El negro, pero reconocería su voz en cualquier parte.

—No iba a traerla aquí, como puedes imaginar. Si la esperabas a ella, es que eres más tonto

de lo que parece.

—Me enteré de su reciente emparejamiento, capitán, ¿tengo que felicitarlo?

Que ese tipejo supiera lo sucedido con Bibian, me indicaba que tenía los brazos más largos de lo que yo esperaba

—No necesito tus felicitaciones y mi mujer tampoco.

—Un ángel y una bruja —soltó divertido no sin un tono de sorpresa—. ¿Quién iba a pensar que usted sería capaz de romper una promesa de más de trescientos años? Ha reescrito los libros de historia. ¿Lo sabía? Por segunda vez.

—Siento haberte robado el protagonismo. Todos sabemos lo que te gusta hacerte notar.

—Bueno, aunque hablar con usted siempre es muy estimulante, no estoy aquí para charlas banales. ¿Dónde está mi droga?

—Vas a tener que venir a por ella. Lo sabes, ¿no?

—Siento desilusionarlo, pero, como sabe, no estoy en la ciudad. Y le recuerdo que tengo algo que quiero pensar que a su mujer le gustaría recuperar. ¿O me equivoco? —Ante mi silencio añadió—: Eso me suponía.

—Entrégame a Mónica y te dejaré la droga aquí para que puedas recogerla.

—No, capitán. No estoy ahí, pero sé exactamente a todos los hombres que tiene esperando a que aparezca su cuñada para matarnos a todos.

Ya me suponía que, si no nos estaba viendo él directamente desde un sitio seguro, algunos de sus hombres se lo habrían dicho. Sabía que nos estaban vigilando. Pero le prometí a Bibian que no entregaría la droga hasta tener a su hermana a salvo.

—No te entregaré la droga hasta que hayas soltado a mi cuñada. Ya sabes cómo funciona esto.

No pensaba ceder ni un ápice del plan original.

Sabía que él no sería tan tonto de presentarse en persona, por eso convencí a Bibian de que no era necesario venir aquí y ponerse en peligro.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Deje el maletín con la droga junto a la papelera de la entrada este. Puede dejar a un hombre protegiéndola, si quiere. Cuando nos acerquemos a recogerla soltaré a su cuñada en el mismo momento. ¿Acepta?

Sabía que no iba a conseguir que cediera en nada más.

No me importaba la droga falsa, solo necesitaba recoger a la mujer antes que se diesen cuenta de que no era la buena. Solo necesitaría unos minutos para sacarla de allí y luego mis hombres intentarían detener al mayor número de los suyos que pudiesen. Ese era el trato.

Sencillo y rápido.

No tenía que torcerse ni salir mal.

O eso pensaba yo.

—De acuerdo.

—Deje la droga y soltarán a su cuñada cuando vayan a recogerla. Sin trampas ni cartón.

—Vale. Sabes que te cogeré tarde o temprano, ¿no? No puedes estar escondido, como la alimaña que eres, toda la vida. —Me volví para mirar a mi alrededor y comprobar que mis hombres esperaban colocados cada uno en su sitio.

—Bueno, hasta ahora me ha ido muy bien, ¿no le parece? Dígale a su mujercita que, si hubiese querido hacer tratos conmigo, nada de este desagradable asunto habría tenido lugar.

—Resulta que mi mujercita no quiere tener nada que ver con escorias como tú.

—Bueno, ya hemos vuelto al trato comercial entre nosotros. Si lo mantiene, quizás no tenga

que ir a por ella de nuevo, ¿no cree?

—Si te atreves a ir a por ella te destrozaré.

—Cuanta violencia para un hombre que está genéticamente programado para hacer el bien y mantener la paz en la tierra.

—Para que veas de lo que seré capaz si te acercas a ella —le solté furioso.

—Bien, creo que ya está todo claro entre nosotros. Acercad la droga y os llevaremos a la rehén.

Colgó.

Estaba tan furioso que deseé poder golpear algo repetidas veces para intentar calmarme.

Hice un gesto a Mika, que sacó el maletín de la droga y lo llevó donde le indiqué que sería la entrega.

La colocó junto a la papelera y se quedó allí esperando que viniera el coche con mi cuñada.

Me removí inquieto en el sitio esperando a que llegasen sus hombres.

Mika no dejaría que nadie se acercara a ella. Todos estaban enterados de que no era una droga real y de la importancia de que no pudieran cogerla y llevársela hasta que no pudiésemos escapar con Mónica sana y salva.

Cinco minutos y no aparecía nadie.

Para nuestra sorpresa un matrimonio con un crío pequeño entró caminando en el aparcamiento por la puerta donde Mika estaba esperando.

La pareja la miró con curiosidad.

Ella les dijo algo de que se dieran prisa, porque de repente aligeraron la marcha, mirando para atrás de vez en cuando con curiosidad.

Les indiqué que saliesen del *parking* por otra de las salidas. Lo que menos necesitaba era un coche lleno de gente inocente involucrado en una redada por drogas.

De repente comenzaron a llegar tres coches que derraparon al frenar delante de Mika, que los esperó sin moverse del sitio. Alguien se bajó del coche y se acercó a ella, que abrió el maletín para enseñarle la droga. Su color rosa brilló bajo la luz del sol haciéndolo inconfundible, por suerte para nosotros.

Tenía que reconocer que había sido una brillante idea la de mi mujer.

De uno de los coches tiraron a alguien que rodó sobre el asfalto y se quedó tirado en la calle.

Mi corazón comenzó a latir desenfrenado por lo extraño de la entrega.

Tanto Mika como yo echamos a volar hacia la persona tirada en el suelo que no se movía y seguía allí tirada. Cogieron la droga y todos los coches comenzaron a arrancar para marcharse cuando el resto de mis hombres se lanzaron contra ellos para detener a todos los que pudieran.

Comenzaron a oírse disparos, pero yo estaba centrado en la mujer que había levantado del suelo.

Era Mónica sin lugar a duda.

Por un instante pensé que la habían drogado y por eso la habían tirado a la calle como un saco de patatas.

Pero era mucho peor.

Porque no oía ni sentía el corazón de mi cuñada.

Mónica estaba muerta.



MÓNICA

Tres días antes

Llevaba un tiempo que no me sentía bien. Pero, como en la mayoría de los días de mi vida no me había sentido bien, no quise hacerle demasiado caso.

Si no pensaba en las cosas malas, no existían. Esa era mi mentalidad desde niña; esconderme de los problemas.

Tener que ingresar en el Hospital de Nueva York para un nuevo tratamiento para mi dolencia cardíaca, nos había cambiado la vida tanto a mí como a mi hermana.

Al tener que hacer esa droga nos había cambiado la vida a ambas de diferente manera. Yo había vuelto a tener esperanza por el fututo. Llevaba mucho tiempo viviendo el día a día pensando que tenía que disfrutar cada segundo porque pensaba que no tendría un mañana. Por eso, el que me diesen nuevas esperanzas llenó mi cansado corazón de energía suficiente para intentar comenzar de nuevo.

A mi hermana no le había ido tan bien.

La habían agredido, tanto a ella como a Kate, que era su ayudante en la floristería, y habían tenido que vivir escondidas desde entonces.

Que se enamorara del capitán de los ángeles, que fuese correspondida y que se vincularan como pareja era la mejor noticia que habían tenido últimamente.

Me alegraba mucho por ella.

Se merecía lo mejor del mundo y encontrar a alguien como él, que evidentemente sabía mantenerla a salvo de todos los problemas en los que mi hermana solía meterse, era suficiente

para que me gustara.

Había puesto guardias en las puertas del hospital, que solo me valían para llamar la atención, principalmente, pero no podía quejarme.

Pero mis malestares se debían a que el tratamiento para mi corazón no estaba funcionando.

Me sentía algo descolocada. Era como si me hubiesen dado el regalo que más deseaba para luego quitártelo de las manos inmediatamente.

Estaba frustrada.

Enfadada

Desencantada.

No podía pensar que fuera posible tener tan mala suerte.

—¿Hoy te sientes mejor, Mónica?

Anthony estaba en la puerta de mi habitación. Como siempre, de vigilancia.

Sus alas negras destacaban en ese ángel negro, no por el color de su piel, que era dorada, sino porque casi siempre vestía de negro y su carácter era igual de oscuro que él.

A mí me había costado mucho conseguir que el ángel confiara en mí y fuera casi simpático.

Supongo que intentar ganarte a alguien durante el mes que había estado casi de manera perenne en la puerta de mi habitación, había influido en algo. Y supuse que su hermano, así se llamaban entre ellos aun sin serlos, se hubiese emparejado con mi hermana y convertirnos casi en cuñados había hecho el resto.

Me caía muy bien este ángel oscuro y serio, de carácter casi hostil y parco en palabras, que me había aguantado mi mal humor de muchos días de tratamiento en los que me sentía como una mierda, sin quejarse nunca.

Entró un auxiliar con una silla de ruedas.

—¿A dónde me vais a llevar ahora?

¡Qué pesados con hacerme una prueba tras otra todos los días!

—A rayos.

Anthony lo miró con desconfianza. Normal en él. Era, sin duda, el rey de los desconfiados.

—¿Y la silla?

Siempre había querido ir andando a todas partes. Era una manera de rebelarme contra mi enfermedad y contra todo. Si me negaba a usar cosas de enfermos podía pensar por unos momentos que yo no lo estaba.

—Órdenes de arriba —dijo el auxiliar con tono aburrido—. A mí me han dicho que venga con una silla y yo obedezco.

—Pero yo quiero ir andando, como hago siempre.

—Ya, pero a mí me han dicho que la tengo que llevar sentada.

—Llamaré a…

Al ángel no le dio tiempo a decir nada más. El enfermero, o supuesto enfermero, sacó una jeringa del bolsillo de la bata y se lo clavó en un movimiento rápido.

—He dicho que la señorita irá en la silla.

Anthony intentó coger al auxiliar que le empujó la silla vacía para entorpecerlo y ganar tiempo para que le hiciese efecto lo que fuera que le habían inyectado.

¡Mierda, mierda! ¡Joder! ¿Y qué coño hago yo ahora? ¡Llama al botón de la alarma!

Me había quedado parada mirando al pobre ángel que se había desplomado dentro de la habitación con cara de no saber aún qué coño había pasado.

—¡Estate quietecita si no quieres que te pase algo aún peor!

Se abalanzó sobre mí y le di una patada intentando mantenerlo alejado. Tuve suerte que le di

en la rodilla y el dolor lo tiró al suelo.

Me tiré sobre la cama y me puse a arrastrarme por encima de ella para intentar llegar al pulsador del timbre. El auxiliar se lanzó de nuevo y me agarró por el tobillo.

Tiró de él y me arrastró, perdiendo en unos segundos el poco espacio que había conseguido.

Había estado tan sorprendida por todo que ni siquiera había caído en gritar para pedir ayuda.

—No, ni hablar.

El tipo me clavó en el cuello otra jeringa como la del ángel. Estaba claro que lo tenía todo controlado.

Una trama bien orquestada para atraparme.

Comencé a ver doble y mi cuerpo se relajó tanto que sentí que mis piernas ya no me podían sostener.

Tanto mi hermana como los ángeles habían luchado para evitar esto y resultó que al final me habían atrapado como un ratón en una ratonera.

No pensaba rendirme sin luchar.

Con las fuerzas que me quedaban y negándome a que el sueño me venciera, lancé el brazo contra él, que estaba junto a mí, esperando a que, lo que fuera que me había pinchado, hiciese efecto. Le clavé las uñas en el rostro hasta hacerle sangre.

Gritó con fuerza.

¡Jódete, cabrón!

—Eres una puta.

No me esperaba el bofetón que me dio que me tiró de la cama. Me golpeé la espalda con la pata de la estructura.

Vi las estrellas y pensé que había gritado.

¡Ojalá me oyera alguien!

Pero al parecer ya corría por mis venas lo que me hubiese inyectado, porque apenas un gemido salió de mis labios. Por supuesto, nadie podía haberme oído.

Antes de quedarme dormida, supe que algo iba mal.

Un intenso dolor en el pecho me hubiese doblado de dolor, si hubiese tenido fuerzas para hacerlo.

Mi pecho comenzó a arderme con algo que supuse que no era bueno.

¡No por favor, no quería morirme sin haberme despedido de mi hermana!

No morí en ese momento, pero tampoco desperté más.

Morí casi en el mismo instante en que me iban a intercambiar por la droga.



BIBIAN

Aunque intenté trabajar por la mañana para no estar pensando en qué podía estar pasando en el lugar del intercambio, no pude hacerlo.

Estábamos reunidos en el dispensario intentando fabricar las drogas para el fumadero de Zacarías, pero no era capaz de concentrarme lo suficiente.

Martin nos estaba haciendo una demostración de su magia, que no era poca. Él podía manejar los elementos, todos, a su antojo, y eso era mucho más de lo que podía hacer una bruja normal.

Cada una de nosotras podía manejar un elemento, agua, como Marco y mi hermana.

Tierra, que manejábamos Kate y yo.

Aire.

Y fuego, que eran muy escasos los brujos capaces de manejarlo, ya que era la suma de los diversos elementos. Cuantos más elementos se controlaran, más poderoso era el brujo de fuego.

Solo los hechiceros podían manejar todos los elementos y algunas otras nociones de magia y hechizos.

Martin también podía mover los objetos de sitio.

—No es tan difícil —nos dijo a Kate y a mí que lo mirábamos embelesadas. La magia me encantaba y por supuesto todo lo que tenía que ver con ella.

—Pero ¿cómo puedes mover un objeto?

Martin miró mi taza de café y vi cómo se movía lentamente hacia él.

—Mira que eres presumido —le soltó Kate, que nos hizo reír a todos.

—Es fácil, Bib, solo tienes que centrarte en el objeto y en el lugar donde lo quieres llevar.

—Será fácil para ti. —Empezaba a dolerme la cabeza de tanto que me había concentrado en mirar mi taza por si se movía—. Yo voy a perder los ojos mirando la taza y no he conseguido nada, excepto dolor de cabeza.

—¿Cómo te distes cuenta de tus poderes, Martin?

El duende, que vestía de color amarillo limón por completo, lo que lo hacía muy difícil de pasar inadvertido con el pelo color zanahoria, se sentó sobre la mesa de cara a las dos para poder mirarnos a ambas.

—Cuando era pequeño mi padre solía darme golpetazos en la cabeza cada vez que hacía una travesura, que era la mayor parte del día, un día me dolió más de lo normal y deseé que el líquido que estaba bebiendo se le derramase en la cara, y eso fue justo lo que pasó. Su propia mano le hizo lanzarse el café caliente encima. Estuve castigado casi un mes entero.

No podíamos parar de reír cuando acabó de contárnoslo.

—¿Por qué te gusta tanto vestirte de esos colores extravagantes que usas?

Recordé que ayer iba vestido entero de naranja, mallas y sudadera, lo que lo hacía parecer una zanahoria con alas.

—Yo no visto extravagante. —Miró a Kate ofendido—. Que vosotras no sepáis ver el buen gusto por la ropa, no significa que yo no tenga.

Intenté no llevarle la contraria porque sabía que era muy sensible con su aspecto. Pero, en lo que lo iba conociendo, era un sinvergüenza de cuidado.

—¿Sabes que ayer vi a tu pareja mientras se duchaba?

—¿Qué?

¡Madre mía! Si Asier se enteraba de que lo espiaba no estaba segura de que no lo pusiera de patitas en la calle.

—Pensaba que te gustaban las mujeres.

—Las mujeres también.

Me sonrió con tal cara de felicidad que no quise preguntarle a quién más había estado acosando mientras nos duchábamos.

—Tanto que presumís de cómo tiene la polla, puedo deciros que no es para tanto.

Escupí el café que tenía en la boca en ese momento.

—¡Perdona! —Madre mía que vergüenza—. No pienso discutir estas cosas contigo.

Se levantó de donde estaba sentado para colocarse ante mí.

—¿Por qué no? Las mujeres hacéis eso todo el tiempo.

—Ya, Martin, pero resulta que tú no eres una mujer.

—Pero soy vuestro amigo y me merezco que me contéis vuestras cosas también.

Sabía que se aburría, era un pequeño culo inquieto que necesitaba actividad continua. Era como una necesidad de hacer todo el ejercicio que no había podido hacer durante todos los años en los que había estado encerrado.

La mayoría de las veces equivalía a que iba rompiendo cosas por todas partes, lo que hacía que la casa, casi todas esas veces, lo expulsaba de las habitaciones en la que estaba.

La última travesura había sido prenderle fuego a la mesa de la biblioteca, con el riesgo que tenía de que el incendio destrozara no solo los libros de miles de años de antigüedad, sino el castillo entero que, aunque era de piedra caliza, todos los tapices, cortinas y muebles ardían de maravilla.

Martin y sus poderes mágicos eran un peligro y por supuesto no se le podía dejar solo y permitir que se aburriera.

—Por cierto, ¿le has devuelto la tarjeta de crédito a Asier?

Me miró haciéndose el desentendido.

—¿Qué tarjeta?

Suspiré y lo miré con severidad. No tenía respeto por nada ni nadie. Era un caso.

—La que te dejó el primer día como acto de buena voluntad para que te compraras ropa y has seguido usando casi todos los días desde entonces, y no precisamente para comprar ropa.

—Eso no es cierto.

Pero ¡tendrá poca vergüenza!

—¿Tengo que recordarte los paquetes que llegan día sí y día también? ¿Qué fue lo último? ¿Una vagina portátil?

Kate se echó a reír a carcajadas.

—No seas inculta. Son masturbadores masculinos.

¡Ahí estaba el tío! ¡Ni pizca de vergüenza ni respeto por nada!

—¿Pero los hay de tu tamaño?

No pude evitar burlarme un poco de él.

En venganza me hizo una peineta que hizo que Kate se riera más fuerte aún.

—Por si no lo has notado estoy más bien dotado que tu ángel picha corta.

—Vale, lo que tú digas.

Tuve que reírme con Kate por la conversación tan surrealista.

Un intenso dolor en el pecho me dobló por la mitad y gemí en voz alta.

¿Qué coño?

—¡Bibian! ¿Estás bien?

¿Estaba bien?

—No lo sé.

¿Qué coño estaba pasando?

Una sensación de pérdida y un dolor en el corazón me hizo pensar que algo malo pasaba.

—¡Esto es malo! ¡Esto es muy malo!

El dolor no me dejaba respirar. Mis piernas se me doblaron y caí en el suelo intentando buscar una postura que me doliese menos.

¿Era mi corazón?

—¿Bibian? ¡Bibian, no me asustes! ¿Qué te pasa? ¿Es tu corazón? ¿Quieres que te traiga una de tus pastillas?

Kate se había puesto de rodillas para poder mirarme a la cara y Martin voló hasta el suelo y me observaba con los ojos muy abiertos preocupados por mí.

Entonces me di cuenta de que no era mi corazón.

Que el dolor era por mi hermana.

Mi hermana estaba muerta.



ASIER

Supe que Bibian se había enterado de que su hermana estaba muerta por el vínculo que nos unía.

Sentí un dolor tan intenso en el corazón, que por unos instantes pensé que me estaba dando un infarto. El dolor no me dejaba respirar. Apenas podía mantenerme derecho.

Traía a Mónica en los brazos para llevársela a su hermana, que supuse que sabría lo que las brujas hacían con sus muertos.

Me sentía muy abatido por la muerte de mi cuñada, pero me preocupó el dolor que estaba sintiendo por el vínculo que me unía a mi pareja.

Si me dolía a mí de una manera insoportable, ¿cuánto le estaba doliendo a mi mujer?

Volé más rápido para llegar al castillo cuanto antes.

Oía los gritos de ella desde la calle.

La casa abría las puertas y ventanas como si estuviese poniendo la acústica a los gritos de ella.

—¡Joder!

Miguel miró la casa, asombrado, desde la puerta.

Entré cediéndole el cuerpo a él, que entraba detrás de mí.

Mika venía tras nosotros en silencio. Como un pequeño cortejo fúnebre.

—Llévala a la antesala de los calabozos hasta que hable con Bibian.

Miguel bajó al sótano con Mónica en los brazos y yo entré a buscar a mi pareja.

Me quedé mirando asombrado cómo todas las plantas de la casa que adornaban los rincones y que Bibian había tratado con su magia y que habían estado con un verde intenso esa mañana, ahora se encontraban totalmente secas y marchitas, como si hiciesen años que no se regaban.

¿Qué coño?

—¿Bibian?

Seguí los gritos con rapidez y me encontré a Bibian tirada en el suelo en posición fetal, llorando y gritando con desesperación. Podía sentir con total claridad su dolor por la muerte de su hermana.

Ya no me sorprendía que tuviese el enlace sensorial con su hermana tan intenso. Era sorprendente que se hubiese enterado de la muerte de Mónica desde tanta distancia. Pero estaba claro que sentirla la sentía.

—¡Bibian!

—Por favor, haz algo por ella. No puedo verla sufrir así.

Martin me tiró de la manga de la camisa para llamar mi atención. Estaba llorando a lágrima viva.

Solo asentí sin saber qué podía hacer para atenuar de alguna manera el dolor por la muerte de su hermana.

—¡Dime que es mentira! —Me miró con el rostro bañado de lágrimas de purpurina. Había tanto dolor en esos ojos anegados que tuve que tragar un nudo de emoción yo también—. ¡Por favor, dime que no está muerta!

—¡Lo siento, Bib, lo siento muchísimo! Ya estaba muerta cuando nos la han entregado.

No pude hacer nada más que arrodillarme en el suelo junto a ella y abrazarla para intentar consolarla un poco.

Se aferró a mis brazos y gritó con fuerza como un animal herido.

Y gritó.

Y gritó.

Una y otra vez hasta romperse la garganta y aun así siguió gritando.

¡Dios… podía sentir lo devastada que estaba! Y yo me encontraba completamente impotente ante su dolor que sentía con la misma intensidad que si fuera el mío propio.

La noté respirar de manera superficial y rápida. Un extraño resuello lleno de dolor y de mocos.

—¿Dónde está? —Me miró con la cara bañada en lágrimas y los ojos hinchados y rojos de llorar—. Quiero verla, ¿dónde está?

—Bibian, por favor, respira hondo e intenta calmarte un poco, ¿vale? Te llevaré con ella.

La ayudé a incorporarse y la sostuve por debajo de los brazos.

A su lado Kate lloraba en silencio y Martin estaba sentado en el suelo llorando de manera desconsolada.

¡Sí él ni siquiera la conocía! ¿Estaba tan ligado a Bibian para sentir así su dolor?

Tenía que hablar con ellos en algún momento cuando todo esto pasase un poco.

—Le dije a Miguel que la pusiera en el sótano del castillo hasta que nos digas lo que las brujas soléis hacer con los ritos funerarios.

Solo asintió y todos nos dirigimos al sótano. Mika, que estaba algo apartada, también nos acompañó en silencio.

Bibian no había dejado de resoplar por tener la nariz tapada, se limpió los mocos en la manga de la camiseta en un burdo intento de intentar respirar mejor.

Cuando llegamos al sótano, me quedé sorprendido cuando me encontré el rellano que había antes de llegar a los calabozos del castillo, que llevan siglos sin utilizarse, alumbrado con una luz tenue en los rincones y toda la pared llena de canastillas con flores blancas que hicieron del lugar un sitio casi acogedor, si no fuese por el frío ataúd que había colocado en el centro de la sala.

Miré a Miguel, que hacía guardia en un rincón en actitud solemne, y le pregunté en silencio quién había preparado este lugar para dejarlo de esta manera.

—Estaba así cuando bajé con ella.

Parecía que la misma casa estaba de luto por la muerte de la bruja.

—No, no, no, no.

Bibian se arrodilló junto al ataúd y se abrazó a su hermana mientras rompía a llorar y a gritar de nuevo.

Su corazón estaba destrozado. Podía sentir el vacío de ella y me preocupé por su dolencia

cardíaca. Lo que menos necesitaba ahora era tener otra crisis por la muerte de su hermana.

—¿Sabes qué ha pasado?

Me arrodillé junto a ella para intentar aclarar lo poco que sabíamos del asunto. No podía permitir que ella pensara que nosotros no habíamos hecho todo lo posible en el intercambio para rescatarla sana y salva.

—No ha recibido ningún tipo de maltrato físico, como puedes comprobar, así que todo indica a que parece ser un ataque cardíaco. No podemos saberlo con exactitud sin hacerle una autopsia, Bibian.

Me miró con acidez, estudiando mi rostro para comprobar si le estaba mintiendo o no.

Ambos miramos de nuevo a Mónica, que parecía estar durmiendo plácidamente. Aunque eran muy diferentes físicamente, sobre todo por el color del cabello y los ojos, era más que evidente el parecido físico en la nariz pequeña y respingona y la barbilla arrogante y decidida.

—Todo esto es culpa mía. Todo es culpa mía… Yo soy la culpable de su muerte, yo soy quién debía estar aquí y no ella.

—No digas eso, Bib. Sabemos que el tratamiento no estaba funcionando y su estado estaba empeorando rápidamente. Eso no era culpa tuya, Bibian. No puedes culparte por esto. —Intentaba consolarla, aunque supuse que iba a ser difícil.

—Es culpa mía… Voy a matarlo y a despedazarlo lentamente.

El teléfono de ella, que yo aún tenía en el bolsillo, sonó de repente y ambos presentimos quién podía ser.

Saqué el teléfono del bolsillo para comprobar, al ver el número oculto, que no me había equivocado.

Ella me quitó el móvil de las manos y descolgó sin decir nada poniendo el altavoz para que todos pudiésemos oírlo.

—Solo quería que supieras que no he sido culpable de su muerte. No tiene sentido matarla ahora que vamos a trabajar juntos.

—¿Trabajar juntos? ¡Hijo de puta! Tú eres el culpable de todo esto y no voy a parar hasta destrozarte.

¡Esperaba que ella no le contara ahora lo de las drogas falsas! Eso era un gran golpe para estropearlo antes de que hiciera verdadero efecto cuando lo vendiera como droga y le llegasen luego las reclamaciones.

Cuando sus consumidores se le echaran encima por venderles una droga falsa se iba a llevar una gran sorpresa. Por eso era importante que no le dijese nada ahora.

La miré y negué con la cabeza indicándole por nuestro vínculo que no le dijese nada más. Pareció entenderlo porque también negó con la cabeza.

—No descansaré hasta dar contigo y matarte con mis propias manos. ¡Lo juro por la gloria de mi hermana que te destrozaré!

Colgó y volvió a abrazarse a su hermana para llorar de nuevo.



BIBIAN

Mi hermana llevaba años siendo lo más importante de mi mundo. Así que ahora me encontraba con la sensación de que mi vida también se había acabado. Ya no tenía nada más por lo que luchar.

Llevaba toda la vida cuidando de mi hermana pequeña. Había hecho siempre de su felicidad y su cuidado, mi misión en la vida.

Saber que era la culpable de haber provocado su muerte me había destrozado directamente.

Nada me consolaba.

Nada me importaba.

Me había pasado la noche de su muerte arrodillada junto a ella sin levantarme absolutamente para nada más que cuando tuve que ir al baño y volví de nuevo para estar con ella el mayor tiempo posible, antes de que tuviésemos que separarnos definitivamente.

No estaba preparada para dejarla marchar y, por eso, cuando la enterramos en el panteón familiar al día siguiente, me quedé allí, sentada junto a su tumba en el suelo, sin importarme que comenzara a llover y las brujas que habían ido a darme el pésame y presentarme sus respetos, se marcharon con el mismo silencio con el que habían llegado, como imágenes de una película sin voz.

No vi la imagen que ofrecían una cadena de ángeles gigantescos colocados detrás de la tumba e impidiendo que alguien pudiera acercarse a mí. Como había pasado con mi hermana y Anthony, el ángel encargado de defenderla en el hospital.

Estaba terriblemente afectado por lo que pasó, pero yo no lo culpaba a él, sino a Simón el

Negro que era el que había provocado la guerra en la que estábamos inmersos.

Cuando pasaron las horas y comenzó a oscurecer, todos se marcharon al Castillo y yo me quedé allí, sentada junto a una tumba en la que descansaba desde ese día gran parte de mi corazón.

Asier se quedó sentado junto a mí, allí en ese cementerio. Indicándome sin palabras que estaba conmigo. Que era mi pareja y que siempre me protegería y me cuidaría.

Pero yo no lo vi.

No era capaz de ver nada más allá del dolor de mi corazón que no me dejaba respirar y de la culpa que me doblaba la espalda como si llevase un gran peso colgado del cuello. Yo era la culpable de la muerte de mi hermana y de que Kate hubiese tenido que dejar su casa y nuestro trabajo.

Todo era culpa mía y no podía gestionar toda la pena que sentía en mi interior.

Sentía la preocupación de Asier como una bola caliente en mi pecho.

Aún no podía reconocer sus estados de ánimo, pero ese en particular si lo conocía y el de la burbujeante alegría que parecía sentir siempre al verme…

Después del entierro de mi hermana me tumbé en la cama y ya no había nada que me animara a levantarme.

¿Para qué?

Era un desastre que solo traía dolor y lágrimas a todas las personas a las que me arrimaba.

—Por favor, Bibian, tienes que levantarte y desayunar algo.

Kate se sentó junto a mí en la cama y me acarició la pierna por encima de las sábanas.

Asier me había estado acompañando durante los dos días que llevaba allí tumbada, intentando que el mundo se olvidase de mí. No parecía tener suerte.

Kate era la segunda persona que venía hoy para animarme a salir de la cama, que parecía una leonera.

No entendía por qué Asier se empeñaba en acompañarme y había estado durmiendo allí conmigo. Porque, después de todo, lo ignoraba de la misma manera en que me había empeñado en ignorar todo lo demás.

—Sé que es duro, Bib, yo también la quería, pero la vida sigue.

¡Sigue para mí, porque para ella se había apagado para siempre!

Me di la vuelta en la cama para no ver la preocupación en su cara.

Luego oí la puerta cerrarse y yo agradecí el silencio que se hizo en la habitación.

No quería hablar con nadie.

Quería reunirme con mi hermana. Sin ella, el mundo había dejado de tener sentido. Ya nada me ataba aquí, ni siquiera los sentimientos que comenzaba a sentir por Asier.

No pensaba que me mereciera su amor, ni las preocupaciones de ninguna de las personas que habitaban esta casa y que todos, sin excepción, me habían hecho llegar su pésame por la muerte de Mónica y su posterior preocupación por mí, al verme metida en esta vorágine de autodestrucción en la que me sentía envuelta y de la que no encontraba la forma de salir.

No sé a qué hora me había quedado dormida, pero me despertó Asier cuando entró en la habitación vestido con pantalones vaqueros y jersey negro. Sus ojos azules brillaban bajo la luz de las lámparas al encenderlas.

—¿Vas a levantarte a cenar, por lo menos?

Lo miré con desgana y no le contesté. Lo ignoré de la misma forma en que había ignorado a todos en los últimos días.

Había dejado de llorar.

Ya solo lloraba mientras dormía ya que siempre me despertaba con las mejillas mojadas.

Pensaba que no me quedaban más lágrimas, pero estaba visto que sí.

Lo que no conseguía quitarme de encima era la culpa que me ahogaba y que no me dejaba respirar.

—Bibian, por favor, habla conmigo.

Silencio.

—No voy a permitir que te quedes aquí carcomiéndote por la culpa, ¿me oyes?

Sentir el enfado de sus palabras era nuevo. Había estado aguantando estoicamente a mi lado, mis lágrimas y silencios sin desfallecer ni un segundo, pero, al parecer, ya no le quedaba más paciencia para tratar conmigo.

La arruga que solía salir en su frente al fruncir el ceño había vuelto una vez más en ese gesto tan característico suyo.

Su mandíbula apretada amenazaba con poder saltarle un diente.

—No fue culpa tuya, joder. ¿En qué idioma te lo tengo que decir?

—Puedes gritarlo hasta quedarte ronco, pero eso no hará que deje de sentirme culpable.

—La vida sigue, Bibian. La gente se muere y es una desgracia en una mujer tan joven, pero sabes que estaba enferma y últimamente había empeorado mucho.

—Todo es culpa mía, digas lo que digas.

—¿Por qué no quieres verlo?

Silencio.

No podía seguir con mi vida sin ella.

No podía seguir viviendo sin ella.

Eso era todo.

No comprendía por qué él no quería verlo.

—Por favor, ven a cenar, Bibian.

—No tengo hambre.

—Llevas casi tres días sin comer nada, si tengo que obligarte como si fueras una niña, lo haré, ¿me oyes?

Se levantó para marcharse no sin antes soltarme:

—Dúchate y baja a cenar, por favor… Te esperaremos.

Se fue sin decirme nada más para que no pudiese quejarme.

Salí de la cama casi detrás de él, pero no me dirigí hacia el comedor, sino a la planta de arriba para tirarme por el balcón de la cuarta planta.

Todos estarían mejor sin mí.



ASIER

Todos esperábamos en la mesa a que llegara mi pareja, pero en el fondo sabía que no iba a venir.

Ya no sabía qué hacer con ella.

Ese sentimiento de culpabilidad que tenía y que podía sentir tan intenso como si fuese el mío propio, la estaba matando y comenzaba a desesperarme porque no sabía cómo llegar hasta ella.

Las luces se apagaron de repente y sentí en ese instante nuestro vínculo con fuerza.

Si la casa no me hubiera avisado la habría sentido igualmente.

—Bibian.

Algo muy malo pasaba.

Me levanté de la mesa y eché a correr escaleras arriba.

Sorprendentemente la casa me enseñó el camino para llegar hasta ella. Unas luces que se iban apagando para volver a encenderse me llevaron sorprendentemente hasta la azotea de la última planta.

¿Qué estaba haciendo Bibian allí?

Intenté recordar lo que podía haberla llevado hasta allí arriba y entonces… la vi.

Sentada en la barandilla de la terraza con los pies colgando hacia fuera, con la clara intención de tirarse.

—Bibian, no lo hagas, por favor...El dolor de mi corazón al imaginarme su pérdida me tiró al suelo y me arrodillé tras ella, sin poder apartar los ojos de su cuerpo, que por un solo instante me miraron para despedirse de mí.

—Bib…, por favor, por favor.

Me limpié las lágrimas que comenzaron a correr por mis mejillas, casi al mismo ritmo en que veía caer las suyas, brillantes y preciosas.

—Estarás mejor sin mí, créeme, Asier. Es lo mejor que puedo hacer por ti.

—No es cierto. ¿Todavía no te has dado cuenta de que no soy nadie sin ti? Yo estaba muerto en vida desde hace cuatrocientos años, cuando llegué a la tierra. Nada me motivaba. Yo no tenía ilusión por nada ni nadie, Bibian. Hasta que te conocí.

—Yo no soy nada, mírame.

¿Por qué no podía verlo?

—¿Por qué no puedes verte con los ojos con los que te miro yo? Tú eres un ser de luz, Bib,

llegaste a mi vida para volver a traerme ilusiones y amor. Nada era lo mismo sin ti. Ayudas a todo el mundo e intentas protegernos a todos.

Le saqué una pequeña sonrisa triste.

¡Algo era algo!

—Intentaste ayudar a tu hermana con su enfermedad, aunque no haya salido bien, pero eso no es culpa tuya —añadí apresurado para que no me interrumpiera—. Los médicos me dijeron que, aunque no hubiese pasado lo del secuestro, también iba a morirse. Lo siento mucho, Bibian, pero no puedes culparte de eso también.

Parecía que me estaba oyendo, aunque no dejase de llorar.

—Bibian, nos ayudaste al niño y a mí a sobrevivir con el trabajo en la floristería —dijo Kate acercándose un poco a ella para asegurarse de que la oyera con claridad—. Sé que no te hacía falta nadie para trabajar, pero, aun así, nos ayudaste y eres igual que una hermana para mí, Bibian. —Comenzó a llorar ella también—. No puedo perder a mis dos hermanas. Por favor, Bibian. Todos te queremos y necesitamos.

—Bibian. —¿El enano también tenía algo que decirle? —. Tú eres lo más parecido a una familia que tengo después de haber pasado casi toda la vida solo y encerrado. No puedo perderte ahora, por favor.

Hipó de una manera muy tierna y su llanto desconsolado me afectó casi tanto como el de mi pareja, que nos miraba a todos sin tener claro que fuese verdad lo que le habíamos dicho.

—Te quiero, Bibian. No me obligues a vivir sin ti, por favor.

Le tendí la mano para que me la cogiera.

Tenía muchísimo cuidado de que no se asustara y cayera ahora por accidente. Era una altura de una cuarta planta y seguro que se mataría si no llegaba a ella a tiempo, antes de que se estrellase en el suelo.

—Pero tengo un dolor tan hondo que no puedo respirar -dijo entre lágrimas.

Lo sabía porque lo sentía en mi corazón de manera tan intensa como lo sentía ella.

—Lo sé y puedo garantizarte que mejorará con el tiempo. Yo estaré contigo todo el tiempo, Bibian. Siempre juntos, ¿recuerdas? No estás sola, cariño. Siempre estaré contigo.

—Somos tu familia, Bibian. Nunca volverás a estar sola.

Mika y Miguel también salieron al balcón tras sus palabras.

—Yo tendría que saltar contigo, Bibian —le dijo Anthony en voz baja, acercándose también a ella—. Tenía que cuidar de tu hermana con mi vida y os fallé a todos.

—No digas eso, Anthony —le susurró ella sin dejar de llorar—. Estoy segura de que hiciste todo lo que estaba en tu mano. Ella estaba muy enferma, aunque yo no quiera verlo.

—Si no es culpa mía tampoco es culpa tuya, Bibian. Por favor. No soportaremos perder a otra hermana.

Los sollozos de Bibian aumentaron de intensidad, pero la angustia de su pecho se aligeró un poco. Muy poco, pero lo suficiente para que pudiese respirar mejor y se aliviase ese sentimiento de culpa que le pesaba como si llevase el peso del mundo sobre sus hombros.

—Dame la mano, Bibian. Por favor. Quédate conmigo.

Le tendí la mano de nuevo y esta vez me la sujetó para que la ayudase a volver al balcón.

La alcé, ayudándola a bajar de la maldita barandilla y la abracé con fuerza.

Besé sus mejillas y sequé sus lágrimas con mis dedos.

—Lo superaremos juntos, Bibian, te lo prometo.

Todos los que habían estado con nosotros entraron de nuevo en la casa respirando aliviados porque Bibian se diera cuenta de que no estaba sola.

Ya nunca más estaría sola.

Me senté en el banco que había junto a la pared y la puse sobre mis rodillas para poder abrazarla. Olí su cabello y la curva de su cuello, que olía a flores aromáticas y a felicidad.

La mía.

Por haber vuelto a recuperar a mi pareja.

—Prométeme que hablarás conmigo cuando necesites hablar con alguien, Bib. Por favor. No vuelvas a darme un susto como este.

—Lo prometo.

—Vamos a cenar, ¿verdad?

Besé sus labios, que estaban salados de tantas lágrimas que había derramado.

—No tengo hambre.

—Aunque no tengas hambre tienes que obligarte a comer un poco.

Cuando iba a volver a quejarse le puse el dedo en la boca para callarla.

—Por favor, Bib. Seguro que hay algo que te apetece comer.

Me levanté con ella aún en brazos y la solté a desgana. No quería soltarla nunca más, pero sabía que no era buena idea bajarla en brazos. Intenté controlar un poco mi férreo sentido protector hacia ella.

Y después del susto que me acababa de llevar creo que estaba más que justificado.

—Iremos a cenar y…

—¿Me llevarías a un sitio?

¿Qué? ¿Qué se le había ocurrido ahora a esa cabecita loca?

—Claro. ¿A dónde quieres ir?

La miré con curiosidad. Me alegraba mucho que mostrara interés por algo después de la apatía que había sufrido los últimos días.

—Quiero ir a ver las estrellas.

—¿Ahora?

—Sí, por favor.

Me miró con tanta ilusión en sus ojos que, si pensase que no era buena idea salir esa noche, me habría convencido en el acto.

No podía negarle nada y ahora menos que nunca.

—Primero cenamos algo y luego te llevaré a donde quieras.

—Vale.

Caí de repente en algo.

—Tenemos que ir volando, lo sabes, ¿verdad?

—Claro, pero sé que no me vas a dejar caer.

—Nunca.



BIBIAN

Cuando estaba entre sus brazos me sentía segura y protegida.

Estando con él nada podía salir mal.

Nos encontrábamos sentados en un mirador en lo alto de una montaña, viendo la ciudad a lo lejos y un cielo estrellado sobre un fondo azul oscuro sobre nosotros.

Aunque llevaba un abrigo de plumas, hacía un frío intenso. Exhalábamos un vaho blanco con nuestras respiraciones y me apretuje mejor contra mi pareja, que me abrazaba y nos rodeaba a ambos con sus inmensas y mullidas alas blancas, como una coraza protectora.

Comenzaba a sentir el dolor de mi corazón algo más liviano desde que murió mi hermana.

No me quitaba de la cabeza las palabras dichas por todos los que vinieron a esa terraza para intentar que cambiara de opinión.

El dolor que Asier me transmitía por nuestro vínculo fue el que más me sorprendió. Aunque la mayoría de las veces no sabía interpretar las sensaciones que sentía a través de nuestro lazo de unión, las de esa tarde no me dejaron ninguna duda.

Asier sentía algo por mí, mucho más intenso que la atracción sexual que había entre nosotros, y eso era nuevo para mí. Me acurruqué entre sus bazos y dejé que su calor corporal, bastante más intenso que el mío, me atravesara.

En esos momentos me sentí en paz. Y muy pequeña e insignificante bajo ese cielo cuajado de estrellas tintineantes.

—¿Era esto lo que querías ver?

Asentí sin decir nada, embriagada por la majestuosidad de las vistas que teníamos ante

nosotros y por el olor de su piel.

Inhalé profundamente y cerré los ojos queriendo atesorar ese momento para el resto de mi vida.

El dolor de mi pecho seguía allí constante y palpitante como una herida abierta, pero, por lo menos, el peso que tenía sobre mis hombros se había atenuado levemente.

Iba a tardar mucho tiempo en que ese dolor se aliviara lo suficiente como para poder pensar en algo más que no fuera en que mi hermana ya no estaría nunca más con nosotros.

—¿Tienes frío?

—He estado helada todos estos días —le indiqué, intentando que entendiese cómo me sentía —. Pero ahora tengo un frío diferente. —No sabía cómo sacar el tema de nuevo—. Quería disculparme por lo de esta tarde.

No supe decirle nada más. Solo inspiré una gran bocanada de aire para intentar apaciguar el revuelo de mi corazón. Asier me atrajo un poco más hacia él y me besó en la coronilla con ternura.

—No tienes que disculparte. Pero prométeme que, a partir de ahora, me contarás cuando sientas un dolor tan intenso como el que sentías antes para pensar en hacer algo así. Por favor, Bib. Tienes que hablar conmigo, ¿vale? Yo siempre voy a estar contigo, sé que nada podrá nunca sustituir a tu hermana ni lo mucho que la querías, pero yo siempre voy a estar ahí para ti. —Me besó el cabello y me atrajo hacia su cuerpo para abrazarme más intensamente. Los abrazos intensos que me daba siempre me hacían suspirar y me dejaba con ganas de que me abrazara de nuevo.

—Siento el susto que te di.

—No tienes que disculparte conmigo, Bibian. Solo háblame, ¿vale?

—No estoy acostumbrada a contarle a nadie mis sentimientos. Ni a que se preocupen por mí. Suelo ser yo quien hace eso.

—Ya no estás sola. Tienes una familia que te quiere. Kate. Hasta el enano te quiere —rectificó sonriendo—, los dos enanos te quieren. Y estoy yo. Siempre estaré para ti, no lo olvides, por favor. Y están también todos mis hermanos, Bib. Ahora somos una gran familia en la que nos preocupamos los unos de los otros.

Era muy extraño.

Sentía una fuerte atracción sexual hacia él y eso nos había acercado hasta llegar a donde estábamos ahora. Pero no habíamos hablado de sentimientos. Yo no había hablado de sentimientos con él. Ahora lo sentía como un fuerte pilar que era capaz de sostener el mundo si hacía falta. Yo me había sentido siempre responsable de la seguridad y el bienestar de mi hermana y de Kate. Pero no había tenido a nadie que me sostuviera cuando yo me tambaleaba o el mundo me superaba, y ahora estaba él.

Incondicional.

Protector.

Un amigo con el que hablar.

Estuvimos hablando de todo un poco, sin darnos cuenta ni del frío ni del paso de las horas. Hasta que comencé a sentir sueño.

Todos los días pasados desde que comenzó el secuestro, había dormido muy poco y no había descansado demasiado porque soñaba continuamente con mi hermana muerta, aun antes de que pasase el fatídico final. Me sentía agotada tanto mental como físicamente.

—Volvemos a casa. Estás agotada y necesitas descansar.

Nos levantamos y quedé frente a él, que me miró con sus ojos azules llenos de ternura.

Se había recogido el largo cabello negro en una coleta que le quedaba casi mejor que las que me hacía yo continuamente y no pude evitar acariciar su mejilla con la barba de una semana que siempre llevaba.

Él me cogió la mano, la apretó sobre su mejilla y cerró los ojos suspirando.

Era un hombre bueno.

Increíblemente guapo y mirarlo siempre me hacía aletear el corazón. Bajé la mano por su pecho con suavidad y lo oír gemir en voz baja.

—Bibian.

No retuvo mi mano cuando llegó a su destino. Podía sentir su polla palpitar bajo los vaqueros que llevaba puestos.

—Te he echado de menos.

Era justo que lo supiera.

—Me alegra saberlo.

Movió levemente las caderas para apretar su polla con mi mano y sonreí perversa, acariciando su paquete de arriba abajo con fuerza.

—Espero que podamos recuperar estos días.

Lo vi sonreír de medio lado. Esa sonrisa siempre me ponía cachonda.

—Dalo por hecho. Agárrate a mis caderas.

Me sujetó por el culo y el pecho y yo me abracé a sus caderas con mis piernas. Ya habíamos viajado así y sentirlo crecer bajo mi pubis mientras echaba a volar me hizo sonreír en silencio.

Me encantaba calentarlo como sabía que podía hacer.

—Me cobraré esa sonrisita presumida que tienes en la cara ahora mismo.

Podía sentir el frío gélido en mi rostro mientras volábamos hacia el castillo. En venganza por sus palabras apreté mis caderas sobre su erección y esta vez lo oí gruñir en respuesta.

—Voy a follarte en mi cama cuando lleguemos, Bib. Olvídate de dormir esta noche.

—¿En serio?

Me reí bajito por su tono de voz ronca. Reconocí ese tono cuando el deseo lo consumía como la llama de una vela.

—Puedes apostar a que sí.

—Bien…, no esperaba menos de ti.

Me encantaba viajar así, abrazada a su pecho y envuelta en sus brazos. Embriagada por su olor personal a cítricos y al perfume que usaba.

¡Qué bien olía!

Me seguía dando terror volar, pero después de las veces que me había estado llevando de aquí para allá continuamente, comenzaba a cogerle el gusto.

—Ni se te ocurra dormirte. —Su tono de severidad fingida me hizo soltar una carcajada—. Me encanta —me susurró al oído haciendo que se me erizara el pelo de los brazos.

—¿El qué?

—Tu risa, Bib. Me encanta oírte reír. Hacía mucho que no oía tu risa.

Le besé la nuez de Adán tan erótica que tenía justo al alcance de mis labios.

Gruñó de nuevo y volví a sonreír repitiéndolo de nuevo.

—Bibian…

—Asier…

Simulé su tono de voz, volví a besarle el cuello y pasé la nariz por el hueco entre el cuello y su hombro para poder olerlo mejor.

—Me encanta como hueles.

—Y a mí me va a encantar follarte hasta dejarte sin sentido.

Se me enroscaron los dedos de los pies del placer repentino que sentí en mi sexo directamente.

—Joder, Bib.

—Ahora no he hecho nada —me defendí con rapidez porque sentía que el aire a nuestro alrededor había cambiado de manera sutil.

—Puedo olerte, ¿sabes? Y si eso fuera poco motivo para atormentarme, también te siento por el vínculo. Me estás poniendo cachondo perdido. Creo que ni siquiera vamos a llegar a la cama.

¡Joder con el vínculo!

—¿Sabes que el sexo contigo consigue que me olvide de todo el dolor que siento? —Pensé que era bueno que lo supiera.

—Me alegra saberlo.



ASIER

No llegamos a la cama.

Me bastó entrar en el castillo por la terraza del salón, que era la que siempre se solía utilizar, para lanzarme a besarla con fiereza.

Agradecí que todo el mundo parecía estar ya acostado para no tener que pararme a saludar siquiera.

Me pegué al cuerpo de ella para poder sentirla por completo.

Su lengua salió al encuentro de la mía y me mordisqueó el labio inferior tirando de él con suavidad.

Llevaba deseándola con intensidad todos los días que no habíamos podido follar. Tener pareja después de tanto tiempo, me hacía tener una necesidad de follármela casi continuamente, así que me quedaba el control justo de apoyarla en la pared y levantarle el vestido negro que tenía para clavarme en ella con no demasiado cuidado.

—Dios, Bibian. No puedo esperar más, joder. No quiero hacerte daño.

Entré en ella casi del primer empellón, ya que estaba muy mojada, cosa que facilitó la tarea.

—Fóllame duro, Asier. No pares.

—Joder. —No pude controlarme y me colé hasta la empuñadura. Respiré hondo para buscar un poco de control y como no lo encontré me puse a empujar dentro de ella.

Y empujé.

Y empujé.

Y Bibian se corrió casi de inmediato mordiéndome el hombro para acallar el grito de placer que escapó de su boca con el orgasmo.

Y seguí empujando hasta que estallé en su interior y me vacié en un intenso orgasmo que consiguió hacerme olvidar dónde estaba.

—Estamos en la terraza.

Pareció darse cuenta en ese momento e intentó ocultarse mejor entre mis brazos.

—Un poco tarde para avergonzarte ahora, ¿no?

Me golpeó en el hombro, ofendida, y me reí más fuerte.

—No tiene gracia. Podría habernos visto cualquiera.

—No hay nadie levantado, Bibian. Estate tranquila. —Le acaricié el cuello con la nariz—.

No voy a permitir que nadie nos vea follando.

Su respiración comenzó a serenarse y la solté para que se apoyara en el suelo. La había tenido clavada entre la pared y mi cuerpo y yo ni siquiera había necesitado bajarme los vaqueros para follármela en esa postura.

¡Vas mejorando, Asier!

Follándotela como a los animales.

Sacudí la cabeza para borrar esos segundos de culpabilidad. Mi pareja no parecía molesta, así que yo tampoco pensaba culparme por desearla de esa manera.

—Siento un poco esta manera de lanzarme sobre ti. —Por si acaso necesitaba una disculpa.

Me miró divertida y me besó con suavidad en los labios.

—¿Sentir el qué? Estoy pensando en repetirlo.

¡Esta era la Bibian que tanto me gustaba! ¡Desvergonzada y divertida!

—Repetiremos las veces que quieras, Bibian, pero esta vez en nuestra cama.

La besé en la boca con dulzura. Recreándome en su sabor y mordisqueando con ternura sus labios gruesos.

—Vale.

Me bastó esa única palabra para decidirme a pasar a un lugar más privado.

Me subí la cremallera del pantalón, que era lo único que me había quitado en las prisas por empotrarla contra la pared. Se colocó las braguitas bien, que se las había echado a un lado para que no estorbaran y se bajó la falda del vestido, las medias se habían despedazado en el proceso de desvestirla, antes de cogerla en brazos y encaminarme con ella a mi habitación. Para ser más exacto, a mi cama, en la que aún no habíamos follado ni dormido ni nada y se sentía sola, cosa que desde esa noche pensaba resarcir.

—Suéltame, bruto.

Me golpeó en el pecho mientras se echaba a reír y volví a recordar lo mucho que me gustaba oírla.

Mi habitación estaba cubierta de velas que daban una luz dorada a la habitación, y todo el suelo y la cama lleno de pétalos de rosas rojas.

La cama era más grande que la de ella, con un dosel que la llenaba de romanticismo, como la cama del castillo medieval que era. Por primera vez me alegré de haber puesto las dos habitaciones principales de esa planta de la misma manera.

A ella estaba visto que le gustaba.

—Qué desperdicio de rosas —me dijo con seriedad cuando miró a su alrededor y observó la decoración que la casa se empeñaba en crear para nuestros encuentros.

—A mí no me mires… Ya sabes que el romanticismo no es lo mío.

—No digas eso. —Me acarició la mejilla cuando me senté en la cama junto a ella—. Nadie me había dicho nunca nada tan bonito como lo que me has dicho tú.

Me sentí extraño por su cumplido. No solía recibir halagos de nadie. Sus ojos brillaban bajo la luz de las velas.

—Solo te dije la verdad, Bibian. Deberías poder mirarte como yo te veo. Mi vida cambió desde que te conocí.

Ella se acercó a besarme en la boca y la mía la recibió con la intención de demostrarle lo mucho que me gustaba.

Me tumbé sobre ella obligándola a recostarse en la cama mientras mi lengua se enlazaba con la suya para saborearnos mutuamente.

Sus manos se colaron bajo mi camiseta y acariciaron mi pecho de arriba abajo con lentitud.

Recreándose en mis pezones y en las ondas leves de mis abdominales.

—No entiendo cómo puedes ser tan jodidamente perfecto.

Me reí con suavidad.

—Soy un ángel, tengo que ser perfecto.

Ese comentario la hizo reír y volví a su boca, pero comencé a lamer sus labios con extrema lentitud.

Podía sentirla a ella, su ola de deseo. La sentí por nuestro vínculo justo a la altura del ombligo. Un calor que palpitaba como una pequeña llama.

—Puedo sentir tu deseo en estos momentos —le susurré al oído lamiendo su lóbulo de la oreja en el camino.

Gimió y levantó sus caderas en muda invitación.

—¿Cómo puedes sentirlo?

Sus ojos de un verde intenso se clavaron en mí con confusión. Estaba claro que aún no sabía reconocer las emociones a través de nuestro vínculo de unión.

—Es como una pequeña llama que palpita en el abdomen, justo aquí. —Le señalé el lugar exacto. Me miró poniendo cara de concentración.

—¿Un calor a la altura del ombligo?

Me miró esperanzada y asentí, sorprendido de que hubiese sido capaz de indicar el lugar exacto.

—Sí.

Volví a besarla y me recibió con las mismas ansias que tenía yo de perderme en su boca, en su sabor, en su olor y en su cuerpo perfecto.

Esta vez fui yo el que gemí.

—No estoy demasiado acostumbrada a todo esto.

Froté mi nariz con la suya mucho más pequeña y me tendí sobre ella, que abrió las piernas para cobijarme.

—Lo sé. Con el tiempo las irás reconociendo todas.

Su cara se puso seria de repente.

—¿Qué ocurre? —Bajó los ojos para evitar mi mirada—. ¿Bibian?

Silencio.

—Habla conmigo.

Silencio.

—Por favor.

Una sensación extraña era lo único que podía recibir del vínculo y por eso quería saber en qué estaba pensando.

—Tengo miedo.

Me quedé helado y levanté la cabeza para mirarla bien. ¿Había oído bien lo que había dicho?

—¿Miedo? ¿De mí?

Eso sí que no me lo esperaba.

—De todo esto. De lo que me haces sentir.

Le acaricié la mejilla tan suave que siempre me sorprendía.

—Yo también me asusto de lo que siento por ti, Bibian. Pero no voy a hacerte daño. Jamás podría hacerte daño.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—¿Cómo sabemos que va a funcionar?

Le sonreí para intentar calmarla. Sabía que en esos momentos tenía muchos sentimientos en su cabeza. Confusos y dolorosos, y quería que pensara que juntos conseguiríamos desliarlos y ser felices.

—Juntos siempre, Bibian. Esa es la manera.

—Bien…, ahora bésame otra vez y hazme el amor.



ASIER

Ya era de día cuando abracé a Bibian y nos tapé a los dos con el edredón de la cama después de la maratoniana sesión de sexo que habíamos tenido.

Ella se acurrucó en mis brazos y suspiró saciada y agotada. Su sonrisa satisfecha hizo aflorar mi orgullo masculino.

Sí, era una completa delicia dormir con mi mujer acurrucada a mí o despertar con un buen polvo mañanero.

Era un ángel sexualmente muy activo y no podía ni quería evitarlo ni esconderlo. Sobre todo, cuando enterrarte en la vagina de tu pareja podía ser el mejor momento del día sin ninguna duda.

Que Bibian fuese igual de ardiente que yo era una suerte. Aún se sentía algo cohibida de pedirme sexo abiertamente, pero su manera de provocarme para hacérmelo ver me ponía más cachondo todavía.

—¡Qué raro!

Que el duende me mirara intensamente mientras comíamos, ya que nos habíamos saltado el desayuno, me sorprendió.

—¿Raro? ¿El qué es raro?

¿Qué le pasaba a este ahora?

Levanté una ceja esperando una respuesta.

—Estás sonriendo mientras comes.

Parpadeé realmente sorprendido. ¿Eso hacía?

—¿Qué?

—Que antes siempre tenías el ceño fruncido con cara de mala leche y ahora estás sonriendo sin motivo aparente.

¡Será cabrón el enano! Tuve que sonreír a mi pesar. Que se hubiese dado cuenta me indicaba que estaba mucho más pendiente de más de lo que quería hacernos creer a los demás.

—Bueno, ahora estoy feliz, por eso sonrío.

—Pero es muy raro.

¡Él sí que era raro!

¿De qué color vestía hoy? ¿De morado, berenjena…? ¿Qué color era ese que llevaba conjuntado con los pantalones y la sudadera con capucha?

—Por cierto —Se le iba a acabar el chollo al enano. Eso le pasaba por impertinente—, ¿dónde está mi tarjeta de crédito?

Que mirara a Bibian de manera acusadora me dio idea de que ya parecían haber hablado de este mismo tema. Tendría que preguntarle a ella también.

—¿Qué tarjeta?

¡Oh, no pienso ceder en esto, pequeño liante!

—La que te di el primer día para que te compraras la ropa que necesitabas y que pareces haber olvidado devolverme. —Lo chincharía un poco—. Por cierto, si llego a saber que tenías tan mal gusto con la ropa, te la hubiese comprado yo.

—¡Oh, esa tarjeta!

Parece que prefirió no entrar al trapo. Chico listo, o duende listo… en este caso.

—Sí, *esa* tarjeta. ¿Dónde está?

—La perdí.

Lo miré sorprendido porque no me podía creer que me estuviese mintiendo en la cara.

—¿Cómo que la perdiste?

—Lo que oyes, una pena. —Se encogió de hombros como si le importara…una mierda haberla perdido.

¡Será hijo de la…!

—Entonces, ¿cómo es que me ha llegado hoy al teléfono un aviso de compra de Amazon de esa misma tarjeta?

No pudo ocultar su parpadeo culpable antes de pensar en otra mentira. No iba a reírme, aunque ganas no me faltaron al ver su cara.

—¡Oh! ¿En serio te ha llegado eso?

—Sí, en serio. Qué curioso, ¿no?

Miró a los demás, que nos observaban sin apartar la mirada de nosotros dos. Como si estuviesen viendo una interesante película.

—Pues no tengo ni idea, —Miró a Bibian esperanzado—. A lo mejor ella la encontró y la está usando a escondidas.

—¡Eh! A mí no me metas en tus líos. Te lo dije el otro día y no me hiciste caso.

—Chivata —le soltó ofendido.

—¡Ya está bien! Deja de decir mentiras y no intentes escudarte en ella —Alcé la voz intentando imponerme, no pareció impresionarle lo más mínimo—, se acabaron las compras innecesarias. ¡Dámela!

Miró mi mano tendida y fulminó de nuevo a Bibian culpándola de esta conversación o de perder el chollo que tenía con mi tarjeta. Había estado comprando todo tipo de cosas a cuál de ellas más rara.

—Todo esto es culpa tuya —le soltó a Bibian, ofendido.

—Ella no me ha dicho ni una palabra, llevo tiempo queriendo recuperar mi tarjeta y nunca me acuerdo de pedírtela. Por cierto —Recordé algo de pronto—, ¿para qué quieres tú una vagina portátil?

Se sonrojó y miró a todos los presentes de reojo para ver sus reacciones. Mika se reía abiertamente y Miguel intentaba guardar la compostura sin conseguir ocultar la sonrisa. Las dos brujas reían también sin tapujos.

—No creo que te sirvan de mucho con el tamaño que tienes.

—No pienso contestar a eso.

¿Ahora se ponía digno? ¡Era increíble!

—Está en mi habitación, luego te la doy… Por cierto, quiero cambiarme de habitación.

—¿Y eso?

No me lo esperaba para nada. ¿No estaba cómodo en una habitación para él solo? Si una maldita caja de zapatos ya era una mansión para él por su tamaño.

—Porque os oigo toda la noche follando como conejos y es muy difícil dormir así.

Lo maldije con la mirada, sobre todo porque había avergonzado a Bibian.

—Te recuerdo que tú querías estar cerca de ella aun diciéndote que te fueras a otra zona de la casa. Tienes un puñetero castillo a tu disposición, joder.

—Pues ahora quiero cambiarme —pidió con petulancia.

—Hay habitaciones libres en todas las plantas, así que elige la que sea.

—Bien.

Terminamos de comer entre charlas y sentía tener que ir a la oficina por la tarde, pero tenía algunas cosas urgentes que hacer. Llevaba unos días más relajados con el trabajo desde que pasó lo de la muerte de su hermana, pero ahora tenía que volver a la rutina del día a día.

Cuando Simón El Negro descubriera lo que pasaba con las drogas no se iba a poner contento exactamente. Para entonces quería tener el operativo montado de nuevo. Esperaba poder cogerlo entonces.

Me despedí de Bibian en la puerta de la habitación que usaba como su dispensario.

—¿Estarás bien si te dejo sola unas horas?

Le acaricié la mejilla con suavidad.

—Claro, no te preocupes.

—¿Qué vas a hacer toda la tarde?

Intenté no oír la vocecita que me decía que solo estaba alargando el momento de tener que dejarla sola.

—Trabajaré sobre las drogas de Zacarías.

¡Mierda!

—¿Qué? Pensaba que ya habíamos hablado de eso.

Me miró sorprendida por mi tono de voz.

—Ya te dije que iba a ayudarlo, es mi trabajo.

Lo sabía, pero no por eso tenía que gustarme.

—Tengo una hipoteca que pagar y necesito ganar dinero para vivir, ¿lo has olvidado?

—No necesitas trabajar para vivir, Bibian, ya no.

La seriedad de su rostro me indicó que había dicho algo inadecuado, aunque no sabía bien el qué.

—Voy a hacer como que no he oído eso.

—Tengo dinero más que suficiente para permitirme cuidar de ti y que no necesites hacer más ese tipo de cosas.

—Bueno, pues me alegro por ti, pero yo no quiero que ningún tío me mantenga. Te recuerdo que tengo un negocio y que llevo años saliendo adelante sin que ningún ángel ricachón me diga lo que tengo que hacer.

—¿Ahora soy un ángel ricachón? —No sabía si reírme o sentirme ofendido por sus palabras.

—No quiero que nadie me mantenga, Asier.

—Yo no soy nadie, te recuerdo que soy….

—Sí, sí, mi pareja que parece tener más dinero que sentido común. —Me miró clavando sus

ojos verdes en los míos con curiosidad—. ¿Y puedo preguntarte de dónde se supone que tienes tanto dinero como para querer costear mis gastos?

—Soy el capitán de la guardia, Bibian. Tengo un sueldo del ayuntamiento y llevo cuatrocientos años trabajando sin tener apenas gastos. La casa se mantiene sola, solo me hago cargo de comprar la comida que consumimos.

Recordé que, al estar encantada, ella ofrecía la comida y se encargaba de la limpieza directamente. No necesitaban cocineras ni limpiadoras ni nada de nada. Así que todo el sueldo era básicamente para los caprichos que quisiera.

—Una pena que no te compraras deportivos carísimos como hacen todos los ricachones para presumir de estatus —me soltó divertida.

—No compro coches porque no me monto en ellos, prefiero gastarme el dinero en otras cosas.

—¿Te parecen pocos gastos lo que deben costar esos trajes italianos que tanto te gustan?

Le tuve que sonreír con suficiencia. Mis trajes posiblemente costaran mucho más de lo que ella ganaba al mes en su floristería, pero no necesitaba calentarla más por hoy. No me gustaba discutir con ella. Ya volvería a sacar el tema de sus gastos y de su trabajo con los delincuentes más conocidos de la ciudad. Ahora no tenía más tiempo para eso. Tenía varias reuniones urgentes en la comisaría y ya llegaba tarde.

—Bien, no trabajes demasiado.

La acerqué a mi cuerpo para apoderarme de su boca y devorarla en un beso interminable hasta que pudiese volver a verla esa noche. Era extraña esa necesidad que tenía de verla y mantenerla cerca de mí y de lo que me hacía sentir con un simple beso.



BIBIAN

Los besos de Asier tenían el extraño poder de dejarme en una especie de compás de espera, deseando volver a verlo de nuevo. Suponía que era debido a nuestro vínculo.

Pasé la tarde trabajando con Kate, que se unió a mí después de que los ángeles se marcasen a trabajar.

Revisé mi correo electrónico donde muchos clientes me hacían encargos de flores, que tenía parados desde que me había mudado a vivir aquí, y pócimas, que era lo más frecuente.

Aún me sorprendía que la gente usara las pócimas para casi todo.

Desde aliviar dolores menstruales, evitar embarazos, hasta poderosas pócimas de amarres sentimentales y de prosperidad para los negocios.

Yo estaba encantada, daba fiabilidad del cien por cien y mis clientes lo sabían. Solo que jamás se me ocurriría atarme a una persona todo el tiempo que durara un hechizo, sabiendo que no me querría por mí misma. Pero bueno…, cada cual con su conciencia.

No me sorprendí demasiado al encontrarme un correo de Simón El Negro:

«Que sepas, que esto es lo último que podías hacerme.
Te despellejaré viva cuando te coja y da por hecho que iré personalmente a por ti.
Ni siquiera tus ángeles podrán salvarte».

No dudé en contestarle:
«Ven a por mí, hijo de puta. Te estaré esperando».

Miré el correo y lo cerré sin decir nada. Sabía que Kate también lo había leído porque estaba apoyada en mi hombro mientras habíamos estado leyendo los correos con los encargos de trabajo.

—¿Se lo vas a decir a Asier?

Lo pensé unos minutos antes de contestarle.

No tenía demasiado sentido decírselo a él. Posiblemente solo conseguiría preocuparle más de lo que ya estaba. Ya tenía demasiados problemas sobre su espalda.

Sabía que su enfrentamiento con los brujos podía pasarle factura en cualquier momento, aunque esperaba que decidieran dejarlo estar.

Sabía que estaba intentado coger al exmarido de Kate para poder averiguar su repentino interés por ella o el crío. No sería tan raro que un padre se preocupe de su hijo si no fuera porque él no se había preocupado nunca por el suyo.

Sí, evidentemente todo era muy raro.

Y luego estaba yo, en el meollo del asunto de las ventas de drogas y el número de muertos por sobredosis que habían estado apareciendo en los últimos meses por culpa de algunos narcotraficantes que habían intentado fabricar mi droga, y al no conseguirlo, habían fabricado otra que los mataba al consumirla.

Y la muerte de mi hermana que no estaba claro que tampoco hubiese sido provocada por el maldito Negro, que no conseguía quitármelo de encima.

—No, solo voy a preocuparlo más de lo que ya está.

—Pero es una amenaza clara contra ti —insistió mi amiga.

—Ya, Kate, es igual de clara que todas las que he recibido anteriormente, su visita a nuestra floristería, su ataque contra mí, el secuestro de mi hermana…

—Casi todo fue antes de que fuera tu pareja. Ahora es diferente… No sé, creo que no le va a gustar que se lo ocultes.

—Seguramente no.

Que alguien llamara a la puerta era muy extraño.

¿Otra vez los Hechiceros?

—¿Quién será ahora?

Estábamos en el castillo nosotras dos y la profesora encerrada en la biblioteca dando clases a Marco.

No había nadie más porque nadie podía entrar al castillo sin nuestro permiso.

Al ser un lugar mágico tenía una especie de barrera mágica que no se podía ver, pero que hacía de muralla infranqueable para los demás.

—¿Vas a ir a abrir?

Kate me miró cuando me levanté como si me hubiese vuelto loca.

—No sabemos quién es, Kate, claro que voy a ir a ver.

—Y si…

Me miró sin saber bien qué decir a continuación.

—No sabremos quién es hasta que abramos la maldita puerta.

Una escultural rubia nos miró a ambas con curiosidad cuando nos asomamos a la puerta.

¿Y está quién era ahora?

¿Se había perdido?

—¿Sí?

No podía evitar la curiosidad que sentía en ese momento.

Que una humana viniese aquí ya era extraordinariamente raro.

La rubia tendría unos treinta años o así, era mayor que nosotras. Llevaba un vestido rojo que se adaptaba a sus curvas como una segunda piel y un abrigo negro bastante elegante. Que llevase tacones de esa altura era lo que más me sorprendió de todos.

—Vengo a ver a Asier.

Que lo llamase por su nombre me indicó que se conocían y que la visita era personal. Si lo buscase para algo relacionado con el trabajo habría ido a la comisaría donde todo el mundo sabía que trabajaba.

Me supuse quién sería ella. Y los celos me golpearon el estómago con fuerza.

—¿Y tú eres?

— Samantha, su… novia.

Me quedé mirando la puerta sin verla. Entendí la expresión que decía la gente de «si me pinchan no sangro» en ese momento.

—El capitán está trabajando. Para cualquier cosa debes ir a la comisaría.

Kate fue la que le contestó, cosa que le agradecí en silencio porque me había quedado sin palabras.

¿Asier se acostaba con una humana y no me lo había dicho?

¿En serio?

—Nosotros tenemos una relación más… personal. Siempre nos vemos aquí.

¡Ya me imaginaba el tipo de relación!

¿Si la cogía por los pelos y la arrastraba por la calle se consideraría agresión? Porque esos fueron los deseos que me entraron en ese momento.

Una furia ciega e intensa me asaltó y deseé tenerlo delante para golpearlo hasta cansarme, por haberme mentido como había hecho.

—Pues vas a tener que llamarlo y hablar con él, porque ya te he dicho que no se encuentra aquí.

Kate también pareció perder la paciencia con la rubia.

—¿Y vosotras sois las nuevas sirvientas?

¿Sirvientas?

¡Yo la mato!

—No, yo soy su mujer. La oficial.

Iba a decir pareja, pero eso era lo que se suponía que era ella.

Odié su cabello perfectamente peinado en ondas rubias y maravillosas, su vestido rojo espectacular y los taconazos imposibles y me sentí la cenicienta con mis vaqueros y mis zapatillas de deporte junto a mi coleta mal hecha.

No me extrañaba nada que él eligiera mujeres como ella. Lo que no conseguía entender era para qué coño se había emparejado conmigo y de manera permanente nada menos. Yo nunca podría ni quería competir con ese tipo de mujeres porque siempre saldría perdiendo. Solo había que mirarla a ella y mirarme a mí.

Era igual de perfecta y presumida que él. Y eso solo hizo que me sintiera más insignificante de lo que normalmente me sentía cuando miraba el espécimen de hombre con el que me había vinculado.

—No me creo que él se junte con brujas. Las odia.

¡Sí, yo tampoco me creía lo que estaba pasando!

Me dieron ganas de invitarla a pasar a que esperara a Asier en el salón a ver qué cara ponía cuando la viera allí, o cuando supiera que yo me había enterado de su mentira.

—Sí, bueno, debe hacer mucho que no te ve para que no te hayas enterado de que las cosas

han cambiado mucho últimamente.

—Nos vimos hace solo un par de días —dijo la mujer con altivez y eso solo hizo empeorar mi humor.

¿Había tenido los santos cojones de haber ido a follarse a Wendolyn, en los días después de la muerte de mi hermana?

Mote muy apropiado por su apariencia. Tenía pinta de Wendolyn. No entendía que se la hubiese seguido follando mientras se había vinculado conmigo porque se suponía que no podía vivir sin mí.

—Bien, pues al parecer no te lo ha contado todo. La próxima vez, llámalo antes.

Le cerré la puerta en las narices sin dejarle decir nada más.

¡Sí, soy muy mala anfitriona, ya lo sé!

Estaba tan enfadada que pensé en ir a la comisaría a decirle un par de cositas, pero estaba tan nerviosa por la visita y tan sumamente enfadada que no descartaba cortarle los huevos delante de todos sus hermanos.



ASIER

—No parece que le haya dado mucho miedo el correo, ¿no? —Rodolfo me miró con seriedad.

—Creo que en estos momentos hay pocas cosas que la impresionen.

—Aun así, este tío no da puntada sin hilo, Asier. —Mika se levantó y se dirigió hacia la puerta—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor.

Sabía que Bibian estaría a salvo mientras se mantuviera en el castillo, nadie podía entrar en él o acercarse a cualquier persona que estuviese tras sus muros. Eso me tranquilizaba.

Mika volvió con su café y me tendió el mío. Hacía un frío que pelaba en la comisaría y aunque se había puesto la calefacción central, las oficinas parecían un puñetero frigorífico.

Recordé a mi bruja particular cuando se acurrucaba a mí por la noche porque le daba calor. Los ángeles teníamos más temperatura corporal que los humanos y las brujas porque teníamos que llevar la sangre a nuestras alas también.

Cogí el café y me calenté las manos con la taza.

Me llegó un mensaje de texto y sentí una extraña sensación por el vínculo.

¿Bibian estaba enfadada?

¿Qué había podido pasar para hacerla enfadar tanto?

Pensé en llamar para saber si estaba todo bien. Bibian había estado tan sensible estos días pasados que solo había sentido por nuestro vínculo, su intenso dolor. Sentir algo distinto y tan intenso era algo totalmente nuevo.

Tuve el presentimiento de que algo no iba bien.

Leí el WhatsApp que me había llegado. Era Kate, cosa que me extrañó mucho ya que ella nunca se había puesto en contacto conmigo por ningún motivo anteriormente.

«Ven rápido».

Esa urgencia hizo que la sensación de malestar creciera.

Me levanté y decidí que iba a dar por terminada mi jornada laboral. No me quedaría tranquilo hasta que no averiguara qué estaba pasando en el castillo.

—Ha sucedido algo. Me voy a casa.

—Llámame si necesitas ayuda.

Asentí y me puse la chaqueta antes de salir casi corriendo.



BIBIAN

Entré en la habitación como una locomotora. Estaba tan enfadada, que podía echar humo por las orejas.

Me puse a hacer las maletas sin querer oír a Kate, que me había pedido hasta la saciedad que esperara a que llegara Asier y que me explicara lo que pasaba antes de tomar una decisión tan apresurada. Mis sentimientos estaban tan exagerados y los sentía de manera tan intensa que no podía lidiar con ellos. Me sentía totalmente sobrepasada por ellos.

—Bibian… —Martin revoloteó a mi alrededor mientras hacía las maletas tirando la ropa en ella sin ningún cuidado—. Sabes que no puedes irte a tu casa. Ese matón de tres al cuarto te atrapará y te arrancará la piel a tiras.

—¿Tú no ibas a defenderme?

No me importó su cara de preocupación.

—Daré mi vida por ti si es necesario, ya lo sabes. Pero debes tener en cuenta que si hago daño a un humano me volverán a encerrar en la Torre otra vez y tú no querrás eso, ¿verdad?

—Me da igual lo que pase contigo y lo que pase con todos. Solo quiero que me dejéis en paz de una vez. Haced lo que queráis, no quiero que me sigáis ni que me vigiléis más.

Sabía que me estaba portando muy mal con ellos. Marco se había asomado a la puerta y había dado la vuelta para esconderse detrás de las piernas de Kate, que seguía asomada a la puerta de la habitación intentando hacerme cambiar de opinión.

Martin se sentó en la cama tras mis palabras y me miró con cara dolida.

Cogí mi cepillo del cabello y mis cosas de aseo del baño de Asier, que había puesto allí tan

solo el día anterior.

Todo tirado por la borda en unos días.

¡Maldito mentiroso de mierda!

Él se había dedicado a enamorarme diciéndome palabras bonitas mientras seguía follándose a la humana con la que al parecer follaba desde hacía tiempo.

¿Todo para llevarme a la cama?

¿Para qué se suponía que servía el maldito vínculo entre nosotros? ¿Para romperme el corazón? Si él ni siquiera había querido follar para no vincularme a él de por vida. ¿Entonces?

—Bibian, todo esto es un error y lo sabes. No te dejes llevar por los celos.

Cerré la maleta sin querer oírla, aunque algo en el fondo de mi cabeza me decía que tenía razón. Salí por la puerta sin hacer caso a ninguno de los dos y bajé las escaleras casi corriendo.

Me llevé una gran sorpresa cuando la puerta de entrada estaba cerrada y no la podía abrir.

¿Estaba cerrada con llave?

Me volví a mirar a Kate, que se había parado detrás de mí.

—¿La has cerrado tú con la llave?

—¿Yo? —Me miró sorprendida de que pudiese pensar eso de ella—. Sabes que la casa no tiene llave o yo por lo menos nunca lo he visto.

—¿Has sido tú? —Me sentía ridícula gritándole a la casa, pero esto sumó varios grados a mi mal humor—. No puedes dejarme aquí encerrada, ¿me oyes? Saltaré por un balcón si hace falta.

—No puedes saltar por el balcón, Bib. Solo espera un poco.

Dejé la maleta junto a la entrada y decidí que, si tenía que esperar a que llegase el maldito ángel del demonio, iba a estar haciendo algo constructivo… con su ropa.

Me di media vuelta y eché a andar otra vez hacia su habitación.

¡Cómo iba a disfrutar destrozando ese montón de trajes italianos que estaban perfectamente alineados en su ropero! ¡Y sus camisas de marca! Y sus zapatos de piel.

Iba a enseñarle a ese ángel infiel lo que le pasaba por intentar jugar con una bruja.

Sentí las pisadas de Kate y el revoloteo de Martin detrás de mí de nuevo. Supuse que se querían enterar de primera mano de lo que pensaba hacer en la habitación.

Por un momento pensé en destrozar muebles y ventanas para que la casa se enterara también de lo que podía hacerle a ella si quería, por obligarme a quedarme allí encerrada cuando lo que más deseaba en ese momento era poder largarme y olvidarme de todo. Pero me daba mucha pena estropear algo tan hermoso.

—Bibian, ¿qué piensas hacer?

Ignoré a Kate y apreté el paso hasta casi subir las escaleras corriendo.

—Me estás asustando, Bibian, tú no eres así.

Me volví hacia el duende tan rápido que a punto estuvo de chocar conmigo

—Tú no tienes ni puñetera idea de cómo soy, Martin. Me conoces desde hace poco más de unas semanas.

—No importa el tiempo que haga que te conozco. Tengo un instinto especial para valorar cuando alguien es bueno por naturaleza.

¡Maldito duende del demonio! ¡Ya quisiera tener yo algunos de sus poderes!

¡Sí, llamadme envidiosa, que también lo soy!

—Bien, pues tu instinto se ha equivocado conmigo. Siento decírtelo.

—No es cierto.

No volví a mirarlo. Entré en su habitación y me dirigí directamente a su ropero.



ASIER

Lo primero que me puso sobre aviso es que la puerta de fuera parecía estar cerrada con llave, cosa muy rara porque la casa se cuidaba a sí misma y nunca habíamos tenido que preocuparnos en cerrar.

Se abrió de repente cuando ya iba a llamar al timbre.

Encontrarme con la maleta de Bibian junto a la puerta de entrada me paró el corazón del susto.

¿Qué coño había pasado?

Comencé a llamarla mientras la buscaba por el salón sin aminorar el paso. Corrí escaleras arriba mientras me puse a llamar a todo el mundo.

¿Dónde se habían metido todos?

¡Rezaba a Dios que no hubiese vuelto a tener un bajón y haya querido hacer otra tontería como la de ayer! ¡Aún seguía con el susto en el cuerpo!

Me paré de golpe cuando vi a Kate y a Martin que me miraron con evidente cara de alivio al verme aparecer.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que te lo cuente ella, si deja de maldecir en algún momento.

Miré a Kate y me enteré de una ristra de pintorescos insultos que supuse que iban dirigidos a mí y no tenía ni idea de qué demonios le pasaba.

—¡Anda que ya te vale! Ya puedes conseguir que se calme porque no me apetece nada tener que cambiarme de casa otra vez. —Martin me soltó eso y bajó las escaleras revoloteando y rezongando en voz alta.

¿Qué coño estaba pasando?

—Suerte —me deseó Kate y también comenzó a bajar las escaleras en silencio.

—¿Bibian?

Entré en la habitación y cacé al vuelo lo que se dirigía directamente a mi cabeza.

¿Qué coño? ¿Me había tirado… un zapato?

Miré extrañado mi zapato y luego miré hacia la puerta donde la bruja se asomó para lanzarme lo que supuse que era el compañero.

Con una puntería formidable, tenía que reconocer.

—¿Me estás tirando zapatos, Bib? ¿Qué coño pasa?

Me acerqué a ella con rapidez antes de darle tiempo a que cogiera otro objeto y me lo lanzara de nuevo. Al ver mis trajes de Dior tirados en el suelo me quedé totalmente en *shock*.

—¿Qué les has hecho a mis trajes?

Me agaché y cogí uno de Armani al que le tenía especial cariño.

—Lo que pensaba hacerte a ti, pero no te tenía a mano.

Me acerqué con rapidez y le cogí la mano para quitarle una de mis deportivas, que si te daban en la cabeza podían hacerte verdadero daño.

—Estate quietecita y dime qué coño te he hecho para destroces todos mis trajes.

Miré el impresionante montón de ropa del suelo con lástima.

¡Adiós a mis Armanis, a mis Tom Ford y a mis Gucci!

—Eres un hijo de puta de la peor clase, eso es lo que pasa.

Podía ver sus ojos verdes echando chispas y sentía su furia a través de nuestro vínculo.

—Ya que vas a insultarme, por lo menos dime lo que se supone que he hecho para poder defenderme.

—Vete a la mierda.

Que intentara soltarse en vez de hablar conmigo me dolió especialmente.

—Bibian…

No quería que mi furia se desatara porque podía ser igual de mala que la suya o aún peor y no quería discutir con ella.

—Ni Bibian ni hostias. ¿Pensabas seguir manteniendo la relación con las dos?

Me empujó con fuerza y apreté los dientes cuando me golpeé una de las alas con la puerta. Sentí un fogonazo de dolor. Las alas eran muy sensibles a los golpes y eso precisamente no consiguió apagar mi mal humor.

Intenté entender lo que me decía. Pero no tenía ni idea de a lo que se refería. ¿Mantener relación con las dos?

—¿Con qué dos, Bib? ¿De qué coño estás hablando?

Volvió a intentar empujarme de nuevo y le cogí la otra muñeca para mantenerla quieta.

—Ha estado aquí tu novia Samantha.

Y entonces lo entendí todo.

¡Estaba celosa!

—¿Samantha ha estado aquí?

Debió notar mi tono de alivio al entender por fin lo que pasaba, porque me dio una patada en la espinilla con bastante saña.

¡Joder!

—Mierda, Bibian. ¿Te importaría dejarme explicar antes de seguir golpeándome?

—Voy a cortarte los huevos, eso es lo próximo que voy a hacer en cuanto me sueltes.

—Bien, gracias por la información.

La arrastré hasta sentarme en la cama con ella. Una posición en la que pensaba que estaba a salvo.

—Eres un hijo de puta y un cabrón.

La miré con seriedad y sus ojos verdes se clavaron en los míos llenos de furia y de dolor. Entendí que estuviese furiosa si pensaba que había estado acostándome con las dos. ¿Pero de verdad me creía tan ruin?

—¿De verdad piensas que he podido hacerte eso? ¿Después de todo lo que te he confesado estos días, crees que puedo mantener otra relación con ella?

—¿Entonces por qué ha venido aquí?

—¿Tú por qué crees?

No podía creerme que hubiese sido tan fácil engañarla. Estaba claro que no tenía ni una pizca de confianza en mí. Me dolió esa desconfianza, pero me gustaba que estuviese celosa. Que me considerara de su propiedad era mucho más esclarecedor de lo que ella suponía.

—Lo ha hecho para ponerte celosa, y con mucho éxito por lo que veo.

—Yo no estoy celosa. Más quisieras.

Me acerqué a ella y le besé la punta de la nariz a aún arriesgo de ganarme un mordisco, pero no lo pude evitar.

—Lo que tú digas. Si no estuvieses celosa no habrías reaccionado así.

No me contestó y aproveché que parecía estar pensando en lo que le estaba diciendo para continuar.

—Bib, estuve acostándome con ella durante un tiempo, justo antes de conocerte a ti.

Bueno, para ser exacto me acosté con ella por última vez el día que Bibian me lamió los labios en el ascensor.

No había vuelto a desear a nadie desde entonces.

—Pero me ha dicho que fuiste a verla hace un par de días.

—Es cierto. Fui a verla porque había estado llamándome todo este tiempo y no le había querido coger el teléfono. —Le sostuve el brazo con más fuerza cuando dio un tirón para intentar soltarse—. Presta atención. Fui a decirle que había conocido a alguien y que no iba a volver a verla más.

—¿Y para qué ha venido aquí entonces?

—Para conseguir lo que se proponía. Crear las dudas en ti y que la líes como has hecho.

Me eché a reír bajito cuando volví a ver la ropa destrozada y tirada por todas partes, y eso la enfadó aún más.

—Me encanta que estés celosa y eso dice lo mucho que te importo.

—Lo que tú digas.

La empujé sobre la cama y me tumbé sobre ella para que no pudiese golpearme ninguna parte sensible.

—No puedes negar que has formado todo esto por reclamar a tu pareja, y eso me encanta.

—¿Qué te haya destrozado casi todos los trajes también?

—Me los pienso cobrar uno a uno, que lo sepas. Eso ha sido un golpe muy bajo.

Me acerqué a besarla con suavidad. Ella me recibió abriendo la boca y enlazando su lengua con la mía.

El beso que comenzó dulce y tierno se volvió ardiente y exigente, como siempre que nos besábamos.

—Voy a follarte hasta que te entre en esa cabecita tuya que eres mi pareja por toda la eternidad.

Ella me sonrió con malicia.

—Te recuerdo que yo no soy inmortal, así que posiblemente esto se acabe mucho antes de lo que piensas. Dudo mucho que cuando me haga vieja y necesite pañales, vaya a gustarte igual.

Le sonreí divertido.

—Creo que no te lo he dicho. Pero cuando te has vinculado conmigo, tu vida está enlazada con la mía.

Su cara de sorpresa no tenía precio.

—¿Estás intentando decirme…?

—Qué tu vida durará todo lo que dure la mía. Ahora no puedes morirte hasta que lo haga yo.
Volví a lanzarme a su boca a demostrarle lo mucho que me gustaba esta noticia.

ZACARÍAS

Últimamente me pasaba en el fumadero casi todo el día.

Los ángeles habían declarado la guerra a todos los narcotraficantes de la ciudad desde que atacaron a Bibian la primera vez.

Mi exmujer nunca aprendería la lección.

Tenía un don especial para atraer los problemas.

Recordé lo destrozada que estaba en el entierro de Mónica y sentí mucha pena por ella. Sabía que adoraba a su hermana pequeña y que era, sin duda, lo que más quería en el mundo. Nunca había visto a dos hermanas más unidas que a ellas dos.

No pude acercarme a Bibian en el cementerio porque estaba rodeada de todos los ángeles de Chicago, lo que hacía casi imposible abordarla.

Desde que los ángeles habían declarado la guerra a las drogas en la ciudad, todos nos habíamos visto implicados y perjudicados.

Aunque en mi fumadero todo lo que se consumía era diferente y no tenía nada que ver con el resto de las drogas «normales» que circulaban por la ciudad, siempre había algún cliente que seguía consumiendo cocaína y cosas así.

Necesitaba urgentemente mis preparados para el fumadero.

Apenas me quedaban ya de ninguna y no quería presionar a Bibian después de saber lo muy mal que lo estaría pasando.

Pero comenzaba a estar desesperado.

Esperaría a ver si ella me decía algo durante el día de hoy y si no la volvería a llamar.

Mi teléfono sonó por cuarta vez esa mañana.

Tuve que maldecir el número que aparecía en la pantalla.

—Simón, buenos días.

—Buenos días, no creo que tenga que recordarte que el plazo para el pago se te pasó hace ya dos días, ¿verdad?

Escuché en silencio lo que me estaba diciendo y maldije mil veces cuando acudía a él cuando necesitaba el dinero.

—Sí, sé que tengo que pagarte lo que te debo, no se me ha olvidado. Pero pensaba que me darías más tiempo…. Te dije…

—Cállate y escúchame con atención. ¿Te llevas bien con tu exmujer?

Esa pregunta me dejó completamente desconcertado.

—¿Qué? ¿Si me llevo bien con mi exmujer? ¿Qué tiene que ver Bibian en todo esto?

—Muy fácil, quiero que contactes con ella para poder reunirnos sin falta en tu oficina, en un sitio que no despierte sus sospechas. Si haces eso por mí me pensaré dar tu deuda por liquidada.

Se me heló la sangre cuando lo escuché.

—¿Me estás diciendo que das por liquidada mi deuda si consigo entregarte a mi exmujer?

—Sí, sé que eres un tipo listo. Arréglalo y vuelve a llamarme cuando lo hayas hecho,

Una mano fría me estrujó el estómago según escuchaba a Simón El Negro al otro lado del teléfono.

—¿Qué te hace pensar que haré algo así?

—¿Tienes mi dinero?

—No, no tengo el dinero, ya te lo he dicho.

—Pues, entonces, tu única oportunidad de salir ileso de esto es conseguirme una reunión con tu mujer.

—Bueno, me lo pensaré…

—No tienes tiempo para pensártelo.

—Te he dicho… —¡Joder, joder!—. Está bien. Puedo entregártela mucho antes de lo que piensas. Pero quiero que me prometas que después de esto quedaremos en paz…

—Tienes mi palabra.

—Bien, te mantendré informado.

No quería hacerle daño a Bibian, pero en este momento el hijo de puta me tenía cogido por las pelotas.

Sin tener otro remedio volví a llamar por teléfono.



KATE

Parece ser que el capitán había conseguido que Bibian entrara en razón.

Que se pusiera tan celosa solo demostraba la teoría que tenían todos en la casa de lo mucho que él le empezaba a importar y posiblemente ella ni siquiera lo sabía.

Era bien sabido que te dabas cuenta de que querías mucho lo que tenías cuando presentías que alguien más quería quitarte lo que consideras como tuyo.

Y eso era justamente lo que le había pasado a Bibian.

Miguel y Mika incluso habían apostado a que la pareja feliz no iba a bajar a cenar. Y había ganado Miguel. Tuve que sonreír ante el cariño que todos los ángeles parecían tenerse entre ellos.

El llevar viviendo juntos tantos siglos había debido reforzar sus lazos de amistad. Ahora se trataban prácticamente como si fueran hermanos.

—¿Y tú por qué no te lanzas y le dices a él lo que sientes?

Miré a Martin deseando ahogarlo con el plato de sopa.

—No sé de qué me hablas —¿Me dirían algo si asesinaba a un duende bocazas?

—Sí, disimula. —Él continuó como si dejarme en evidencia fuera lo más natural del mundo —. Todo el mundo ha debido darse cuenta de la manera en la que lo miras cuando piensas que nadie te ve.

Que todos los ángeles se centraran ahora en mí con distintas caras de diversión ante el mal rato que estaba pasando, no ayudaba en absoluto a mi cara de bochorno.

—Creo que deberías hacer algo al respecto —le soltó el duende a Miguel, que me miró con

intensidad y me guiñó un ojo.

¡Lo que me faltaba!

—Haré algo en cuanto encuentre la ocasión.

Señaló a mi hijo con la cabeza. Entendía perfectamente a lo que se refería. No habíamos tenido ni un solo segundo de intimidad desde que llegamos a esta casa, ya que el niño extrañaba la cama en la habitación anexa y dormía conmigo todas las noches, haciendo imposible que nos hubiésemos vuelto a encontrar a solas.

—Marco. —Mika lo llamó para que despegara los ojos de los dibujos que estaba viendo en el móvil mientras cenaba y le prestase atención—. ¿Te gustaría dormir conmigo esta noche?

¡Ay, madre, la que iba a liar el enano con sus comentarios inoportunos!

—Tengo que dormir con mi mamá porque tiene miedo de noche.

¡Toma ya! ¿Por qué no me extraña que dijera que la que tenía miedo era yo en vez de él!

—Bueno, podemos hacer una cosa. Miguel, que también tiene miedo de noche, puede dormir con tu mamá y tú duermes conmigo que también me da miedo. ¿Qué te parece?

El puñetero niño nos miró con atención a todos los implicados y soltó:

—¿Y por qué no duerme Miguel contigo si también le da miedo?

—Ala, levanta ese argumento si puedes —le soltó Miguel a Mika, divertido.

—Porque yo prefiero que duermas tú conmigo, que pareces más valiente.

El niño volvió a mirarlos a todos con seriedad.

—¿Y si no es tan valiente cómo va a defender a mi mamá de noche?

—Yo no voy a tener miedo, cariño, puedes dormir con ella si quieres esta noche.

Sentía el sonrojo de mi cara subirme por las orejas y no sabía a dónde mirar. Dijera lo que dijese ya me habían dejado en evidencia.

—No es necesario que hagáis esto.

Miré a Mika, que estaba mirando a su vez a Miguel que me observaba a mí.

—Ya puedes esforzarte esta noche —le soltó ella a su hermano, que sonrió con cara de suficiencia.

—Te prometo que mañana no oirás una sola queja.

¡Madre mía, madre mía!

¿De verdad iba a pasar la noche con él?

Mi vagina se contrajo de excitación ante la mirada de sus ojos azules clavada en mí.

—Qué modesto eres, ¿no?

—Mañana por la mañana me lo vuelves a decir.

—¿Sabéis lo que os digo? —Martin se levantó de la mesa y se dirigió a las escaleras bastante molesto—. Dais mucho asco… Todos.

—Te recuerdo que todo esto es culpa tuya, bocazas.

Que tuviese la cara dura de hacernos una peineta a todos, pequeña dado el tamaño de sus dedos, pero peineta, al fin y al cabo, nos hizo romper a reír.

—Vale, prepárale el pijama al enano y lo que necesite para dormir, que nos vamos a mi super cama ya. Aprovechad vosotros la oportunidad.

Miguel me hizo un gesto con la cabeza animándome a que subiera con ellos para darles la ropa que necesitaba y se alejaron por las escaleras hacia la planta en la que dormía ella, con mi hijo de la mano.

Iba tan entusiasmado que ni siquiera se molestó en darme un beso de buenas noches.

Miguel llegó cuando iba a cerrar la puerta de la habitación.

Lo miré en silencio. De repente, me sentía cohibida por estar en esta situación de manera tan

extraña. Que hubiese sido forzada en vez de salir de manera espontánea le había quitado todo el encanto, ¿no?

—No tienes que hacer esto si no quieres.

¿De verdad había leído mis pensamientos?

—Es muy fácil leer tus emociones en este momento, Kate. Me moría por poder tenerte un rato para mí solo. No voy a negar que me gustaría mucho poder aprovechar esta noche que nos han regalado entre todos.

—¡Voy a matar a ese duende bocazas!

—Bueno, hay que reconocer que ha sido algo incómodo, pero ha valido para que estemos en la situación en la que llevo noches soñando.

—¿En serio?

Miré sus ojos azules sorprendida por su franqueza

—Me muero por poder besarte de una vez por todas.

Se acercó a mí con lentitud y me pasó el pulgar por el labio inferior y ese leve gesto me puso a cien.

Quizás al día siguiente me arrepintiera, pero esa noche estaba dispuesta a quemarme en el infierno si era necesario.

Me acerqué a él con rapidez sin pensarlo demasiado y anclé mi boca a la suya en un beso desesperado que me hizo enroscar los dedos de los pies.

¡Dios!

Miguel me empujó contra la pared y sujetó mi cabello con sus dedos para que no pudiera mover la cabeza y poder así profundizar el beso. Esa brusquedad me hizo olvidarme de todo y le mordisqueé el labio inferior tirando de él para lamerlo luego con suavidad.

Cuando lo oí gemir con fuerza volví a lanzarme a su boca, que me recibió con brusquedad.

No había nada tierno en su manera de besarme ni en su manera de acariciarme los pechos por encima de la ropa.

Separamos nuestras bocas para quitarme el jersey que llevaba puesto y se puso a mordisquearme los pechos por encima del sujetador haciendo que sujetara su cabello rubio y empujara su cabeza hacia mi cuerpo pidiéndole más.

—Esto va a ser rápido e intenso, Kate. Te deseo demasiado para no follarte cuanto antes. No voy a ser cuidadoso.

—No quiero que lo seas —susurré metiendo mis manos por debajo de su camisa blanca para acariciarle el vientre terso y musculado. Cuando bajé la mano y le acaricié la erección por encima del pantalón, Miguel gimió en voz alta.

Me sacó los pechos del sujetador y lamió un pezón para luego succionarlo con fuerza provocándome un espasmo en mi vagina

—¡Joder!

—Luego —me susurró él desabrochándome los pantalones y bajándomelos con rapidez—, primero voy a probarte. Llevo meses soñando cómo sería tu sabor y no puedo esperar ni un segundo más.

Amontonó el pantalón en mis tobillos y me mordió el pubis por encima del tanga. Luego inhaló profundamente.

¡No me podía creer que hubiese echo eso!

—Dios, si sabes igual que hueles me voy a dar todo un festín.

Me bajó el tanga con lentitud y me acarició con las manos el interior de los muslos con suavidad.

Buscó mis ojos antes de meter la cabeza entre mis piernas para comenzar a lamerme.

Mis piernas amenazaban con doblarse ante la avalancha de sensaciones que me inundaron en ese momento.

Estaba a punto de comenzar a arder por todas partes. Le sujeté la cabeza cuando se lanzó a succionar mi clítoris, para que siguiese atormentando ese punto tan sensible de mi anatomía.

Miguel siguió lamiendo sin perder el ritmo y yo no podía controlar todas las emociones que amenazaban con desbordarse. Algo comenzaba a tensarse en mi interior y le animé a que siguiese lamiéndome como lo estaba haciendo. Empecé a mover mis caderas al compás de su lengua para que se apresurara un poco, pero él parecía no tener prisa. Volvió a lamerme el clítoris en movimientos circulares y lentos que me arrancaban gemidos incontrolables.

—¡Por favor!

Apenas reconocí mi tono lastimero.

Miguel me sujetó las caderas para que no me moviera, se centró en mi clítoris acelerando los movimientos de su lengua y el volcán de mi interior estalló lanzándome a las estrellas mientras él seguía lamiéndome para beberse mis fluidos provocados por el orgasmo.

—¡Dios, Dios! ¡Joder!

Por un momento ni siquiera supe dónde estaba. Cuando me recuperé un poco, vi a Miguel que me miraba con ojos ardientes desde el suelo donde seguía arrodillado.

—¿Lista para el segundo asalto?

Ni siquiera podía hablar.

Solo pude asentir y me cogió en brazos para llevarme a la cama.

—Para lo que voy a seguir haciendo contigo necesito que estemos tumbados.

Definitivamente estaba claro que sí iba a disfrutar de la noche con él.



BIBIAN

Despertar con Asier en la cama, los dos desnudos, era sin duda el momento más erótico del día.

Solía dormir pegado a mi espalda con una de sus alas tapándonos a los dos, así que despertarme en sus brazos, rodeada de su olor y con su sabor aún en la lengua me hacía sentirme, por una vez en la vida, tremendamente deseada y querida.

Suponía que desde que nos vinculamos la primera vez que hicimos el amor, me había vuelto tan inmortal como él, y eso era algo que aún no había podido digerir por completo.

Sentía algo tan intenso por él cuando lo veía, e incluso cuando no estaba junto a mí, que me asustaba.

Con él todo era muy intenso. Nuestra última discusión, debido principalmente a mis celos, había sido épica. Jamás me había sentido como me sentí cuando la rubia vino a decirme que se estaba acostando con él. Que destrozara casi todos sus trajes hechos a medida había sido una reacción desmesurada de la que no me sentía especialmente orgullosa. A él no parecía importarle demasiado. Se limitó a decirme que me tendría que acostumbrar a lidiar con la intensidad de las emociones que nos provocaba el vínculo. Por lo visto las amplificaba todas.

Ambos nos tendríamos que acostumbrar.

Desperté por la mañana sintiendo su mano sujetando mi cintura y viendo su enorme ala blanca, esponjosa y gigantesca tapándonos a los dos y sonreí satisfecha.

No pude evitar acariciar la curva del ala con la yema de los dedos.

Asier, en respuesta, gruñó en sueños. Sus alas eran terriblemente erógenas.

Volví a sonreír.

Sabía que sus alas eran muy sensibles y que ese ángulo en particular lo hacía perder la cabeza poniéndolo a cien.

Sentí su polla crecer apoyada en mi trasero y ese sencillo gesto me bastó para humedecer mi sexo y que mi vagina se contrajera preparándose para lo que ya sabía que me esperaba.

Asier meció sus caderas sobre mi trasero, todavía dormido.

—¿Sabes lo que va a pasarte ahora, brujita?

Vale, ya había despertado.

Me empujó sobre la cama y se colocó sobre mi espalda en un mismo movimiento.

—Por fin despiertas.

Me reí un poco nerviosa porque una pasión extrema me recorría al dejarme en esta postura tan vulnerable.

—Veo que me has echado de menos.

Metió su mano entre mis piernas para intentar calentarme un poco y gruñó cuando me encontró totalmente mojada y lista para él.

—Ponte esto en las caderas.

Me dio una de las almohadas.

Me la puse bajo la barriga y en esta postura mi culo sobresalía. Agradecí que no pudiese ver mi cara sonrojada en este momento.

—Joder, no te imaginas la vista tan erótica que tengo de ti ahora mismo.

Sabía que estaba de rodillas detrás de mí y que pudiese contemplarme de esta manera, hacía que se me secara la boca de golpe.

—Me alegro de que te guste.

Me tuve que reír también cuando lo oí reír bajito detrás de mí, mientras lo sentía moverse a mi espalda.

Asier se tumbó sobre mí y apoyó su peso sobre uno de sus antebrazos mientras colocaba su polla en la entrada mi vagina y gemí cuando comenzó a empujar.

Sentir su grosor llenándome por completo me hizo sacar más el culo para facilitarle el trabajo.

Me mordisqueó el hombro. Besó mi cuello mientras seguía empujando hasta que se coló por entero. Gemí en voz alta.

—Siempre he querido poder follarte en esta postura. ¿Te hago daño?

—No. —Apreté los dientes y comprimí los músculos de la vagina. Lo poco que podía hacerlo.

Él gimió.

—Joder, Bib.

Apoyó ambos antebrazos a los lados de la cabeza y siguió moviéndose dentro de mí.

Volví a comprimir la vagina y eso consiguió que se desatara por completo.

Aceleró sus embestidas mientras me mordía el cuello, con fuerza. Sentirlo cuando perdía el control así, me ponía aún mucho más cachonda.

Estaba totalmente comprimida y apretujada por su cuerpo, pero eso solo hacía que sintiera aún más placer. Lo sentía dentro de mí y cuando empezó a empujar y a empujar, consiguió que el calor de mi vientre se extendiera con rapidez preparándose para el orgasmo.

—Asier…, joder

—Córrete conmigo, Bib.

Siguió bombeando a un ritmo infernal y me corrí en un violento orgasmo quedándome completamente desmadejada en la cama mientras él eyaculaba dentro de mí con un fuerte

gruñido.

—Ya sabes lo que te pasará si me tocas las alas sin mi permiso —me murmuró en el oído.

Se retiró de mí con suavidad besándome dulcemente en la boca cuando me ayudó a darme la vuelta.

—¿Cómo puedes despertarte con esas ganas de empujar por la mañana?

Le sonreí devolviéndole el beso y su boca se curvó en un extremo formando esa sonrisa torcida que le daba cierto aire canalla que me encantaba en él.

—Tú tienes la culpa. Haces que pierda la cabeza.

Me retiró el pelo enmarañado de la cara y le acaricié la mejilla con suavidad. Sus ojos azules me observan divertidos.

—¿Una ducha?

Asentí, acompañándolo hasta el cuarto de baño.

—¿Qué vas a hacer hoy?

Me metí bajo el agua caliente con él.

—Quiero acabar las drogas del fumadero de Zacarías. Voy algo atrasada con eso.

—¿No puedo hacer nada para hacerte cambiar de opinión?

—Soy la única que fabrica esas drogas y no puedo dejarlo tirado, Asier. Él siempre se ha portado muy bien conmigo.

Lo vi lavarse el pelo negro mientras sus plumas absorbían el agua de la ducha y brillaban con las gotas que se quedaban prendidas sobre ellas.

—No me gusta que hagas drogas para nadie, ya lo sabes.

No quise responderle porque no quería provocar una discusión. Me mojé el pelo para lavármelo mientras observaba sus oblicuos, que formaban una V perfecta señalando su sexo, que estaba relajado y en reposo aun teniendo así un tamaño que me conseguía secar la boca.

Es lo que tenía ser un ángel.

Que estaban maravillosamente bien dotados.

Yo le había cogido el gusto y no podía tener mis manos alejadas de él. Me comenzaba a considerar una ninfómana que nunca se cansaba de follar con mi pareja.

Aunque no parecía que él tuviese ningún problema en ese aspecto.

—¿Cuándo quieres que vaya a entregárselas?

—¿Perdona?

Me miró sin inmutarse.

—No puedes salir del castillo, ya lo sabes, así que mandaré a alguien a entregarle la droga.

Me miró con tanta seriedad que supe que no iba a aceptar que me quejara.

Y yo no pensaba ceder, aunque él no lo supiera.

—Las drogas se las entregaré yo en persona porque hay una nueva que tengo que explicarle su funcionamiento.

—Tú no vas a salir de aquí por absolutamente ningún motivo. Pensé que eso estaba claro.

—Pues está visto que no.



BIBIAN

—¿De verdad vas a ir a entregarle las drogas tú sola?

Kate no podía evitar su tono de reproche y de miedo por mi decisión de ir esa tarde a llevarle las drogas al fumadero de Zacarías.

—Me ha llamado esta mañana, Kate. Las necesita urgentemente y ya sabes que si Asier estuviera aquí tendríamos una pelea otra vez por este tema.

—¿Y no crees que tiene razón con que no puedes salir de aquí tú sola?

—Voy a coger un taxi en la puerta y me bajaré en la puerta del fumadero. Y para la vuelta voy a hacer exactamente lo mismo, Kate. —Intenté tranquilizarla un poco—. No hay motivos para preocuparse, de verdad.

—A Asier no le va a gustar absolutamente nada que vayas tú sola. Déjame ir contigo, por lo menos.

—También puedo ir yo con ella

Que Martin se ofreciera a acompañarme era bastante sorprendente porque él no estaba dispuesto a salir del castillo y dejarse ver bajo ningún concepto.

—Estaré bien. Zacarías me está esperando. Tardaré menos de una hora en ir y volver. No seáis tan pesimistas. No va a pasarme nada.

El taxi pitó en la puerta, salí del castillo y les dije adiós con la mano antes de montarme en el coche y alejarnos entre el tráfico de Chicago.

—Yo voy a llamar a Asier para avisarlo de lo que va a hacer. Quiero que él se entere de que ella ha salido del castillo sin dejar que ninguno de nosotros la acompañemos —decidió Kate para

quedarse más tranquila.

Hacía una tarde preciosa y miré el cielo desde la ventanilla del taxi.

Aún era temprano para que hubiera mucha gente en el fumadero de mi exmarido, pero el guardia de seguridad, al que no conocía, estaba ya en la puerta controlando que no entrara ningún impresentable que diera problemas en el interior.

—Soy Bibian Shade. Zacarías me está esperando.

—Entre.

El gorila con cuerpo de armario empotrado era un brujo de viento y tenía los ojos de un gris muy claro, característico en ellos. Eran los que mejor podrían defenderse en caso de pelea. Podían formar un vendaval en tan solo unos segundos, algo bastante conveniente para el trabajo que desempeñaban. O quitarte el aire de los pulmones, mucho más peligroso. No sería yo quién hiciera enfadar a un brujo de viento.

No había nadie en el fumadero excepto los camareros.

Me saludaron con la cabeza. Yoel, que era el jefe de sala del local, y algunas de las camareras que llevaban más tiempo y que conocía cuando él y yo estuvimos casados, me miraron con curiosidad. Yoel me indicó que subiera a su despacho y eso hice con rapidez.

Tenía un extraño presentimiento desde que había entrado en el local y por un momento me quedé pensando si salir de allí. Estaba paranoica con todo lo que había pasado y eso comenzaba a pasarme factura. Pero algo me indicaba que estar allí no era buena idea.

Solía hacer caso a mis raras premoniciones, porque casi siempre me pasaban cuando iba a suceder algo grave.

—Pase.

Abrí la puerta y entré en silencio, observando su despacho con detenimiento. La ventana que daba directamente a la sala desde donde se podía contemplar todo el local. Su mesa de madera de nogal, impecablemente ordenada y su portátil encendido ante él. No parecía que hubiese pasado el tiempo ya que todo estaba justo como había estado siempre.

Zacarías vestía de negro como solía ir. Estaba sentado detrás de su escritorio y me miró con seriedad. Ni siquiera me sonrió y eso me puso de nuevo sobre aviso.

—Hola, Bibian.

Su mirada me hizo pararme en mitad del despacho dudando de si acercarme más o no.

—¿Va todo bien?

—Sí, perdona.

Me sonrió, pero seguía presintiendo que algo no iba bien.

—Te traigo el material.

No entendía por qué me había pedido perdón, lo miré intentando leer su expresión. No pude hacerlo.

—Gracias, siéntate un momento, por favor.

Lo miré intentando averiguar qué demonios le pasaba. Asier me mataría si se enteraba de que había venido aquí sola y algo me decía que no iba a salir de allí bien parada.

«¿Por qué no hago caso nunca a los demás?»

—No puedo quedarme, Zac. Te cuento que te he traído una fumadera nueva que creo que a la gente le va a encantar.

Abrí el maletín para sacarla y supiera cuál era y la función que tendría, pero lo vi mirar la puerta con nerviosismo.

—¿Estás esperando a alguien?

—Algo así.

—Bien, te explico esto y me voy, tengo algo de prisa, Zac, ya te lo he dicho.

—La verdad es que no puedes marcharte todavía.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué no? Ya te he dicho que no me puedo quedar.

La sensación de peligro se incrementó y miré a mi alrededor comenzando a ponerme nerviosa.

—Ya, pero estamos esperando a algunas personas que quieren conocerte.

—¿Conocerme a mí?

No entendía nada. Y mi sensación de peligro empeoró erizándome el pelo de la nuca.

—Sí, alguien que me pidió que te trajera aquí para conocerte. Espero que puedas perdonarme, Bib. De verdad.

Un miedo intenso empezó a reptarme por la espalda, sus palabras y su actitud me indicaban que no iba a gustarme nada lo que sea que hubiese organizado.

Oí que la puerta volvía a abrirse de nuevo, esta vez sin que nadie llamara antes.

—Buenas tardes, así que tú eres la bruja que me ha hecho perder tanto dinero.

Conocería esa voz en cualquier parte.

«¿Qué has hecho, Zac?»

Me volví despacio a mirar al hombre que acababa de llegar y que me miraba con un odio que no se molestó en ocultar.

El recién llegado era un humano de cabello rubio bien peinado. Vestía con traje oscuro, pero estaba tan exageradamente delgado que parecía que el traje se lo habían prestado, ya que le sobra por todas partes.

Sus ojos oscuros, casi negros, me miraban con tanto odio que me dieron escalofríos.

—Así que tú eres El Negro —no había dudas al respecto.

—Y tú eres la bruja más terca que he tenido la mala suerte de conocer.

—Asesinaste a mi hermana.

Sorprendentemente no tenía miedo de enfrentarme a él, tenía poco que perder y sí inmensas ganas de hacerle justicia a mi hermana. Así que me acerqué a él pensando de qué manera podía matarlo. Supe que uno de los dos no iba a salir vivo de ese despacho.

¿Por qué me había hecho eso Zacarías?

—No exactamente, pero si llego a saber que me harías la jugarreta que me has hecho, le hubiese arrancado la piel a tiras.

—¿Es esto lo que querías, Zac? ¿entregarme a este ser repugnante que mató a mi hermana?

Miré a mi exmarido, que nos miraba a ambos con rostro compungido.

—Lo siento mucho, Bib. No he podido negarme.

—Bien, si me quieres vas a tener que venir a por mí.

—¡Oh! puedo garantizarte que cuando acabe contigo no serás tan valiente como ahora.

—No me das miedo.

Me preparé para no dejarme coger.

Por un segundo, pensé que Asier me iba a matar por estar en esta situación que llevábamos evitando desde el primer día.

Pero había llegado la hora de la venganza.



BIBIAN

—Si tocas a mi mujer te arranco la cabeza.

Esa voz…

Miré la puerta sorprendida de ver a Asier vestido totalmente de cuero con el pelo recogido en una coleta como hacía cada vez que salía a las redadas.

Mi alivio fue tan inmediato que se me aflojaron las rodillas.

Oía gritos y golpes en la planta de abajo junto con ruido de botellas rotas y supuse que Asier no había venido solo.

¿Cómo coño se había enterado de que estaba aquí? ¿Kate?

—¿Kate?

Le pregunté en voz alta.

—Kate —me confirmó él y yo le daría un beso muy fuerte a ella cuando volviera a casa, si mi marido no me mataba antes, por la cara que tenía de mala leche—. Y él —añadió señalando a mi exmarido.

Lo miré sorprendida sin entender nada.

—¿Has tenido los santos huevos de delatarme ante esta aberración de la naturaleza? —La mirada que le lanzó El Negro a Zacarías no tenía precio.

—Ya está bien de que la sigas acosando. Secuestrar a su hermana ha sido la peor idea que has podido tener. Yo también la quería, ¿sabes? Y no voy a dejar que le hagas daño a Bibian también —declaró mi exmarido con furia.

—¿Has avisado a mi pareja para que pueda atrapar a este energúmeno? —No podía dar

crédito.

—Sí. —Me sonrió con cariño—. Me obligó a atraerte aquí para atraparte y yo simplemente llamé a tu pareja para que lo supiera. Al final todo ha salido bien. Te debía una, Bibian. Es lo menos que podía hacer por ti.

—¡La mataré!

El Negro se movió tan rápido que se abalanzó sobre mí sin que ninguno lo esperara. No me había tocado todavía, cuando Asier le cortó el paso y usó las dos espadas que llevaba en su espalda, las cruzó en el aire y vi sorprendida y horrorizada cómo la cabeza del narcotraficante se separó del cuerpo y cayó rodando hasta mis pies. Nunca olvidaré la expresión de sorpresa que mostraba su cara cuando la cabeza quedó justo ante mí.

Me quedé mirando su cuerpo hasta que se desplomó en el suelo junto a la cabeza cortada.

—Te dije que si te acercabas a ella te la arrancaría —le soltó Asier mirando la cabeza con un profundo desprecio.

Hizo desaparecer las espadas con la misma rapidez con las que las había sacado y eso me recordó el día que lo conocí, que hizo salir unas esposas de la nada para ponérmelas y poder llevarme a la comisaría. Cosas de ángeles.

Me quedé en el sitio mirando el cuerpo tendido en el suelo que comenzó a llenarse de sangre con rapidez.

Asier me apartó del cuerpo y me sentó en una silla, de espaldas, para que dejase de verlo. Miré a Zacarías que también observaba la escena, pálido y sin decir nada.

—Tengo que agradecerte tu inestimable ayuda para poder coger a este tipejo de una vez por todas.

Zacarias me miró unos segundos antes de responderle.

—No iba a permitir que le hiciese daño. Me hubiese gustado haber podido hacer algo mucho antes, pero que él me chantajeara para poder llegar hasta ella me dio la idea de que lo pudieseis atrapar por fin y se acabase esta pesadilla.

—¿Sabías lo que iba a pasar y no me dijiste nada?

¿Asier había organizado todo esto a mis espaldas?

—Ya hablaremos en casa de que te pases por el forro todo lo que te digo —soltó con frialdad. ¿Ahora estaba enfadado conmigo?

—Buena suerte con eso —susurró Zacarías, divertido

—¿Tú de qué parte estás?

Miré a mi exmarido, ofendida, y me crucé de brazos, más enfadada todavía.

—Yo siempre estaré del lado del que intente meterte algo de sentido común en esa cabecita hueca que tienes. ¿De verdad has venido tú sola sin decirle nada a él?

—Sí, ese es el sentido común que tiene —reconoció Asier con frialdad.

Llamaron a la puerta de nuevo y entra Anthony y Miguel y vi que se llevaban el cuerpo del narcotraficante y me quedé mirando la mancha del suelo.

—Espero que la sangre del suelo se quite.

Pensé absurdamente en el trabajo que sería limpiarlo, supuse que seguía estando en *shock* por lo sucedido minutos antes.

—Ya lo mandaré a limpiar luego. ¿Una copa, Bib? ¿Capitán?

¿Me apetecía una copa en ese momento?

—No soy capaz de beber nada ahora mismo. Estoy algo revuelta.

—Para mí tampoco. Tengo que irme. Gracias de nuevo por todo, Zacarías. Has sido de gran ayuda. ¿Nos vamos, Bibian?

—Tengo que explicarle una de las drogas en un minuto.

Y eso fue justamente lo que tardé mientras el capitán esperaba pacientemente a que terminara para poder llevarme a casa.

Lo observaba en silencio aún nerviosa por lo que había pasado. Estaba segura de que podía sentir mis nervios a través del vínculo. Ver a tu pareja arrancarle la cabeza a alguien delante de ti, no es algo que se pudiese ver todos los días.

—¿Me llevas a casa? —¡Qué morro tengo!

¿De verdad pensaba que él iba dejar las cosas como estaban?

—¿Te llevo a casa? Por supuesto que te llevo, pero no creas ni por un segundo que no vamos a tener una pequeña charla luego.

—Hoy no estoy para muchas charlas. —Intenté escurrir el bulto, aunque no creía que lo consiguiera. No lo hice.

—Vas a tener que aguantarte.

¿Ves, Bibian, como no iba a ser tan fácil?

Me cogió en brazos y se echó a volar para llevarme al castillo, deseando que el mal humor que tenía se fuese disipando con el frío de la noche que empezaba a caer sobre la ciudad.

—Si vas a recriminarme que haya ido a llevarle la droga, yo puedo decirte que sabías lo que iba a pasar y tampoco me lo dijiste.

—¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera estado al tanto de dónde iba a estar él esta tarde? —me gritó cuando llegamos a la entrada del castillo—. ¿Lo has pensado, Bibian?

—Ya, bueno, pues no ha pasado nada. Así que deja de gritarme, ¡joder!

—Agradece que solo te esté gritando y no te encierre en la habitación. Eres una maldita inconsciente.

Eso era verdad, qué le iba a hacer. Creo que no cambiaré nunca.

Se acercó tanto mi cara que sabía que podía ver mi miedo aún en el fondo de mis ojos verdes, eso hizo que su mal humor bajase un poco. Me abrazó con fuerza y me aferró a sus brazos mientras yo escondía la cara en su cuello.

—Cuando lo he visto acercarse a ti, Bibian…, no he podido controlarme. Siento que hayas tenido que ver eso.

—¿De dónde salen las espadas?

Miré y toqué entre sus alas, pero no estaban por ninguna parte.

—Están ocultas, Bib, solo accedo a ellas cuando tengo que usarlas.

—Parecías un guerrero medieval.

Sonrió ante mis palabras. Su miedo parecía que se desvaneció un poco más.

—Soy un guerrero medieval, Bibian. He luchado en infinitas batallas a lo largo de los siglos. Soy un guerrero. Eso es principalmente lo que soy, brujita.

—¿No es lucir tus trajes de chaqueta hechos a medida?

Supe que mis palabras lo harían reír y eso hizo que su mal humor desapareciera del todo.

—No, no es ese. Aunque últimamente parece que eso es solo lo único que hago, reunirme con todos los peces gordos de esta ciudad. No te imaginas lo aburrido que es. Y el papeleo de todos los días ni te cuento. Hecho mucho de menos salir a hacer redadas y coger a los malos.

—Me ha encantado verte pelear así. Ha molado un montón.

—¿Ha molado?

Levantó una ceja, sorprendido por mis palabras.

—Ha molado mucho.

Le repetí divertida.

De repente noté que su vello se erizaba y un frío glacial nos rodeó.

¡Qué raro!

—¿Bibian?

—¿Notas eso?

—Noto el frío

—¿Sabes lo que pasa?

Me miró negando con la cabeza.

—Ni idea.

De repente vi una imagen que parpadeaba a unos metros de nosotros, como un televisor mal sintonizado.

¿Qué coño era eso?

—¿Mónica?

Mi tono incrédulo le hizo a Asier abrir los ojos sorprendido.

¡No me lo podía creer! ¿Era el espíritu de mi hermana? ¿De verdad estaba ahí?

La miré fijamente y reconocí la imagen que aparecía y desaparecía como si no pudiese controlar su propio cuerpo para que nosotros lo pudiésemos ver.

—¿Hermana, eres tú?

—Bibian, debéis tener cuidado.

Su voz sonaba extraña, como si nos llegara desde muy lejos. Pero no había dudas de que era ella.

—¿Cuidado, por qué?

Le pregunté sin terminar de creerme que fuese mi hermana la que estaba allí frente a nosotros.

—Ya vienen.

—¿Quién viene?

No quería escuchar su respuesta. Algo me decía que no era nada bueno. Que mi hermana muerta apareciera para avisarnos de la llegada de algo, era porque debía pensar que estábamos en grave peligro.

—Los demonios… ya vienen.

Ambos la miramos intentando asimilar sus palabras.

—He venido a ayudaros.

—¿Ayudarnos?

Comencé a sollozar en silencio, ver a mi hermana a la que hacía solo unos días enterré para siempre, era difícil de asimilar.

—Vengo a entregarte mi poder, Bibian.

—¿Qué?

¿Eso podía hacerse?

¿No era peligroso para mí?

—Con mi poder sumado al tuyo serás una bruja de fuego y podrás enfrentarte a los demonios.

Se acercó a mí y me tomó de las manos. Mi piel comenzó a encenderse y a brillar durante unos minutos en los que ninguno pudimos decir nada.

Gemí y me desplomé.

Asier me cogió al vuelo antes de que me golpeara contra el suelo.

—Ya vienen.

Repitió mi hermana… y desapareció.

CONTINUARÁ…

Si te ha gustado esta historia, por favor, deja una reseña en Amazon para indicar a los demás lo que se pueden encontrar. Te estaré muy agradecida.



AGRADECIMIENTOS

De siempre me ha apasionado la fantasía y este ha sido, mi primer intento de escribirla. No he querido inventarme nada nuevo, solo dar un toque de magia y color a un mundo dominado por ángeles y brujas. Como habéis podido comprobar, me he centrado principalmente en la historia de amor de Bibian y Asier

No sé si os llegará a gustar o no. Ya me lo diréis.

Quiero agradecer a mi editora Jenn Fresquet (Ediciones HicSic - @edicioneshicsic) por todo el trabajo realizado y por la portada tan chula y que tanto trabajo nos costó crear.

Y, por supuesto, agradecer a todos los que me leéis por acompañarme en todas mis aventuras. Espero que esta os guste tanto como a mí.

La historia de Bibian continúa en la siguiente novela titulada Bruja de fuego.

Sígueme en redes sociales para estar informada del próximo lanzamiento.

@lolatoroalexiablue en Instagram.